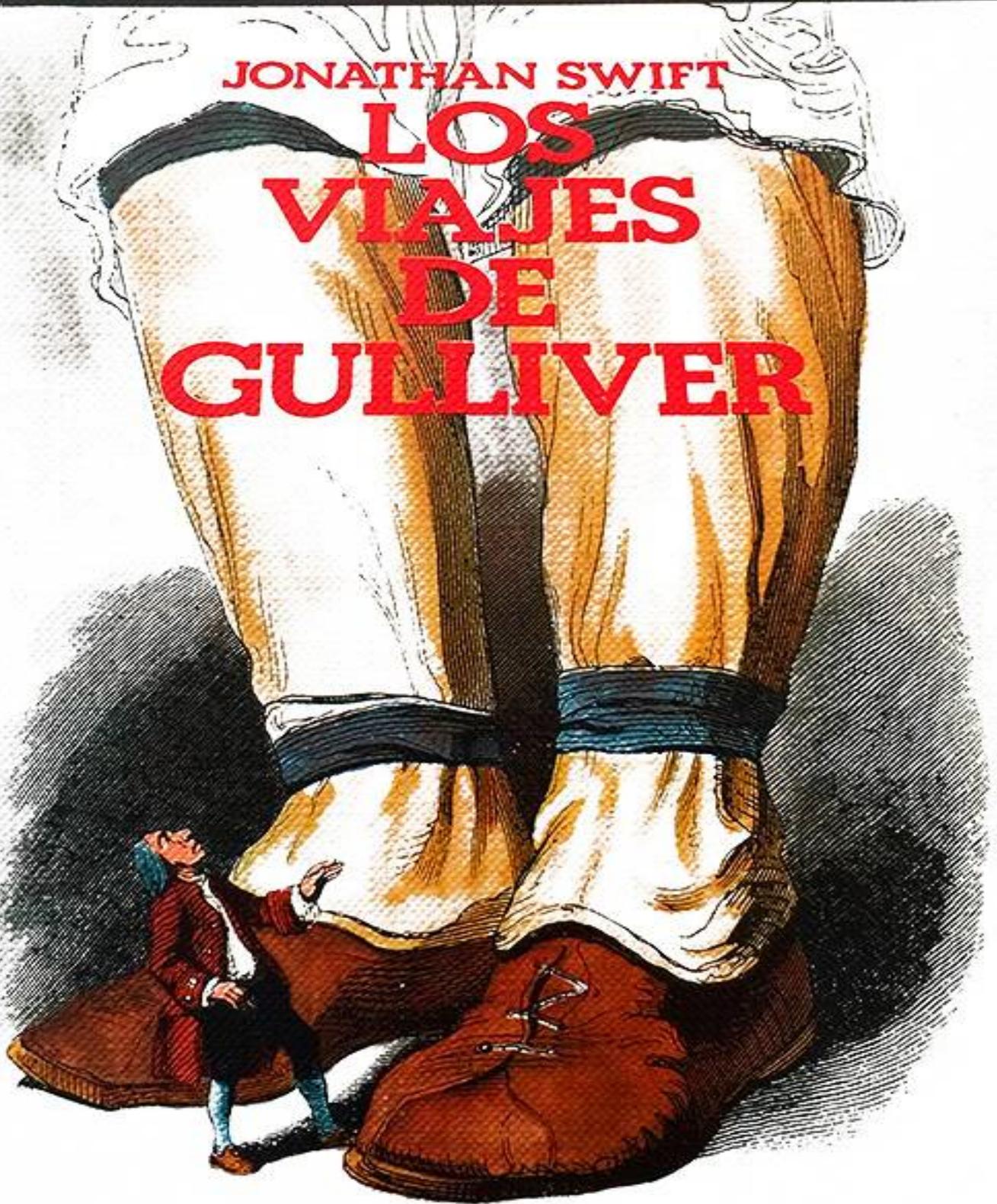


TUS
LIBROS



JONATHAN SWIFT
**LOS
VIAJES
DE
GULLIVER**



se

Las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos, dijo Cervantes, y lo comprobó el capitán Lemuel Gulliver tras visitar a los enanos de Liliput, a los gigantes de Brobdingnag, a los disparatados científicos que viven en las nubes de Laputa, y a los medrados caballos del País de los houyhnhnms.

Gulliver advierte que el mismo ser, magnífico al lado de otro más pequeño, es ridículo al lado de otro más grande; que el hombre, tan orgulloso de su superioridad moral, puede resultar despreciable comparado con seres realmente virtuosos. La dura realidad de la conducta humana impide leer esta sátira genial sin estremecerse.



Jonathan Swift

Los viajes de Gulliver

Tus libros - 16

ePub r1.0

Karras 12.04.2020

Título original: *Travels into several Remote Nations of the World. In four parts. By Lemuel Gulliver, first a Surgeon, and then a Captain of several ships*

Jonathan Swift, 1726

Traducción, apéndice y notas: Pollux Hernández

Ilustraciones: J. J. Grandville

Editor digital: Karras

ePub base r2.1



Índice de contenido

El editor al lector

Primera parte. Viaje a Liliput

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Segunda parte. Viaje a Brobdingnag

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Tercera parte. Viaje a Laputa, Balnibarbi, Glubbudrib, Luggnagg y Japón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Cuarta parte. Viaje al país de los houyhnhnms

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Carta del capitán Gulliver a su compadre Sympson[88]

Apéndice

Bibliografía

Sobre el autor



JONATHAN SWIFT (1667-1745)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición publicada en Londres, 1726.
Las ilustraciones, originales de J. J. Grandville, que aparecen en esta edición acompañaron el texto de la edición francesa publicada en 1838.



GRANDVILLE.

FRANCIS D.

REVUE

El editor al lector

El autor de estos *Viajes*, Don Lemuel Gulliver, es un íntimo y viejo amigo mío; además tenemos algo de parientes por parte de madre. Hace unos tres años el señor Gulliver, cansándose de la multitud de gente curiosa que iba a verlo a su casa de Redriff^[1], adquirió un pequeño terreno con una casa cómoda cerca de Newark, en el condado de Nottingham, su patria chica, donde ahora vive retirado conservando aún la estima de sus vecinos.

Aunque el señor Gulliver naciera en el condado de Nottingham, donde su padre vivía, le he oído decir sin embargo que su familia provenía del de Oxford, declaración que confirman varias tumbas y monumentos de los Gulliver que yo he visto en el cementerio de Banbury.

Antes de salir de Redriff dejó en mis manos la custodia de los papeles que reproduzco a continuación, con autorización para disponer de ellos como me pareciera conveniente. Helos leído detenidamente tres veces. El estilo es claro y sencillo, y el único defecto que encuentro es que el autor, como todo buen viajero, abusa un poquito de los detalles. Se respira una atmósfera de verdad en toda la obra, y efectivamente el autor era tan bien conocido por su veracidad, que entre sus convecinos de Redriff, cuando alguien afirmaba algo, vino a considerarse proverbial añadir que era tan cierto como si lo hubiera dicho el señor Gulliver.

Por consejo de varias personas respetables a quienes he hecho partícipes de estos escritos, con permiso del autor, me aventuro ahora a echarlos al mundo, esperando que puedan ser, al menos por algún tiempo, mejor distracción para nuestros jóvenes aristócratas que las garambainas al uso de políticas y partidos.

Este volumen abultaría el doble si no me hubiera atrevido a eliminar innumerables pasajes en jerga marinera sobre vientos y mareas, así como sobre marcaciones y declinaciones de los distintos viajes, junto con las minuciosas descripciones sobre el pilotaje del barco en la tormenta y la relación de longitudes y latitudes. Creo que no me equivoco al sospechar que el señor Gulliver puede no estar muy satisfecho de esto, mas estaba yo resuelto a adaptar la obra en lo que fuera posible a la capacidad media de los lectores. No obstante, si mi ignorancia en cosas del mar me ha llevado a cometer alguna falta, sólo yo soy responsable; y si algún viajero siente curiosidad de ver toda la obra completa tal y como salió de la mano del autor, estaré dispuesto, a complacerlo.

En cuanto a cualquier otro detalle sobre el autor, el lector encontrará cumplida cuenta en las primeras páginas del libro^[2].

Ricardo Sympson

Primera parte
Viaje a Liliput





Capítulo 1

*El autor da breve cuenta de sí y de su familia; lo que en principio le movió a viajar.
Naufraga e intenta ponerse a salvo nadando; alcanza indemne la costa del país de Liliput;
es hecho prisionero y llevado tierra adentro.*

Tenía mi padre una pequeña hacienda en el condado de Nottingham y era yo el tercero de cinco hijos. Cuando tuve catorce años, me mandó al colegio Emanuel de Cambridge, donde residí tres años y me dediqué concienzudamente a mis estudios. Pero, aun cuando la ración que recibía era muy exigua, los gastos del pupilaje eran demasiado elevados para una fortuna menguada y me colocaron de aprendiz con don Santiago Bates, eminente médico londinense con quien permanecí cuatro años. Y como mi padre me enviara alguna que otra vez pequeñas cantidades de dinero, las empleé en aprender el arte de navegar y otras ramas de la Matemática que son útiles a quien intenta viajar, pues siempre creí que alguna vez ése sería mi destino. Cuando me despedí del señor Bates, fui a ver a mi padre y, con su ayuda, la de mi tío Juan y la de algún otro pariente, conseguí cuarenta libras y la promesa de otras treinta anuales para mantenerme en Leiden^[3], donde durante dos años y siete meses estudié Medicina, convencido de que me sería útil en los largos viajes.

Poco después de mi regreso de Leiden, mi buen maestro, el señor Bates, me recomendó como oficial médico para el *Golondrina*, al mando del capitán Abrahán Pannell, con quien en tres años y medio hice uno o dos

viajes al Levante y a otras partes. Cuando regresé, decidí establecerme en Londres, a lo cual el señor Bates, mi maestro, me animaba, y él mismo me recomendó a varios pacientes. Alquilé parte de una casa pequeña en la Judería Vieja y, tras aconsejarse cambiar de estado, casé con doña María Burton, segunda hija de don Edmundo Burton, calcetero de la calle Puerta Nueva, con la cual recibí una dote de cuatrocientas libras.

Pero con la muerte de mi buen maestro Bates dos años después, y contando con pocos amigos, los negocios empezaron a irme mal, pues no cabía en mi conciencia verme imitando las malas artes de muchísimos de mis colegas. Tras consultarlo, pues, con mi esposa y algunas amistades, determiné embarcarme de nuevo. Fui oficial médico en dos barcos y viajé varias veces en el plazo de seis años a las Indias orientales y occidentales, con lo cual conseguí aumentar moderadamente mi fortuna. El tiempo libre lo pasaba leyendo a los mejores escritores antiguos y modernos, pues disponía siempre de un buen número de libros; y cuando desembarcábamos, me dedicaba a observar las costumbres y el temperamento de los habitantes así como a aprender su lengua, cosa que se me daba muy bien por mi buena memoria.

Comoquiera que el último de estos viajes no resultara muy dichoso, me cansé del mar y decidí quedarme en casa con mi mujer y mis hijos. De la Judería Vieja me trasladé a la travesía Fetter, y de allí a Wapping, con la esperanza de hacer clientes entre la marinería, pero la cosa no resultaba como había imaginado. Después de tres años esperando que las cosas mejoraran, acepté una conveniente propuesta del capitán Guillermo Prichard, patrón del *Antílope*, que se disponía a partir hacia los Mares del Sur. Zarpamos de Bristol el 4 de mayo de 1699^[4], y el viaje fue inicialmente muy venturoso.

Por varias razones no sería pertinente importunar al lector con los detalles de nuestras aventuras en aquellos mares; sea suficiente informarle de que al cruzarlos rumbo a las Indias orientales fuimos arrastrados por una violenta borrasca hacia el noroeste de la Tierra de Van Diemen^[5]. Hecha la estima, nos encontramos a 30 grados 2 minutos de latitud sur. Doce tripulantes habían muerto del excesivo bregar y la mala comida, y los demás se encontraban muy débiles. El 5 de noviembre, que es cuando

comienza el verano en aquellas regiones, y a través de una bruma espesa, los marineros pudieron percibir un escollo como a medio cable de la nave, pero el viento era tan fuerte que nos arrastró bruscamente hacia él, estrellándonos al instante. Seis miembros de la tripulación, yo entre ellos, lanzamos el bote al agua y conseguimos alejarnos del navío y del escollo. Bogamos según mis cálculos unas tres leguas hasta que no pudimos continuar, agotados como estábamos por el esfuerzo ya antes de abandonar el barco. Así pues, nos entregamos a la merced de las olas, y al cabo de una media hora, una brusca ráfaga del norte hizo zozobrar el bote. Lo que fue de mis compañeros, tanto los del bote como los que escaparon en el escollo o permanecieran en el navío, no lo puedo referir, mas colijo que perecieron. Por mi parte nadé a la buena de Dios, empujado por el viento y la marea. Repetidas veces traté de hacer pie sin poder tocar fondo, pero cuando ya me encontraba a punto de desfallecer y no podía hacer ningún otro esfuerzo, me encontré con que el agua no me cubría; para entonces el temporal había amainado un tanto. La pendiente del fondo era tan leve que hube de andar casi una milla para llegar a la playa, cosa que conseguí a eso de las ocho de la tarde. Caminé luego una media milla hacia el interior sin descubrir señal alguna de casas o habitantes, aunque quizá debido a lo débil que me encontraba ni noté su presencia. Estaba sumamente cansado, lo que con el calor reinante y el casi cuartillo de coñac que bebiera al abandonar el barco, hizo que me sintiera con hartas ganas de dormir. Me eché sobre la hierba, que era muy corta y suave, y dormí tan profundamente como no recuerdo haberlo hecho en mi vida, durante más de nueve horas, según calculé, pues amanecía cuando desperté. Fui a levantarme pero no pude moverme: tendido como estaba de espaldas, descubrí que tenía los brazos y las piernas firmemente sujetos al suelo por ambos lados, y el pelo, largo y espeso, atado de la misma manera. Además sentía unas tenues ligaduras de lado a lado del cuerpo desde los sobacos hasta los muslos. Lo único que podía hacer era mirar para arriba; el sol comenzaba a calentar y la luz me hería la vista. Podía oír un ruido confuso a mi alrededor, pero en la postura en que estaba no podía ver otra cosa que el cielo. A poco sentí que algo se movía sobre mi pierna izquierda y que, avanzando blandamente sobre mi pecho, me llegaba hasta cerca de la barbilla; dirigiendo los ojos hacia abajo cuanto

pude, observé que se trataba de un ser humano de menos de quince centímetros, que traía en las manos un arco con flecha y una aljaba a la espalda. Al mismo tiempo sentí que al menos otros cuarenta de la misma especie, según supuse, venían tras el primero. Mi asombro fue mayúsculo y solté un rugido tan fuerte que todos ellos echaron a correr despavoridos lastimándose algunos, como después se me dijo, en las caídas que sufrieron al saltar desde mis costados al suelo. Sin embargo, pronto volvieron, y uno de ellos que se aventuró tan cerca como para verme toda la cara, levantando las manos y los ojos para expresar su estupor, gritó con voz chillona pero clara: *hekinah degul*^[6] los otros repitieron las mismas palabras, pero yo no supe entonces qué querían decir. Como el lector puede suponer, continuaba allí tendido con gran desasosiego. Por fin, haciendo esfuerzos por liberarme, tuve la buena fortuna de romper las cuerdas y arrancar las estacas que me sujetaban el brazo izquierdo al suelo, pues, al llevármelo a la cara, descubrí que no eran otros los medios que habían usado para atarme; al mismo tiempo, y de un tirón brusco que me produjo un dolor enorme, aflojé un poco las cuerdas que me sujetaban el pelo del lado izquierdo, de modo que conseguí girar la cabeza unos cinco centímetros. Pero aquellas criaturas huyeron de nuevo antes de que pudiera agarrarlas, después de lo cual se oyó un alarido sobremanera estridente, y cuando cesó oí que uno de ellos gritó *tolgo phonac*, e inmediatamente sentí cómo se dispararon sobre mi mano izquierda más de un centenar de flechas que se me clavaron como otras tantas agujas. Además dispararon otra oleada de flechas al aire, tal y como nosotros hacemos con las bombas en Europa, de las que muchas, según creo, me cayeron sobre el cuerpo, aunque no las sentí, y algunas en la cara, que me apresuré a proteger con la mano izquierda.



Cuando esta lluvia de flechas terminó, lancé un quejido de pesadumbre y dolor, y luego, mientras luchaba nuevamente por desatarme, soltaron otra descarga más cerrada que la primera, y algunos trataron de clavarme sus lanzas en los costados, pero por suerte llevaba encima un jubón de ante que no pudieron atravesar. Pensé que lo más prudente era quedarme quieto, y mi intención era continuar así hasta el anochecer, cuando, como tenía libre la mano izquierda, podría liberarme fácilmente; y en cuanto a los nativos podía lógicamente creer que me sería posible hacer frente al más numeroso ejército que pudieran enviar contra mí, si eran todos de la misma talla que el primero que vi. Pero la fortuna dispuso de mí de otro modo. Cuando aquella gente notó que me había calmado, dejó de disparar flechas, aunque, al acrecentarse el ruido, conocí que su número aumentaba; y como a cuatro metros enfrente de la oreja derecha, pude escuchar unos golpes como de gente trabajando, que se prolongaron más de una hora, cuando, volviendo la cabeza para aquel lado, tanto como me permitían las cuerdas y estacas, vi una plataforma de aproximadamente medio metro de alta, con dos o tres escalerillas para subir y en la que cabían cuatro de ellos, uno de los cuales, que parecía ser persona de categoría, me soltó un discurso del que no entendí ni una sílaba. Debí haber mencionado que antes de que aquel

distinguido personaje comenzara su declamación gritó tres veces: *langro dehul san* (éstas y las anteriores palabras se me repitieron y explicaron después), a lo que inmediatamente unos cincuenta nativos se acercaron y cortaron las cuerdas que me sujetaban la parte izquierda de la cabeza, lo cual me permitió girarla hacia la derecha y contemplar la figura y el semblante del que iba a hablar. Parecía de mediana edad y más alto que los tres que lo acompañaban, de los cuales era uno un paje que le sostenía la cola y que parecía medir poco más que mi dedo corazón, mientras que los otros dos se situaban uno a cada lado en calidad de asistentes. Representó el papel de un verdadero orador y pude advertir muchas frases de amenaza y otras de promesas, de lástima y de benevolencia. Respondí con breves palabras, pero de la manera más sumisa, levantando la mano izquierda y los ojos hacia el sol, como poniéndolo por testigo. Y como me encontrara muerto de hambre, puesto que no había probado bocado desde varias horas antes de abandonar el navío, me sentí tan apremiado por las exigencias de la naturaleza, que no pude contener la exteriorización de mi impaciencia (contraviniendo tal vez las estrictas reglas de la buena educación) metiéndome el dedo en la boca repetidas veces para indicar que necesitaba comer. El *hurgo*, que así llaman a los grandes señores, como después averigüé, me entendió muy bien. Descendió de la plataforma y mandó colocar varias escaleras junto a mis costados, por donde subieron más de un centenar de nativos, que caminaron hacia mi boca cargados con cestos llenos de comida suministrada y enviada por orden del rey en cuanto tuvo conocimiento de mí. Advertí que había carne de diferentes animales pero no pude distinguir de cuáles por el sabor. Había paletillas, pernils y lomos de la misma forma que los de cordero y muy bien adobados, pero más pequeños que las alas de alondra. Comía dos o tres en cada bocado, y los panes, del tamaño de balas de mosquete, los tomaba de tres en tres. Me servían tan aprisa como podían, expresando de mil modos la admiración y asombro que les causaban mi corpulencia y apetito. Hice luego otro ademán como que necesitaba beber. Por lo que había comido entendieron que una pequeña cantidad no me sería suficiente y, como fueran gente sumamente ingeniosa, izaron con gran maña uno de los más grandes toneles que tenían, lo hicieron rodar hasta mi mano y desvencijaron la tapa; me lo bebí de un

trago, que bien pude, pues apenas contenía un cuartillo, y sabía como a un vino ligero de Borgoña pero mucho más delicioso. Trajéronme un segundo tonel, que bebí de la misma manera, e hice señas de querer más, pero no les quedaba ningún otro. Cuando hube realizado estas maravillas, gritaron jubilosos y bailaron sobre mi pecho, mientras repetían varias veces como al principio: *hekinah degul*. Por señas me dijeron que tirara al suelo los dos toneles, no sin antes advertir a los que estaban debajo que se retiraran gritándoles *borach mivola*, cuando vieron los barriles por el aire, se oyó el grito unánime de *hekinah degul*. Confieso que más de una vez estuve tentado, mientras iban y venían sobre mi cuerpo, a agarrar a cuarenta o cincuenta de los primeros que se pusieran a mi alcance y estrellarlos contra el suelo. Mas el recuerdo de lo que había experimentado, que no era quizá lo peor que pudieran hacerme, y la palabra de honor que les di, pues así interpretaba yo mi dócil conducta, disiparon pronto tales maquinaciones. Además, ahora me consideraba como sometido a las leyes de hospitalidad de unas gentes que me habían regalado con tanto gasto y magnificencia. Sin embargo, interiormente no podía dejar de admirar la valentía de estos diminutos mortales que osaban aventurarse a subírseme encima y deambular por allí, teniendo yo una mano libre, sin temblar de sólo ver tan descomunal criatura como debo haber parecido a sus ojos. Al cabo de un rato, cuando vieron que ya no pedía más comida, apareció ante mí un personaje de alto rango de parte de Su Majestad imperial. Su Excelencia, tras subir por la parte más estrecha de mi pierna derecha, avanzó adelante hasta mi cara, con cerca de una docena de su séquito, y, presentando sus credenciales con el sello real, que me puso delante de los ojos, habló durante diez minutos sin muestras de enfado, pero con una especie de resolución enérgica, y apuntando de vez en cuando al frente, que era, como posteriormente descubrí, en dirección de la capital, distante media milla aproximadamente, y adonde se había acordado por Su Majestad y su Consejo que se me debería conducir. Respondí con pocas palabras, que no surtieron efecto, y luego, con un ademán de la mano que tenía suelta (poniéndola sobre la otra por encima de la cabeza de Su Excelencia por temor de lastimarlo, a él o a sus acompañantes, y después sobre la cabeza y el cuerpo), indiqué que quería la libertad. Parece que me entendió bastante

bien, pues meneó la cabeza como indicando desaprobación, y extendió la mano de una manera que significaba que se me debería conducir como a un prisionero. Hizo, sin embargo, otros gestos para darme a entender que se me daría suficiente comida y bebida y muy buen trato. Con esto pensé una vez más en intentar romper las ligaduras, pero sintiendo el escozor de las flechas en la cara y las manos, cubiertas todas de ampollas, y muchos de los dardos aún clavados, y observando además que el número de mis enemigos seguía aumentando, les hice señas, dándoles a entender que podían hacer conmigo lo que quisieran. Con esto el *hurgo* y su cortejo se retiraron con mucho cumplido y alegre el semblante. Oí luego un grito general y las palabras *peplom selan* repetirse una y otra vez, y sentí que gran número de los que estaban a mi lado izquierdo aflojaban las ligaduras, de tal modo que pude darme la vuelta sobre el costado derecho y aliviarme haciendo aguas menores, que fueron harto copiosas y causaron gran admiración a aquella gente, que, entendiendo por mis movimientos lo que me disponía a hacer, se apartó a izquierda y derecha en aquella parte para esquivar el torrente que con tan grande estruendo y fuerza de mí caía. Pero con anterioridad me habían embadurnado la cara y las manos con una especie de unguento de olor muy agradable, que en pocos minutos eliminó el escozor de los flechazos. Estas cosas y el bienestar que me depararon la comida y la bebida, todo de mucho alimento, me dispusieron al sueño. Como se me aseguró después, dormí alrededor de ocho horas, y no sin razón, pues los médicos, por orden del emperador, habían mezclado una poción soporífera con el vino de los toneles.

Parece ser que en cuanto se me descubrió dormido en el suelo, después de mi arribada, el Emperador recibió pronta noticia de ello por un emisario especial, y determinó ante su Consejo que se me atara de la manera que he referido (cosa que se llevó a cabo durante la noche mientras dormía), que se me enviara comida y bebida en abundancia, y que se aprestara una máquina para transportarme a la capital.

Esta decisión puede quizá parecer demasiado atrevida y peligrosa, y supongo que ningún soberano de Europa en semejante coyuntura la imitaría, aunque en mi opinión fue sumamente juiciosa a la par que benevolente, pues, suponiendo que aquella gente hubiera hecho lo posible

por conseguir matarme con sus lanzas y flechas mientras me encontraba dormido, lo más seguro es que me habría despertado al sentir la primera punzada, que habría suscitado en mí tal furia y violencia como para permitirme romper las cuerdas con las que estaba atado, tras lo cual, de la misma manera que no podían ofrecerme resistencia, no podían esperar misericordia.

Esta raza está excelentemente dotada para las Matemáticas y ha alcanzado una gran perfección en la rama de la mecánica, a través del favor y el estímulo del Emperador, que es un célebre patrón del saber. Este monarca posee varias máquinas montadas sobre ruedas para el transporte de árboles y otros grandes pesos. Construye muchos de sus más grandes buques de guerra, algunos de los cuales miden casi tres metros, en los bosques donde se da la madera, y sobre estas máquinas los transporta trescientos o cuatrocientos metros hasta el mar. Quinientos carpinteros y mecánicos se pusieron inmediatamente a trabajar para acondicionar la máquina más grande que tenían. Se trataba de una estructura de madera que levantaba siete centímetros del suelo, tenía unos dos metros y medio de larga y uno y cuarto de ancha, y se movía sobre veintidós ruedas. El grito que oí fue al llegar este aparato, que según parece se había puesto en camino cuatro horas después de mi llegada. Lo colocaron paralelamente a mí según me encontraba tendido. Pero lo más difícil era levantarme y colocarme sobre este vehículo. Se erigieron ochenta postes de treinta centímetros cada uno, y unos fuertes cordeles del grueso del bramante se sujetaron con ganchos a un gran número de vendas que los obreros me habían enrollado alrededor del cuello, las manos, el tronco y las piernas. Novecientos hombres de los más fornidos se emplearon en tirar de estos cordeles a través de una serie de poleas montadas sobre los postes, y así, en menos de tres horas, me levantaron y depositaron sobre la máquina, donde me ataron fuertemente. Todo esto me lo contaron, pues mientras la operación entera tenía lugar estuve sumido en un sueño profundo a causa de aquel soporífero fármaco diluido en la bebida. Se emplearon mil quinientos corpulentos caballos del Emperador, de unos diez centímetros de alzada, en remolcarme hasta la metrópoli, que, como queda dicho, distaba media milla.

A unas cuatro horas de comenzado el viaje, desperté a causa de un gracioso incidente: habiéndose detenido el carruaje unos momentos para arreglar algo que no funcionaba, dos o tres jóvenes nativos sintieron curiosidad por ver mi apariencia de dormido, treparon a la máquina y acercándoseme muy despacito a la cara, uno de ellos, oficial de la guardia, me metió la punta del chuzo un buen trecho en el orificio izquierdo de la nariz, lo cual me hizo cosquillas como si hubiera sido con una paja, y me hizo estornudar violentamente. Enseguida se escabulleron sin ser vistos, y pasaron tres semanas antes de enterarme de por qué me había despertado tan de repente. Hicimos una larga marcha el resto del día y durante la noche descansamos, yo con quinientos centinelas a cada lado, la mitad de ellos con antorchas, y la otra con arcos y flechas dispuesta a disparar si me atrevía a moverme. A la mañana siguiente, al salir el sol, reanudamos la marcha, y alrededor del mediodía nos encontrábamos a unos doscientos metros de las puertas de la ciudad. El Emperador y la Corte en pleno salieron a recibirnos, pero los altos funcionarios imperiales de ninguna manera consintieron que Su Majestad pusiera en peligro su persona subiendo sobre mi cuerpo.

En el lugar donde el carruaje se detuvo había un templo antiguo considerado como el más grande de todo el reino, y al que de acuerdo con el firme sentir de aquella gente se tenía por lugar no sagrado, por haber sido profanado años atrás con un asesinato monstruoso; se había destinado por tanto a usos ordinarios, despojado de todo ornamento y mobiliario. En este edificio se decidió que tendría yo mi alojamiento. La gran puerta que daba al norte medía metro y cuarto de alta y más de medio de ancha, espacio por el que podía deslizarme con facilidad. A cada lado de la puerta había sendas ventanas a no más de quince centímetros del suelo. Por la de la izquierda los herreros del Rey introdujeron noventa y una cadenas del tipo de las que en Europa penden de un reloj de señora, y casi igual de grandes, que me aseguraron a la pierna izquierda con treinta y seis candados. En frente del templo, y al otro lado de la gran carretera, a seis metros de distancia, había un torreón de metro y medio de alto por lo menos. Allá subió el Emperador con muchos distinguidos señores de su Corte para tener ocasión de observarme, según se me refirió, pues yo no podía verlos. Se calcularon en

más de cien mil los habitantes que salieron de la ciudad con el mismo propósito, y a pesar de la guardia, estimo que hubo no menos de diez mil que, unos tras otros, subieron sobre mí con la ayuda de escaleras. Pero pronto se hizo público un bando prohibiéndolo bajo pena de muerte. Cuando los obreros se aseguraron de que me era imposible escapar, cortaron las cuerdas que me ceñían, tras lo cual me levanté en un estado de ánimo tan decaído como nunca en mi vida. Mas el clamor y la admiración de la gente al ver que me ponía en pie y caminaba, no son para describirse. Las cadenas que me sujetaban la pierna izquierda medían dos metros aproximadamente y no sólo me dejaban libertad para andar de un lado a otro en un semicírculo, sino que, clavadas como estaban a diez centímetros de la puerta, me permitían entrar a gatas y echarme a la larga en el templo.

Capítulo 2

El Emperador de Liliput, acompañado de varios miembros de la nobleza, visita al autor en su reclusión. Describe la persona y el atuendo del emperador. Nombramiento de sabios para enseñar el idioma al autor, quien va ganando favor por su apacible disposición. Se le registran los bolsillos y se le despoja de la espada y las pistolas.

Cuando me vi de pie miré alrededor y debo confesar que nunca contemplé un panorama más acogedor. El campo en torno parecía un interminable jardín, y los campos cercados, casi todos cuadros de unos doce metros de lado, semejaban otros tantos macizos de flores. Estos campos estaban entremezclados con bosques de unas diez áreas cada uno, y los árboles más altos, según pude juzgar, parecían tener dos metros de altura. A la izquierda vi la urbe, que parecía una ciudad pintada en el decorado de un teatro.

Llevaba ya varias horas extremadamente oprimido por los requerimientos de la naturaleza, y no sin razón, pues hacía ya casi dos días que no exoneraba el vientre. Me encontraba en grandes aprietos entre la premura y la vergüenza. La mejor salida que se me ocurría era deslizarme dentro de mi casa, así que lo hice y, cerrando la puerta tras de mí, avancé tanto como la longitud de la cadena lo permitía y liberé el cuerpo de aquella molesta carga. Pero fue ésta la única vez que fui culpable de una acción tan sucia, y por la cual no puedo sino esperar que el amable lector me concederá cierta indulgencia, una vez que considere detenida e imparcialmente el caso y el apuro en que me hallaba. A partir de aquello mi invariable costumbre fue realizar tal menester al aire libre en cuanto me levantaba y tan lejos como me permitía la cadena, y cada mañana, antes de recibir compañía, se tomaban los debidos cuidados para que dos criados destinados a tal menester retiraran la ofensiva materia en carretillas. No me

habría detenido tanto sobre una circunstancia que, quizá a primera vista, pueda parecer no muy trascendental si no hubiera juzgado necesario justificar ante el mundo mi idiosincrasia en lo que se refiere a limpieza, que algunos de mis calumniadores, se me informa, se han tomado el gusto de poner en tela de juicio, basándose en ésta y otras ocurrencias.

Cuando esta peripecia dio fin, salí de la casa por necesidad de aire fresco. El Emperador había bajado ya del torreón y venía hacia mí a caballo, lo que estuvo a punto de costarle caro, pues el animal, aunque bien amaestrado, mas en absoluto acostumbrado a vista semejante, que le parecía como una montaña que se moviera delante de él, se puso de manos; pero el soberano, que es un excelente jinete, se mantuvo en la silla hasta que sus asistentes corrieron a ayudarlo y sostuvieron las riendas hasta que Su Majestad tuvo tiempo de desmontar. Cuando se hubo apeado, me examinó de hito en hito con gran admiración, pero manteniéndose fuera del largo de mi cadena. Ordenó a sus cocineros y bodegueros, que ya estaban preparados, que me dieran de comer y beber, lo que hicieron en una especie de receptáculos con ruedas, que acercaron hasta ponerlos a mi alcance. Tomé estos receptáculos y pronto los vacié todos; veinte estaban llenos de comida y diez de licor. Cada uno de los primeros me deparó dos o tres buenos bocados, y el licor de diez recipientes, que venía en cantarillas de barro, lo vacié en uno de los receptáculos y me lo bebí todo de un trago, y lo mismo hice con el resto. La Emperatriz y los jóvenes Príncipes y Princesas de Sangre, asistidos de numerosas damas, estaban sentados a cierta distancia en unas sillas, mas con el incidente ocurrido al caballo del Emperador se levantaron y se acercaron a él, a quien ahora paso a describir. Su altura sobrepasa, por casi el ancho de mi uña, la de cualquier otro en la Corte, lo cual es suficiente de por sí para infundir respeto en los que lo miran. Tiene las facciones recias y masculinas, con labio austro y nariz en arco, la tez aceitunada, erguido el rostro, tronco y extremidades bien proporcionadas, los ademanes elegantes todos y el porte majestuoso. Por aquel entonces había pasado ya la flor de la vida, pues tenía veintiocho años y nueve meses, de los cuales había reinado más o menos siete con gran prosperidad, y generalmente victorioso. Por observarlo mejor me tendí de lado, de modo que mi cara vino a quedar paralela a la suya, y él se mantuvo

a no menos de tres metros de mí; sin embargo, desde entonces lo he tenido muchas veces en la mano y no puedo por tanto engañarme al describirlo. Su atuendo era muy corriente y simple, de corte entre asiático y europeo, pero llevaba en la cabeza un casco ligero de oro, adornado con piedras preciosas, y un penacho en la cimera.



Para defenderse en caso de que me soltara, tenía en la mano la espada desenvainada, que medía casi ocho centímetros y tenía la empuñadura y la vaina de oro realzado con diamantes. Su voz era chillona pero muy clara y articulada, y yo podía oírla perfectamente cuando me ponía de pie; Las damas y cortesanos estaban todos magníficamente engalanados, de modo que el lugar donde estaban parecía como una saya extendida en el suelo y bordada con figuras de oro y plata. Su Majestad Imperial me habló una y otra vez y yo respondía, pero ninguno de los dos pudo entender una sílaba. Estaban presentes sus clérigos y letrados (como colegí por la indumentaria), que tenían órdenes de dirigirme la palabra, y yo les hablé en tantas lenguas como conocía, aunque fueran las mínimas nociones, y que eran alto y bajo alemán^[7], latín, francés, español, italiano y lengua franca, pero todo en vano. Después de unas dos horas la Corte se retiró y me dejaron con una fuerte guardia, previniendo la impertinencia y tal vez la mala voluntad de la chusma, que se mostraba muy impaciente por agolparse a mi alrededor tan cerca como osaba, y hubo algunos que tuvieron la insolencia de dispararme flechas mientras estaba sentado en el suelo a la puerta de mi casa, una de las cuales por poco me da en el ojo izquierdo. Pero el comandante ordenó arrestar a seis de los cabecillas y no se le ocurrió mejor castigo que ponerlos

atados en mis manos, cosa que algunos de sus soldados en consecuencia hicieron, empujándolos hacia mí con el revés de las picas hasta ponerlos a mi alcance. Los cogí a todos en la mano derecha, puse a cinco en el bolsillo de la casaca, y en cuanto al sexto, hice una mueca como si fuera a comérmelo vivo. El pobre hombre chillaba de manera espantosa, y el comandante y sus oficiales estaban muy angustiados, especialmente al verme sacar la navaja; pero pronto disipé sus temores, pues con expresión apacible y cortando inmediatamente las cuerdas con que estaba atado, lo deposité suavemente en el suelo y huyó corriendo. Di a los otros el mismo trato, sacándolos del bolsillo uno a uno, y observé que tanto los soldados como la gente se sentían altamente complacidos por esta muestra de clemencia, de la cual se habló en la Corte de manera muy favorable para mí.

Al anoecer me introduje con cierta dificultad en la casa y me eché en el suelo, cosa que seguí haciendo unos quince días, durante los cuales el Emperador dio órdenes de que se me preparara una cama. Seiscientos colchones de tamaño normal se transportaron en carruajes, y dentro de la casa se les fue dando forma; componían el largo y ancho ciento cincuenta colchones, y todo esto, repetido cuatro veces en capas superpuestas, no supuso sin embargo mucha diferencia a la hora de protegerme de la dureza del suelo, que era de piedra lisa. De acuerdo con el mismo cálculo me suministraron sábanas, mantas y colchas lo bastante aceptables para alguien que como yo llevaba tanto tiempo acostumbrado a pasar calamidades.

La nueva de mi llegada, al extenderse por el reino, llevó a muchedumbres de gente rica, desocupada y curiosa a verme, de manera que los pueblos se quedaban casi vacíos, y un gran abandono de las labores agrícolas y domésticas habría resultado si Su Majestad Imperial no hubiera tomado precauciones por medio de varios bandos y disposiciones de gobierno contra tal inconveniente. Decretó que quienes ya me habían visto debían volverse a sus hogares y no atreverse a poner los pies a menos de cincuenta metros de mi casa sin licencia de la Corte, con lo cual los ministros percibieron cuantiosos honorarios.

Mientras tanto el Emperador convocaba una y otra vez juntas para discutir el procedimiento que debería seguirse conmigo; y es que, como

después me aseguró un amigo íntimo, persona de gran calidad y que estaba en el *secreto* como el que más, la Corte estaba teniendo grandes problemas a cuenta mía. Sospechaban que me escaparía, que sería carísimo mantenerme y podría causar una carestía fatal. Determinaban dejarme morir de hambre, o al menos clavarme flechas envenenadas en la cara y las manos, lo cual acabaría conmigo enseguida; pero volvían a considerar que el hedor de un cadáver tan grande podría dar lugar a una peste en la capital y quizá propagarla por todo el reino. En medio de estas consultas, llegaron varios oficiales del Ejército a la puerta de la Gran Cámara del Consejo y, habiéndose admitido a dos de ellos, dieron cuenta de mi conducta para con los seis delincuentes antedichos, hecho que causó una impresión tan favorable para mí en el corazón de Su Majestad y de todos los consejeros, que se despachó una comisión imperial que obligara a todos los pueblos situados en un radio de ochocientos metros de la capital a suministrarme cada mañana seis reses vacunas, cuarenta ovejas y otras provisiones para mi sustento, amén de una cantidad proporcional de pan, vino y otros licores, en justo pago de lo cual Su Majestad expidió libranzas con cargo al Tesoro. Pues vive este soberano principalmente de sus heredades, y pocas veces, excepto en las grandes ocasiones, recauda tributo alguno de sus súbditos, que están obligados a ayudarlo en sus guerras corriendo con sus propios gastos. También se creó una plantilla de seiscientas personas que fueran mis criados, para los cuales se fijaron unos salarios para atender a su sustento y, con gran sentido práctico, unas tiendas a ambos lados de mi puerta. Del mismo modo se dispuso que trescientos sastres me hicieran un traje a la moda del país, que seis de los más grandes sabios de Su Majestad se emplearan en instruirme en su lengua, y finalmente que los caballos del Emperador, de la nobleza y del escuadrón de la Guardia se entrenaran en mi presencia para que se acostumbraran a mí. Todas estas disposiciones se pusieron debidamente en práctica y en cosa de tres semanas progresé mucho en el aprendizaje del idioma; durante el mismo tiempo el Emperador me honró frecuentemente con sus visitas y se complacía en ayudar a mis maestros a enseñarme. Ya empezábamos a conversar uno y otro de alguna manera, y las primeras palabras que aprendí fueron para comunicarle mi deseo de que tuviera la bondad de ponerme en libertad, cosa que le repetía

de rodillas cada día. La respuesta, según podía entender, era que aquello debía ser una cuestión de tiempo que él no debía tomar en consideración sin el asesoramiento de su Consejo, y que primero yo debía *lumos kelmin pesso desmar lon emposo*, es decir, pronunciar un juramento de paz con él y con su reino; pero que se me trataría con toda amabilidad, y me aconsejaba ganarme con mi paciencia y discreto proceder su buena opinión y la de sus súbditos. Me rogó que no me lo tomara a mal si daba órdenes a unos funcionarios especiales para que me registraran, pues era probable que llevara encima algunas armas que debían de ser necesariamente peligrosas si respondían a la envergadura de tan descomunal persona. Repliqué que el gusto de Su Majestad sería satisfecho, pues yo mismo estaba dispuesto a quitarme la ropa y vaciar mis bolsillos ante él. Esto lo expresé parte de palabra parte por medio de señas. Contestó que, de arreglo con las leyes del reino, dos de sus funcionarios deberían registrarme, cosa que él sabía no podría hacerse sin mi consentimiento y colaboración, que su opinión sobre mi magnanimidad y justicia era tan buena como para ponerlos en mis manos, que cualquier cosa que de mí tomaran se me devolvería al abandonar el país o se me pagaría al precio que yo estipulara.



Tomé a los dos funcionarios en las manos y los metí primero en los bolsillos de la casaca y después en cada uno de los demás, excepto en los

dos bolsillitos camuflados en la cintura y en otro bolsillo secreto que yo no tenía intención se registrara porque en él llevaba unas cosillas útiles de nula consecuencia para nadie excepto para mí. En uno de los bolsillitos traía un reloj de plata y en el otro una pequeña cantidad de oro en una bolsita. Estos caballeros, que llevaban encima pluma, tinta y papel, hicieron un inventario exacto de cuanto vieron, y cuando terminaron me rogaron que les pusiera en el suelo para ir a entregárselo al Emperador. Este inventario lo traduje posteriormente al inglés y es al pie de la letra como sigue:

Primeramente, en el bolsillo derecho de la casaca del gran Hombre-montaña (que así traduzco las palabras *Quinbus Flestrin*), tras el más riguroso registro, encontramos solamente una enorme pieza de paño burdo de tamaño suficiente para alfombrar la Gran Sala de Gobierno de Su Majestad. En el izquierdo vimos un gran cofre de plata con tapadera del mismo metal, que nosotros los registradores no fuimos capaces de levantar. Solicitamos que fuera abierto, y uno de nosotros al entrar en él se hundió hasta media pierna en una especie de polvo, parte del cual se levantó hasta la altura de la cara haciéndonos estornudar reiteradamente. En el bolsillo derecho del chaleco encontramos un fardo ingente de delgados objetos blancos, doblados unos sobre otros, del tamaño de casi tres hombres, atados con un cable fuerte y marcados con signos negros, cosa que humildemente imaginamos ser escritos, siendo cada letra de ellos casi la mitad de grande que la palma de la mano. En el izquierdo había una especie de aparato de cuya parte trasera sobresalían veinte postes largos como en las empalizadas frente al palacio de Su Majestad, con el cual el Hombre-montaña se peina la cabeza, según nuestras conjeturas, pues no quisimos molestarlo continuamente con preguntas, ya que nos era muy difícil conseguir que nos entendiera. En el bolsillo grande del lado derecho del cubremiembro (así traduzco la palabra *ranfu-lo*, con la que se referían a mis calzones) vimos una columna de hierro hueca del largo de un hombre aproximadamente, unida a una pieza de madera dura más grande que la columna, y en un lado de la columna había unas enormes piezas de hierro que sobresalían formando extrañas hechuras, que no nos explicamos qué será. En el bolsillo izquierdo, otro armatoste del mismo tipo. En otro bolsillo más pequeño del lado derecho había varias piezas redondas y planas de metal blanco y rojo de diferente bulto; algunas del blanco, que parecía ser plata, eran tan grandes y pesadas que mi colega y yo apenas pudimos levantarlas. En el bolsillo izquierdo había unas columnas negras de forma irregular, a la parte superior de las cuales no podíamos alcanzar sin dificultad, según estábamos de pie en el fondo del bolsillo. Una de ellas estaba tapada y parecía enteriza, pero en la parte de arriba de la otra había una cosa blanca redonda de casi dos veces el tamaño de una cabeza. En cada una de ellas había guardada una enorme plancha de acero que, cumpliendo nuestras órdenes, le obligamos a que nos enseñara porque sospechábamos que podrían ser artefactos peligrosos. Sacólas de las fundas y nos dijo que en su país tenía por costumbre afeitarse la barba con una de ellas y cortar los alimentos con la otra. Había dos bolsillos donde no pudimos entrar;

éstos él los llama landres. Eran dos enormes cortes abiertos en la parte de arriba del cubremidad, pero que se mantenían apretadamente cerrados por la presión del vientre. De la landre derecha, que albergaba en el fondo una maravillosa variedad de máquina, colgaba hacia fuera una gran cadena de plata. Le indicamos que extrajera lo que quiera que hubiera al final de aquella cadena y que parecía ser una como esfera plana, mitad de plata, mitad de algún metal transparente, pues en la parte transparente se veían ciertos signos extraños dibujados en círculo, que pensamos que podríamos tocar hasta que vimos cómo los dedos se nos paraban ante aquella materia translúcida. Nos acercó a la oreja este aparato, que hacía un ruido continuo como el de una aceña, y conjeturamos que se trata bien de algún animal desconocido, bien del dios que él adora, aunque nos inclinamos más por lo último porque nos aseguró (si es que lo entendimos bien, pues se expresó muy imperfectamente) que pocas veces hace algo sin consultarlo. Lo llama su oráculo, y dijo que indicaba la hora de cada acción de su vida. De la landre izquierda extrajo una red con la que casi tendría de sobra un pescador, pero ideada para abrirse y cerrarse como una bolsa, que era de lo que a él le servía; en ella encontramos varias piezas macizas de metal amarillo que, si son de oro auténtico, deben de tener un valor inmenso.

Habiendo así, en obediencia de los mandatos de Su Majestad, registrado con diligencia todos los bolsillos, le notamos alrededor de la cintura un ceñidor hecho de cuero de algún extraordinario animal y del cual colgaba una espada del largo de cinco hombres, por el lado izquierdo, y por el derecho una bolsa o zurrón dividido en dos compartimentos, cada uno de los cuales podía contener a tres o cuatro súbditos de Su Majestad. En uno de estos compartimentos había varias esferas o bolas de un metal muy pesado y del tamaño de una cabeza, que exigían un brazo fuerte para levantarlas. El otro compartimento contenía un montón de unos granos negros de no gran tamaño ni peso, pues podíamos sostener más de cincuenta de ellos en la palma de la mano.

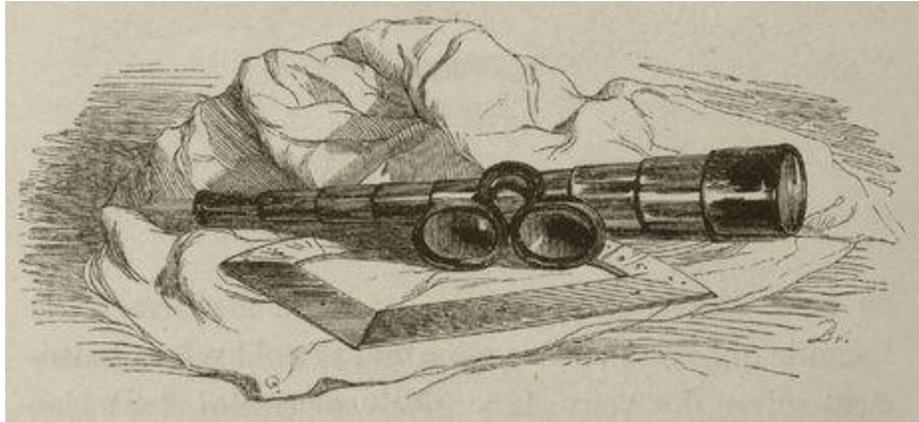
Éste es un inventario exacto de lo que encontramos sobre la persona del Hombre-montaña, que nos trató con gran cortesía y con el respeto debido a la comisión de Su Majestad. Firmado y sellado el día cuarto de la luna octogésima nona del venturoso reinado de Su Majestad.

Clefven Frellock, Marsi Frellock

El Emperador, tras habersele leído el inventario, me mandó que entregara cada uno de los objetos. En primer lugar nombró la cimitarra, que me quité con vaina y todo. Mientras tanto ordenó que tres mil de sus mejores soldados (que lo acompañaban en aquella ocasión) me rodearan a cierta distancia con los arcos y flechas listas para disparar, pero yo no advertí esto porque tenía los ojos clavados en Su Majestad. Me rogó luego desenvainara la cimitarra que, aunque algo enmohecida por el agua del mar, brillaba casi toda ella en gran manera. Así lo hice y al instante toda la tropa dio un grito entre de terror y asombro, pues el sol brillaba muy claro y el

reflejo los deslumbraba al blandir yo la cimitarra con la mano de un lado a otro. Su Majestad, que es un valerosísimo monarca, se intimidó menos de lo que yo hubiera esperado, y me ordenó devolverla a la vaina, y arrojarla al suelo tan despacio como me fuera posible a unos dos metros del extremo de mi cadena. Seguidamente me pidió una de las columnas de hierro huecas, refiriéndose así a mis pistolas de bolsillo. La saqué y atendiendo a sus deseos como mejor pude le expliqué su manejo, y cargándola sólo con pólvora, que por lo hermético del zurrón pudo librarse del agua del mar (inconveniente éste contra el que todo marinero prudente toma precauciones especiales), advertí al Emperador que no se asustara, y luego disparé al aire. Ahora el asombro de aquellos hombres fue mucho mayor que cuando vieron la cimitarra. Centenares de ellos cayeron como fulminados, e incluso el Emperador, aunque manteniéndose firme, tardó su tiempo en recobrase. Entregué las dos pistolas como había hecho con la cimitarra, y seguidamente el zurrón con la pólvora y las balas, suplicándole que la primera se mantuviera lejos del fuego, pues podía encenderse con la mínima chispa y hacer volar el palacio imperial por los aires. Entregué del mismo modo el reloj, que el Emperador sentía mucha curiosidad por ver, y mandó a dos de los alabarderos imperiales más robustos que lo sostuvieran a hombros sobre una pértiga, tal como en Inglaterra hacen los carreteros con los barriles de cerveza. Se quedó pasmado al oír el incesante ruido que hacía y apreciar el movimiento del minuterero, cosa que él fácilmente podía, pues la vista de aquella gente es mucho más aguda que la nuestra. Solicitó las opiniones de los sabios que lo acompañaban, que fueron diversas y peregrinas, como el lector puede muy bien imaginar sin que yo se lo diga, aunque por supuesto no pude entenderlas perfectamente. Diles después el dinero que traía en plata y cobre, la bolsita con nueve piezas grandes de oro y algunas otras más pequeñas, la navaja de afeitar y la otra, el peine y la tabaquera, el pañuelo y mi diario. La cimitarra, las pistolas y el zurrón se lo llevaron en carruajes a los almacenes de Su Majestad, pero el resto de mis bienes me fue devuelto. Como anteriormente he señalado, tenía un bolsillo secreto que se libró del registro. En él guardaba unos anteojos (que a veces uso porque tengo la vista débil), un catalejo de bolsillo y varias otras cosillas que, como no fueran de consecuencia al Emperador, no me creí

moralmente obligado a revelar; además recelaba no se me fueran a perder o estropear si me arriesgaba a separarme de ellas.



Capítulo 3

El autor entretiene al Emperador y a sus nobles, de uno y otro sexo, de manera muy poco común. Describense las diversiones de la Corte de Liliput. Al autor se le otorga la libertad bajo ciertas condiciones.

Mi amabilidad y buena conducta habían hecho tanta mella en el Emperador y la Corte, así como en el Ejército y la población en general, que empecé a albergar la esperanza de obtener la libertad en breve tiempo. Usé todos los medios posibles para fomentar esa favorable actitud. Los naturales vinieron poco a poco a sentirse menos recelosos de cualquier peligro por mi parte. Había veces que me tumbaba y permitía que cinco o seis de ellos bailaran sobre mi mano. Y al final muchachos y muchachas se atrevían a acercarse y jugar al escondite en mi pelo. Para entonces ya había progresado bastante en el arte de entender y hablar su lengua. Un día el Emperador tuvo la ocurrencia de agasajarme con varios espectáculos del país, materia ésta en que superan a cualquier otra nación de las que conozco, tanto en destreza como en esplendor. Nada me divirtió tanto como el número de los funámbulos, ejecutado sobre una fina hebra blanca de unos sesenta centímetros y a treinta del suelo. Sobre esto pediré permiso, y la paciencia del lector, para explayarme un poco.

Este pasatiempo lo practican solamente aquellos que procuran alcanzar altos cargos y favores en la Corte. Se los instruye en este arte desde que son jóvenes y no se trata siempre de hidalgos e intelectuales. Cuando un puesto importante queda vacante, sea por fallecimiento o por malandanza (que sucede a menudo), cinco o seis de estos candidatos solicitan del Emperador permiso para divertir a Su Majestad y a la Corte con unos equilibrios sobre la cuerda, y quienquiera que salte más alto sin caerse consigue el cargo. Muy a menudo incluso los primeros ministros reciben la orden de mostrar

su habilidad y convencer así al Emperador de que no han perdido facultades. A Flimnap^[8], Ministro de Hacienda, se le permite hacer una pirueta sobre la cuerda tensa al menos un dedo más alta que a cualquier otro caballero del imperio entero. Yo le he visto dar el salto mortal^[9] varias veces seguidas sobre un tajadero asegurado en la cuerda, que no es más ancha que el bramante corriente usado en Inglaterra. Mi amigo Reldresal, Primer Secretario de Asuntos Secretos, es en mi opinión, si soy imparcial, el segundo después del Ministro de Hacienda. El resto de los altos funcionarios se llevan muy poco.

Estos entretenimientos van a menudo acompañados de fatales accidentes, de gran número de los cuales hay constancia. Yo mismo he visto a dos o tres candidatos romperse un hueso; pero el peligro es mucho mayor cuando los ministros mismos reciben órdenes de mostrar su destreza, pues, al luchar por superarse a sí mismos y a sus colegas, van tan lejos en sus esfuerzos, que no hay apenas uno de ellos que no haya sufrido una caída, y algunos dos o tres. Se me aseguró que uno o dos años antes de mi llegada, Flimnap se habría desnucado indefectiblemente si una de las *almohadillas del Rey*^[10], que por casualidad se encontraba tirada en el suelo, no hubiera amortiguado la fuerza de la caída.

Hay también otro entretenimiento que tiene lugar sólo ante el Emperador y la Emperatriz, y el Primer Ministro en ocasiones especiales. El Emperador coloca en una mesa tres hebras finas de seda de quince centímetros. Una es azul, otra roja, y verde la tercera. Estas hebras se ofrecen como premios a aquellos a quienes el Emperador se propone distinguir con una señal especial de su favor^[11]. La ceremonia se celebra en la Gran Cámara de la Regencia de Su Majestad, donde los participantes se someten a una prueba de destreza muy distinta de las otras, y tan original, que nunca he visto nada mínimamente comparable en ningún otro país del Viejo o del Nuevo Mundo. El Emperador sostiene con las manos una vara en posición horizontal mientras los contendientes, acercándose uno a uno, ya saltan sobre la vara, ya se arrastran bajo ella varias veces de un lado a otro, según se mueva hacia delante o hacia abajo. Hay veces en que el Emperador sostiene un extremo de la vara y el Primer Ministro el otro: otras el Primer Ministro la sostiene solo. A aquel que ejecuta el número con más

habilidad y aguanta más *saltando y arrastrándose*, se le otorga la seda de color azul, la roja se da al siguiente y la verde al tercero, enseña que todos ellos llevan ceñida en dos vueltas alrededor de la cintura; y se ven pocos grandes por aquella Corte que no se adornen con una faja de éstas.



Los caballos del Ejército y los de las cuadras reales, tras haber sido llevados diariamente delante de mí, habían perdido el miedo y se me acercaban hasta los pies sin espantarse. Los jinetes les hacían saltar sobre mi mano mientras la mantenía en el suelo, y uno de los cazadores del Rey, a lomos de un enorme semental, pudo salvar mi pie con zapato y todo, salto que fue verdaderamente prodigioso. Un día tuve la buena suerte de poder distraer al Emperador de una manera realmente extraordinaria. Le rogué que ordenara se me proporcionaran varios palos de algo más de medio metro y del grueso de un bastón corriente. Inmediatamente Su Majestad ordenó al Superintendente de sus bosques que diera instrucciones en ese sentido, y a la mañana siguiente seis leñadores llegaron con otros tantos carruajes tirados por ocho caballos cada uno. Tomé nueve palos y los clavé bien en el suelo formando un cuadro de setenta y cinco centímetros de lado, y después otros cuatro que por los extremos até horizontalmente en las esquinas a unos sesenta centímetros del suelo. Sujeté luego el pañuelo a los nueve palos clavados y lo tensé de todas partes hasta dejarlo tirante como el

parche de un tambor, mientras que los cuatro palos horizontales, que sobresalían poco más de diez centímetros por encima del pañuelo, hacían como de barandilla a los lados. Acabado que hube esta labor, rogué al Emperador permitiera que un grupo de sus mejores jinetes, en número de veinticuatro, viniera y se entrenara en esta explanada. Su Majestad dio por buena esta proposición y los tomé uno a uno con las manos, ya montados y pertrechados, junto con los entrenadores pertinentes. Así que formaron, se dividieron en dos grupos y ejecutaron simulacros de escaramuzas, dispararon flechas despuntadas, desenvainaron las espadas, huyeron y persiguieron, atacaron y retrocedieron, y en breve tiempo exhibieron la mejor instrucción militar que yo haya contemplado. Los palos horizontales los guardaban, a ellos y a los caballos, de caer fuera de la palestra. El Emperador estaba tan complacido que ordenó que se repitiera el espectáculo varios días, y en una ocasión tuvo el gusto de que lo levantara del suelo para dar la voz de mando, y con no poca dificultad persuadió a la Emperatriz a permitir que yo la sostuviera en su silla de manos a dos metros de la palestra, desde donde podía obtener una vista general de todo el espectáculo. Tuve suerte que en estas diversiones no ocurrió ningún percance, sólo que una vez un caballo fogoso de uno de los capitanes hizo un agujero en el pañuelo al soltar una patada con la pezuña y, colándosele la pata, derribó a su jinete en la caída, mas al instante los socorrí a los dos y, tapando el agujero con una mano, con la otra bajé al grupo de caballistas de la misma manera que los había subido. El caballo que tropezó se lastimó el brazo izquierdo pero el jinete resultó ileso, y yo remendé el pañuelo como mejor pude; sin embargo nunca más me fiaría de su resistencia en tan peligrosas faenas.

Cosa de dos o tres días antes de que se me pusiera en libertad y mientras me encontraba entreteniendo a la Corte con esta suerte de tinglados, llegó un mensajero a informar a Su Majestad de que algunos de sus súbditos, que cabalgaban cerca del lugar donde en principio me apresaron, habían visto en el suelo un gran objeto negro de forma extraña cuyos bordes se extendían sobre un área tan amplia como el dormitorio de Su Majestad, y cuyo punto medio se elevaba a la altura de un hombre; que no era criatura viviente como al principio habían sospechado, pues permaneció inmóvil en

la hierba, aunque algunos de ellos dieron unas vueltas andando a su alrededor; que, subiéndose en hombros unos de otros, habían llegado a la punta, que era plana y regular, y tras golpear con el pie descubrieron que por dentro estaba hueco; que humildemente suponían que podía ser algo que perteneciera al Hombre-montaña, y que si a Su Majestad le pluguiera, se encargarían de llevarlo allí con sólo cinco caballos. Al instante supe a qué se referían y me alegré de verdad de recibir tal conocimiento. Parece ser que tras llegar a la playa después del naufragio me encontraba tan aturdido que, antes de dirigirme al lugar donde me quedé dormido, el sombrero, que me había sujetado a la cabeza con una cuerda mientras remaba, y que siguió sujeto mientras nadaba, se me cayó al llegar a tierra tras romperse la cuerda, según supongo, por alguna causa que no noté, aunque pensaba que lo había perdido en el mar. Supliqué a Su Majestad que diera órdenes para que se me devolviera en cuanto fuera posible y le expliqué qué era y para qué servía, y al día siguiente unos carreteros llegaron con él, pero no venía en muy buenas condiciones. Le habían hecho dos agujeros en el ala a cuatro centímetros del borde y en ellos habían asegurado dos ganchos que iban atados a los arreos, y así arrastraron el sombrero a lo largo de más de media milla inglesa, aunque, como en aquel país el terreno es liso y uniforme en extremo, recibió menos daño del que yo hubiera esperado.

Dos días después de este suceso, y habiendo ordenado el Emperador que la parte del Ejército acuartelada en la metrópoli y sus aledaños estuviera dispuesta, tuvo el capricho de divertirse de manera muy singular. Me rogó que me pusiera de pie como el Coloso de Rodas, con las piernas tan abiertas como pudiera, pero cómodo. Ordenó después a su General, un viejo y curtido caudillo, gran protector mío, que formara a las tropas en orden cerrado y que desfilaran por debajo de mí, la infantería de veinticuatro en fondo y la caballería de dieciséis, con los tambores batiendo, las banderas al viento y las picas bajas. Este grupo consistía en tres mil soldados de a pie y mil de a caballo. Su Majestad dio la orden, bajo pena de muerte, de que todo soldado en el desfile debía observar la más estricta compostura respecto a mi persona, lo que sin embargo no pudo impedir que algunos de los oficiales más jóvenes dirigieran la mirada hacia arriba al

pasar por debajo de mí. Y a decir verdad los calzones los traía en tan malas condiciones que sí que ofrecían alguna oportunidad para la risa y la admiración.



Había presentado ya tantos memoriales y peticiones sobre mi libertad que al fin Su Majestad mencionó el asunto, primero ante el Gabinete y luego en el pleno del Consejo, donde nadie habló en contra excepto Skyresh Bolgolam, quien sin ninguna provocación de parte mía se complacía en ser mi mortal enemigo. Pero se aprobó en contra de su parecer por la Junta en pleno y el Emperador lo ratificó. Aquel ministro era *Galbet*, o Almirante del Reino, persona muy de la confianza de su señor y bien versada en negocios, pero de aspecto taciturno y agrio. No obstante al final lo persuadieron a ceder, aunque consiguió que las normas y condiciones bajo las que se me daba la libertad, y por las cuales yo debía prestar juramento,

debían ser redactadas por él. Estas normas me las llevó Skyresh Bolgolam en persona, acompañado de dos subsecretarios y varias personas distinguidas. Una vez leídas, se me ordenó jurar que las observaría, primero a la manera de mi país y luego siguiendo el método prescrito por sus leyes, que era agarrarme el pie derecho con la mano izquierda, poniendo el dedo corazón de la mano derecha en la coronilla y el pulgar en la punta de la oreja derecha.



Pero como el lector puede que sienta curiosidad por enterarse un poco del estilo y manera de expresarse de aquella gente, así como de conocer las normas bajo las que recobré la libertad, he traducido entero el documento palabra por palabra, en lo que me fue posible, y ahora lo ofrezco al público:

Golbasto Momaren Evlame Gurdilo Shefin Mully Ully Güe, Emperador poderosísimo de Liliput, Delicia y Terror del Universo, cuyos dominios abarcan cinco mil blustrugos (unas doce millas en redondo), llegando hasta los confines del Universo, Monarca de todos los monarcas, más alto que los hijos de los hombres, cuyos pies oprimen el centro de la Tierra y cuya cabeza toca al Sol, a cuyo gesto les tiemblan las piernas a los soberanos de la Tierra, agradable como la primavera, comfortable como el verano, fructuoso como el otoño, temible como el invierno: Su Muy Sublime Majestad propone al Hombre-montaña, recientemente llegado a nuestros celestiales dominios, las siguientes Normas, que bajo juramento solemne se obligará a guardar:

1.^a El Hombre-montaña no partirá de nuestros dominios sin nuestra licencia, sellada con nuestro Gran Sello.

2.^a No osará entrar en nuestra metrópoli sin nuestra orden expresa, en cuya ocasión se avisará a los habitantes con dos horas de antelación para que permanezcan en sus casas.

3.^a El dicho Hombre-montaña se limitará a andar por nuestros caminos reales y no intentará andar o tumbarse en un prado o en un campo de mies.

4.^a Transitando por los mencionados caminos, tomará los mayores cuidados para no tropezar con ninguno de nuestros amados súbditos, sus caballos o carruajes, ni tomar en la mano a ninguno de nuestros mencionados súbditos sin su consentimiento.

5.^a Si un mensajero tuviere que efectuar un despacho extraordinario, el Hombre-montaña estará obligado a transportar en el bolsillo al mensajero y a su caballo el trecho de seis días una vez cada luna, y traer de vuelta al mencionado mensajero, si así se requiriese, sano y salvo a nuestra Imperial Presencia.

6.^a Será nuestro aliado en contra de nuestros enemigos de la Isla de Blefuscu y hará cuanto pueda por destruir su flota, que ahora la están preparando para invadirnos.

7.^a Que el dicho Hombre-montaña deberá en su tiempo libre ayudar y asistir a nuestros obreros ayudándolos a levantar unas grandes piedras para revestir el muro del Parque Principal y otros reales edificios nuestros.

8.^a Que el dicho Hombre-montaña deberá, en el plazo de dos lunas, entregar una medición exacta del perímetro de nuestros dominios, contando sus propios pasos a lo largo de la costa.

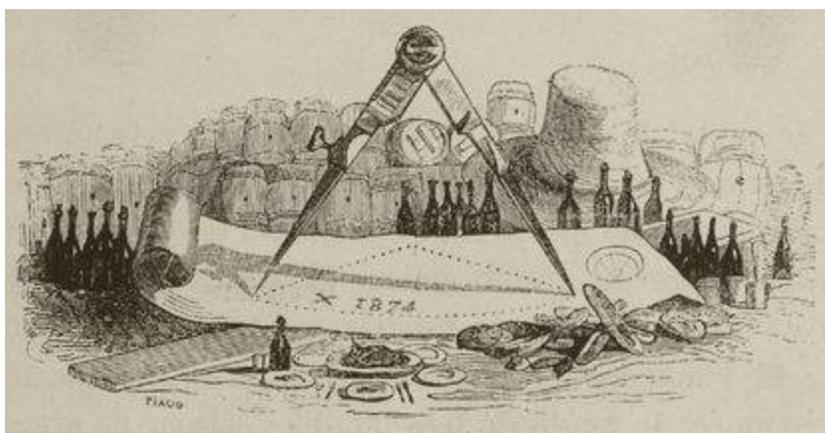
Finalmente, que, tras el juramento solemne por el que observará todas las normas mencionadas, el Hombre-montaña recibirá una ración diaria de comida y bebida suficientes para el mantenimiento de 1.728 de nuestros súbditos, y tendrá libre acceso a nuestra Real Persona, además de otras pruebas de nuestro favor.

Dado en nuestro Palacio de Belfaborac el día duodécimo de la luna nonagésimo prima de nuestro reinado.

Presté juramento y firmé estas normas con gran alegría y contento, aunque algunas de ellas no eran tan honorables como hubiera deseado, pues procedían de la mala voluntad de Skyresh Bolgolam, Almirante Supremo. Tras esto se me quitaron las cadenas inmediatamente y me encontré en plena libertad; el mismo Emperador en persona me hizo el honor de estar presente durante toda la ceremonia. Mostré mi agradecimiento postrándome a los pies de Su Majestad, mas él me mandó levantar y, luego de muchas muestras de su gracia, que no repetiré por evitar críticas de vanidad, añadió que esperaba que resultaría un servidor útil y me haría merecedor de todos los favores que ya me había dispensado o me dispensaría en el futuro.

El lector puede tener el gusto de observar que en la última de las normas necesarias para recobrar la libertad, el Emperador estipula que se me conceda una cantidad de comida y bebida suficiente para mantener a 1.728 liliputienses. Algún tiempo después, habiendo preguntado a un amigo de la

Corte cómo se las arreglaron para fijar una cifra tan concreta, me dijo que los matemáticos de Su Majestad, tras medir la altura de mi cuerpo usando un cuadrante y descubrir que era más grande que el suyo en la proporción de doce a uno, concluyeron por la semejanza de sus cuerpos que el mío debía tener un volumen de 1.728 de los suyos y consecuentemente requeriría tanto alimento como se necesitaba para mantener el mismo número de liliputienses. Con esto puede el lector hacerse una idea del ingenio de aquella gente, así como de la prudente y escrupulosa administración de soberano tan grande.



Capítulo 4

Donde se describe Mildendo, metrópoli de Liliput, así como el Palacio del Emperador. Conversación entre el autor y un Primer Secretario sobre los asuntos de aquel Imperio; el autor se ofrece a ayudar al Emperador en sus guerras.

Lo primero que pedí tras obtener la libertad fue que se me diera licencia para visitar Mildendo, la metrópoli, cosa que el Emperador me concedió fácilmente, pero con el encargo especial de que no causara daño ni a los habitantes ni a los edificios. La gente tuvo noticia de mi intención de visitar la ciudad por medio de un bando. La muralla que la rodea tiene setenta y cinco centímetros de alta y no menos de treinta de espesor, de modo que un coche de caballos puede transitarla fácilmente toda en redondo, y a cada tres metros tiene adosadas fuertes torres. Salté sobre la gran puerta del oeste y pasé con mucho cuidado y de lado por las dos calles principales, con sólo mi chaleco corto encima por temor de dañar los tejados y aleros de las casas con los faldones de la casaca. Caminé con la máxima precaución para evitar pisar a algún despistado que pudiera haberse quedado en la calle, aunque las órdenes eran muy estrictas: todo el mundo debería permanecer en casa o sufrir las consecuencias. Las ventanas de las buhardillas y los tejados de las casas estaban tan abarrotados de espectadores que creí no haber visto un lugar más populoso en todos mis viajes. La ciudad es un cuadrado y cada lado de la muralla tiene ciento setenta metros de largo. Las dos calles principales, que se cortan en cruz y la dividen en cuatro partes iguales, tienen metro y medio de anchas. Las travesías y callejones, donde no pude entrar pero vi al pasar, tienen a su vez de treinta a cuarenta y cinco centímetros. La ciudad puede dar cabida a cinco mil almas. Las casas tienen de tres a cinco pisos. Los comercios y mercados, bien abastecidos.

El Palacio del Emperador se halla en el centro de la ciudad, en la intersección de las dos calles principales. Lo rodea un muro de sesenta centímetros de alto separado siete metros de los otros edificios. Tenía permiso de Su Majestad para saltar sobre este muro y, como el espacio que lo separa del Palacio es amplio, pude contemplarlo fácilmente desde todos los lados. El patio exterior es un cuadrado de trece metros de lado y tiene dentro otros dos: en el interior se hallan los aposentos reales, que yo tenía muchas ganas de ver, pero era sumamente difícil porque las grandes puertas que comunicaban un patio con el otro no tenían ni medio metro de altura y veinte centímetros de ancho. Y los edificios del patio exterior medían al menos metro y medio de altura y me era imposible salvarlos sin producir graves daños al conjunto, aunque las paredes, de diez centímetros de espesor, estaban sólidamente construidas en piedra labrada. Con todo y eso el Emperador sentía un gran deseo de que viera la magnificencia de su palacio, pero esto no me fue posible hasta tres días después, tiempo que pasé talando con la navaja algunos de los árboles más altos del Parque Real a unos cien metros de la ciudad. Con estos árboles hice dos taburetes de un metro de altura cada uno y lo suficientemente resistentes para sostener mi peso. Una vez avisada la población, atravesé de nuevo la ciudad hacia el Palacio con mis dos taburetes en la mano. Cuando llegué al patio exterior me subí en un taburete y tomé el otro en la mano y, pasándolo por encima del tejado, lo coloqué con mucho cuidado en el espacio entre el primer patio y el segundo, que tenía dos metros y medio de ancho.



Salté luego cómodamente sobre los edificios de un taburete a otro y recogí el primero con una cayada. Con este invento llegué al patio interior y, tendiéndome sobre un costado, acerqué la cara a las ventanas de los pisos medios y pude descubrir los más espléndidos aposentos que imaginarse puedan. Vi allí a la Emperatriz y a los jóvenes Príncipes, cada cual en su estancia y rodeados de sus principales servidores. Su Majestad Imperial se dignó dirigirme una sonrisa muy graciosamente y me tendió la mano para que se la besara.

Mas no revelaré al lector más descripciones de este tipo, pues las guardo para un trabajo más importante que está ya casi listo para entrar en prensa y contiene una descripción general de este Imperio desde su primitiva fundación y a través de una larga serie de soberanos, acompañada de una relación detallada de sus guerras y su política, leyes, cultura y religión, la flora y la fauna, costumbres y tradiciones autóctonas y otras cosas muy curiosas y útiles, mientras que ahora mi intención principal es únicamente relatar aquellos acontecimientos y acciones que afectaron a la población o a mí mismo durante una estancia de unos nueve meses en aquel Imperio.

Una mañana, quince días o así después de recobrar la libertad, el Primer Secretario (como lo llaman) de Asuntos Secretos, Reldresal, vino a mi casa acompañado tan sólo de un criado. Ordenó que su coche esperara a cierta distancia y me rogó le concediera una hora de audiencia, a lo cual enseguida accedí a causa de su categoría y cualidades personales, así como

por sus buenos oficios para conmigo durante mis solicitudes en la Corte. Me ofrecí a tenderme en el suelo para que así pudiera alcanzar a mis oídos más fácilmente, pero prefirió que lo cogiera en la mano durante nuestra charla. Empezó con cumplidos sobre mi libertad y dijo que él podía considerarse digno de algún mérito en conseguirla, pero añadió sin embargo que si no hubiera sido por la situación en la que se encontraba la Corte tal vez no la hubiera obtenido tan pronto. «Pues, dijo, a pesar de encontrarnos en una situación tan floreciente a los ojos de un forastero, el caso es que nos debatimos entre dos males poderosos: una facción violenta en casa y el peligro de invasión por parte del más potente enemigo extranjero. En cuanto a lo primero debes saber que en las últimas setenta y tantas lunas ha habido en este Imperio dos partidos en lucha bajo las denominaciones de *Tramecksan* y *Slamecksan*^[12], así llamados por los tacones, altos o bajos, de sus zapatos, que es por lo que se distinguen entre ellos. Así se dice que los Tacones Altos están muy conformes con nuestra antigua Constitución, pero a pesar de eso, Su Majestad ha decidido hacer uso únicamente de Tacones Bajos en la administración del Estado y en todos los puestos en manos de la Corona, como puedes fácilmente observar, así como que los imperiales tacones de Su Majestad son al menos un *drurro*^[13] más bajos que los de cualquiera de la Corte (un *drurro* mide casi dos milímetros). El odio entre estos dos partidos es tan enconado que ni comen, ni beben juntos, ni se hablan entre ellos. Calculamos que los *Tramecksan* o Tacones Altos nos superan en número, pero el poder está enteramente de nuestra parte. Sospechamos que Su Alteza Imperial, el Heredero de la Corona^[14], siente cierta inclinación hacia los Tacones Altos, o al menos podemos claramente ver que uno de sus tacones es más alto que el otro, lo que le hace cojear un poco al andar. Ahora bien, en medio de estas perturbaciones intestinas nos encontramos bajo la amenaza de ser invadidos por la Isla de Blefuscu, que es el otro gran Imperio del universo, casi tan grande y poderoso como éste de Su Majestad. Pues eso que te hemos oído afirmar de que hay otros reinos y estados en el mundo, habitados por seres humanos tan grandes como tú, nuestros filósofos lo ponen muy en duda y más bien opinan que has caído de la luna o de una estrella, ya que es seguro que un centenar de mortales de tu estatura destruirían en poco tiempo toda la cosecha y el ganado de los

dominios de Su Majestad. Además nuestra historia de seis mil lunas no hace mención de ninguna otra región excepto los dos grandes imperios de Liliput y Blefuscu; y estas dos poderosas potencias, como iba diciendo, llevan enzarzadas en una guerra obstinadísima desde hace treinta y seis lunas^[15]. Empezó por el siguiente motivo: todo el mundo está de acuerdo en reconocer que la manera primitiva de partir huevos antes de comerlos era rompiéndolos por el extremo más ancho, pero el abuelo de Su Majestad actual, siendo muchacho, una vez que iba a comer un huevo, lo rompió de acuerdo con la práctica antigua y por casualidad se cortó un dedo.



Tras esto su padre, el Emperador, publicó un edicto ordenando a sus súbditos, bajo penas severas, que rompieran los huevos por el extremo más delgado. La población se ofendió tanto ante esta ley, que según nuestras crónicas ha habido seis sublevaciones a cuenta de eso, en una de las cuales perdió la vida un emperador y otro la corona^[16]. Estos disturbios los fomentaban constantemente los monarcas de Blefuscu, y cuando eran reprimidos, los que escapaban siempre buscaban refugio en aquel Imperio. Se calcula que unas con otras once mil personas han preferido morir antes de someterse a romper los huevos por el extremo más delgado. Muchos cientos de grandes volúmenes se han publicado sobre esta controversia, pero los libros de los Anchextremistas llevan mucho tiempo prohibidos y

todos los miembros del partido, inhabilitados por ley para desempeñar cargo alguno. Durante el transcurso de estos problemas los emperadores de Blefuscu protestaron frecuentemente por medio de embajadores, acusándonos de crear un cisma religioso al pecar contra una doctrina fundamental de nuestro gran profeta Lustrog en el capítulo cincuenta y cuatro del *Brundecral* (que es su Corán). Esto sin embargo parece ser una mera manipulación del texto, pues las palabras son: *Que todos los fieles creyentes rompan los huevos por el extremo conveniente*, y saber cuál es el extremo conveniente parece en mi modesta opinión que debe dejarse a la conciencia de cada hombre, o al menos en el poder del Juez Supremo para que él lo determine. Mas los Anchextremistas huidos han encontrado tanto crédito en la Corte del Emperador de Blefuscu, y tanta ayuda y estímulo clandestinos de su partido aquí en su país, que una guerra sangrienta entre los dos imperios se viene perpetuando ya treinta y seis lunas con vario resultado; y en este tiempo hemos perdido cuarenta navíos de línea y un número mayor de naves más pequeñas, junto con treinta mil de nuestros mejores marinos y soldados. Y el daño que el enemigo ha recibido se calcula que ha sido de algún modo superior al nuestro. No obstante, ellos tienen ahora equipada una flota numerosa y están preparándose ya para lanzar un ataque sobre nosotros. Su Majestad Imperial, depositando gran confianza en tu valor y tu fuerza, me ha ordenado exponer ante ti esta relación de sus asuntos».

Rogué al Secretario que presentara al Emperador mis humildes servicios y le hiciese saber que, según mis convicciones, no sería digno de mí, siendo extranjero, entrometerme en cosas de partidos, pero que estaba dispuesto, arriesgando la vida incluso, a defender su persona y Estado contra cualquier invasor.

Capítulo 5

El autor aborta una invasión valiéndose de una extraordinaria estratagema. Se le concede un alto título honorífico. Del Emperador de Blefuscu llegan embajadores solicitando la paz. Incendio por descuido en los aposentos de la Emperatriz. El autor contribuye decisivamente a salvar el resto del Palacio.

El Imperio de Blefuscu es una isla situada al nornordeste de Lilibut, de donde lo separa un estrecho de sólo setecientos metros. No lo conocía todavía y, tras la noticia de que se preparaba una invasión, evité aparecer por aquella parte de la costa por temor de ser descubierto por alguno de los barcos del enemigo, quien no tenía conocimiento de mí porque todas las relaciones entre los dos imperios estaban estrictamente prohibidas bajo pena de muerte durante la guerra, y nuestro Emperador había impuesto una prohibición de operar que afectaba a todas las naves cualesquiera que fuesen. Comunicué a Su Majestad un proyecto que había ideado para apresar a toda la flota enemiga, que, como nuestros espías nos aseguraban, se encontraba anclada en puerto, lista para hacerse a la vela con el primer viento favorable. Consulté a los marinos más expertos sobre la profundidad del estrecho, que ellos habían sondeado muchas veces, y me dijeron que con la marea alta había en el medio setenta *glumgluffos*, unos dos metros en medida europea, y en el resto cincuenta *glumgluffos* como máximo. Caminé hacia la costa nordeste frente a Blefuscu y allí, echado tras un altozano, saqué mi pequeño catalejo de bolsillo y observé la flota enemiga al ancla. Consistía en unos cincuenta buques de guerra y gran número de transportes. Me fui luego a casa y ordené (para lo cual disponía de una autorización) una cantidad grande del cable más fuerte y barras de hierro. El cable era del grueso del bramante o así y las barras, del largo y ancho de una aguja de hacer punto. Doblé el cable tres veces para hacerlo más resistente y con el

mismo propósito trencé barras de hierro de tres en tres para hacer una que doblé luego por la punta en forma de gancho. Una vez que aseguré cincuenta ganchos a otros tantos cables volví a la costa nordeste y, quitándome la casaca, los zapatos y las medias, con el jubón de cuero puesto, me eché a andar mar adentro cuando faltaba una media hora para que subiera la marea. Vadeé el primer trecho tan deprisa como pude y en la parte media nadé unos treinta metros hasta que toqué el fondo de nuevo. Llegué a la flota en menos de media hora. El enemigo se asustó tanto al verme que los que estaban en los barcos se tiraron por la borda y se pusieron a nadar hacia la playa, donde no había menos de treinta mil almas. Tomé luego mi aparejo y, tras meter un gancho en el agujero de proa de cada barco, até todas las cuerdas juntas al otro extremo. Mientras esto hacía, el enemigo disparó varios miles de flechas, muchas de las cuales se me clavaron en la cara y las manos, cosa que, además del mucho escozor, me hacía muy incómodo el trabajo. Lo que más temía era que me dieran en los ojos, y los habría perdido irremisiblemente si no se me hubiera ocurrido de pronto una solución. Guardaba yo entre otras rosillas útiles un par de anteojos en un bolsillo secreto que, como he indicado anteriormente, se salvó de los registradores del Emperador. Los saqué y me los sujeté como mejor pude sobre la nariz, y así pertrechado continué bravamente con mi tarea a pesar de las flechas del enemigo, muchas de las cuales chocaban contra los cristales de los anteojos, aunque sin otro efecto que el de descolocármelos un poco. Tenía ya asegurados todos los ganchos y, tomando el nudo en la mano, empecé a tirar, mas ni un solo barco se movió, ya que estaban todos anclados, de modo que la parte más audaz de mi cometido faltaba por hacer. Solté entonces las cuerdas y con resolución corté con la navaja los cables de las anclas, recibiendo en ello más de doscientos proyectiles en la cara y las manos. Tomé luego el extremo anudado de los cables a los que iban sujetos los ganchos y con gran facilidad arrastré detrás de mí cincuenta buques de guerra de los más grandes del enemigo.



Los blefuscuanos, que no tenían la mínima idea de lo que pretendía, se quedaron al principio confundidos en su estupor. Me habían visto cortar los cables y pensaron que mi intención era únicamente dejar los barcos a la deriva o que se estrellaran unos con otros; pero cuando vieron que toda la flota se movía en formación, tirando yo de la punta, levantaron tal griterío de angustia y desesperación que es casi imposible describirlo o imaginarlo. Una vez que me encontré fuera de peligro, me detuve un momento para extraer las flechas que llevaba clavadas en las manos y la cara y darme un poco del mismo unguento que se me aplicara al principio de llegar, como ya he mencionado. Me quité luego los anteojos y, tras casi una hora de espera hasta que la marea bajó un poco, vadeé la zona del medio con mi carga y llegué a salvo al puerto real de Liliput.

El Emperador y la Corte en pleno estaban en la orilla esperando el resultado de esta gran aventura. Veían cómo las naves avanzaban en forma de una gran media luna, pero no podían verme porque el agua me llegaba hasta el pecho. Cuando llegué al centro del estrecho se sintieron más apenados aún, pues el agua me llegaba al cuello. El Emperador dio por hecho que me había ahogado y que la flota enemiga se estaba acercando de manera hostil, mas pronto se le disiparon los temores, pues como el canal era más y más vado a cada paso que daba, en poco tiempo me puse al alcance del oído y, levantando el extremo del cable con el que traía sujeta la flota, grité en alta voz: «¡Viva el muy poderoso Emperador de Lilibut!».

Al llegar a tierra el soberano me recibió con todos los elogios imaginables y en el acto me nombró *Nardac*, que es el título honorífico más alto entre ellos.

Su Majestad me rogó dispusiera de alguna otra oportunidad para llevar a sus puertos el resto de los barcos del enemigo. Tan desmedida es la ambición de los monarcas que aquel parecía pensar nada menos que en reducir el Imperio entero de Blefuscu a una colonia y gobernarla por medio de un virrey, en exterminar a los exiliados Anchestremistas y forzar a la población a romper los huevos por el extremo más estrecho, con lo cual quedaría él como único monarca de toda la Tierra. Pero procuré disuadirlo de estas intenciones con muchos argumentos sacados de los manuales de política y de justicia, y declaré explícitamente que nunca sería el instrumento que llevara a un pueblo libre y valeroso a la esclavitud. Y cuando esta cuestión se discutió en el Consejo los más juiciosos del Gabinete fueron de mi opinión.

Esta franca y audaz declaración era tan opuesta a los planes y la política de Su Majestad que nunca me lo perdonó. Lo mencionó de manera muy ladina en el Consejo, donde algunos de los más prudentes se me dijo que parecían compartir mi opinión al menos con su silencio, pero otros, que eran enemigos míos en secreto, no pudieron contener ciertas expresiones que indirectamente me perjudicaban. A partir de esto comenzó una intriga entre Su Majestad y una camarilla de ministros rencorosamente dispuestos contra mí, que estalló en menos de dos meses y pudo haber terminado con mi total perdición. De tan poco valen los más grandes servicios rendidos a

un soberano cuando se ponen en la balanza junto a una negativa a satisfacer sus pasiones.

Unas tres semanas después de esta hazaña llegó de Blefuscu una impresionante embajada con humildes ofrecimientos de paz, que se firmó enseguida bajo condiciones muy ventajosas para nuestro Emperador, y con las cuales no molestaré al lector. Venían seis embajadores con una comitiva de unas quinientas personas, e hicieron una entrada realmente fastuosa, como correspondía a la grandeza de su señor y a la importancia de su misión. Cuando se hubo concluido el tratado, en el cual les hice algunos buenos oficios por el ascendiente que ahora tenía, o al menos parecía tener, en la Corte, Sus Excelencias, a quienes en privado se había informado de cuánta había sido mi amistad para con ellos, me hicieron una visita en toda regla. Empezaron con muchos cumplidos sobre mi valor y magnanimidad, me invitaron a ir a su país en nombre del Emperador su señor, y me rogaron les hiciera algunas demostraciones de mi prodigiosa fuerza, de la cual habían oído tantas maravillas; en esto los complací de buena gana, pero no detendré al lector con detalles.

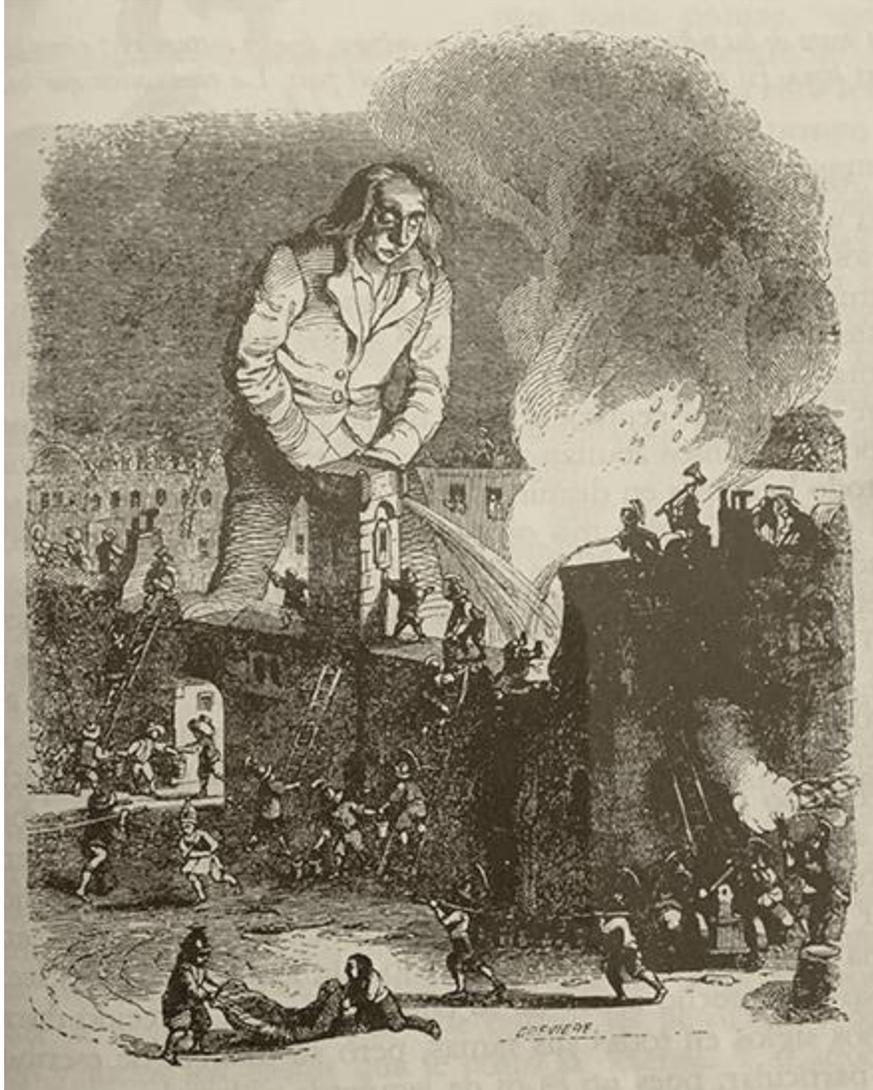
Tras un rato de diversión, de la cual Sus Excelencias quedaron infinitamente satisfechos y asombrados, les rogué me hicieran el honor de presentar mis humildes respetos al Emperador su señor, la fama de cuyas virtudes con tanta razón llenaba el mundo entero de admiración, y cuya real persona estaba yo decidido a cortejar antes de volverme a mi país. Así pues, cuando tuve el honor de volver a ver a nuestro Emperador, solicité su visto bueno para presentar mis respetos al monarca blefuscuano, gracia que él se dignó concederme de manera muy fría, como pude claramente advertir, mas no pude averiguar por qué hasta que alguien me dijo al oído que Flimnap y Bolgolam habían hablado de mi entrevista con los embajadores haciéndola pasar como una señal de mala voluntad, lo cual puedo asegurar que nunca tuvo cabida en mi corazón. Fue así como por vez primera comencé a formarme alguna idea negativa de lo que son Cortes y ministros.

Debería señalar que aquéllos embajadores me hablaron a través de un intérprete, ya que el idioma de los dos imperios es tan distinto uno de otro como otros dos cualesquiera de Europa, y las dos naciones se enorgullecen de la antigüedad, belleza y fuerza expresiva de su lengua, despreciando

abiertamente la del vecino. Con todo y eso nuestro Emperador, aprovechando la ventaja que tenía por la captura de la flota, los obligó a presentar sus credenciales y pronunciar su discurso en liliputiense. Aunque hay que reconocer que, debido a la importancia de las relaciones comerciales y mercantiles entre los dos países, a la continua acogida de exiliados, que es una operación mutua, y a la costumbre en cada Imperio de mandar al otro a los jóvenes nobles y a los burgueses ricos para que se eduquen viendo mundo y conociendo hombres y costumbres, hay pocas personas distinguidas, mercaderes o marinos que habiten en las zonas costeras, que no puedan sostener una conversación en ambos idiomas, cosa que pude ver por mí mismo cuando fui a pagar mis respetos al Emperador de Blefuscu, aventura que en medio de grandes calamidades, debidas a la mala voluntad de mis enemigos, resultó muy feliz para mí, como relataré en el lugar debido.

Podrá recordar el lector que cuando firmé aquellas normas por las que recuperé la libertad, había algunas que no eran de mi gusto por ser demasiado serviles, y que nada, excepto la necesidad más imperiosa, me había forzado a suscribir. Mas como fuera ahora *Nardac*, es decir, del rango más alto en aquel Imperio, tales responsabilidades se consideraban inferiores a mi dignidad y el Emperador, todo hay que decirlo, nunca me las mencionó. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que tuviera una oportunidad de deparar a Su Majestad, al menos yo lo pensé así entonces, un muy señalado servicio. Y fue que a medianoche me sobresaltaron los gritos de muchos cientos de personas que estaban a la puerta, y como me despertaran tan de repente me quedé como aterrorizado. Oía la voz *burglum*, que se repetía una y otra vez. Varios miembros de la Corte de Su Majestad, tras abrirse paso a través de la multitud, me suplicaron que fuera inmediatamente a Palacio, donde el aposento de Su Majestad la Emperatriz estaba en llamas a cuenta del descuido de una doncella de honor que se había quedado dormida mientras leía una novela. Me levanté enseguida y, habiéndose ordenado que se despejara el camino delante de mí, y como fuera la noche de luna clara, conseguí llegar al Palacio sin atropellar a nadie. Vi que ya habían arrimado escaleras a las paredes del aposento y estaban bien provistos de cubos, pero el agua estaba un poco lejos. Los

cubos eran del tamaño de dedos grandes y aquella pobre gente me los daba tan deprisa como podía, pero el fuego era tan violento que servían de poco. Podría haberlo sofocado fácilmente con la casaca, pero por mala suerte me la había dejado en casa con las prisas y acudí con sólo el jubón de cuero encima. La situación parecía totalmente desesperada y lamentable, y el espléndido palacio habría ardid indefectiblemente hasta los cimientos si, con sangre fría, cosa insólita en mí, no hubiera pensado de pronto en una solución. La noche anterior había bebido en abundancia de un vino sabrosísimo llamado *glimigrim* (los blefuscuanos lo llaman *flunec*, pero el nuestro se considera mejor), que es muy diurético. Por la más afortunada casualidad del mundo no me había desprendido de nada de él. El calor que me entrara al acercarme tanto a las llamas y mis esfuerzos para apagarlas hicieron que el vino empezara a funcionar como orina, que vertí en tal cantidad y dirigí tan certeramente sobre los lugares necesarios, que en tres minutos el incendio estaba apagado y el resto de aquel noble conjunto, que había costado tantos siglos en levantarse, salvado de la destrucción^[17].



Era de día y volví a casa sin esperar a celebrarlo con el Emperador porque, aunque había realizado un acto de servicio muy distinguido, no podía imaginar cómo tomaría Su Majestad el modo en que lo ejecuté, pues por las leyes fundamentales del Reino se condena a pena de muerte a todo aquél, sea cual sea su condición, que orine en el recinto del Palacio. Pero me tranquilizó un poco un mensaje de Su Majestad donde me decía que daría órdenes al Justicia Mayor para que aprobara mi indulto en la forma reglamentaria, cosa que sin embargo no pude obtener. Y alguien me aseguró en privado que la Emperatriz, aborreciendo infinitamente lo que yo había hecho, se mudó a la parte más retirada del patio firmemente resuelta a que

aquellos edificios no se habilitaran nunca para su uso, y en presencia de sus confidentes más cercanos no pudo evitar jurar venganza.

Capítulo 6

Que trata de los habitantes de Liliput, su cultura, leyes y costumbres; cómo educan a sus hijos. El modo de vida del autor en aquel país. La vindicación que hace de una gran señora.

Aunque me propongo dejar la descripción de este Imperio para un tratado especial, me complace mientras tanto satisfacer al curioso lector con algunas ideas generales. Siendo la estatura normal de los habitantes de algo menos de quince centímetros, existe una exacta proporción entre todos los demás animales y plantas; por ejemplo, los caballos y bueyes más altos levantan entre diez y doce centímetros, las ovejas cuatro centímetros más o menos, los gansos abultan aproximadamente lo que un gorrión, y así todo lo demás en disminución sucesiva hasta llegar a los seres más pequeños, que a mis ojos eran invisibles. Pero la naturaleza ha adaptado los ojos de los liliputienses en relación con todos los objetos dentro de su perspectiva: pueden ver con gran precisión pero no a gran distancia. Como ilustración de la agudeza de sus ojos sobre objetos cercanos baste decir que he tenido el gran gusto de observar a un cocinero desplumando a una alondra que no era más grande que una mosca común, y a una muchachita enhebrando una aguja invisible con seda invisible. Los árboles más altos tienen unos dos metros y pico de altura; me refiero a algunos en el gran Parque Real, a cuyas cúspides podía justamente llegar con el puño cerrado. El resto de las plantas está en la misma proporción, pero esto lo dejo a la imaginación del lector.

No diré mucho ahora de su cultura, que ha florecido durante muchos siglos en todas sus ramas, pero su manera de escribir es muy particular, pues no es ni de izquierda a derecha como la de los europeos, ni de derecha a izquierda como la de los árabes, ni de arriba abajo como la de los chinos,

ni de abajo arriba como la de los cascagianos^[18], sino al sesgo, de una esquina del papel a la otra, como la de nuestras damas en Inglaterra.



Entierran a sus muertos verticalmente con la cabeza para abajo porque, según sus creencias, dentro de once mil lunas todos ellos resucitarán, y en este tiempo la Tierra (que ellos imaginan ser plana) se dará la vuelta, de modo que al resucitar se encontrarán listos y en pie. Los más sabios de ellos confiesan lo absurdo de esta doctrina, pero la práctica continúa por transigir con el vulgo.

Hay algunas leyes y costumbres muy peculiares en este Imperio, y si no fueran tan directamente opuestas a las de mi querido país, me sentiría tentado a decir algo por justificarlas. Uno no puede desear otra cosa sino que éstas se ejecutaran tan bien como aquéllas. La primera que mencionaré se refiere a los delatores. Todos los delitos contra el Estado se castigan con la máxima severidad, pero si

el acusado consigue probar claramente su inocencia en el juicio, el acusador recibe inmediatamente la muerte más ignominiosa, y de sus haberes o tierras percibe el inocente una cuádruple recompensa por la pérdida de tiempo, el peligro que corrió, las penalidades de su prisión y todos los gastos que le costó la defensa. Y si aquellos fondos fueran insuficientes, la Corona los reintegra generosamente. Asimismo el Emperador lo honra con alguna señal pública de su favor, y un bando proclama su inocencia por toda la ciudad.

El fraude lo consideran un delito más grande que el robo y por consiguiente pocas veces dejan de sancionarlo con la muerte, pues afirman que la precaución, la vigilancia y el mínimo sentido común pueden guardar los bienes de un hombre de los ladrones, pero la honestidad es indefensa

ante una astucia superior y, como es necesario que existan permanentemente unas relaciones de compra-venta y el negociar a crédito, que es donde el fraude se consiente o se le hace la vista gorda, o no hay ley que lo castigue, resulta que el negociante honrado sale siempre perdiendo mientras que el sinvergüenza se lleva el provecho. Recuerdo que una vez intercedí ante el soberano por un delincuente que había agraviado a su amo sobre una gran suma de dinero, que había recibido por cheque, y con la cual escapó. Y como dijera yo a Su Majestad, a título de atenuante, que se trataba sólo de un abuso de confianza, el Emperador respondió que era monstruoso de mi parte ofrecer como defensa lo que era el agravante más grande del delito, y a decir verdad poco pude yo decir en respuesta más que la común afirmación de que en países diferentes hay diferentes costumbres, pues confieso que me encontraba sinceramente avergonzado.

Aunque nosotros solemos llamar recompensa y castigo a las dos bisagras sobre las que se mueve toda clase de gobierno, nunca advertí que este dicho se pusiera en práctica en ninguna otra nación más que en Liliput. Allí quienquiera que pueda probar suficientemente que ha observado las leyes del país durante setenta y tres lunas tiene derecho a ciertos privilegios según su rango y condición, y a una suma proporcional de dinero que se toma de un fondo destinado a tal fin. Asimismo recibe el título de *Snilpall* (*legal*), que se añade a su nombre, pero no pasa a sus descendientes. Cuando dije a estas gentes que nuestras leyes se hacen cumplir sólo con castigos y sin mención alguna de recompensa, su opinión fue que eso es una falta enorme en nuestros principios. Es por esto por lo que allá la imagen de la Justicia que hay en los tribunales donde se imparte está dotada de seis ojos: dos delante, dos detrás y uno a cada lado, que significan vigilancia cautelosa, y tiene una bolsa de oro abierta en la mano derecha y una espada envainada en la izquierda para indicar que está más dispuesta a recompensar que a castigar.



En la elección de personas para toda clase de puestos oficiales se tienen más en cuenta las buenas costumbres que el mucho talento, pues siendo el gobernar necesario para la humanidad, creen que la capacidad normal del entendimiento del hombre corresponde a una clase social como a otra, y que la Providencia nunca pretendió hacer un misterio de la administración del Estado que sólo entendieran unos pocos de genio extraordinario, de los que no es frecuente que nazcan más de tres en un siglo, sino que para ellos la verdad, la justicia, la moderación y similares se encuentran potencialmente en cada hombre, y la práctica de tales virtudes, acompañada de la experiencia y de la buena voluntad, capacitaría a cualquier hombre para servir a su país, excepto en los casos en que se necesitaran unos estudios. Y creen ellos que la carencia de virtudes está tan lejos de poder remediarse con dotes intelectuales superiores que los cargos oficiales nunca deben ponerse en manos tan peligrosas como las de quienes poseen tales dotes; y que por lo menos las faltas cometidas por ignorancia, pero con buena voluntad, nunca tendrán consecuencias tan fatales para el bien común como las acciones de aquel cuya naturaleza lo lleva a la corrupción y tiene un gran talento para organizar, multiplicar y defender sus malas acciones.

De igual modo no creer en una Providencia divina incapacita a un hombre para el desempeño de cargos públicos, pues como los reyes reconocen que son representantes de la Providencia, los liliputienses creen

que no puede haber nada más absurdo que un soberano que se sirva de unos hombres que niegan la autoridad bajo la que él actúa.

Al dar cuenta de estas leyes y de las que siguen, debiera entenderse que me refiero únicamente a las instituciones primitivas y no a corrupciones más escandalosas en las que estas gentes han caído debido a la degenerante naturaleza del hombre, pues en lo que toca a aquella costumbre infame de conseguir altos cargos saltando en una cuerda, o señales de favor y privilegio por saltar y arrastrarse bajo unas varas, el lector debe advertir que la introdujo por vez primera el abuelo del Emperador reinante, y llegó al nivel actual con el aumento gradual de partidos y facciones.



La ingratitud es allí un crimen que se paga con la muerte, como leemos que sucede en algún otro país, pues según sus razonamientos quienquiera que devuelve mal por bien a alguien tiene que ser necesariamente un enemigo común del resto de la humanidad, de quien no ha recibido ningún bien, y por tanto tal hombre no merece vivir.

Sus ideas sobre lo que son los deberes entre padres e hijos difieren muchísimo de las nuestras. Como la unión del macho y la hembra se basa en la gran ley de la Naturaleza para que la especie se propague y se

perpetúe, los liliputienses consideran que por necesidad los hombres y las mujeres se unen, como los demás animales, por motivos concupiscentes, y que la ternura por la prole procede del mismo principio natural. Por esta razón nunca admiten que un hijo tenga ninguna obligación para con su padre por engendrarlo, o para con su madre por traerlo al mundo, cosa que, si se tienen en cuenta las miserias de la vida humana, no fue ni un beneficio en sí mismo ni como tal lo pretendieron los padres, cuyas mentes en sus encuentros amorosos se ocupaban de otra cosa. Por éstas y semejantes razones opinan que los padres son los últimos a quienes deba confiarse la educación de sus hijos, y consecuentemente hay en cada ciudad guarderías públicas adonde todos los padres, excepto aldeanos y labriegos, están obligados a enviar a sus hijos e hijas para que se críen y eduquen una vez que cumplen las veinte lunas, a cuya edad se supone que ya poseen algunos asomos de docilidad. Estas escuelas son de diferentes tipos, de acuerdo con las diferencias de clase y sexo. Disponen de una especie de profesores muy capacitados para preparar a los niños para la clase de vida que corresponde al rango de sus padres, así como a su propio talento e inclinaciones. Diré algo primero de las guarderías para varones y luego de las de hembras.

Las guarderías para varones de cuna noble o distinguida están dotadas de profesores severos y doctos, con sus suplentes correspondientes. La ropa y la comida de los niños es simple y corriente. Se los educa en los principios del honor, la justicia, la valentía, la modestia, la clemencia, la religión y el amor a la patria; se los mantiene siempre ocupados en alguna tarea excepto a las horas de comer y dormir, que son breves, y el recreo, que dura dos horas y consiste en ejercicios corporales. Hay hombres que los visten hasta los cuatro años, y después se los obliga a vestirse ellos mismos, sean de la clase que sean; y las criadas, que tienen la edad que las nuestras a los cincuenta, realizan únicamente las labores más serviles. Nunca se les permite hablar con criados, y a la hora de divertirse van juntos en grupos más o menos grandes y siempre en presencia de un profesor o uno de sus suplentes, evitando así esos tempranos traumas de necesidad y vicio a que están sujetos nuestros niños. A los padres se les autoriza a verlos sólo dos veces al año, y la visita no debe durar más de una hora. Se les permite besar al niño al llegar y al despedirse, pero el profesor que está siempre presente

en estas ocasiones no consentirá que le digan nada al oído, o usen ninguna expresión de cariño, o lleven ningún regalo como juguetes, dulces y cosas así.

La suma que satisface cada familia para la educación y manutención del niño se encargan de recaudarla agentes del Emperador en caso de falta de pago.

Las guarderías para hijos de caballeros ordinarios, mercaderes, comerciantes y artesanos funcionan de la misma manera, salvando las distancias. Sólo a los que se destina a un oficio se los coloca de aprendices a los siete años, mientras que los que provienen de familias distinguidas continúan en las guarderías hasta los quince, que es como si fueran los veinte entre nosotros, aunque el tiempo de reclusión se va reduciendo gradualmente en los últimos tres años.

En las guarderías femeninas, las muchachitas de clase reciben una educación similar a la de los varones, sólo que las visten unas criadas bien disciplinadas y siempre en presencia de un profesor o suplente, hasta que ellas pueden vestirse por sí mismas a los cinco años. Y si se descubre que estas criadas osan entretener a las chicas con patrañas o cuentos de miedo o con las majaderías con que normalmente andan las sirvientas entre nosotros, se las azota públicamente tres veces por la ciudad, se las encarcela por un año y se las destierra para toda la vida a las regiones más inhóspitas del país. Así se entiende que las jovencitas sientan tanta vergüenza de ser cobardicas y tontas como los hombres, y que desprecien todo adorno personal ajeno al decoro y la higiene. Y no vi yo que hubiera ninguna diferencia en su educación a causa de la diferencia de sexo, excepto que los ejercicios que ellas hacían no eran en general tan duros, que se les enseñaban algunas normas sobre la vida hogareña, y que se les impartía un conjunto de conocimientos más reducido, pues dice una máxima suya que entre gente distinguida la esposa debe ser siempre una compañera discreta y agradable, puesto que no puede ser siempre joven. Cuando las chicas tienen doce años, la edad núbil en aquel país, los padres o tutores las llevan a casa tras expresar su mucha gratitud a los profesores, y raramente faltan las lágrimas en los ojos de la señorita y de sus compañeras.

En las guarderías para chicas de la clase baja las muchachas reciben instrucción en toda clase de trabajos propios de su sexo y según su categoría. Las que van para aprendices salen a los siete años; el resto permanece hasta los once.

Las familias más modestas que tienen hijos en estas guarderías están obligadas, además de a pagar la pensión anual, que es lo más barata posible, a abonar cada mes al administrador de la guardería una pequeña parte de sus ingresos, que constituirá el patrimonio del hijo; de este modo la ley limita los gastos de todos los padres. Pues para los liliputienses no hay nada más injusto que el hecho de que la gente, por dejarse llevar de sus propios apetitos, traiga hijos al mundo y deje al prójimo la carga de mantenerlos. En cuanto a las gentes de bien, se comprometen bajo fianza a asignar una cierta suma para cada hijo según su condición. Y estos fondos se administran siempre con gran discernimiento y la más estricta justicia.

Los aldeanos y labriegos crían a sus hijos en casa, puesto que su carrera sólo es labrar y cultivar la tierra, de modo que darles una educación es de poca utilidad para la causa pública. Pero los viejos y enfermos reciben asistencia en hospitales, pues pedir es un oficio desconocido en aquel Imperio.

Y aquí puede que entretenga al curioso lector dar alguna cuenta de mi casa y de mi modo de vida en aquel país durante una estancia de nueve meses y trece días. Como soy muy aficionado a la técnica y también porque me vi forzado por la necesidad, me fabriqué una mesa y una silla bastante cómodas con los árboles más grandes del Parque Real. Se emplearon doscientas costureras para hacerme camisas y ropa blanca para la cama y la mesa, todo del lienzo más fuerte y basto que pudieron encontrar, y que sin embargo tuvieron que acolchar cosiendo pieza sobre pieza porque el más grueso era varias veces más fino que el linón. Allí las piezas de lino tienen generalmente un ancho de siete centímetros y miden un metro. Las costureras me tomaron la medida de tumbado, una de pie en el cuello y otra en el medio de la pierna, con una cuerda fuerte extendida, que cada una de ellas sostenía por una punta, mientras una tercera medía la longitud de la cuerda con una regla de dos centímetros y medio.



Me midieron después el pulgar derecho y no necesitaron más, pues por un cálculo matemático según el cual el doble del perímetro del pulgar es el de la muñeca y así sucesivamente con el cuello y la cintura, y con ayuda de mi camisa vieja, que extendí en el suelo ante ellas como patrón, me entallaron todo perfectamente. Del mismo modo se emplearon trescientos sastres para hacerme el vestido, pero usaron otra traza para tomarme las medidas. Me puse de rodillas y levantaron una escalera que llegaba desde el suelo a mi cuello; subió uno de ellos a la escalera y dejó caer una plomada desde el cuello al suelo, que era exactamente la longitud de mi casaca; en cuanto a la cintura y los brazos me los medí yo mismo. Cuando terminaron estas prendas, que se hicieron en mi casa, puesto que no habrían cabido en la más grande de las suyas, parecían las labores de retazos que las señoras hacen en Inglaterra, aunque las mías eran todas de un color.

Para prepararme la comida disponía de trescientos cocineros instalados en unas prácticas casetillas construidas alrededor de mi casa, donde ellos vivían con sus familias y me preparaban dos platos cada uno. Tomaba treinta camareros y los ponía en la mesa; debajo, en el suelo, otros cien estaban ocupados, unos con fuentes de comida y otros sujetando a hombros barriles de vino y otros licores. Todo esto, según lo iba necesitando, lo izaban los camareros de arriba de manera harto ingeniosa: tirando con cuerdas tal y como hacemos en Europa cuando subimos el cubo de un pozo. Un plato de aquella comida hacía un buen bocado, y un barril de licor un trago aceptable. El cordero es peor que el nuestro, pero la vaca es excelente. Yo me tengo comido un lomo tan grande que tuve que partirlo en tres

trozos, pero esto es raro. Los criados se quedaron pasmados al verme comerlo con huesos y todo, como hacemos en nuestro país con una pata de alondra. Los gansos y pavos normalmente los comía de un bocado, y debo confesar que son muy superiores a los nuestros. De otras aves más pequeñas podía coger veinte o treinta con la punta de la navaja.

Un día Su Majestad Imperial, informado de mi modo de vida, me rogó que él mismo, su Real Consorte y los jóvenes Príncipes y Princesas de Sangre pudieran tener la satisfacción (como tuvo el gusto de llamarlo) de cenar conmigo. Fueron, pues, y los coloqué en siales sobre la mesa rodeados de su escolta y justamente enfrente de mí. El Señor Tesorero Mayor, Flimnap, también estaba allí, con su báculo blanco^[19], y observé que de vez en cuando me miraba con una expresión agria que hice como que no notaba, sino que seguí comiendo más que solía, en honor de mi querido país, así como para llenar de admiración a la Corte. Tengo algunas razones confidenciales para creer que esta visita de Su Majestad dio a Flimnap la oportunidad para jugarme malas pasadas ante su señor. Aquel ministro había sido siempre enemigo mío en secreto, aunque por fuera me trataba con más halago del que era de esperar de su natural malhumor. Describió a Su Majestad la débil situación del Tesoro, que se veía obligado a aceptar dinero a menos de su valor nominal, que los valores de Hacienda no circulaban a menos del nueve por ciento por debajo de la par, que yo le había costado a Su Majestad más de millón y medio de *sprugos* (la moneda de oro más grande de allí, casi del tamaño de una lentejuela), y sobre todo que sería aconsejable que el Emperador aprovechara la primera ocasión favorable para despedirme.

Me siento obligado a vindicar aquí la reputación de una dama excelente que, siendo inocente, sufrió a cuenta mía. Al Tesorero le dio por sentir celos de su esposa después de que la mala voluntad de ciertas malas lenguas le hiciera saber que Su Señoría sentía un afecto impetuoso hacia mi persona, y corrieron habladurías palaciegas de que en una ocasión fue a verme en secreto a mi casa. Solemnemente deseo hacer constar que estos murmullos fueron la falsedad más infame y que carecían de fundamento alguno, excepto que Su Señoría tuvo el gusto de obsequiarme con todas las muestras inocentes de espontaneidad y amistad. Admito que iba

frecuentemente a mi casa, mas siempre en público y nunca con menos de otras tres personas en el coche, que eran normalmente su hermana, su joven hija y alguna amistad especial, pero esto lo hacían muchas damas de la Corte. Puedo apelar incluso a mis criados personales, a ver si alguna vez vieron un coche a la puerta sin saber quiénes lo ocupaban. En tales ocasiones, en cuanto recibía el aviso de algún criado, mi costumbre era ir a la puerta inmediatamente y, tras cumplimentar a los visitantes, tomaba en la mano con mucho cuidado el coche con los dos caballos (pues cuando había seis, el postillón desenganchaba siempre cuatro) y lo colocaba en una mesa en la que había instalado todo alrededor un borde desmontable de doce centímetros de alto para prevenir accidentes.



Y he tenido a menudo sobre la mesa, llena de visitantes, cuatro coches a la vez con sus caballos mientras, sentado en mi silla, inclinaba la cabeza sobre ellos; y, mientras me ocupaba con uno, los cocheros daban vueltas en los otros por la mesa. En muchas ocasiones he pasado las primeras horas de la tarde tan agradablemente entretenido en estas reuniones. Y desafío al Tesorero o a sus dos soplones (los nombraré y que se las arreglen como puedan) Clustril y Drunlo, a que demuestren si alguien fue a verme de *incógnito*, excepto el Secretario Reldresal, que fue por orden expresa de Su Majestad Imperial, como he mencionado anteriormente. No me habría detenido tanto sobre este asunto si no se tratara de una cuestión en la que la buena fama de una gran señora se encuentra tan comprometida, no digamos la mía, aunque yo tenía el honor de ser *Nardac*, cosa que el mismo Tesorero no es, pues el mundo entero sabe que es un simple *Clumglum*, un título

inferior al mío en un grado, tal y como el de marqués es inferior al de duque en Inglaterra; no obstante reconozco que era superior a mí por razón de su cargo. Estas calumnias, de las que más tarde tuve conocimiento a causa de un incidente que no está bien mencionar, hicieron que el Tesorero pusiera mala cara a su señora por algún tiempo, y a mí peor, pues aunque al final se desengañó y se reconcilió con ella, yo perdí todo su crédito y vi que mis intereses bajaban muy deprisa con el mismo Emperador, a quien verdaderamente manejaba aquel favorito.

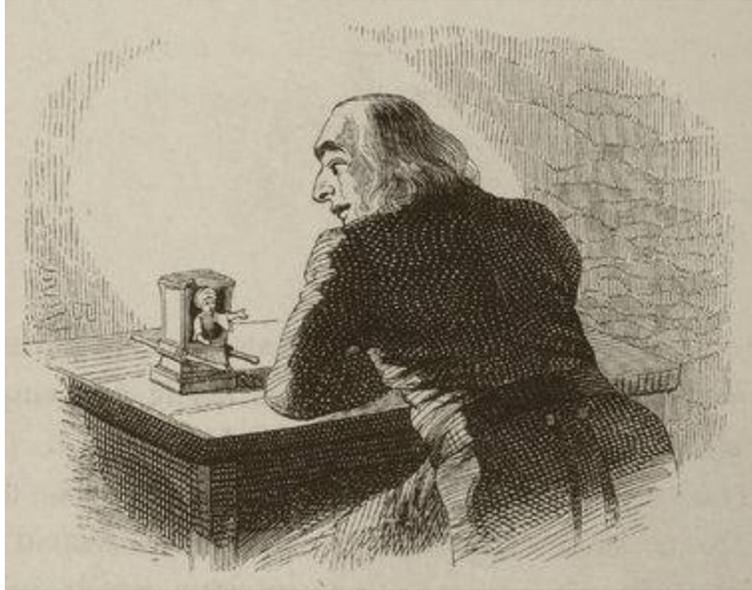
Capítulo 7

Informado de un plan para acusarlo de alta traición, el autor huye a Blefuscu. La acogida que allí se le dispensa.

Antes de proceder a relatar mi salida de aquel estado, quizá no esté de más informar al lector de una intriga secreta que llevaba dos meses tramándose contra mí.

Hasta entonces no había puesto yo los pies en corte ninguna, incapacitado como estaba por lo bajo de mi condición. Es cierto que había oído y leído bastante sobre el temperamento de los grandes soberanos y ministros, pero nunca imaginé que sus consecuencias fueran tan terribles en un país tan remoto y gobernado, según pensé, por principios muy diferentes de los de Europa.

Justo cuando estaba haciendo los preparativos para ir a presentar mis respetos al Emperador de Blefuscu, una persona de influencia en la Corte, a quien yo rindiera un gran servicio cuando sufría el peso de la más terrible indignación de Su Majestad Imperial, fue a mi casa muy celadamente por la noche en una silla de manos, y sin hacerse anunciar rogó se le dejara entrar. Despachados los silleteros, metí la silla con Su Señoría dentro en el bolsillo de la casaca y, tras ordenar a un criado de confianza que dijera que me encontraba indispuerto y dormía, cerré bien la puerta de la casa, puse la silla de manos en la mesa según mi costumbre y me senté junto a ella.



Tras los saludos de rigor, y advirtiendo el semblante cargado de preocupación de Su Señoría, le pregunté la razón y él me rogó que escuchara pacientemente algo relacionado estrechamente con mi honor y mi vida. Sus palabras fueron más o menos como sigue, pues tomé notas en cuanto se fue:

Debes saber —dijo— que varias comisiones del Consejo se han reunido recientemente en el más estricto secreto para tratar de ti, y hace sólo dos días que Su Majestad tomó por fin una resolución definitiva.

Bien sabes que Skyresh Bolgolam, *Galbet* (es decir, Almirante Supremo), ha sido tu mortal enemigo casi desde que llegaste. Desconozco el origen de sus razones para eso, pero su odio ha aumentado desde tu enorme éxito contra Blefuscu, que hizo palidecer su gloria de almirante. Este señor, en unión con Flimnap, el Tesorero Mayor, cuya enemistad contra ti es de sobra conocida por lo de su señora, el General Limtoc, el Chambelán Lalcon y el Justicia Mayor Balmuff han redactado unas resoluciones acusándote de alta traición y otros delitos castigados con la muerte.^[20]

Estos prolegómenos me impacientaron tanto, consciente como era de mis méritos e inocencia, que quise interrumpirlo, pero me suplicó que guardara silencio, y continuó así:

Movido por la gratitud que siento por los favores que me has hecho, conseguí información sobre todo lo tratado y una copia de las resoluciones; en esto me juego la cabeza por servirte.

Resoluciones de procesamiento por alta traición contra Quinbus Flestrin (el Hombre-montaña)

Artículo 1. Considerando que por decreto promulgado en el reinado de Su Majestad Imperial Calin Deffar Plune se dispone que quienquiera que orinare dentro de los límites del Palacio Real se obligará a las penas y castigos establecidos para la alta traición, y que no obstante el dicho Quinbus Flestrin, en patente violación de la ley mencionada y con el pretexto de extinguir el incendio habido en los aposentos de la Muy Querida e Imperial Consorte de Su Majestad, con malevolencia, con traición y con diabólico propósito sofocó con una descarga de su orina el citado incendio habido en los dichos aposentos, hallándose y encontrándose dentro de los límites del citado Palacio Real, en contravención de las leyes prescritas para tal caso, etc., y en contravención de la obligación, etc.

Artículo 2. Que el dicho Quinbus Flestrin, habiendo conducido la Flota Imperial de Blefusco al Puerto Real y habiéndosele ordenado posteriormente por Su Majestad Imperial capturar todos los demás buques del mencionado Imperio de Blefusco, y reducir aquel Imperio a una colonia que gobernara un virrey enviado de acá, y destrozarse y dar muerte no sólo a todos los Anchextremistas exilados sino también a todos los habitantes de aquel Imperio que no renegaran *ipso facto* de la herejía anchextremista, él, el dicho Flestrin, cual pérfido traidor contra Su Muy Propicia, Serena e Imperial Majestad, solicitó se lo excusara del mencionado servicio so pretexto de noluntad para quebrantar la conciencia o destruir la vida y las libertades de un pueblo inocente.

Artículo 3. Que, considerando que ciertos embajadores llegaron de la Corte de Blefusco a la Corte de Su Majestad para solicitar la paz, el dicho Flestrin, cual pérfido traidor, ayudó, benefició, favoreció y divirtió a los citados embajadores, aunque los reconocía como servidores de un soberano que era entonces enemigo declarado de Su Majestad Imperial y que tenía declarada la guerra contra Su mencionada Majestad.

Artículo 4. Que el dicho Quinbus Flestrin, contraviniendo la obligación de todo súbdito leal, se dispone actualmente a hacer un viaje a la Corte del Imperio de Blefusco, para lo cual ha recibido únicamente el beneplácito verbal de Su Majestad Imperial, y so pretexto del citado beneplácito, fementida y traidoramente se propone hacer el mencionado viaje y con ello ayudar, favorecer y beneficiar al Emperador de Blefusco, tan recientemente enemigo y en guerra declarada contra la susodicha Majestad Imperial.

Hay más artículos, pero éstos, de los que te he leído un resumen, son los más importantes.

En los varios debates sobre esta acusación hay que reconocer que Su Majestad dio numerosas muestras de su gran clemencia, blandiendo a menudo los servicios que le has hecho y procurando atenuar tus delitos. El Tesorero y el Almirante insistieron que debería dársete la muerte más dolorosa y ultrajante, prendiendo fuego tu casa por la noche; y el General había de venir con veinte mil hombres armados con flechas envenenadas para disparártelas sobre la cara y las manos. A algunos de tus criados se les darían órdenes secretas para rociar tus camisas y sábanas con una esencia venenosa que inmediatamente haría

arrancarte la carne a pedazos y morir en el más grande de los tormentos. El General vino a estar de acuerdo, de modo que durante mucho tiempo la mayoría estuvo contra ti. Pero Su Majestad, resuelto a salvarte la vida si fuera posible, al final conquistó al Chambelán.

Tras este episodio, el Primer Secretario de Asuntos Secretos, Reldresal, que siempre ha dado pruebas de ser amigo tuyo de verdad, recibió la orden del Emperador de emitir su opinión, cosa que seguidamente hizo, justificando la buena opinión que de él tienes. Reconoció que tus delitos eran graves, pero que aún había lugar para la *clemencia*, la más loable virtud en un soberano y por la que tan justamente se pondera a Su Majestad. Dijo que la amistad que os unía era tan bien conocida de todo el mundo, que quizá Sus Señorías los miembros de la Junta pudieran pensar que él no era imparcial, pero que obedeciendo el mandato que había recibido expresaría abiertamente su sentir; que si Su Majestad, en consideración a tus servicios y de acuerdo con sus propias y misericordiosas inclinaciones, tuviera la amabilidad de perdonarte la vida y ordenar que únicamente se te arrancaran los ojos, él humildemente juzgaba que con esta solución se satisfaría la justicia de algún modo y el mundo entero aplaudiría la *clemencia* del Emperador, así como los justos y generosos oficios de aquellos que tienen el honor de ser sus consejeros; que la pérdida de los ojos no supondría merma de tu fuerza física, con la que todavía podrías ser útil a Su Majestad, y que la ceguera es un complemento de la valentía, ya que encubre los peligros, pues fueron tus temores a perder los ojos lo que más dificultó la captura de la flota del enemigo, y sería suficiente con que vieras por los ojos de los ministros, que más no hacen los soberanos más grandes.

Esta propuesta recibió la negativa más rotunda por parte de toda la Junta. Bolgolam, el Almirante, no pudo contenerse y levantándose enfurecido dijo que no podía entender cómo el Secretario terna la osadía de sugerir que se protegiera la vida de un traidor; que los servicios que habías rendido eran, según todas las auténticas razones del Estado, el gran agravante de tus delitos; que si pudiste sofocar el incendio haciendo aguas en los aposentos de la Emperatriz (cosa que mencionó con horror), podías en otra ocasión provocar una inundación por el mismo procedimiento para anegar el Palacio entero; y que la misma fuerza que te permitió traerte la flota enemiga podía servirte para llevártela de vuelta en cuanto te sintieras a disgusto, pues él tenía sobradas razones para creer que en el fondo de tu corazón eres anchextremista, y como la traición nace en el corazón antes de manifestarse en las acciones, él te acusaba de traición por tal motivo, e insistía por tanto en que se te debería ajusticiar.

El Tesorero era del mismo parecer. Explicó el empobrecimiento en que estaba sumida la Renta de su Majestad por los gastos de mantenerte, cosa que pronto se haría insufrible; que la solución del Secretario de sacarte los ojos estaba tan lejos de ser un remedio para tal desgracia que probablemente la aumentaría, como lo demuestra el hecho común de cegar a cierta clase de aves, después de lo cual comen más deprisa y engordan más pronto; que Su Santa Majestad y el Consejo, que son tus jueces, estaban en conciencia absolutamente convencidos de tu culpabilidad, y que esto era argumento suficiente para condenarte a muerte sin *las pruebas oficiales que exige el rigor de la ley escrita*.

Pero Su Majestad Imperial, totalmente resuelto en contra de la pena capital, se dignó decir graciosamente que como el Consejo consideraba la pérdida de los

dos ojos una sanción demasiado leve, alguna otra podría imponerse en el futuro, y tu amigo el Secretario, tras rogar humildemente que se le escuchara, y en respuesta a las objeciones del Tesorero sobre los enormes gastos de Su Majestad en mantenerte, dijo que Su Excelencia, como única persona que disponía de las rentas del Emperador, fácilmente podría precaverse de tal cuita disminuyéndote poco a poco los suministros, con lo cual te debilitarías y languidecerías por taita de alimentación suficiente y perderías el apetito y en consecuencia desfallecerías y te consumirías en unos meses; y para entonces el hedor de tu cadáver no sería tan peligroso, toda vez que habrías menguado hasta quedarte en menos de la mitad; y que enseguida que murieras podían ir cinco o seis súbditos de Su Majestad y descamarte en dos o tres días, cargar la carne en carros y enterrarla en lugares alejados para evitar epidemias, y dejar el esqueleto como un monumento que admirara la posteridad.

De este modo quedó zanjado todo el asunto por el gran sentido de la amistad del Secretario. Se dispuso terminantemente que el plan para hacerte morir de hambre poco a poco debería mantenerse en secreto, pero la sentencia de sacarte los ojos se registró en las actas *nemine discrepante*, excepto Bolgolam el Almirante, que como hechura que es de la Emperatriz se veía acosado continuamente por ella para insistir sobre tu muerte, ya que te guarda eterno rencor a cuenta de aquel procedimiento deshonroso e ilícito que usaste para apagar el incendio de su aposento.

Dentro de tres días tu amigo el Secretario recibirá órdenes para venir a tu casa y leerte esos artículos sobre el procesamiento, y comunicarte después la gran *clemencia* y favor de Su Majestad y Consejo por la cual se te condena únicamente a la pérdida de los ojos, a lo que Su Majestad no duda te someterás agradecida y humildemente; y asistirán veinte médicos de Su Majestad para cerciorarse de que la operación se ejecuta correctamente, disparándosete flechas de punta muy afilada en los globos de los ojos mientras estás tendido en el suelo.

Dejo a tu discreción las medidas que quieras tomar; y, para evitar sospechas, debo marcharme inmediatamente y tan en secreto como vine.

Hízolo así Su Señoría y me quedé solo, sumido el pensamiento en la duda y la perplejidad.



Este soberano y su Gabinete habían introducido una costumbre, muy diferente, según se me aseguró, de lo que se hacía en otros tiempos, que consistía en que una vez que la Corte había decretado alguna ejecución cruel, bien para satisfacer los resentimientos del monarca o la malicia de algún favorito, el Emperador siempre pronunciaba un discurso ante el Consejo en pleno expresando su *gran clemencia y mansedumbre, virtudes conocidas y reconocidas por el mundo entero*. Este discurso se divulgaba por toda la nación, y no había nada que aterrorizara tanto a la población como aquellos elogios sobre la misericordia de Su Majestad, pues vino a observarse que cuanto más se prodigaban y se recalcaban estas alabanzas, más *inhumano* era el castigo y *más inocente la víctima*^[21]. Aunque debo confesar que yo, careciendo de vocación de cortesano por nacimiento y crianza, era tan mal juez de lo que allí pasaba que no pude discernir la *clemencia* y la bondad de aquella frase, antes bien me parecía, quizá equivocadamente, rigurosa más que benigna. Varias veces pensé que debería quedarme a que me procesaran, pues aunque no podía negar los hechos que se me imputaban en los diferentes artículos, esperaba que serían susceptibles de algún atenuante. Mas como durante mi vida había estudiado detenidamente muchos procesos de estado que siempre terminaban según les convenía amañarlo a los jueces, no me atreví a confiar en tan arriesgado acuerdo, hallándome en tan grave coyuntura y en contra de tan poderosos enemigos. En un momento dado me sentí firmemente decidido a resistir, pues mientras anduviera libre, todas las fuerzas de aquel Imperio malamente podrían someterme, y fácilmente podría reducir la metrópoli a añicos liándome a pedradas, pero pronto deseché tal idea, alarmado al recordar el juramento que había hecho al Emperador, los favores que de él recibiera y el alto título de *Nardac* que me otorgó. Y además que todavía no había asimilado tan bien la gratitud cortesana como para convencerme de que *esta severidad de Su Majestad me eximía de todas mis anteriores responsabilidades*.

Por fin yo me determiné a tomar una decisión, que quizá me acarree alguna crítica y no injustamente, pues confieso que debo la salvación de mis ojos, y por tanto la libertad, a mi mucha temeridad y falta de experiencia, ya que si entonces hubiera conocido el carácter de reyes y ministros, que

después he podido observar en muchos otros reinos, y los métodos que usan para con delincuentes menos detestables que yo, me habría sometido con gran presteza y buen talante a tan leve castigo. Mas, espoleado por el arrebató de los años jóvenes, y como tuviera permiso de Su Majestad para ir a cumplimentar al Emperador de Blefuscu, aproveché la oportunidad, no se pasaran los tres días, para enviar una carta a mi amigo el Secretario, expresándole mi resolución de partir para Blefuscu aquella mañana de acuerdo con la autorización que tema; y sin esperar respuesta, me dirigí a aquella parte de la isla donde fondeaba nuestra flota. Agarré un buque de guerra grande, até un cable a la proa, levé las anclas y, tras desnudarme y poner la ropa junto con la colcha que llevaba bajo el brazo en el navío, lo remolqué vadeando un rato y nadando otro hasta llegar al puerto real de Blefuscu, donde la gente llevaba esperándome mucho tiempo y se me proporcionaron dos guías para que me mostraran el camino a la capital, que tiene el mismo nombre. Los llevé en la mano hasta llegar a unos doscientos metros de la puerta, donde les rogué que anunciaran mi llegada a uno de los ministros y le hicieran saber que esperaba allí las órdenes de Su Majestad. En cosa de una hora llegó la respuesta de que Su Majestad, acompañado de la familia real y los grandes de la Corte, salían a recibirme. Avancé cien metros. El Emperador y su escolta descendieron de los caballos, la Emperatriz y las damas, de las carrozas, y no noté en ninguno de ellos sobresalto ni desasosiego. Me eché en el suelo para besar las manos de Sus Majestades. A él le dije que había ido en cumplimiento de mi promesa y con el beneplácito del Emperador mi señor para tener el honor de conocer a tan poderoso monarca y ofrecerle cualquier servicio que estuviera en mi poder, siempre que hiera consecuente con mis deberes para con mi soberano; todo esto sin decir una palabra de mi caída en desgracia porque en aquel momento no tenía yo conocimiento oficial de ella y podía fingir que no tenía idea en absoluto de nada parecido, ni tampoco podía lógicamente suponer que el Emperador pudiera revelar el secreto mientras me encontraba fuera de su alcance, en lo cual sin embargo pronto vi que me engañaba.

No molestaré al lector con un relato detallado de mi acogida en esta Corte, que respondió adecuadamente a la magnanimidad de tan grande

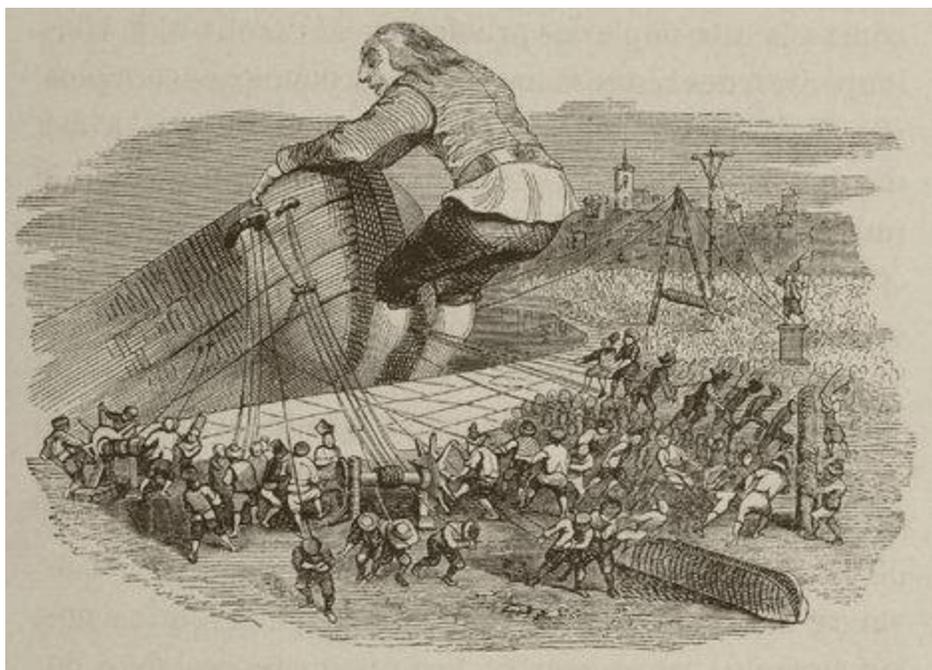
soberano, ni con las dificultades en que me hallé por falta de casa y cama, lo que me obligó a acostarme en el suelo envuelto en la colcha que llevaba.

Capítulo 8

Gracias a un incidente afortunado el autor encuentra la manera de abandonar Blefuscu y tras algunos inconvenientes regresa a salvo a su patria.

Tres días después de mi llegada, mientras satisfacía mi curiosidad paseando por la costa nordeste de la isla, advertí a obra de media legua mar adentro una cosa que parecía un bote dado la vuelta. Me quité los zapatos y las medias y, vadeando doscientos o trescientos metros, descubrí que el objeto se acercaba empujado por la marea, y luego pude ver que se trataba efectivamente de un bote, que supuse habría sido arrancado de un navío por algún temporal. Tras esto volví enseguida a la ciudad y supliqué a Su Majestad me dejara veinte navíos de los más grandes que le quedaron después de la pérdida de la flota y tres mil marineros al mando de su Vicealmirante. Esta escuadra navegó bordeando la costa mientras yo volvía por el camino más corto a la playa donde en principio había divisado el bote y descubría que la marea lo había acercado aún más. Todos los marineros iban bien provistos de cuerdas, que yo había trenzado de antemano hasta dejarlas suficientemente resistentes. Cuando llegaron los buques, me desnudé y eché a andar hasta que llegué a unos cien metros del bote, tras lo cual me vi forzado a nadar hasta alcanzarlo. Los marineros me tiraron el cabo de una cuerda y lo aseguré en un agujero de la parte delantera del bote, y el otro lo até a uno de los buques de guerra; mas pude ver que todos mis esfuerzos daban poco resultado pues, como no podía hacer pie, me era imposible maniobrar. Metido en tal aprieto, me vi obligado a ponerme a nadar por detrás del bote y darle empujones con una mano tan a menudo como podía, y con ayuda de la marea avancé tanto trecho como para poder mantener la barbilla justo sobre el agua tocando fondo. Descansé dos o tres minutos y di al bote un empujón y otro hasta que el agua no me llegaba más

arriba de los sobacos; y ahora, acabado lo más duro, saqué los otros cables, que venían estibados en uno de los barcos, y los amarré primero al bote y luego a nueve de los navíos que me acompañaban. Con viento favorable los marineros lo remolcaron y yo empujé hasta llegar a unos cuarenta metros de la playa y, tras esperar a que la marea bajase, me acerqué al bote ya sin mojarme, y con la ayuda de dos mil marineros armados de cuerdas y maquinaria logré darle la vuelta y ver que no estaba sino un poco averiado.



No importunaré al lector con las dificultades que tuve para conducir el bote con ayuda de unos canaletes, que me costaron diez días de trabajo, al puerto de Blefuscu, donde una inmensa muchedumbre de personas acudió a mi llegada, todas completamente maravilladas de ver nave tan descomunal. Dije al Emperador que mi buena estrella había puesto aquel bote en mi camino para llevarme a alguna parte desde donde pudiera regresar a mi patria, y le pedí que diera órdenes para que se dispusieran los materiales para acondicionarlo, además de su consentimiento para marcharme, gracias ambas que luego de ciertos reproches amables tuvo el gusto de concederme.

Me sorprendía muchísimo que durante todo este tiempo no hubiera aparecido un mensajero de nuestro Emperador a la Corte de Blefuscu en relación conmigo. Pero después y en secreto se me dio a entender que Su

Majestad Imperial, sin imaginar jamás que yo tuviera el más mínimo conocimiento de sus intenciones, pensaba que había ido a Blefuscu únicamente en cumplimiento de mi promesa de acuerdo con el permiso que él me había dado, como bien sabía su Corte, y que regresaría en unos días una vez terminado el protocolo. Mas al fin, dolido por mi dilatada ausencia, consultó con el Tesorero y el resto de aquella camarilla, y se despachó a una persona de calidad con un ejemplar de las resoluciones contra mí. Este legado tenía instrucciones de explicar al monarca de Blefuscu la gran *clemencia* de su señor, que se contentaba con castigarme no más que con la pérdida de los ojos; que yo huía de la justicia, y que si no regresaba en dos horas se me despojaría del título de *Nardac* y sería declarado traidor. Añadió además el legado que, para mantener la paz y amistad entre los dos imperios, su señor esperaba que su querido colega de Blefuscu daría órdenes para que se me enviara de vuelta a Lilibut, atado de pies y manos, para que se me juzgara por traidor.

El Emperador de Blefuscu se tomó tres días para hacer consultas, y envió una contestación compuesta de cumplidos y excusas de lo lindo. De lo de mandarme atado dijo que su querido colega sabía que era imposible; que, aunque le había desposeído de su flota, estaba muy en deuda conmigo por los buenos oficios que le había hecho en conseguir la paz; que de todos modos ellos dos pronto podrían respirar tranquilos porque yo había encontrado en la playa un enorme navío, suficiente para llevarme sobre el mar; que él había dado órdenes para que se equipara con mi ayuda y según mis instrucciones, y que esperaba que en pocas semanas los dos imperios se verían libres de tan insoportable molestia.

Con esta respuesta regresó el legado a Lilibut, y el monarca de Blefuscu me contó todo lo que había pasado, ofreciéndome al mismo tiempo y en la más estricta confidencia su graciosa protección en caso de que quisiera quedarme a su servicio. Aunque creí que hablaba sinceramente, estaba yo resuelto a no volver a confiar jamás en soberanos o ministros siempre que pudiera evitarlo; así que, agradeciéndole como bien merecía sus intenciones de favorecerme, le rogué humildemente que me excusara. Le dije que, visto que la fortuna, para bien o para mal, había puesto una embarcación en mi camino, estaba decidido a lanzarme al océano antes de ser motivo de

discordia entre dos tan poderosos monarcas. No vi que el Emperador mostrara desagrado ninguno, y por una casualidad descubrí que se sentía muy contento de mi decisión, y lo mismo pasaba con la mayoría de sus ministros.

Estas deliberaciones me impulsaron a apresurar mi partida anticipando un poco la fecha prevista, a lo que contribuyó de muy buena gana la Corte, deseosa como estaba de verme marchar. Se emplearon quinientos obreros en hacer, siguiendo mis instrucciones, dos velas para el bote a base de coser una sobre otra trece capas del lienzo más fuerte que tenían. Yo me afanaba en hacer cuerdas y cables trenzando juntos diez, veinte o treinta de los más gruesos y fuertes. Una piedra enorme que pude encontrar tras una larga búsqueda por la playa me serviría de ancla. Se me proporcionó el sebo de trescientas vacas para calafatear el bote y para otros menesteres. Lo que me costó indecibles esfuerzos fue talar algunos de los árboles madereros más grandes para hacer los remos y los mástiles, operación en la que conté con la valiosa colaboración de los carpinteros de ribera de su Majestad, que me ayudaron a desbastarlos una vez que hube hecho lo más duro.

En cosa de un mes, cuando todo estaba listo, mandé a decir a Su Majestad que me marchaba y que esperaba sus órdenes. El Emperador salió de Palacio con la familia real, y me tendí boca abajo para besarle la mano, que me tendió graciosamente. Hizo lo propio la Emperatriz y los Príncipes de Sangre. Su Majestad me regaló cincuenta bolsas con doscientos *sprugos* cada una, junto con un retrato suyo de cuerpo entero que guardé inmediatamente en un guante para evitar que se dañara. Las ceremonias de despedida fueron demasiadas para molestar al lector con ellas en este momento.

Aprovisioné el bote con trescientas ovejas y cien bueyes ya sacrificados, una cantidad proporcional de pan y bebida, y tanta comida guisada como cuatrocientos cocineros pudieron preparar. Tomé seis vacas y dos toros vivos y otras tantas ovejas y carneros con la intención de llevarlos a mi patria y propagar la especie. Y para alimentarlos a bordo cogí un buen haz de heno y un fardel de grano. Con mucho gusto hubiera cogido una docena de nativos, pero esto no me lo permitió el Emperador de ninguna manera; y además de registrarme los bolsillos, Su Majestad me hizo darle palabra de

que no me llevaría a ninguno de sus vasallos, aunque ellos lo consintieran y desearan.

Habiendo así preparado todo de la mejor manera que pude, me di a la vela el 24 de septiembre de 1701 a las seis de la mañana; y cuando había hecho unas cuatro leguas hacia el norte con el viento del sudeste y eran las seis de la tarde, divisé un islote a cosa de media legua al noroeste. Avancé y eché el ancla al socaire del islote, que parecía estar deshabitado. Tomé luego un refrigerio y me eché a descansar. Dormí bien, y calculo que al menos seis horas, pues dos después de despertar pude ver que el día rompía. Era una noche clara. Desayuné antes de salir el sol y, tras desanclar, seguí con viento favorable el mismo rumbo que había llevado el día anterior, en lo que me guiaba con la brújula de bolsillo. Mi intención era alcanzar, a ser posible, una de las islas que según mis bien fundadas razones se hallaban al nordeste de la Tierra de Van Diemen. Nada vi en todo aquel día, pero al siguiente, alrededor de las tres de la tarde, cuando según mis cálculos había hecho veinticuatro leguas desde Blefuscu, pude distinguir un velero que llevaba rumbo sudeste; yo iba hacia el este. Le grité pero no obtuve respuesta, aunque noté que iba ganándolo, pues el viento aflojaba. Orienté el velamen cuanto pude y en media hora me avistaron; izaron luego la enseña y dispararon una salva. No es fácil describir la alegría que sentí ante la inesperada ilusión de poder ver otra vez la patria amada y las queridas prendas que en ella había dejado. El navío acortó vela y me puse a su altura cuando eran entre las cinco y las seis de la tarde del veintiséis de septiembre. El corazón me dio un vuelco al ver la bandera inglesa. Metí las vacas y ovejas en los bolsillos de la casaca y subí a bordo con mi pequeño cargamento de víveres. Era el navío un mercante inglés que volvía del Japón cruzando los mares del Norte y Sur^[22]; el capitán era don Juan Biddel, de Deptford, un hombre muy atento y marino excelente. Nos encontrábamos a treinta grados de latitud sur. Había unos cuarenta hombres en el barco y entre ellos encontré a un viejo compañero mío, un tal Pedro Williams, que me recomendó favorablemente al capitán. Este caballero me trató con amabilidad y me rogó le dijera dónde había estado últimamente y cuál era mi destino, extremos que le expliqué en pocas palabras, pero creyó que deliraba y que los peligros que había sufrido me habían trastornado la

cabeza. A esto saqué del bolsillo mi vacada y las ovejas, que lo dejaron pasmado y lo convencieron claramente de que le decía la verdad. Le enseñé después el oro que me había dado el Emperador de Blefuscu, así como el retrato de cuerpo entero de Su Majestad y otras cuantas curiosidades de aquel país. Le di dos bolsas con doscientos *sprugos* cada una y le prometí que cuando llegáramos a Inglaterra le regalaría una vaca y una oveja preñadas.



No molestaré al lector con los pormenores de esta travesía, que fue muy feliz en su mayor parte. Llegamos a las Dunas^[23] el 13 de abril de 1702. Tuve sólo un percance: las ratas del barco se me llevaron una oveja. En un agujero encontré los huesos mondos y lironchos. El resto del ganado lo desembarqué sano y lo puse a pacer en una pista de jugar a las bochas en Greenwich, donde la buena calidad de la hierba hizo que comiera con buen apetito, aunque me había temido lo contrario. Y no habría podido mantenerlo durante tan largo viaje si el capitán no me hubiera asignado parte del mejor bizcocho que tenía, que, hecho polvo a base de raspar y mezclado con agua, fue su comida diaria. En el breve período que permanecí en Inglaterra hice ganancias considerables enseñando mis animales a muchas personas de clase y a otras, y antes de empezar mi

segundo viaje los vendí por seiscientas libras. Al volver de mi último viaje he visto que se han multiplicado considerablemente, especialmente las ovejas; espero que esto redunde en grandes beneficios para la industria lanera por el vellón tan fino que tienen.

Pasé no más de dos meses con mi esposa e hijos, pues mi insaciable deseo de conocer países extraños no me permitía quedarme por más tiempo. Dejé mil quinientas libras a mi esposa y la instalé en una buena casa en Redriff. El resto del capital me lo llevé conmigo, parte en dinero, parte en mercancías, pues esperaba aumentar mis riquezas. El mayor de mis tíos, Juan, me había dejado en herencia una tierra cerca de Epping que producía unas treinta libras al año, y tenía yo en alquiler a largo plazo el Toro Negro en la travesía Fetter, que me rendía otro tanto, así que en ningún modo me arriesgaba a dejar a la familia al amparo de la parroquia. Mi hijo Juanito, que se llamaba así por su tío, iba ya a la escuela secundaria, y sí que prometía el muchacho. Mi hija Isabelita, que ahora está bien casada y con hijos, hacía entonces costura. Me despedí de mi esposa, hijo e hija con lágrimas de las dos partes y embarqué en el *Aventura*, un mercante de trescientas toneladas con destino a Surat^[24], a las órdenes del capitán Juan Nicolás, de Liverpool.

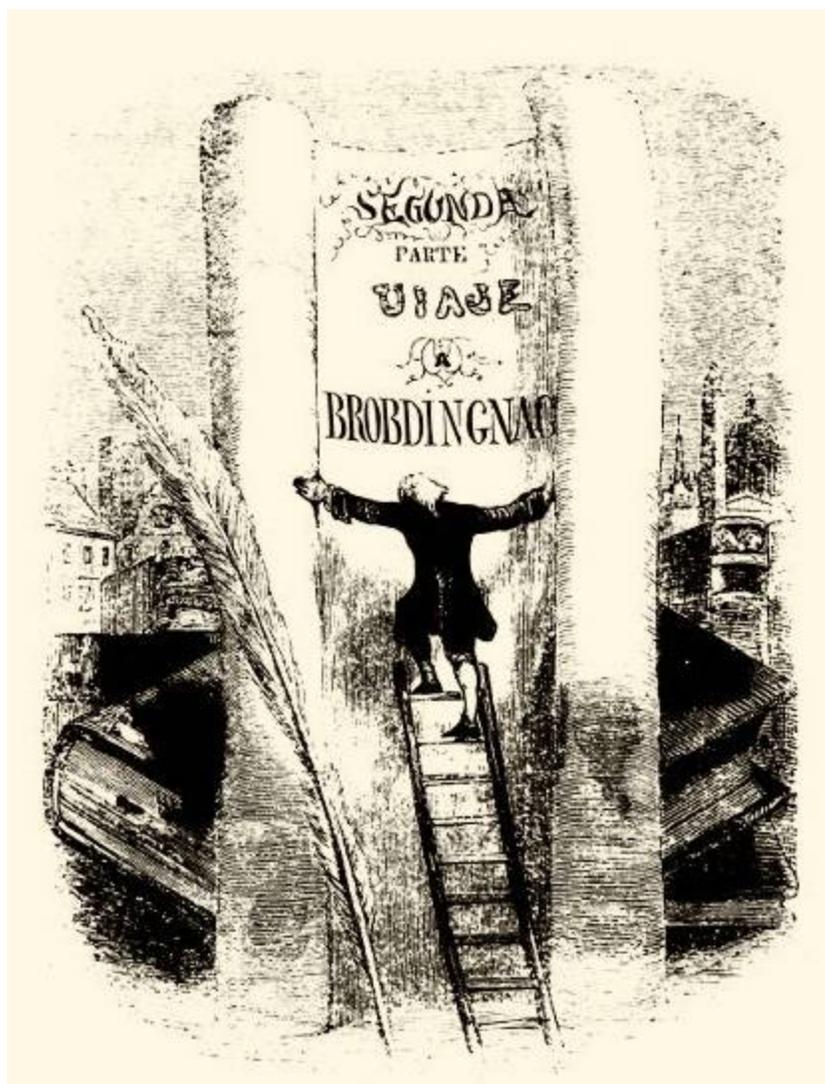


Mas el relato de esta travesía debe quedar para la segunda parte de mis *Viajes*.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Segunda parte

Viaje a Brobdingnag



Capítulo 1

Donde se describe una gran tempestad. Envíase la lancha en busca de agua; el autor va en ella a inspeccionar el país. Abandonado en la playa, es capturado por uno de los nativos y llevado a casa de un agricultor. La acogida que recibe, con varios sucesos que allí tienen lugar. Descripción de los habitantes.

Ordenado por la naturaleza y la fortuna a llevar una vida activa e inquieta, dos meses después de mi regreso volví a abandonar mi patria y me embarqué en las Dunas el 20 de junio de 1702 en el *Aventura* a las órdenes del capitán Juan Nicolás, de Cornualles, con destino a Surate. Picó muy bien el viento hasta que llegamos al Cabo de Buena Esperanza, donde desembarcamos para surtirnos de agua dulce, pero al descubrir una vía de agua descargamos toda la mercancía y acabamos por invernar allí, pues al capitán le dio una fiebre intermitente y no pudimos salir de El Cabo hasta finales de marzo. Dimos luego vela e hicimos una buena travesía hasta pasar los estrechos de Madagascar, mas una vez que nos encontramos al norte de esta isla y a unos cinco grados de latitud sur, el viento, que en aquellas aguas se sabe que es un ventarrón constante y uniforme que sopla entre el norte y el oeste desde primeros de diciembre hasta primeros de mayo, empezó a soplar el 19 de abril con mucha más violencia y más del oeste que de costumbre, y continuó así veinte días seguidos, durante los cuales fuimos arrastrados hasta un punto hacia el este de las islas Molucas^[25] y a unos tres grados al norte del Ecuador, como descubrió el capitán al hacer una estima el 2 de mayo, cuando el viento cesó y se hizo una calma absoluta, cosa que me alegró no poco. Pero él, muy experimentado en la navegación de aquellos mares, mandó que nos preparáramos para una tormenta, que efectivamente tuvo lugar al día

siguiente, pues un viento del sur llamado *monzón* meridional empezaba a afianzarse.

Viendo que el viento iba a impedirnos llevar las gavias largas, metimos la cebadera y nos preparamos para matafiolar el trinquete, mas como tuviéramos un tiempo de perros nos aseguramos de que todos los cañones estaban bien sujetos y aferramos la mesana. El navío viraba en bordadas muy largas, así que creímos que era mejor baquear que estar a la corda o correr a palo seco. Arrizamos el trinquete y lo largamos, y le halamos a popa la bolina; aronzábamos de mala manera. El navío trasorceaba de perlas. Encabillamos el cáñamo bajo de proa, pero la vela se rifó y arriamos la verga, y metimos la vela en cubierta y destrincamos todo hasta dejarla libre. Era una borrasca feroz. El mar quebraba extraño y peligroso. Aballemos a tope el acollador de la ceguiñuela y ayudamos al timonel. Y no quisimos arriar el mastelero, sino que lo dejamos todo a su aire porque corríamos con mar en popa divinamente y sabíamos que con el mastelero enarbolado el navío iba más en bonanza y surcaba mejor las aguas, habiendo como había espacio para maniobrar. Cuando la tempestad pasó, largamos el trinquete y la mayor y pusimos el buque en facha. Largamos luego la mesana, la gavia y el velacho. Llevábamos rumbo estenordeste y el viento era del sudoeste. Aballemos las amuras de estribor y filamos las brazas de barlovento y los amantillos; halamos las brazas de sotavento y tesamos a proa las bolinas de barlovento y las atortoramos y las encabillamos, y laboreamos la amura de mesana a barlovento y mantuvimos la nave tan ceñida como se podía^[26].

Durante esta tormenta, a la que siguió un ventarrón oestesudoeste, fuimos arrastrados, según mis cálculos, unas quinientas leguas al este, de modo que ni el marinero más viejo de a bordo podía saber en qué parte del mundo nos encontrábamos. Las provisiones daban de sí, el navío respondía y la tripulación se encontraba en perfectas condiciones, pero nos hallábamos en la más imperiosa necesidad de agua. Pensamos que era mejor seguir el mismo rumbo en vez de virar más hacia el norte, que podía habernos llevado a las regiones del noroeste de la Gran Tartaria y a los Mares Helados^[27].

El 16 de junio de 1703 un mozo avisto tierra desde el mastelero. El 17 nos encontrábamos ante el panorama de una gran isla o continente, pues no podíamos saber si una u otro, en la parte sur del cual había una pequeña lengua de tierra que entraba en el mar y una ensenada con demasiado bajío para una nave de más de cien toneladas, Echamos anclas a menos de una legua de esta ensenada y el capitán mando en la lancha a una docena de sus hombres, bien armados y con recipientes para tomar agua si pudieran encontrarla. Le rogué me dejara acompañarles para ver la zona y hacer los descubrimientos que pudiera. Cuando llegamos a tierra no vimos ni río ni manantial ni ningún indicio de habitantes. Nuestros hombres, por tanto, deambularon por la orilla tratando de encontrar agua dulce cerca del mar, mientras yo caminaba solo como a cosa de una milla hacia el otro lado, donde pude observar que todo el paisaje era yermo y rocoso. Empezaba a cansarme y, como no encontrara nada que atrajera mi curiosidad, me di la vuelta, bajando lentamente hacia la ensenada; y cuando tuve ante mí una vista completa del mar, vi que nuestros hombres estaban ya en la lancha y remaban hacia el barco a más no poder. Me disponía a ir tras ellos, aunque hubiera servido de poco, cuando descubro una criatura enorme que los seguía en el agua tan rápido como podía. Iba vadeando con el agua no mucho más arriba de las rodillas y daba zancadas enormes, mas nuestros hombres le llevaban media legua de ventaja y, como el mar estuviera allí lleno de rocas puntiagudas, el monstruo no pudo alcanzar el bote. Esto me lo contaron después, ya que no osé quedarme a ver en qué paraba aquella aventura, sino que corrí tan deprisa como pude en la misma dirección en que había ido al principio y escalé luego una escarpada colina, que me ofreció una cierta vista del paisaje. Lo vi todo cultivado, pero lo que primero me llamó la atención fue la altura de la hierba, que en los campos que parecían de heno tenía unos siete metros de altura.

Fui a dar a un camino real, o así me lo pareció, aunque a los naturales les servía sólo de sendero a través de un campo de cebada. Por él caminé algún tiempo, mas sin poder ver mucho a ningún lado, ya que era casi el tiempo de la cosecha y el grano levantaba trece metros por lo menos. Estuve caminando durante una hora hasta el extremo de este campo, que estaba cercado por un seto de al menos cuarenta metros de altura, y los

árboles eran tan altos que ni podía calcular cuánto medían. Había una escalera sobre la cerca para pasar de este campo al de al lado. Tenía cuatro escalones y una piedra para cruzar al llegar arriba del todo. Me era imposible salvar esta escalera, pues cada paso tenía dos metros de altura y la piedra de arriba unos siete. Estaba tratando de encontrar alguna abertura en el seto, cuando descubrí en el campo de al lado y dirigiéndose hacia la escalera a un nativo de la misma estatura del que viera en el mar persiguiendo el bote. Parecía tan alto como un campanario corriente y avanzaba unos nueve metros a cada paso, según mi cálculo más aproximado. El miedo y el asombro más terribles me acometieron y corrí a esconderme entre la mies, desde donde lo vi subido arriba de la escalera volviendo la cabeza hacia el campo de la derecha, y le oí llamar con una voz muchas veces más potente que una bocina; pero el ruido venía de tan alto en el aire que al principio tuve por cierto que se trataba de un trueno. Acto seguido, siete monstruos como él se le acercaron con hoces en la mano, cada una casi del tamaño de seis guadañas. Estos hombres no iban tan bien vestidos como el primero, de quien parecían ser criados o braceros, pues tras unas palabras que dijo se dirigieron a segar la mies del campo donde me ocultaba. Me mantenía tan lejos de ellos como podía, pero mis movimientos eran forzosamente muy penosos, pues los tallos de la mies a veces no distaban más de treinta centímetros entre sí, de modo que apenas si podía pasar estrujándome entre ellos. Sin embargo conseguí avanzar hasta que llegué a una parte del campo donde la lluvia y el viento habían acamado la mies. Aquí me fue imposible dar un paso, pues los tallos estaban tan entretejidos unos con otros que no podía deslizarme entre ellos, y las aristas de las espigas caídas eran tan fuertes y puntiagudas que se me clavaban en el cuerpo a través de la ropa. Al mismo tiempo oía a los segadores a menos de cien metros detrás de mí. Completamente abatido por el esfuerzo y vencido totalmente por el dolor y la desesperación, me eché entre dos caballones deseando con toda el alma que mi vida acabara allí. Lloré a mi desolada viuda y a mis huérfanos. Lamenté mi locura y testarudez al emprender un segundo viaje sin escuchar los consejos de todos mis amigos y allegados. En tal terrible inquietud mental no podía quitarme del pensamiento a Liliput, cuyos habitantes me consideraban el más grande

portento que jamás se viera sobre la tierra, y donde podía yo remolcar una flota imperial con una mano y realizar aquellas otras hazañas que quedarán para siempre registradas en las crónicas de aquel imperio, mientras que la posteridad apenas las creará, a pesar de que millones de gente las atestigüen. Pensaba cuán doloroso debería de ser para mí ser considerado en esta nación tan poca cosa como lo sería un simple liliputiense entre nosotros. Mas esto lo tomaba como la más pequeña de mis desgracias, pues como la experiencia enseña que los seres humanos son más salvajes y crueles cuanto mayor es su estatura, ¿qué podía esperar yo, sino acabar siendo un bocado entre los dientes del primero de estos bárbaros que por ventura me agarrara? Sin duda ninguna tienen razón los filósofos cuando nos dicen que nada es grande o pequeño sino por comparación. Pudiera antojársele a la fortuna permitir que los liliputienses encontraran algún pueblo cuyos habitantes fueran tan pequeños en relación con ellos como ellos en relación conmigo. ¿Y quién sabe si incluso esta extraordinaria raza de mortales no pudiera verse igualmente sobrepujada en alguna lejana parte del mundo aún no descubierta?

Asustado y confuso como me encontraba, no podía evitar continuar con estas reflexiones, cuando al acercarse uno de los segadores a menos de diez metros del caballón donde me encontraba me hizo presentir que a la siguiente pisada moriría aplastado bajo su pie o segado en dos por la hoz. Así pues, al ir a moverse de nuevo, grité tan fuerte como el miedo me obligaba. A esto la enorme criatura acortó el paso que iba a dar y mirando para abajo a su alrededor consiguió por fin verme tendido en el suelo. Por unos momentos reflexionó con la cautela de quien se dispone a echar mano a un animal, de modo que no pueda arañarlo ni morderlo, tal y como yo he hecho muchas veces con una comadreja en Inglaterra. Por fin se atrevió a cogerme por detrás, tomándome de la cintura entre el índice y el pulgar, y me llevó a una distancia de tres metros de sus ojos para verme mejor el tipo. Adiviné sus intenciones, y mi buena suerte me dio suficiente sangre fría para decidirme a no forcejear en lo más mínimo, según me tenía en el aire a más de veinte metros del suelo, aunque me atenazaba dolorosamente en los costados por temor a que me escurriera entre sus dedos. Todo lo que me atreví a hacer fue elevar los ojos hacia el sol y poner las manos juntas en

posición de súplica y decir en un humilde tono melancólico unas palabras apropiadas a la situación en que me hallaba. Pues sospechaba yo que me estrellaría contra el suelo tal y como solemos hacer nosotros con cualquier animalillo repugnante que nos proponemos exterminar. Mas quiso mi buena estrella que se mostrara complacido con mi voz y ademanes y empezó a mirarme como a bicho raro, maravillado al oírme pronunciar palabras articuladas, aunque no podía entenderlas. Mientras tanto no podía contener yo gemidos y lágrimas y cabezadas a los lados para hacerle entender como mejor podía cuán cruel era mi sufrimiento por la presión de sus dedos. Parece que entendió lo que quería decirle, pues levantó el faldón de la chaqueta y me puso en él con cuidado, e inmediatamente echó a correr conmigo hacia su amo, que era un agricultor acomodado y la misma persona que había yo visto de primero en el campo.

Cuando el agricultor hubo recibido la información que sobre mí pudo darle el criado (como supuse por lo que hablaron), tomó una brizna de paja del tamaño de un bastón y con él me levantó los faldones de la casaca, cosa que debió parecerle alguna especie de caparazón que la Naturaleza me hubiera dado. Soplando me retiró el pelo de la cara para poder vérmela mejor. Llamó a sus peones y les preguntó (según me enteré después) si habían visto alguna vez en los campos algún animalillo parecido a mí. Púsome luego suavemente en el suelo a cuatro patas, pero me levanté enseguida y di unos pasos despacio adelante y atrás para hacer ver a aquella gente que no tenía intención de huir. Se sentaron todos a mi alrededor para apreciar mejor mis movimientos. Me quité el sombrero e hice una reverencia en dirección del agricultor.



Me arrodillé y alcé los ojos y las manos y dije varias palabras tan alto como pude; saqué una bolsa de oro del bolsillo y humildemente se la ofrecí. La recibió en la palma de la mano, se la acercó luego a un ojo para ver qué era y después le dio varias vueltas con la punta de un alfiler que se quitó de la manga, pero no podía entender de qué se trataba. A esto le hice una seña para que pusiera la mano en el suelo. Tomé entonces la bolsa, la abrí y vacié todo el oro en la palma. Había seis piezas españolas de cuatro pistolas cada una y veinte o treinta monedas más pequeñas. Vi cómo mojaba la punta del meñique en la lengua y tomaba una de las monedas más grandes y luego otra, pero pareció que no se había enterado en absoluto de lo que eran. Me hizo una seña para que las volviera a la bolsa y ésta al bolsillo, cosa que me pareció ser lo mejor que podía hacer tras habérsela ofrecido varias veces.

Para entonces estaba el agricultor convencido de que debía de ser ente racional. Me habló una y otra vez, y el sonido de su voz me taladraba los oídos como el de una aceña, aunque sus palabras eran sobradamente articuladas. Respondí tan alto como pude en varios idiomas y una y otra vez acercó la oreja a menos de dos metros de mí, pero todo en vano, puesto que era completamente imposible que nos entendiéramos el uno al otro. Mandó luego a los criados que volvieran a su trabajo y sacó el pañuelo del bolsillo, lo dobló y lo extendió en la mano izquierda, que puso abierta en el suelo con la palma hacia arriba, y me hizo una seña para que subiera a ella, cosa que pude hacer fácilmente porque no tenía más de treinta centímetros de espesor. Creí que debía obedecer, y por miedo a caer me tumbé a la larga sobre el pañuelo, con el resto del cual él me arropó hasta la cabeza para mayor seguridad, y de esta manera me llevó a su casa. Llamó a su mujer y le enseñó lo que llevaba, pero ella dio un grito y retrocedió corriendo como hacen las mujeres en Inglaterra cuando ven un sapo o una araña. No obstante, cuando hubo visto durante un rato mi actitud y cómo obedecía las señas que su marido me hacía, se apaciguó pronto y poco a poco se encariñó conmigo en gran manera.

Eran sobre las doce del mediodía y una criada sirvió el almuerzo. Consistía sólo en un plato fuerte de vianda (adecuada a la sencilla condición de un labrador), que venía en una fuente de unos ocho metros de diámetro. Eran los comensales el agricultor, su mujer, tres hijos y una abuela anciana. Cuando se hubieron sentado, el agricultor me colocó a cierta distancia de él sobre la mesa, que alzaba diez metros del suelo. Estaba terriblemente asustado y me mantuve tan lejos del borde como pude por miedo de caer. La mujer picó un poco de comida y desmigó un poco de pan en un plato trincherero y me lo puso delante. Le hice una profunda reverencia, saqué navaja y tenedor y me lancé a comer, cosa que les encantó muchísimo. Mandó el ama a una doncella por una copita de las de licor, que hacía unos nueve litros, y la llenó de bebida. Con gran dificultad tomé entre las dos manos el recipiente, y de la manera más respetuosa bebí a la salud de la señora, cosa que expresé tan alto como pude en inglés, y que hizo reír a los presentes tan de buena gana que casi me dejan sordo con el ruido. El licor sabía a sidra ligera y no era desagradable. Hízome luego el amo una seña

para que fuera al lado de su plato, mas según iba andando sobre la mesa, sumido como estaba en una constante consternación, como el amable lector puede fácilmente imaginar y disculpar, plugo al azar que tropezara con una corteza de pan y caí de bruces, aunque sin hacerme daño. Me levanté inmediatamente y, viendo que aquella gente estaba muy preocupada, cogí el sombrero, que lo llevaba bajo el brazo por educación, y agitándolo por sobre la cabeza, lancé tres hurras para indicar que no había recibido daño alguno en la caída. Pero al avanzar hacía mi amo (que así lo llamaré de aquí en adelante), su hijo más pequeño, un briboncete de unos diez años que estaba sentado a su lado, me cogió por las piernas y me levantó tan alto en el aire que yo temblaba como un azogado, pero su padre me arrebató de sus manos dándole al mismo tiempo tal bofetada en la oreja izquierda que habría derribado a un escuadrón de caballería europeo, y ordenándole que se retirara de la mesa. Mas temiendo que el muchacho me cogiera tirria y recordando bien lo traviesos que todos los niños entre nosotros son con gorriones, conejos y crías de gato o perro, me postré de rodillas y apuntando hacia el niño di a entender a mi amo como mejor pude que deseaba se perdonara a su hijo. El padre me hizo caso y el muchacho volvió a sentarse, tras lo cual fui a él y le besé la mano, que mi amo tomó y le hizo que me acariciara suavemente con ella.

A mitad de la comida, la gata favorita de mi ama se puso de un salto en su regazo. Detrás de mí pude oír un ruido como el de una docena de tejedores de medias trabajando, y volví la cabeza para ver que se trataba del ronroneo de este animal, que parecía tres veces más grande que un buey, como pude calcular por la cabeza y una de las patas, mientras su dueña le daba de comer y lo acariciaba. La fiereza del semblante de esta criatura me dejó completamente desconcertado, aunque me encontraba en la parte más alejada de la mesa, a más de dieciséis metros de ella, y aunque el ama la tenía bien sujeta por temor de que diera un salto y me atrapara con sus garras. Pero resultó que no había peligro, pues la gata no me hizo el más mínimo caso cuando mi amo me puso a menos de tres metros de ella. Y como siempre he oído, y comprobado por experiencia en mis viajes, que huir o mostrar miedo ante una fiera es la manera más segura de hacer que te persiga o ataque, decidí no mostrar ninguna clase de preocupación en tan

peligrosa coyuntura. Audazmente me paseé cinco o seis veces delante de la mismísima cabeza de la gata y me acerqué hasta un metro de ella, a lo cual retrocedió como temerosa de mí. Menos miedo me dieron los perros, tres o cuatro de los cuales entraron en la habitación, cosa normal en la casa de un labrador; uno de ellos era un mastín del tamaño de cuatro elefantes y otro un galgo más alto que el mastín, pero no tan corpulento.



Casi al final de la comida entró la nodriza con un niño de un año en los brazos, que enseguida me descubrió y se puso a chillar con la elocuencia que suelen los bebés, y como para oírlo del puente de Londres a Chelsea, para que le dieran un juguete que era yo. Por pura complacencia la madre me agarró y me acercó al niño, que luego me tomó por la cintura y se metió mi cabeza en la boca, donde solté un rugido tan potente que el pillín se asustó y me dejó caer, y me habría roto el espinazo irremisiblemente si la madre no hubiera puesto el delantal debajo. Para callar al bebé usó la nodriza un sonajero, que era una especie de recipiente hueco lleno de piedras grandes y sujeto por un cable a la cintura del niño, pero todo en vano, de modo que tuvo que emplear el último recurso dándole de mamar. Debo confesar que jamás nada me ha dado tanto asco como la vista de aquel pecho monstruoso que no puedo encontrar con qué comparar para dar al curioso lector idea de su envergadura, forma y color. Se proyectaba dos metros hacia fuera y tenía no menos de cinco de circunferencia. El pezón

abultaba casi la mitad de mi cabeza y su color y el de la ubre era tan abigarrado de lunares, granos y pecas que nada podría encontrarse más nauseabundo; y lo veía muy de cerca, pues estaba ella cómodamente sentada para dar de mamar, y yo de pie en la mesa. Esto me hizo reflexionar sobre la finura de la piel de nuestras damas inglesas, que nos parece tan bella porque ellas son del mismo tamaño que nosotros y sus defectos no se ven más que con lupa, en cuyo caso la experiencia nos muestra cómo el cutis más suave y blanco aparece grueso y áspero y descolorido.

Recuerdo que en Liliput la tez de aquella gente diminuta me parecía la más fina del mundo, y hablando de este tema con una persona de saber de allí, a la que me unía una íntima amistad, me dijo que mi cara parecía mucho más fina y suave cuando me miraba desde el suelo que desde menos distancia, cuando lo tomaba en la mano y lo acercaba, lo cual, me confesaba, era una vista realmente horrible al principio. Dijo que podía ver hoyos enormes en mi piel, que los cañones de mi barba eran diez veces más fuertes que las cerdas de un jabalí, y que mi tez era completamente desagradable, formada como estaba de varios colores; aunque debo rogar se me permita decir en mi favor que mi piel es tan fina como la de la mayoría de mi sexo y país, y poco quemada del sol en mis viajes. Por otro lado, hablando de las damas de la corte de aquel emperador, solía él decirme que una tenía pecas, otra una boca demasiado grande y una tercera una nariz demasiado larga, nada de lo cual podía yo distinguir. Confieso que estas reflexiones son sobradamente obvias, aunque no podía omitirlas, no fuera a pensar el lector que aquellas enormes criaturas eran en realidad deformes, pues debo decir en justicia que son una raza apuesta, y en particular los rasgos del rostro de mi amo, aunque no era más que un campesino, me parecían bien proporcionados cuando lo veía a veinte metros de altura.

Cuando terminó la comida se fue mi amo con los peones y según pude entender por sus voces y ademanes encargó encarecidamente a su esposa que tuviera cuidado de mí. Me encontraba muy cansado y con gana de dormir y, notándolo el ama, me echó en su cama y me tapó con un pañuelo blanco y limpio pero más grande y basto que la vela mayor de un buque de guerra.

Dormí unas dos horas y soñé que estaba en casa con mi mujer y mis hijos, circunstancia que aumentó mis penas cuando al despertar me encontré solo en una habitación enorme de entre setenta a cien metros de ancha y más de setenta de alta, tendido en una cama de veinte metros de anchura. Habíase ido el ama a sus oficios domésticos dejándome bajo candado. La cama levantaba ocho metros sobre el suelo. Ciertas necesidades naturales exigían que me bajara; no me atreví a llamar porque, si lo hubiera hecho, habría sido en vano con aquella voz mía y habiendo tanta distancia entre la habitación donde me hallaba y la cocina, donde hacía vida la familia. Sumido en estas circunstancias, treparon dos ratas por las cortinas y se pusieron a olfatear por la cama correteando de un lado para otro. Una de ellas se me acercó casi a la cara. A esto me levanté aterrorizado y desenvainé el alfanje para defenderme. Estos terribles animales tuvieron la osadía de atacarme de los dos lados y uno de ellos me puso las patas delanteras en el cuello, pero hube la buena fortuna de poder rajarle la barriga antes de que pudiera hacerme ningún daño. Cayó a mis pies, y al ver la otra la suerte de su camarada se dio a la fuga, mas no sin una buena herida en el trasero que le propiné mientras huía y que hizo que le corriera la sangre en chorritos. Tras esta hazaña me paseé tranquilamente de lado a lado de la cama para recobrar el aliento y el ánimo perdido. Estos animales eran del tamaño de un mastín grande pero infinitamente más ágiles y fieros, de modo que si me hubiera quitado el cinturón antes de dormirme, lo más seguro es que me habrían hecho pedazos y devorado sin remedio. Medí la cola de la rata muerta y vi que tenía un metro y ochenta centímetros, pero el estómago no me permitía arrastrar el cuerpo fuera de la cama, donde todavía continuaba desangrándose; vi que le quedaba aún algo de vida y con un buen tajo cruzado en el cogote la despaché del todo.

Poco después entraba el ama en la habitación y, al verme todo cubierto de sangre, corrió y me tomó en la mano; apunté a la rata muerta sonriendo y haciendo otros ademanes indicando que no estaba herido, de lo cual se alegró sobremanera, y llamó a la criada para que cogiera la rata con unas tenazas y la tirara por la ventana. Púsome después sobre la mesa, donde le enseñé el alfanje todo lleno de sangre, y tras enjugarlo en el faldón de la casaca lo volví a la vaina. Me encontraba en el aprieto de tener que hacer

más de una cosa que nadie podía hacer por mí, así que procuré hacer entender a mi ama que deseaba me pusiera en el suelo; cuando lo hizo, mi sentido de la vergüenza no me permitía expresarme más que señalando hacia la puerta y haciendo reverencias varias veces. Con mucha dificultad la buena mujer comprendió por fin lo que quería y, tomándome en la mano, salió al huerto y allí me dejó en el suelo. Anduve casi doscientos metros hacia un lado y, haciéndole señas para que no mirara ni me siguiera, me escondí entre dos hojas de acedera y allí cumplí con las necesidades de la naturaleza.

Espero que el amable lector me excuse por detenerme en estos y similares detalles que, aunque parezcan insignificantes a una mente rastrera y vulgar, ayudarán ciertamente al filósofo a ampliar sus pensamientos e imaginación y a aplicarlos en beneficio de la vida tanto pública como privada, que éste es mi objetivo al presentar al mundo ésta y otras relaciones de mis viajes, en lo cual he perseguido sobre todo la verdad sin afectaciones de ornamentos eruditos o estilísticos. Pero todas las experiencias de este viaje se me grabaron tan fuertemente en el pensamiento y se encuentran tan profundamente arraigadas en mi memoria que al confiarlas al papel no quise omitir circunstancia alguna, aunque tras un riguroso repaso taché del original varios pasajes de menos importancia, por temor a que se me acusara de pesado y trivial, como frecuentemente se acusa, quizá no injustamente, a los que viajan.

Capítulo 2

Descripción de la hija del agricultor. El autor es llevado al mercado de un pueblo y luego a la capital. Detalles del viaje.

Tenía el ama una hija de nueve años, chiquilla bien adelantada para sus años, muy diestra con la aguja y mañosa en vestir a su muñeca. Ella y su madre se las ingeniaron para acondicionarme la cuna de la muñeca para que pasara la noche; la pusieron en un cajón pequeño de armario, y el cajón en una repisa aislada por miedo a las ratas. Éste fue mi lecho mientras estuve con aquella gente, aunque fueron haciéndolo más cómodo poco a poco según iba yo aprendiendo su lengua y haciéndoles entender mis necesidades. Esta muchachita era tan hábil que después de ver una o dos veces cómo me quitaba la ropa, podía ella vestirme y desnudarme, aunque nunca le di tal molestia cuando me dejaba hacerlo a mí. Me hizo siete camisas y otra ropa blanca de la tela más fina que se pudo encontrar y que era en realidad más basta que la arpillera; y estas prendas me las lavaba una y otra vez con sus propias manos. También hacía de profesora y me enseñaba el idioma: cuando apuntaba a algo ella me decía el nombre en su lengua, de modo que en unos días pude pedir cualquier cosa que se me antojara. Tenía muy buen corazón y no medía mucho más de trece metros, pues era baja para su edad. Me puso de nombre *Grildrig*, que la familia adoptó y después todo el reino. El vocablo significaba lo que los latinos llaman *nanunculus*, *homuncelino* los italianos y *manikin* los ingleses. A ella principalmente debo mi vida en aquel país; nunca nos separamos mientras estuve allí. Yo le llamaba mi *Glumdalclitch*, o sea «niñerita», y me sentiría culpable de crasa ingratitud si omitiera esta honrosa mención de su cuidado y afecto para conmigo, que ojalá estuviera en mi poder recompensar como ella merece, en vez de ser yo el inocente aunque

desdichado instrumento de su desgracia, como sobradas razones me hacen sospechar.

Empezó a conocerse y a comentarse por el vecindario que mi amo había encontrado en el campo un animal extraño del tamaño de un *splacknuck* aproximadamente, pero de formas exactamente como las de un ser humano en todas sus partes, a quien también imitaba en todas sus acciones; que parecía hablar una lengua muy suya, había aprendido ya varias palabras de la de ellos, andaba erguido sobre dos patas, era manso y apacible, acudía cuando se le llamaba, hacía cuanto se le mandaba y tenía los más delicados miembros del mundo y un cutis más fino que la hija de un aristócrata a los tres años. Otro agricultor que vivía muy cerca y era buen amigo de mi amo llegó de visita con el propósito de averiguar la verdad de la historia. Me sacaron enseguida y me colocaron en una mesa, por donde anduve según se me ordenaba, desenvainé el alfanje, lo envainé de nuevo, hice una reverencia al huésped de mi amo, le pregunté en su idioma cómo estaba y le di la bienvenida, tal y como mi niñerita me había instruido. Este hombre, que era viejo y tenía la vista cansada, se caló los anteojos para verme mejor, a lo cual no pude contenerme y me eché a reír a carcajadas, pues sus ojos me parecieron como la luna llena asomándose a una habitación por dos ventanas. Mi gente, que entendió la causa de mi regocijo, se me unió en la risa y el vejete fue lo suficientemente tonto para enfadarse y quedarse cortado. Tenía fama de ser un gran avaro y para mi desgracia bien que la merecía por el maldito consejo que dio a mi amo para que me exhibiera como cosa curiosa un día de mercado en un pueblo cercano que estaba a media hora a caballo, es decir, unas veintidós millas, de nuestra casa. Adiviné que alguna calamidad se me venía encima al observar que mi amo y su amigo cuchicheaban largo rato, apuntando hacia mí de vez en cuando; y mis temores me hicieron imaginar que oí y entendí algunas de sus palabras. Pero a la mañana siguiente mi niñerita Glumdalclitch me lo contó todo, pues se lo había sonsacado astutamente a su madre. La pobre chica me tomó sobre su pecho y se echó a llorar avergonzada y apenada. Terna miedo de que me sucediera algún percance de parte del populacho maleducado que podría matarme de un apretón o romperme alguna parte del cuerpo al cogerme con las manos. Había observado ella también lo modesto de mi

naturaleza, lo exigente que era con mi honra y lo indignante que sería para mí verme exhibido por dinero como una atracción pública ante la gentuza más baja. Dijo que su papá y su mamá habían prometido que Grildrig sería de ella, pero ahora veía que le iban a hacer lo mismo que el año anterior, cuando hicieron como que le daban un cordero, pero en cuanto engordó se lo vendieron a un carnicero. En cuanto a mí puedo afirmar sinceramente que me encontraba menos preocupado que mi niñera. Tenía la esperanza, que no me abandonó nunca, de que algún día recobraría la libertad; y respecto a la ignominia de que me llevaran de un lado para otro como a un monstruo, consideré que en aquel país era un perfecto forastero y que tal infortunio no podría nunca reprochárseme si alguna vez volviera a Inglaterra, pues el mismo rey de la Gran Bretaña en mi lugar hubiera padecido la misma desgracia.

Mi amo, siguiendo el consejo de su amigo, el primer día de mercado que hubo me llevó al pueblo vecino en una caja y tomó con él a su hijita, mi niñera, sentada en una gruperá detrás de mí. La caja estaba cerrada por todas partes y tenía una puertecilla para que pudiera entrar y salir, y unos cuantos taladros para que entrara el aire. La niña se había preocupado tanto, que puso dentro el edredón del lecho de la muñeca para que pudiera echarme. A pesar de esto el viaje me dejó terriblemente zarandeado y descompuesto, aunque sólo duró media hora, pues el caballo tomaba trece metros a cada paso y trotaba tan alto que el meneo era igual que el de una nave que sube y baja en una gran tempestad, pero mucho más rápido; el trayecto era algo más que lo que hay de Londres a San Albano^[28]. Se apeó mi amo en una venta que solía frecuentar y, tras consultar un rato con el ventero y hacer los preparativos al caso, ajustó al *grultrud* o pregonero para que anunciara por el pueblo que en la venta del Águila Verde podía verse una criatura extraña, no tan grande como un *splacknuck* (animal de aquel país muy hermoso y de unos dos metros de largo) y parecido a un ser humano en todo, y que podía hablar varias palabras y realizar cientos de lances divertidos.

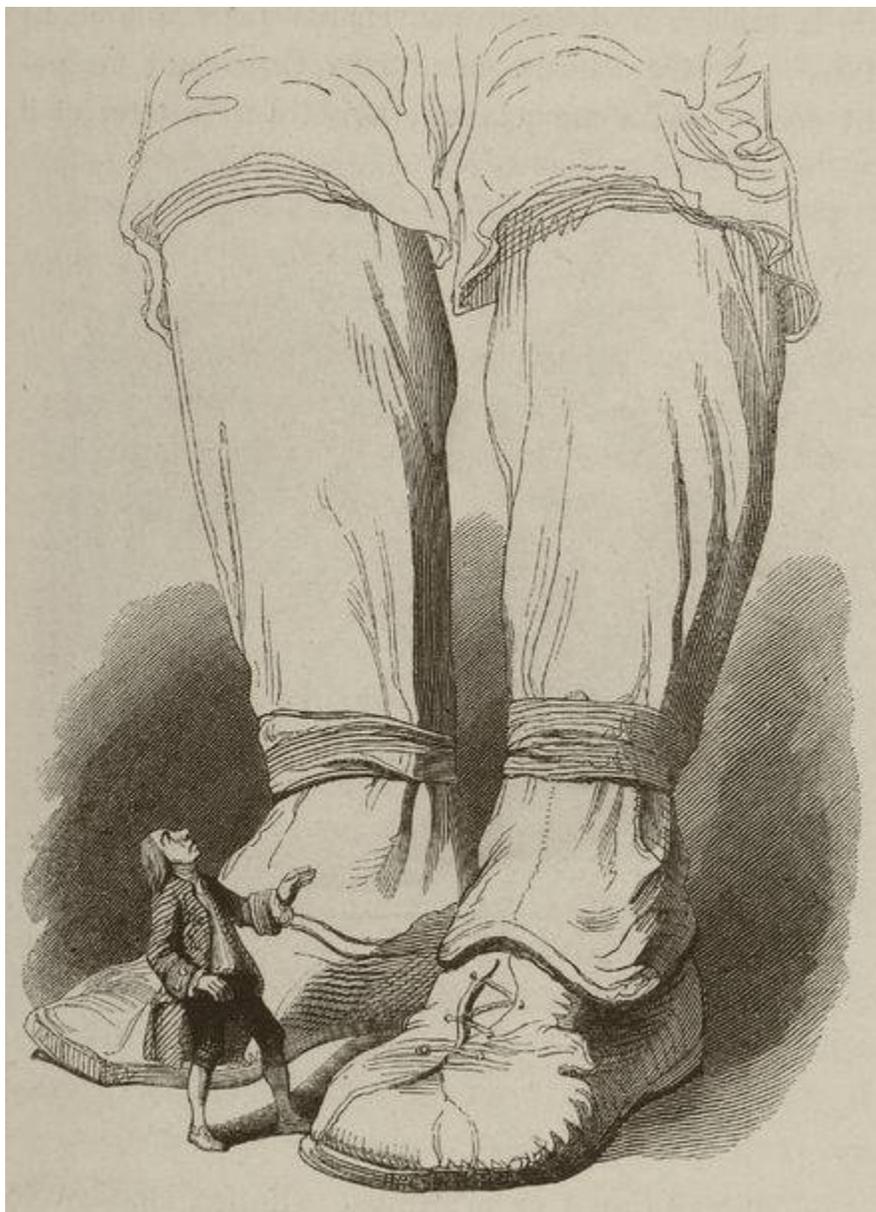
Me colocaron en una mesa en la habitación más grande de la venta, que podía medir cerca de los cien metros por cada lado. Mi niñerita se instaló en una tajuela junto a la mesa para tener cuidado de mí e indicarme lo que

debía hacer. Para evitar aglomeraciones permitía mi amo que sólo entraran a verme treinta personas a la vez. Me paseé por la mesa como la niña me ordenaba; me hacía preguntas dentro de lo que ella sabía daba de sí mi conocimiento del idioma, y yo contestaba tan alto como podía. Varias veces me volví a los asistentes, les presenté mis humildes respetos, les di la bienvenida y repetí otras frases que me habían enseñado. Tomé un dedal lleno de licor, que Glumdalclitch me había dado por copa, y bebí a su salud. Desenvaine el alfanje y les hice unas florituras con él según el estilo de los esgrimidores en Inglaterra. Me dio mi niñera parte de una paja con la cual hice evoluciones como con pica, que había aprendido yo este arte en mi juventud.



Se me exhibió aquel día ante doce grupos de gente y se me obligó a repetir tantas veces las mismas majaderías que acabó medio muerto de cansancio y fastidio, pues los que ya me habían visto contaban tales maravillas que la gente estaba dispuesta a tirar las puertas abajo para entrar. Por su propio interés mi amo no permitía que nadie me tocara excepto mi niñera, y para evitar peligros se colocaron unos bancos alrededor de la mesa a una distancia que me ponía fuera del alcance de cualquiera. No obstante, un desgraciado colegial me apuntó directamente a la cabeza con una avellana, que por muy poco no me dio, que si me da, iba con tal fuerza que me habría

saltado los sesos sin remedio, pues era casi tan grande como una calabaza pequeña; pero tuve la satisfacción de ver que el joven malandrín recibía una buena zurra y que lo echaban de la habitación.



Mi amo anunció públicamente que me exhibiría el siguiente día que hubiera mercado y mientras tanto me preparó un vehículo más cómodo, que sobrados motivos tenía para hacer tal, pues quedé tan cansado del primer viaje y de divertir al público durante ocho horas seguidas, que apenas si podía tenerme en pie o decir una palabra. Pasaron al menos tres días antes

de que recuperara las fuerzas, y para que no pudiera descansar en casa, todos los vecinos de bien de cien millas a la redonda, al oír de mi celebridad, fueron a verme a casa de mi amo. Hubo no menos de treinta con sus mujeres e hijos, pues el país está muy poblado, y mi amo exigía el precio de la habitación llena siempre que me exhibía en casa, aunque fuera sólo ante una familia. Así fue como por un tiempo tuve poca tranquilidad durante todos los días de la semana excepto los miércoles, que es su domingo, aunque no me llevaran al pueblo.

Viendo que le sería muy rentable, decidió llevarme mi amo a las ciudades más importantes del reino. Habiéndose equipado por tanto con todo lo necesario para un largo viaje y tras arreglar sus asuntos de casa, se despidió de su mujer, y el 17 de agosto de 1703, unos dos meses después de mi llegada, nos pusimos en camino hacia la metrópoli, que está casi en el centro de aquel imperio y a unas tres mil millas de distancia de nuestra casa. Mi amo ordenó a su hija Glumdalclitch que cabalgara tras él. Ella me llevaba en su regazo metido en una caja atada a su cintura. La chiquilla la había forrado por todos los lados con el tejido más suave que pudo encontrar, almohadillándolo bien por debajo; le había puesto la ropa del lecho de su muñeca, me había proporcionado ropa blanca y otras cosas necesarias, y lo había hecho todo lo mejor que pudo. No llevábamos ninguna otra compañía que un mozo de la casa que cabalgaba detrás con el equipaje.

La intención de mi amo era exhibirme en todos los pueblos que encontráramos y salimos de la carretera hasta cincuenta o cien millas para visitar cualquier aldea o caserío de gente acomodada, donde él esperaba encontrar clientela. Viajamos tranquilamente haciendo no más de ciento cuarenta o ciento sesenta millas por día, pues Glumdalclitch, por protegerme, se quejaba de que el trote del caballo la cansaba. A menudo me sacaba de la caja, según se lo pedía, para que me diera el aire y para enseñarme el paisaje, pero siempre me tenía bien sujeto con unas andaderas. Cruzamos cinco o seis ríos muchísimo más anchos y profundos que el Nilo o el Ganges y apenas si vimos un arroyuelo tan pequeño como el Támesis a su paso por el puente de Londres. Pasamos dos meses y medio viajando y

me exhibieron en dieciocho ciudades, además de en muchas aldeas y casas particulares.

El 26 de octubre llegamos a la capital, llamada en su idioma *Lorbrulgrud*, o sea *Orgullo del universo*. Tomó hospedaje mi amo en la calle principal de la ciudad, no lejos del palacio real, y distribuyó unos carteles en la forma acostumbrada, en los que se daba una descripción exacta de mi persona y cualidades. Alquiló una habitación enorme, de entre cien y ciento treinta metros de ancha. Agenció una mesa de veinte metros de diámetro, sobre la que yo iba a interpretar mi papel, y en ella colocó alrededor una empalizada a casi un metro del borde, que tenía otro tanto de alta, para evitar que me cayera. Me exhibían diez veces al día ante la admiración y la satisfacción de todo el mundo. Para entonces podía hablar bastante bien su lengua y entendía perfectamente cada palabra que se me decía. Además había aprendido su alfabeto y podía ingeniármelas para interpretar una frase aquí y otra allá, pues Glumdalclitch había sido mi maestra en casa y en las horas libres durante el viaje. Llevaba ella un librito en el bolsillo, no mayor que el *Atlas* de Sansón^[29]; era un texto corriente para el uso de muchachitas, que traía un breve relato de su religión. Por él me enseñó las letras y me explicaba las palabras.

Capítulo 3

El autor es llevado a la Corte. La Reina se lo compra a su amo, el agricultor, y lo regala al Rey. Discute con los grandes sabios de Su Majestad. Se le dispone un aposento en la Corte. Goza de gran favor cerca de la Reina. Defiende el honor de su país. Sus riñas con el enano de la Reina.

Los continuos trabajos que cada día sufría me alteraron considerablemente la salud en pocas semanas: cuanto más sacaba de mí mi amo, más insaciable se volvía. Había perdido el apetito completamente y me encontraba casi en los huesos. El agricultor lo notó y, entendiendo que pronto moriría, resolvió sacar el mejor partido que de mí pudiera. Mientras así razonaba y deliraba consigo mismo llegó de la Corte un *slardral*, o sea, caballero ujier, que ordenó a mi amo me llevara con él para divertir a la Reina y a sus damas. Algunas de éstas ya habían ido a verme y contaron maravillas de mi hermosura, conducta y buen sentido. Su Majestad y quienes la acompañaban estaban sobremanera encantados de mi porte. Me postré de rodillas y solicité el honor de besar el pie de la Emperatriz. Pero esta graciosa soberana extendió el meñique hacia mí (después de que me pusieran en una mesa) y se lo estreché con los dos brazos, y con sumo respeto acerqué la punta de mis labios. Me hizo unas preguntas de tipo general sobre mi país y mis viajes, a las que contesté tan clara y brevemente como pude. Me preguntó si sería de mi gusto vivir en la Corte. Me incliné hasta tocar el tablero de la mesa y respondí humildemente que era esclavo de mi amo, pero que si pudiera disponer de mí mismo me sentiría orgulloso de dedicar la vida al servicio de Su Majestad. Preguntó luego a mi amo si quería venderme a buen precio. Sospechando que no le duraría más de un mes, estaba bien dispuesto a separarse de mí y pidió cien piezas de oro, que se mandaron a buscar en el acto, cada una de las cuales abultaba casi lo que

ochocientos moidoros, aunque salvando la proporción entre todas las cosas de aquel país y de Europa y con lo caro que estaba el oro allí, apenas si suma tan grande representaba lo que en Inglaterra cien guineas^[30]. Dije luego a la Reina que, puesto que era ahora la más humilde criatura y vasallo de Su Majestad, debía solicitar la gracia de que a Glumdalclitch, que me había atendido siempre con tanto cuidado y bondad y que tan bien sabía hacerlo, la admitiera en su servicio y continuara siendo mi niñera y maestra. Asintió Su Majestad a mi ruego y fácilmente obtuvo permiso del agricultor, que bien contento se puso de ver a su hija colocada en la Corte; y la pobre chica por su parte no podía ocultar su contento. Mi ex amo se retiró diciéndome adiós y añadiendo que me dejaba en buen empleo, a lo cual no dije ni palabra, sino que únicamente me incliné levemente hacia él.

Notó la Reina mi displicencia y cuando el agricultor hubo salido de la estancia me preguntó la razón de ello. Me permití decir a Su Majestad que no debía yo a mi antiguo amo otro favor que el de que no rompiera la sesera de una pobre e inocua criatura que por casualidad fue hallada en un campo suyo, el cual favor lo recompensaban generosamente las ganancias que había hecho exhibiéndome por la mitad del reino y la suma que acababa de percibir al venderme; que la vida que llevé desde entonces había sido lo bastante ajetreada para matar a un animal diez veces más fuerte; que mi salud se había deteriorado mucho con las constantes fatigas de tener que divertir al populacho a cada hora del día, y que si mi amo no hubiera creído que mi vida peligraba, Su Majestad no habría obtenido quizá tal ganga; pero que como no tenía ningún temor de que se me tratara mal bajo la protección de una Emperatriz tan grande y buena, adorno de la naturaleza, querida del universo, delicia de sus súbditos, fénix de la creación, esperaba yo que los temores de mi antiguo amo resultaran infundados, pues ya empezaba a notar que el ánimo me revivía por la influencia de su muy augusta presencia.

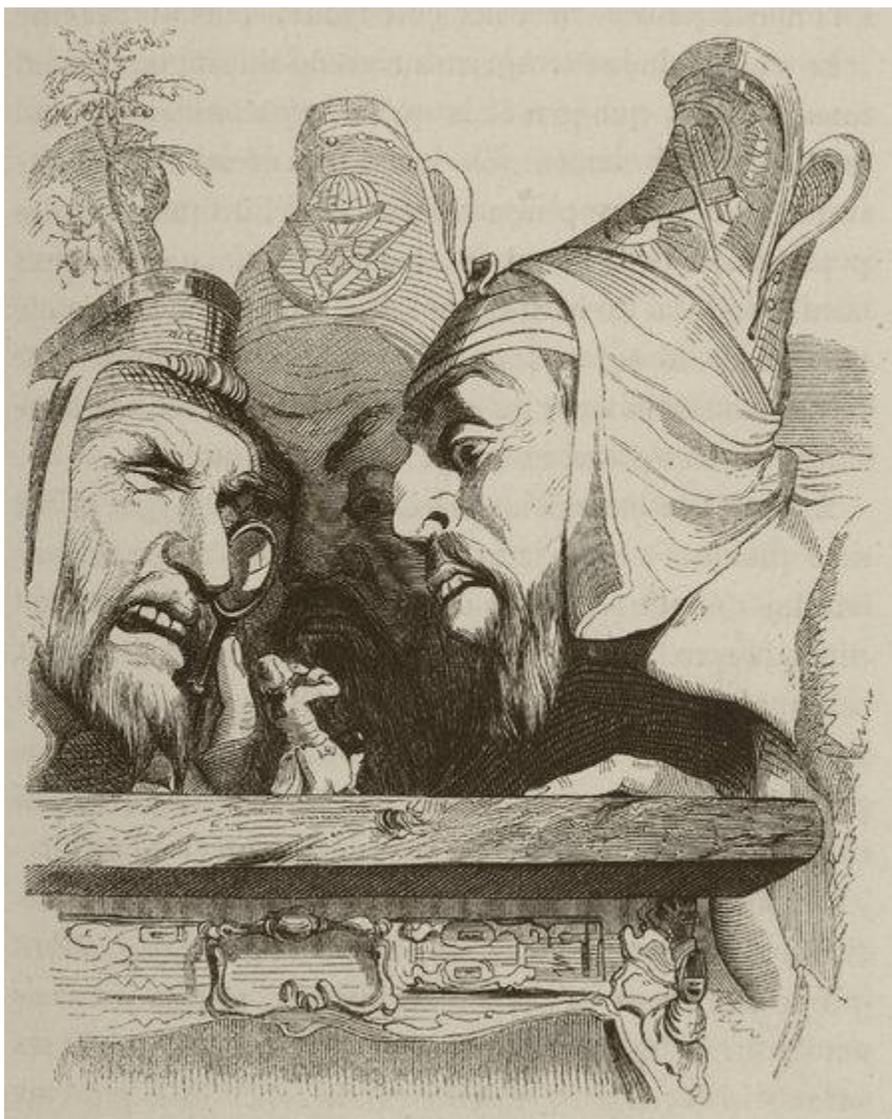
Esta fue la esencia de mi discurso, que pronuncié con grandes impropiedades y vacilación, y cuya parte final estaba formulada íntegramente en el estilo propio de aquella gente, del cual Glumdalclitch me enseñó algunas frases mientras me llevaba a la Corte.

Mostrándose muy indulgente por mis muchos defectos al hablar, la Reina quedó, sin embargo, sorprendida de tanto talento y discreción en animal tan diminuto. Me tomó en la mano y me llevó al Rey, que a la sazón se encontraba recluido en su despacho. Sin advertir bien mi hechura a primera vista, Su Majestad, soberano de mucha gravedad y austero semblante, preguntó a la Reina desde cuándo había tomado cariño a un *splacknuck*, pues por tal parece que me tomó, según estaba y tendido boca abajo en la mano derecha de la Reina. Ésta, que poseía una infinita capacidad de ingenio y humor, me puso de pie despacito sobre el escritorio y me mandó que contara a Su Majestad quién era, lo que hice en poquísimas palabras; y Glumdalclitch, que esperaba a la puerta del despacho y no podía soportar no tenerme delante de los ojos, confirmó, una vez que le permitieron entrar, todo lo que había sucedido desde mi llegada a la casa de su padre.

Aunque tan culto como el que más en sus dominios e instruido en el estudio de la filosofía natural y en particular la matemática, el Rey, cuando me observó el tipo minuciosamente y me vio andar erguido, antes de oírme hablar, supuso que podía tratarse de una pieza de relojería (arte que en aquel país ha llegado a una perfección notabilísima) ideada por algún artesano ingenioso. Pero cuando escuchó mi voz y vio que lo que decía era natural y racional, no pudo ocultar su asombro. De ningún modo quedó satisfecho con el relato que le hice de cómo llegué a su reino, sino que pensaba que era un cuento urdido entre Glumdalclitch y su padre, que me habrían enseñado una serie de palabras para poder venderme a un precio más alto. Llevado de esta fantasía me hizo otras cuantas preguntas y recibió igualmente respuestas racionales y en nada incorrectas, salvo en el acento extranjero y en lo imperfecto de mis conocimientos del idioma, a más de algunos giros rústicos que había aprendido en casa del agricultor y no encajaban en el estilo refinado de la Corte.

Su Majestad mandó llamar a tres grandes sabios que estaban entonces de servicio semanal, de acuerdo con la costumbre del país. Listos caballeros, tras examinarme el talle durante un rato con mucha meticulosidad, dieron diferentes opiniones respecto a mí. Todos estaban de acuerdo en que no pude ser creado según las leyes regulares de la

Naturaleza, puesto que no estaba dotado de capacidad para salvaguardar mi vida ya fuera moviéndome velozmente, trepando a los árboles o excavando agujeros en la tierra. Por la dentadura, que observaron con gran detenimiento, vieron que era animal carnívoro, pero siendo la mayoría de los cuadrúpedos demasiado para medirme con ellos, y los ratones de campo y otros parecidos demasiado ágiles, no podían imaginar cómo podía vivir, a menos que me alimentara de caracoles y otros animalillos, cosa que demostraron serme imposible, usando muchos eruditos argumentos.



Uno de ellos parecía creer que fuera embrión o feto abortado. Pero este parecer lo rechazaron los otros dos, que notaron que mis miembros eran

perfectos y acabados, y que había vivido varios años, según lo manifestaba mi barba, cuyos cañones pudieron claramente apreciar con una lupa. No me Derruirían que fuera enano porque mi pequeñez rebasaba todos os límites de comparación, pues el enano preferido de la Reina, el más pequeño que jamás se conoció en aquel reino, tenía casi nueve metros de alto. Tras mucho discutir llegaron a la conclusión unánime de que era un mero *relplum scalcath*, que literalmente quiere decir *lusas naturae*^[31], decisión exactamente en consonancia con la moderna filosofía europea, cuyos profesionales, desdeñosos de la antigua evasiva de las *causas ocultas* con las que los seguidores de Aristóteles se empeñan inútilmente en disfrazar su ignorancia, han descubierto esta maravilla que soluciona todas las dificultades, en pro del inefable progreso del humano conocimiento.

Tras esta decisiva conclusión rogué me excusaran unas palabras. Dirigiéndome al Rey le aseguré que procedía de un país poblado por varios millones de personas de ambos sexos y de mi misma estatura, donde animales, árboles y cosas guardaban todos una proporción, y en consecuencia podía defenderme y encontrar sustento de la misma forma que cualquier súbdito de Su Majestad podía hacerlo allí, intervención ésta que consideré respuesta suficiente a los argumentos de aquellos caballeros. A esto contestaron ellos con sólo una sonrisa despectiva diciendo que el agricultor me había enseñado bien la lección. El Rey, que tenía mucho más conocimiento, despachó a sus sabios y mandó a buscar al agricultor, que por suerte no había partido de la ciudad todavía. Tras interrogarlo primero en privado y carearlo luego conmigo y la muchachita, Su Majestad empezó a creer que lo que le dijimos pudiera tal vez ser verdad. Rogó a la Reina que se tomara especial cuidado conmigo y dictaminó que Glumdalclitch debería continuar en el cargo de atenderme, pues se dio cuenta de nuestro mutuo afecto. Se dispuso un aposento cómodo para ella en la Corte, se le asignó una especie de aya para encargarse de su educación, una doncella que la vistiera, y otras dos criadas para las tareas serviles, pero ella asumía totalmente el cargo de cuidar de mí. La Reina mandó a su ebanista que diseñara una caja que pudiera servirme de alcoba, según el modelo que Glumdalclitch y yo concertáramos. Era este hombre artífice muy hábil y, siguiendo mis indicaciones, en tres días me terminó una habitación de

madera, cuadrada, de casi cinco metros de lado y tres de alta, con ventanas de guillotina, una puerta y dos reservados, como si fuera un dormitorio londinense. El tablero que formaba el techo podía abrirse y cerrarse sobre dos bisagras para poder introducir una cama equipada por el tapicero de la Reina, que Glumdalclitch sacaba cada día para airearla, la hacía con sus manos y la bajaba por la noche cerrando el techo sobre mí. Un artesano minucioso, famoso por sus curiosas miniaturas, se encargó de hacerme dos sillas con sus respaldos y travesaños de una substancia no distinta del marfil, dos mesas y un armario para guardar mis cosas. La habitación estaba acolchada por todas partes, incluso el piso y el techo, para evitar accidentes por descuido de quienes me llevaban y para amortiguar el golpe de alguna sacudida cuando iba en coche. Pedí un candado para la puerta para impedir que entraran ratas y ratones, y tras varias tentativas el herrero hizo el más pequeño que jamás se había visto allí, pues uno más grande lo he visto yo en la puerta de la casa de un caballero en Inglaterra. Conseguí guardar la llave en un bolsillo de los míos, temiendo que Glumdalclitch pudiera perderla. También ordenó la Reina las sedas más finas que pudieran encontrarse para hacerme ropas, que eran no mucho más gruesas que una manta inglesa y muy incómodas hasta que me acostumbré a ellas. Las hicieron a la moda del país, es decir, como si fueran parte persas y parte chinas; en verdad una muy severa y digna indumentaria.

La Reina me tomó tanto cariño que no podía comer sin mí. Me instalaron una mesa sobre la que Su Majestad usaba para comer, exactamente junto a su codo izquierdo, y una silla para sentarme. Glumdalclitch se subía en un taburete puesto en el suelo cerca de mi mesa para ayudarme y cuidarme. Me facilitaron un juego completo de platos y fuentes de plata y otros utensilios que, en proporción con los de la Reina, no eran mucho más grandes que los que he visto en una juguetería de Londres entre los enseres de una casa de muñecas. Mi niñerita los guardaba en su bolso, dentro de un estuche de plata, y me los daba a la hora de comer según los necesitaba, y siempre los limpiaba ella misma. Nadie comía con la Reina excepto las dos Princesas Reales, la mayor de dieciséis años y la más joven de trece y un mes por aquellas fechas. Su Majestad la Reina solía poner un trozo de carne en una de mis fuentes, de la cual me apartaba

trinchando yo mismo; y su diversión era verme comer, en miniatura. Pues ella, que tenía el estómago débil de verdad, tomaba de un bocado tanto como una docena de labriegos ingleses podría yantar en una comida, cosa que a mí me pareció por algún tiempo un espectáculo hartamente asqueroso. El ala de una alondra, con huesos y todo, la trituraba entre las muelas, aunque era nueve veces más grande que la de un pavo bien crecido; y se metía en la boca un trozo de pan tan grande como dos hogazas de a doce peniques. De una copa de oro se bebía más de 200 litros de un trago. Los cuchillos que usaba eran el doble de largos que una guadaña enderezada a continuación del mango. Las cucharas, tenedores y otros instrumentos guardaban la misma proporción. Recuerdo que cuando Glumdalclitch me llevó por curiosidad a presenciar algunas comidas de la Corte, donde diez o doce de estos enormes cuchillos y tenedores se tomaban a la vez, pensé que nunca hasta entonces había visto espectáculo tan espantoso.

Es costumbre que cada miércoles (que, como queda dicho, es su domingo) el Rey y la Reina con los vástagos reales de uno y otro sexo coman juntos en el aposento de Su Majestad el Rey, de quien ya por entonces era yo gran favorito; y en estas ocasiones se colocaba mi sillita y mi mesa junto a su mano izquierda frente a uno de los saleros. Este soberano tomó el gusto de conversar conmigo y me hacía preguntas sobre las costumbres, religión, leyes, gobierno y cultura de Europa, de lo que le daba yo la mejor cuenta que podía. Su entendimiento era tan claro y su juicio tan certero que podía hacer muy sabias reflexiones y observaciones sobre todo lo que yo decía. Mas confieso que, después de haberme extendido un poco más de lo debido hablando de mi querido país, de nuestro comercio y guerras por mar y tierra, de nuestros cismas religiosos y de los partidos del Estado, los prejuicios de su educación prevalecieron tanto que no pudo evitar tomarme en la mano derecha y, acariciándome blandamente con la otra, tras una carcajada, me preguntó si era liberal o conservador. Luego, volviéndose a su Primer Ministro, que guardaba compañía tras él con un báculo blanco casi tan alto como el palo mayor del *Soberano real*^[32], comentó cuán despreciable cosa es la grandeza humana, que podía ser remedada por animalillos tan diminutos como yo. «Y sin embargo —dijo— me atrevo a apostar que estas criaturas tienen sus títulos

y distinciones honoríficas, diseñan pequeños nidos y madrigueras que llaman casas y ciudades, lucen el tipo con ropas y atavíos, aman, luchan, disputan, engañan, traicionan». Y así continuó mientras yo cambiaba de color una y otra vez, indignado al oír que nuestra noble nación, señora de artes y armas, azote de Francia, árbitra de Europa, sede de la virtud, la piedad, el honor y la verdad, orgullo y envidia del universo, era tratada con tanto desprecio.

Mas como no me encontrara en situación de ofenderme por ningún insulto, comencé a dudar, tras madurarlo en el pensamiento, si me sentía insultado o no. Pues después de acostumbrarme durante varios meses a ver a esta gente y relacionarme con ella, y observar que todo objeto en el que ponía los ojos tenía unas dimensiones proporcionales, resulta que el horror que primero me infundieran su corpulencia y aspecto se había disipado tanto que, si entonces hubiera visto una comitiva de caballeros y damas inglesas con sus trajes de gala y de cumpleaños^[33], representando cada cual su papel según la forma más cortés de pavonearse y hacer reverencias y parlotear, en verdad que me habrían dado hartas ganas de reírme de ellos tanto como este Rey y sus grandes lo hacían de mí. Ni verdaderamente podía evitar reírme de mí mismo cuando la Reina me ponía en la mano frente a un espejo, con lo cual se ofrecía delante de mí una vista completa de los dos juntos; y nada podía resultar más ridículo que compararnos, así que realmente empecé a imaginar que había menguado muy por bajo de mi tamaño normal.

Nada me enfurecía y mortificaba tanto como el enano de la Reina, que como era de la talla más baja que jamás se viera en aquel país (pues a la verdad creo que no llegaba a los nueve metros), se hizo tan insolente de ver a una criatura tan inferior a él, que afectaba un contoneo y se hacía el grande siempre que pasaba delante de mí en la antecámara de la Reina, mientras de pie en alguna mesa conversaba yo con caballeros y damas de la Corte, y pocas veces le faltaban una o dos palabras punzantes sobre mi pequeñez, de lo cual sólo podía vengarme llamándole *hermano*, retándolo a luchar y replicando con tales ocurrencias como suelen oírse en boca de *pajes de corte*. Un día, durante la comida, este cachorrillo malicioso se molestó tanto por algo que le dije que, encaramándose en un travesaño del

sillón de Su Majestad, me levantó por la cintura, según estaba sentado sin sospechar ningún daño, y me dejó caer en un gran tazón de plata lleno de crema, y luego escapó corriendo tan aprisa como pudo. Me hundí hasta la coronilla y, si no hubiera sido porque soy buen nadador, las habría pasado pero que muy mal, pues Glumdalclitch en aquel momento se encontraba por casualidad al otro lado de la habitación, y a la Reina le entró tal pánico que le faltó sangre fría para socorrerme. Pero mi niñerita corrió en mi ayuda y me sacó cuando ya me había tragado más de un litro de crema. Me metieron en la cama, pero no sostuve otro daño que el de quedarme sin traje, que estaba todo echado a perder. El enano recibió una soberana paliza y como castigo complementario lo obligaron a beberse toda la crema del tazón en el que me había tirado. Y no se le volvió a dispensar ya nunca el favor de que había disfrutado, pues poco después la Reina se lo regaló a una señora de alto rango, de modo que no lo volví a ver, lo cual me satisfizo enormemente, pues no podía imaginarme los extremos a los que su rencor habría llevado a aquel malévolo engendro.

Anteriormente me había hecho una vil jugarreta que hizo reír a la Reina, aunque al mismo tiempo ella se sintió contrariada y lo habría despedido inmediatamente si mi generosidad no me hubiera movido a interceder. Su Majestad había tomado un hueso de caña en su plato y, tras golpearlo para sacar la caña, volvió a ponerlo en la fuente, erecto como había estado antes; viendo la ocasión, y mientras Glumdalclitch fue al aparador, el enano se subió en el taburete donde ella se ponía de pie para tener cuidado de mí durante las comidas, me agarró con las dos manos y, apretándome las piernas una contra otra, me metió como a cuña y hasta más arriba de la cintura en el hueso, donde quedé clavado un rato haciendo el ridículo de lo lindo. Creo que pasó casi un minuto antes de que nadie se enterara de lo que de mí había sido, pues pensaba yo que lo de gritar era inferior a mí. Pero como los reyes raramente toman la comida muy caliente, no me quemé las piernas, sólo que las medias y los calzones quedaron en un estado lamentable. A instancias mías el enano no recibió otro castigo que una buena azotaina.

La Reina a menudo me tomaba el pelo a cuenta de lo miedoso que era, y solía preguntarme si la gente de mi país era tan cobarde como yo. La razón

era por lo que sigue. En el verano aquel reino se ve apestado de moscas, y estos odiosos insectos, cada uno del tamaño de una alondra dunstablina^[34], apenas me dejaban en paz mientras estaba sentado durante la comida, con su continuo zumbido y runrún rondándome las orejas. A veces se me posaban en los manjares, dejando detrás su repugnante excremento o querocha, que yo podía ver bien, aunque no así los naturales del país, cuyos enormes luceros no eran tan agudos como los míos para ver objetos pequeños. A veces se me plantaban en la nariz o la frente y me agujoneaban hasta el tuétano, derramando un olor en extremo ofensivo, y podía seguir el rastro de esa substancia viscosa que nuestros naturalistas dicen permite a estos animales caminar sobre el techo con las patas para arriba. Sólo defenderme de estos detestables animales era ya un quehacer considerable, y no podía reprimir un sobresalto cuando me venían a la cara. El enano terna la costumbre de coger un cierto número de estos bichos en la mano, tal y como entre nosotros hacen los colegiales, y soltármelos de golpe bajo las narices para asustarme y divertir a la Reina. Mi defensa era cortarlos en trozos con el cuchillo, según volaban por el aire, en lo cual se me admiraba la destreza.

Recuerdo que una mañana cuando, metido en mi caja, Glumdalclitch me hubo puesto en una ventana, como solía los días que hacía bueno para que me diera el aire (pues no osé arriesgarme a que colgaran la caja de un clavo por fuera de la ventana, como hacemos con las jaulas en Inglaterra), tras levantar la guillotina de una ventana y sentarme a comer un trozo de tarta dulce para desayunar, entraron volando en la habitación, atraídas por el aroma, más de veinte avispas zumbando con más potencia que los graves de otras tantas gaitas. Unas agarraron el pastel y se lo llevaron a trocitos, otras me revolotearon alrededor de la cabeza aturdiéndome con el ruido e infundiéndome el terror más espantoso con sus agujones. No obstante tuve valor para levantarme, desenvainar el alfanje y atacarlas al vuelo. Despaché a cuatro de ellas, pero el resto pudo escapar, y enseguida cerré la ventana. Estos insectos eran tan grandes como perdices; les arranqué los agujones y descubrí que medían casi cuatro centímetros y eran como agujas de afilados. Cuidadosamente los guardé todos y, habiéndolos mostrado después junto con otras curiosidades en varias partes de Europa, al volver a

Inglaterra doné tres de ellos al Colegio Gresham^[35] y me quedé con el cuarto.

Capítulo 4

Donde se describe el país. Propuesta para la corrección de mapas modernos. El palacio del Rey y algunos datos sobre la metrópoli. Forma de viajar del autor. Descripción del templo principal.

Me propongo ahora ofrecer al lector una breve descripción de aquel país, en lo que viajé por él, que no fue más que dos mil millas a la redonda de Lorbrulgrud, la capital; pues la Reina, en cuyo séquito iba yo siempre, nunca rebasaba ese límite cuando acompañaba al Rey en sus expediciones, y allí quedaba hasta que él volvía de inspeccionar las fronteras. La extensión total de los dominios de este soberano abarca unas seis mil millas a lo largo y de tres a cinco mil a lo ancho. De lo cual no puedo sino inferir que nuestros geógrafos en Europa están en un grave error al suponer que no hay nada más que mar entre Japón y California (pues ha sido siempre mi opinión que debe de haber un contrapeso de tierra para equilibrar el gran continente de Tartaria), y debieran por tanto corregir sus mapas y cartas de navegación, uniendo esta vasta extensión de tierra con la zona noroeste de América, en lo cual estaré dispuesto a prestarles mi colaboración.

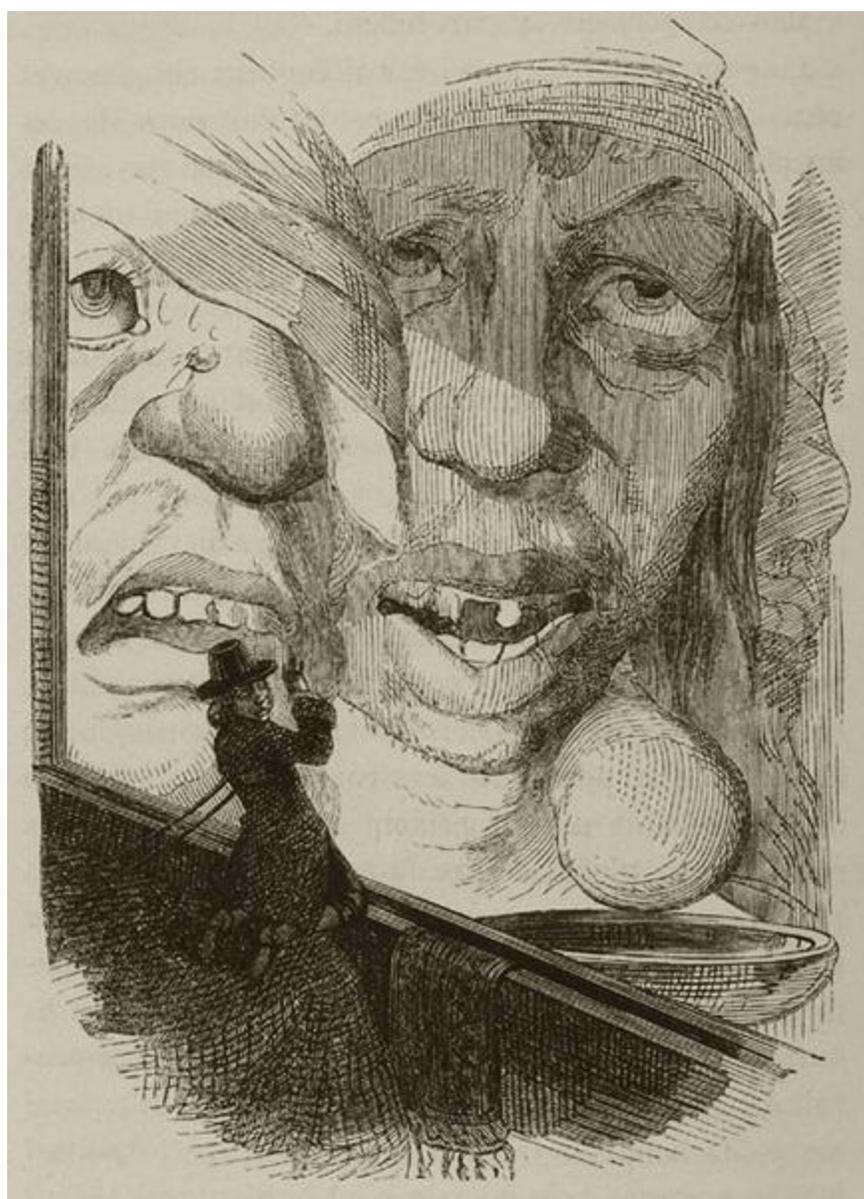
El reino ocupa una península limitada al nordeste por una cordillera de montañas de treinta millas de altura, que no hay manera de pasar por razón de los volcanes que hay en las cimas. Y ni siquiera los más doctos saben qué clase de mortales habitan allende aquellas montañas o si hay habitantes o deja de haberlos. Por las otras tres partes limita con el mar. No hay un solo puerto en todo el reino y las zonas costeras donde desembocan los ríos están tan llenas de escollos puntiagudos, y el mar es por lo general tan bravo, que no hay quien se arriesgue ni con los botes más pequeños que tienen, de manera que esta gente se encuentra completamente excluida de cualquier tipo de relaciones con el resto del mundo. Pero los grandes ríos

tienen buen pescado en abundancia, y están llenos de embarcaciones, pues raramente pescan en el mar, ya que los peces marinos son del mismo tamaño que los de Europa y por tanto no merece la pena pescarlos, lo que indica claramente que la producción de plantas y animales de tan extraordinario tamaño la Naturaleza la limita exclusivamente a este continente, las razones para lo cual dejo que las determinen los filósofos. Sin embargo de vez en cuando cogen alguna ballena que por azar se estrella contra las rocas, y que la plebe devora con fruición. He visto ballenas de éstas tan grandes que un hombre se veía mal para llevar una sobre los hombros; y algunas veces, como cosa curiosa, las llevan en cestos a Lorbrulgrud. Una de ellas, considerada raro ejemplar, la vi en un plato en la mesa del Rey, pero no noté que le gustara mucho, pues creo que en realidad el tamaño no le satisfacía, aunque en Groenlandia he visto yo una algo mayor.

El país está bien poblado, pues tiene cincuenta y una ciudades, cerca de cien villas amuralladas y gran número de aldeas. Para satisfacer la curiosidad del lector puede que sea suficiente describir Lorbrulgrud. Se encuentra dividida esta ciudad en dos partes casi iguales a cada uno de los lados del río que la atraviesa. Tiene más de ochenta mil casas. De largo tiene tres *glonglungos* (que son unas cincuenta y cuatro millas inglesas) y dos y medio de ancho, según pude medir personalmente sobre el mapa real, confeccionado por orden del Rey, que fue extendido en el suelo especialmente para mí, y que tenía más de treinta metros. Descalzo medí los pasos del diámetro y del perímetro varias veces, y haciendo cálculos sobre la escala conseguí unas medidas bastante exactas.

El palacio del Rey no es una construcción como las demás, sino un cúmulo de edificios de unas siete millas en redondo: las estancias principales tienen por lo general ochenta metros de altura, con el ancho y el largo en proporción. A Glumdalclitch y a mí se nos destinó un coche, en el que el aya la llevaba a menudo a ver la ciudad o recorrer tiendas; y yo siempre formaba parte del grupo viajando en mi caja; aunque la chica, siguiendo mis deseos, frecuentemente me sacaba y me sostenía en la mano para que pudiera ver más cómodamente las casas y la gente al pasar por las calles. Calculé que el coche, casi cuadrado, tenía de lado lo que de largo el

salón de Westminster, pero no era exactamente tan alto, aunque no puedo ser muy preciso. Un día el aya mandó al cochero que parara ante unas tiendas, donde los mendigos, viendo la ocasión, se agolparon a los lados del coche y me depararon los más horribles cuadros que jamás contemplaron ojos europeos. Había una mujer con un cáncer en el pecho, hinchado de manera monstruosa, plagado de agujeros, en dos o tres de los cuales podía haberme deslizado con facilidad hasta ocultarme completamente. Había uno con un quiste en el cuello, más grande que cinco pacas de lana, y otro con dos patas de palo, cada una de unos siete metros.



Pero lo más repugnante de todo lo que vi fueron los piojos que les verbeneaban por las ropas. A simple vista podía distinguir claramente los miembros de estas sabandijas, mucho mejor que los de un piojo europeo al microscopio, así como sus hocicos, con los que hozaban como cerdos. Eran los primeros que veía y debí haber sentido suficiente curiosidad para disecar uno, si hubiera tenido el instrumental apropiado (que por desgracia abandoné en el barco), aunque en realidad el verlos era tan nauseabundo que me revolvió el estómago completamente.

Además de la caja grande en que normalmente me llevaban, la Reina ordenó que me construyeran otra más pequeña, cuadrada, de unos cuatro metros de lado y tres de alta, que fuera más práctica para viajar, pues la otra era quizá demasiado grande para que Glumdalclitch la llevara en su regazo, e incómoda dentro del coche; la hizo el mismo artesano, a quien dirigí de todo punto en el invento. Este cuartito de viaje era un cuadrado perfecto, que tenía una ventana en el medio de cada uno de tres lados, y cada ventana tenía por fuera una reja de varillas de hierro en prevención de accidentes en los viajes largos. En el cuarto lado, sin ventana, aseguraron dos fuertes horquillas a través de las cuales, cuando me daban ganas de ir a caballo, la persona que me llevaba pasaba una correa de cuero y se la abrochaba con una hebilla a la cintura. Este oficio le correspondía siempre a algún criado serio y leal de quien podía fiarme, fuera acompañando al Rey y a la Reina en sus viajes oficiales, yendo a ver los jardines, o para hacer una visita en la corte a alguna gran dama o ministro del Gobierno, si por casualidad Glumdalclitch se encontraba indispuesta, pues pronto empecé a ser conocido y estimado entre los altos funcionarios, más, creo, a causa del favor de sus Majestades que por ningún mérito mío. Cuando en los viajes me cansaba del coche, un criado que iba a caballo desabrochaba la hebilla de la caja y la ponía en un cojín delante de él, y allí se me ofrecía un panorama completo del paisaje por tres lados a través de las tres ventanas. En este cuartito tenía una cama de campaña y una hamaca colgada del techo, y dos mesas y una silla esmeradamente sujetas con tornillos en el suelo para evitar que las zarandeara el ajeteo del caballo o del coche. Acostumbrado durante mucho tiempo a viajar por mar, aquellos

movimientos, aunque a veces muy violentos, no me trastornaban demasiado.

Cuando se me antojaba visitar la ciudad lo hacía siempre dentro de mi cuartito de viaje, que Glumdalclitch llevaba en su regazo, en una especie de silla de manos descubierta, según el uso del país, que sostenían cuatro hombres y escoltaban otros dos, vestidos con libreas de la Reina. La mucha curiosidad de los habitantes, que habían oído de mí a menudo, les hacía agolparse alrededor de la silla, y la muchacha era sobradamente obsequiosa para mandar a los silleteros que pararan y tomarme en la mano para que se me viera más fácilmente.

Tenía grandes deseos de ver el templo principal y en especial su torre, que se estima es la más alta del reino. Así pues, un día mi niñera me llevó allá, mas puedo decir sinceramente que volví decepcionado, pues su altura no llega a los novecientos metros contando desde el suelo hasta la punta del chapitel más alto, lo cual, teniendo en cuenta la diferencia de tamaño entre aquella gente y nosotros los europeos, no es gran cosa para que se admire, ni de ninguna manera iguala en proporción (si mal no recuerdo) al campanario de Salisbury^[36]. Pero para no restar valor a un país hacia el que mientras viva me sentiré enormemente agradecido, debo admitir que lo que quiera que a esta famosa torre le falte en altura lo compensa en belleza y solidez; pues los muros, de casi noventa metros de espesor, son de piedra labrada, cada una de las cuales mide unos trece metros por cada lado, y están adornados por todas partes con estarnas de dioses y emperadores colocadas en sendos nichos, y esculpidas en mármol a tamaño más que natural. Medí el meñique de una de estas estatuas, que se había caído y yacía inadvertido entre unos escombros, y hallé que tenía exactamente un metro y veinticuatro centímetros. Glumdalclitch lo envolvió en un pañuelo y lo llevó a casa en el bolso para guardarlo con otras chucherías a las que la chica era muy aficionada, como suelen serlo los niños de su edad.

La cocina del Rey es en verdad un edificio noble, abovedado en la parte superior y de unos doscientos metros de altura. Al horno grande sólo le faltan diez pasos para ser tan grande como la cúpula de San Pablo, que la medí de propio intento a mi regreso. Mas si fuera a describir la parrilla del hogar, las descomunales ollas y pucheros, los cuartos de carne girando en

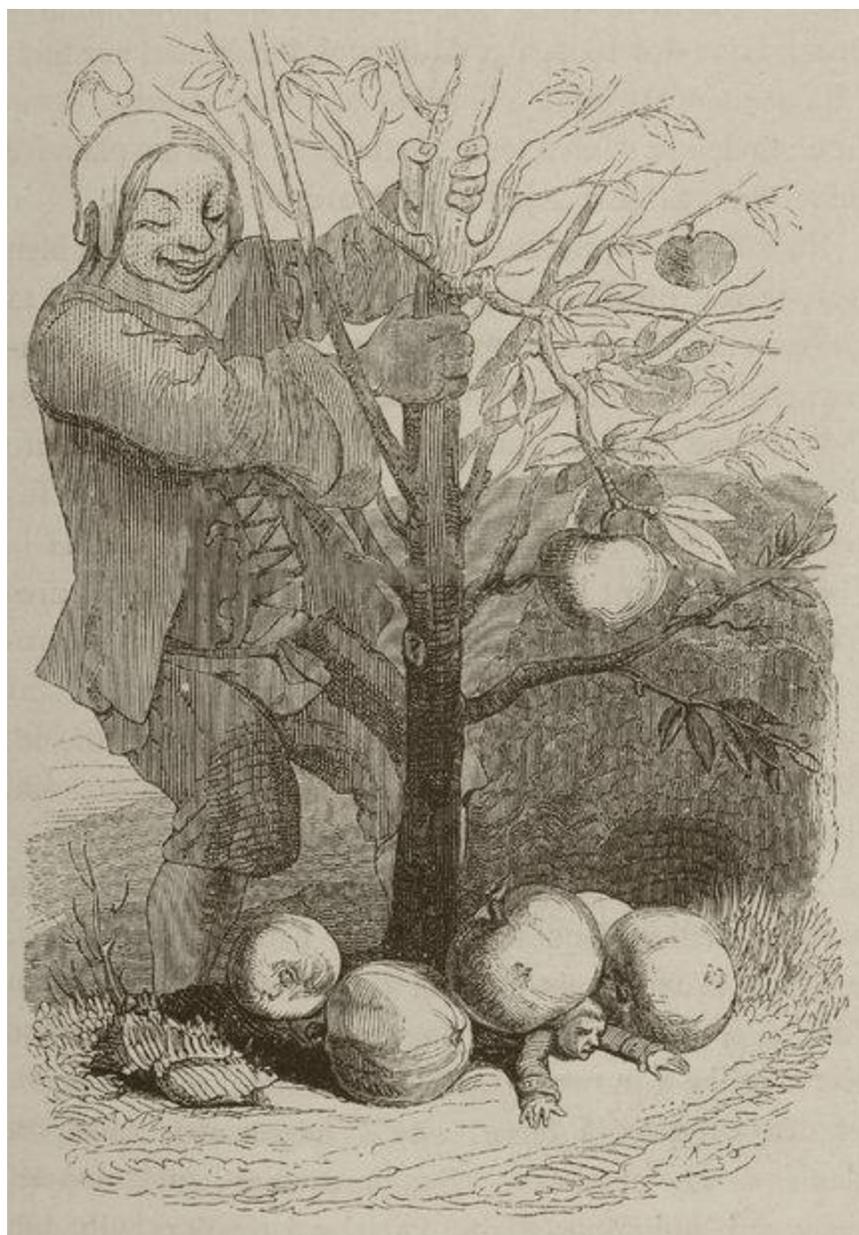
los asadores, con muchos otros pormenores, puede que apenas si se me creyera; o al menos un crítico severo se inclinaría a pensar que exagero un poco, como a menudo se sospecha que hacen los que viajan. Por evitar este reproche me temo que he incurrido en el defecto opuesto, y que si este libro fuera traducido a la lengua de Brobdingnag (que es el nombre con que comúnmente se conoce aquel reino) y llevado allá, tendrían razón el Rey y su pueblo para quejarse de que los había injuriado por hablar de ellos de manera falsa y minimizante.

Su Majestad el Rey raramente tiene en sus cuadras más de seiscientos caballos, que por lo general tienen entre dieciocho y veinte metros de alzada. Pero cuando sale en días de fiesta lo acompaña, como de escolta, una guardia miliciana de quinientos jinetes, que en verdad me pareció el espectáculo más espléndido que jamás pudiera contemplarse, hasta que vi parte de su ejército en orden de batalla, para hablar de lo cual ya encontraré otra ocasión.

Capítulo 5

Diversas peripecias que le sucedieron al autor. La ejecución de un criminal. Muestra el autor su pericia marinera.

Mi vida en aquel país habría sido bastante feliz si mi pequeñez no me hubiera deparado varios accidentes ridículos y engorrosos, algunos de los cuales me permitiré relatar. Glumdalclitch me llevaba a menudo a los jardines de la Corte dentro de la caja pequeña, y a veces me sacaba y me tenía en la mano o me ponía en el suelo para que paseara. Recuerdo que el enano, antes de que dejara a la Reina, nos siguió un día a aquellos jardines y, después de que mi niñera me hubiera puesto en el suelo y como nos encontráramos uno cerca del otro junto a unos manzanos enanos, no me quedó más remedio que mostrar mi ingenio haciendo una tonta alusión a él y a los árboles, que por casualidad tenía sentido en su idioma como lo tiene en el nuestro. A esto el malintencionado bellaco, que vio la ocasión, le dio un meneo a uno de ellos justamente sobre mí, según me paseaba por debajo, con lo que una docena de manzanas, casi como un tonel de Bristol cada una, se me vinieron encima rozándome las orejas; una de ellas me golpeó en la espalda al agacharme casualmente y me tiró de bruces, pero aparte de eso no recibí otro daño y a mis ruegos el enano fue perdonado, pues yo lo había provocado.



Otro día Glumdalclitch me dejó en un cuadro de césped suave para que me esparciera mientras ella paseaba a cierta distancia con el aya. En el ínterin cayó de golpe una granizada tan violenta que con la fuerza me derribó al suelo en el acto y, mientras estaba caído, las piedras aquellas me dieron golpes tan crueles por todo el cuerpo como si me tiraran con bolas de tenis; no obstante conseguí arrastrarme a cuatro patas y hallar cobijo tendiéndome boca abajo al socaire de un arriate de tomillo limonado, pero quedé tan magullado de pies a cabeza que no pude salir de casa en diez

días. Y no hay que maravillarse de esto en absoluto, pues como en aquel país la Naturaleza mantiene una proporción uniforme en todos sus fenómenos, una piedra de granizo es casi mil ochocientas veces más grande que una de Europa, y esto puedo afirmarlo basándome en la experiencia, pues mi curiosidad me ha llevado a pesar y medir unas y otras.

Pero en el mismo jardín me ocurrió un accidente más peligroso una vez que mi niñerita, creyendo que me dejaba en lugar seguro, como a menudo le rogaba que hiciera para poder gozar de mis pensamientos, y habiendo dejado en casa mi caja para evitarle la molestia de andar con ella, se fue a otra parte de los jardines con el aya y algunas llamas de su conocimiento. Mientras estaba lejos y fuera del alcance de la voz, un perrito de aguas blanco de uno de los maestros jardineros, que accidentalmente había entrado en el jardín, vagaba por acaso cerca del lugar donde yo estaba. Siguiendo el rastro, el chucho se vino a mí derecho y, cogiéndome en la boca, echó a correr hacia su amo meneando la cola, y me depositó despacito en el suelo. Por suerte estaba tan bien amaestrado que me llevó entre los dientes sin hacerme el más mínimo daño, incluso sin rasgarme la ropa. Pero el pobre jardinero, que me conocía bien y sentía un gran cariño hacia mí, se asustó terriblemente. Me tomó suavemente con las dos manos y me preguntó cómo me encontraba, pero estaba tan estupefacto y sin aliento que no pude articular palabra. En unos minutos volví en mí y me llevó indemne a mi niñerita, que para entonces había vuelto al lugar donde me había dejado y se encontraba atrozmente angustiada porque yo no aparecía ni respondía a sus llamadas; al jardinero lo reprendió severamente a cuenta del perro. Pero la cosa se mantuvo en secreto y nunca se supo en la Corte, pues la muchacha temía las iras de la Reina, y en cuanto a mí, sinceramente pensaba que no sería en pro de mi reputación que tal cuento anduviera de boca en boca.

Este incidente hizo que Glumdalclitch tomara la determinación tajante de no volver nunca más a dejarme fuera de su vista cuando salíamos de casa. Largo tiempo llevaba yo temiendo esta resolución y por tanto le oculté algunas aventurillas adversas que me sucedieron en las ocasiones en que me quedaba solo. Una vez un milano que planeaba sobre el jardín se lanzó sobre mí y, si no hubiera desenvainado resueltamente el alfanje y echado a

correr bajo la espesura de una espaldera, de seguro que me habría arrebatado con las garras. En otra ocasión, mientras caminaba hacia la cima de una topera recién hecha, me hundí hasta el codo en el agujero por el que el topo había arrojado la tierra, y hube de inventarme una mentira, de la cual no quiero acordarme, como excusa por estropearme la ropa. También me lastimé la espinilla derecha contra el caparazón de un caracol con el que por casualidad tropecé según paseaba a solas pensando en la pobre Inglaterra.

No podía decir si en aquellos paseos solitarios me complacía más que me mortificaba ver que los pájaros más menudos no parecían asustarse de mí en absoluto, sino que brincaban alrededor a un metro de mí buscando gusanos y otros manjares con toda indiferencia y confianza como si no hubiera cerca de ellos criatura alguna. Recuerdo que un zorzal tuvo la osadía de arrebatarme de la mano con el pico un trozo de pastel que Glumdalclitch acababa de darme para desayunar. O cuando iba a coger a alguno de estos animales se volvían contra mí descaradamente tratando de picarme en los dedos, que no osaba yo ponerlos a su alcance, y luego retrocedían brincando impertérritos, y continuaban a la caza de gusanos y caracoles. Pero un día cogí una buena porra y con todas mis fuerzas se la tiré a un pardillo con tan buena suerte que lo derribé, y agarrándolo por el cuello con las dos manos, corrí triunfalmente con él hasta mi niñera. Pero el pájaro, que sólo había quedado aturdido, se recobró y me dio tantos tantarantanes con las alas por ambos lados de la cara y del cuerpo, aunque lo mantenía a la distancia de los brazos y estaba fuera del alcance de sus garras, que más de veinte veces pensé soltarlo. Pero pronto recibí socorros de uno de nuestros criados, que retorció el pescuezo al pájaro, y yo me lo comí en el almuerzo al siguiente día por disposición de la Reina. Este pardillo, que yo recuerde, parecía ser algo mayor que un cisne inglés.

Las damas de honor a menudo invitaban a Glumdalclitch a sus aposentos y le pedían que me llevara con ella con el propósito de solazarse viéndome y tocándome. Frecuentemente me desnudaban de pies a cabeza y me ponían a la larga sobre su pecho, lo cual me daba mucho asco, pues, a fuer de sinceros, un olor muy desagradable se desprendía de sus cutis, cosa que no menciono ni quiero que se tome en menoscabo de aquellas damas

excelentes, hacia quienes siento toda clase de respetos; pero supongo que mi sensibilidad, en proporción con mi pequeñez, era más aguda, y que aquellas ilustres personas no resultaban más desagradables a sus amantes o una a otra, que la gente del mismo rango resulta entre nosotros en Inglaterra. Y después de todo, su olor natural, según comprobé, se aguantaba mucho mejor que cuando se ponían perfumes, bajo la influencia de los cuales yo enseguida me desmayaba. No podré olvidar que un íntimo amigo mío en Liliput se tomó la libertad un día que hacía calor, después de que yo había hecho mucho ejercicio, de quejarse de un olor fuerte que me envolvía, aunque en ese sentido soy tan poco descuidado como la mayoría de mi sexo, pero supongo que su sentido del olfato era tan delicado en relación conmigo como el mío con aquella gente. A esta sazón no puedo evitar hacer justicia a mi señora, la Reina, y a mi niñera, Glumdalclitch, cuyos cuerpos olían tan bien como los de cualquier dama inglesa.

Lo que más me desasosegaba de estas damas de honor, cuando mi niñera me llevaba a visitarlas, era ver que me trataban sin ninguna clase de ceremonia, como a una criatura que no tenía importancia de ninguna clase. Pues se quitaban la ropa hasta quedarse en cueros y se ponían el refajo en mi presencia, mientras a mí me colocaban en el tocador justamente delante de sus cuerpos desnudos, lo cual ciertamente estaba muy lejos de resultar un panorama tentador o de inspirarme otras emociones que no fueran el horror y la repugnancia. El cutis lo tenían tan áspero y desigual, tan variopinto, según se lo veía de cerca, con lunares como platos aquí y allá, y pelos colgando de ellos más gruesos que el bramante, por no decir nada más del resto de sus personas. Y no tenían escrúpulo ninguno, mientras andaba yo por allí, en evacuar lo que hubieran bebido, en cantidades próximas a los quinientos litros, dentro de un recipiente que hacía unos tres mil. La más bella de estas damas de honor, una chica agradable y juguetona de dieciséis años, algunas veces me ponía a horcajadas sobre uno de sus pezones y hacía muchas otras travesuras sobre las cuales el lector me excusará por no dar muchos detalles; pero me encontraba tan enojado que rogué a Glumdalclitch inventara algún pretexto para no volver a ver a aquella señorita.

Un día un joven caballero, sobrino del aya de mi niñera, llegó e insistió en que fueran a ver una ejecución. Se trataba de un hombre que había asesinado a una de las íntimas amistades de aquel caballero. A Glumdalclitch la convencieron para formar parte de la partida muy en contra de sus propensiones, pues de su natural era muy blanda de corazón; y en cuanto a mí, aunque detesto tal suerte de espectáculos, me picaba la curiosidad de ver algo que debía de ser extraordinario, según pensé. Al malhechor lo sujetaron en una silla sobre un patíbulo construido a propósito y le cortaron la cabeza de un tajo con una espada de unos doce metros de longitud. Las venas y arterias vomitaron a chorros una cantidad tan enorme de sangre y tan alto en el aire, que el gran *jet d'eau* de Versalles no lo igualara en lo que duró; y cuando la cabeza cayó sobre el suelo del patíbulo produjo estruendo tal que me sobresaltó, aunque me encontraba a no menos de una milla inglesa de distancia.

La Reina, que a menudo me oía hablar de mis viajes por mar, y aprovechaba cualquier ocasión para distraerme cuando me encontraba deprimido, me preguntó si sabía manejar la vela o el remo y si un poco de ejercicio bogando no me vendría bien. Respondí que entendía bien el manejo de una y otro, pues aunque mi verdadero oficio había sido el de médico o doctor del navío, a menudo, en un apuro, me veía obligado a trabajar como un marinero corriente. Mas no podía ver yo cómo podía hacerlo en su país, donde la chalana más pequeña era igual que un buque de guerra de primera clase entre nosotros, y la embarcación que yo pudiera maniobrar nunca se mantendría a flote en ninguno de sus ríos; Su Majestad dijo que si quería diseñar un barco, su carpintero lo construiría y ella me facilitaría un lugar para navegar. El hombre era un hábil artesano y, siguiendo mis instrucciones, en diez días terminó un barco con todos sus aparejos, capaz de llevar cómodamente a ocho europeos. Cuando lo hubo acabado, la Reina se puso tan contenta que, con él en los brazos, se fue corriendo al Rey, el cual ordenó que, por probar, lo pusieran conmigo a bordo en una cisterna llena de agua, donde por falta de espacio no pude manejar las espadillas. Pero con anterioridad la Reina había ideado otro proyecto. Ordenó al carpintero que construyera un pilón de madera de noventa metros de largo, quince de ancho y casi tres de profundidad, que,

una vez bien embreado para evitar escapes de agua, fue colocado en el suelo junto a la pared en una habitación exterior del palacio. Tenía una espita cerca del fondo para dejar salir el agua cuando empezaba a viciarse, y dos criados podían llenarlo fácilmente en media hora. Aquí solía remar a menudo por esparcirme y divertir a la Reina y sus damas, que se consideraban agradablemente entretenidas contemplando mi destreza y soltura. A veces largaba la vela y mi único quehacer era gobernar el timón mientras las damas me proporcionaban buen viento con sus abanicos; y cuando se cansaban, unos pajes soplaban sobre la vela hacia proa mientras yo exhibía mi pericia virando a babor o a estribor según me parecía. Cuando terminaba, Glumdalclitch siempre volvía a poner el barco en su recámara y lo colgaba de un clavo para que se secase.

En estas maniobras una vez tuve un accidente que pudo haberme costado la vida; pues después de que uno de los pajes pusiera el barco en el pilón, el aya que asistía a Glumdalclitch me levantó muy amablemente para depositarme en él, pero por casualidad me escurrí de entre sus dedos y me habría precipitado ineluctablemente sobre el suelo, de una altura de doce metros, si por la más afortunada contingencia del mundo no me hubiera parado un espetón clavado en el petillo de la dama, la cabeza del cual me pasó entre la cinturilla de los calzones y la camisa, y así me sostuve en el aire por la cintura hasta que Glumdalclitch corrió en mi ayuda.

En otra ocasión uno de los criados, que tenía la misión de llenarme el pilón de agua nueva cada tres días, tuvo tan poco cuidado que dejó, sin darse cuenta, que una rana enorme se le escapara del balde. La rana permaneció oculta hasta que me pusieron en el barco, pero después, viendo un lugar para descansar, se encaramó en él y lo hizo inclinarse tanto de un lado que me vi forzado a echar todo el peso sobre el otro para equilibrarlo y así evitar el vuelco. Cuando hubo subido, la rana saltó de un golpe la mitad del largo del navío, y después sobre mi cabeza y de un lado para otro, manchándome la cara y la ropa con su repugnante baba. Lo abultado de sus facciones le hacía parecer el animal más deforme que pueda imaginarse. Sin embargo, rogué a Glumdalclitch que me dejara habérmelas con ella yo solo. Durante un buen rato la golpeé con una de las espadillas y por fin la obligué a que saltara fuera del barco.

Pero el riesgo más grande que nunca corrí en aquel reino fue por un mono que pertenecía a uno de los oficiales de cocina. Glumdalclitch me dejó encerrado en su recámara mientras se fue a algún sitio de visita o por algo que tuviera que hacer. Como el tiempo era muy caluroso, la ventana de la recámara quedó abierta, así como las ventanas y la puerta de la caja grande, en la que normalmente vivía por lo espaciosa y cómoda que era. Según estaba sentado a la mesa tranquilamente pensando, oí que algo irrumpía por la ventana de la recámara y brincaba de un lado a otro, ante lo cual, aunque me alarmó mucho, me atreví a echar una ojeada sin moverme del asiento; y entonces vi a aquel travieso animal retozando y brincando de un lado para otro hasta que por fin se acercó a la caja, que pareció contemplar con gran satisfacción y curiosidad, asomándose por la puerta y por cada una de las ventanas. Retrocedí hasta el rincón más alejado de la habitación, o caja, pero el mono, asomándose por todas partes, me metió tal pánico en el cuerpo, que me faltó presencia de ánimo para ocultarme bajo la cama, como muy fácilmente podía haber hecho. Después de pasar algún tiempo asomándose, mostrando la dentadura y chillando, por fin me descubrió, e introduciendo una mano por la puerta, como hace un gato que juega con un ratón, por fin, y aunque me cambiaba de lugar una y otra vez para evitarlo, me agarró por el faldón de la casaca (que como la hubieran hecho de la seda de aquel país era muy gruesa y resistente) y me sacó a rastras. Me levantó con la mano derecha y me agarró como una nodriza sostiene a un niño al que va a amamantar, tal y como he visto que un animal de la misma especie hacía con un gatito en Europa; y cuando me disponía a forcejear me dio un apretón tan fuerte que consideré sería más prudente aguantar. Tengo fundadas razones para creer que me tomó por cría de su especie, pues con la otra mano me acariciaba muy suavemente la cara una y otra vez.



En estos juegos estaba cuando le interrumpió un ruido en la puerta de la recámara como de alguien que la estuviera abriendo; a esto saltó súbitamente sobre la ventana por la que había entrado y de allí a las tuberías y canalones, caminando a tres patas y sosteniéndome en la cuarta, hasta que llegó gateando a un tejado cercano al nuestro. Oí que Glumdalclitch dio un chillido en el momento que el animal me llevaba. La pobre chica casi se volvió loca. Aquella parte del palacio estaba toda alborotada. Los criados corrían en busca de escaleras; cientos de personas vieron al mono sentado en el caballete de un edificio sosteniéndome como a un bebé en una de las patas delanteras y dándome de comer con la otra, atracándome la boca con la comida que sacaba estrujando el buche de un lado de sus mandíbulas, y me daba palmadas si no lo comía, con lo cual gran parte de la chusma debajo no pudo resistir la risa; y no creo que en justicia se les debiera

censurar, pues sin lugar a dudas el espectáculo era asaz ridículo para cualquiera, menos para mí. Algunos lanzaban piedras con la esperanza de hacer bajar al mono, pero se les prohibió terminantemente, que si no, lo más probable es que me hubieran saltado los sesos.

Arrimaron las escaleras, por las que varios hombres subieron, lo cual visto por el mono y encontrándose casi rodeado y sin poder correr mucho sobre tres patas, me dejó caer sobre una teja del caballete y huyó. Allí estuve sentado algún tiempo a cuatrocientos cincuenta metros de altura, temiendo a cada momento que el viento me tirara o que me cayera de vértigo, e ir dando tumbos desde el caballete al alero. Pero un buen muchacho, lacayo de los de mi niñera, subió, me metió en el bolsillo de los calzones y me bajó indemne.

Casi me había atragantado con las porquerías que el mono me había embuchado tragadero abajo, pero mi querida niñerita me lo extrajo de la boca con una aguja pequeña y luego me lié a vomitar, que fue gran alivio. Mas estaba tan debilitado y magullado por los costados a cuenta de los apretones que me diera aquel asqueroso animal, que me vi obligado a guardar cama quince días. El Rey, la Reina y la Corte toda mandaban a preguntar cada día por mi salud, y Su Majestad la Reina me hizo varias visitas durante mi indisposición. Al mono lo mataron y salió una orden de que en palacio no tuvieran ningún animal parecido.

Cuando fui a presentar mis respetos al Rey después de reponerme, para darle las gracias por sus favores, se sintió con ganas de tomarme el pelo de lo lindo por aquella peripecia. Me preguntó cuáles fueron mis pensamientos y consideraciones mientras me encontraba en la mano del mono, si me gustaron mucho los manjares que me dio, en qué manera lo hizo, y si el aire fresco en el tejado no me había abierto el apetito. Quería saber qué hubiera hecho en una ocasión similar en mi país. Dije a Su Majestad que en Europa no tenemos monos, excepto los que de otros lugares se llevan por curiosidad, y tan pequeños que yo podía vérmelas con una docena de ellos a la vez, si osaran atacarme. Y en cuanto a aquel monstruoso animal (de verdad que era tan grande como un elefante) con el que tan recientemente me había enfrentado, si el miedo me hubiera permitido reflexionar lo suficiente para poder haber hecho uso del alfanje (y al hablar mi mirada era

feroz y daba palmaditas sobre la empuñadura) cuando hurgaba con la mano en mi alcoba, tal vez le hubiera propinado tal herida que la alegría le habría hecho retirarla más deprisa que la puso. Esto lo pronuncié en tono resuelto, como aquel que sospecha que su valentía pudiera ponerse en tela de juicio. Sin embargo, mi discurso no produjo otra cosa que sonoras carcajadas, que todo el respeto debido a Su Majestad por los que lo rodeaban no pudo hacerles contener. Esto me hizo considerar cuán vano intento es que un hombre trate de gloriarse ante aquellos que se encuentran en un grado de igualdad o comparación completamente distinto del suyo. Y sin embargo, después de mi regreso, he visto que el equivalente de mi conducta es muy frecuente en Inglaterra, donde un insignificante y despreciable zascandil sin el más mínimo derecho por cuna, persona, inteligencia o sentido común, se atreve a darse importancia y ponerse a la altura de los más grandes personajes del reino.

Cada día proporcionaba a la Corte algo ridículo que contar, y Glumdalclitch, aunque me quería muchísimo, era lo bastante granuja para dar parte a la Reina cada vez que hacía alguna locura digna, según ella, de divertir a Su Majestad. A la chica, después de recobrase de una indisposición, la llevó el aya a tomar el aire a cosa de una hora de camino, o sea unas treinta millas, de la ciudad. Bajaron del coche cerca de una veredita en el campo, Glumdalclitch puso mi caja de viaje en el suelo y salí de ella para pasear. Había en el sendero un boñigo de vaca y me empeñé en poner a prueba mi agilidad tratando de saltarlo. Cogí carrerilla, pero desgraciadamente me quedé corto en el salto y me hallé justo en el medio y hasta las rodillas. Con alguna dificultad me desatollé a través de aquello y uno de los lacayos me limpió como mejor pudo con el pañuelo, pues quedé pringado de porquería que era un asco, y mi niñera me recluyó en la caja hasta que regresamos a casa, donde pronto la Reina recibió noticia de lo que había sucedido, y los lacayos lo divulgaron por la Corte, de manera que por unos días todas las risas fueron a costa mía.

Capítulo 6

Varias invenciones del autor para agradar al Rey y a la Reina. Exhibe su habilidad para la música. Pregunta el Rey sobre la situación de Europa, que el autor le explica. Las observaciones del Rey al respecto.

Una o dos veces por semana asistía a la ceremonia de ver levantarse al Rey, y a menudo lo veía en las manos del barbero, que en verdad fue al principio cosa terrible de ver; pues la navaja era casi el doble de larga que una guadaña común. De acuerdo con la costumbre del país a Su Majestad sólo lo afeitaban dos veces por semana. Una vez convencí al barbero para que me diera un poco de las jabonaduras o espuma, de la cual saqué cuarenta o cincuenta de los trozos de pelo más fuertes. Cogí luego un pedazo de madera fina y la trabajé como el lomo de un peine, con varios agujeros a intervalos regulares, que hice con la aguja más fina que pude conseguir de Glumdalclitch. Clavé en ellos los trozos de pelo con tanto arte, raspándolos y rebajándolos hacia la punta con la navaja, que me quedó un peine bastante aceptable, y fue muy oportuna provisión, pues el mío estaba tan roto por las púas que casi no servía para nada. Y que yo supiera no había en aquel país artífice ninguno tan minucioso y detallista que se comprometiera a hacerme otro.

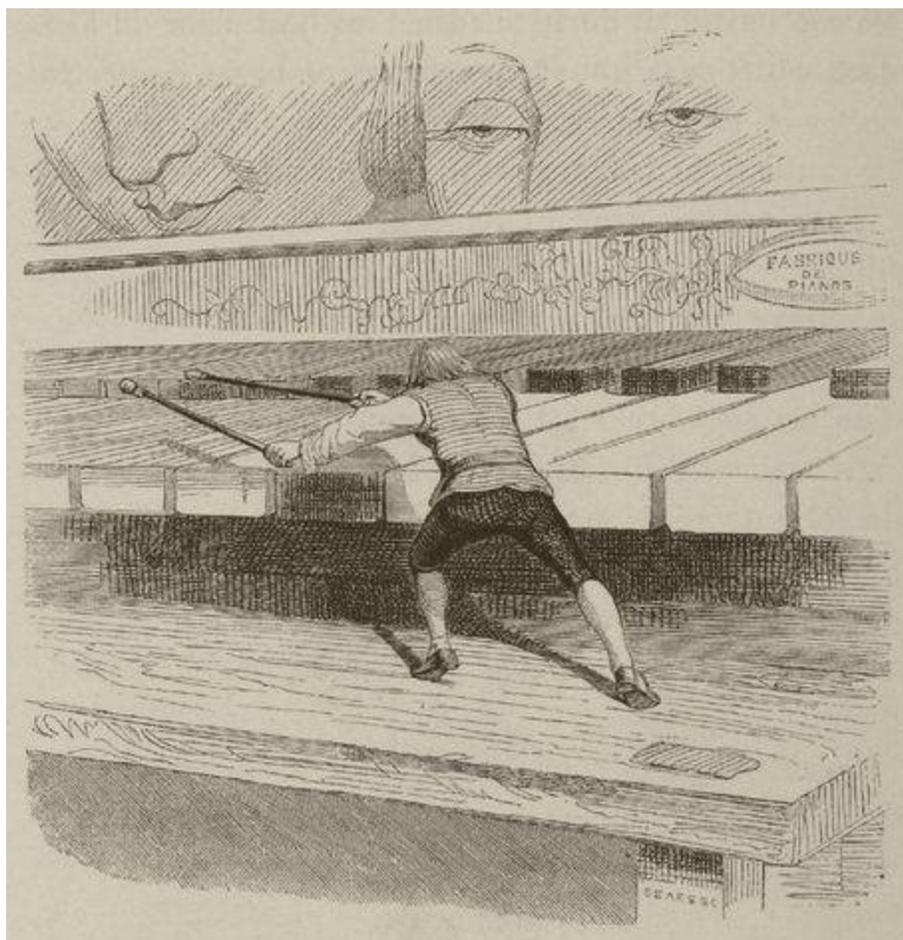
Esto me trae al pensamiento un entretenimiento en el que pasé muchas de mis horas de asueto. Pedí a la doncella de la Reina que me guardara las peinaduras del cabello de Su Majestad, de las cuales con el tiempo conseguí una buena cantidad y, tras consultar con mi amigo el ebanista, que había recibido órdenes generales de hacer trabajillos para mí, le di instrucciones para que hiciera los armazones de dos sillas no mayores que las que tenía en mi caja, y que luego con una lezna muy afilada taladrara con agujeritos todo alrededor las piezas sobre las que yo pensaba poner los respaldos y

asientos; usando estos agujeros tejí los cabellos más fuertes que pude escoger, siguiendo el mismo procedimiento que se usa para hacer sillas de mimbre en Inglaterra. Cuando estuvieron acabadas se las ofrecí como regalo a Su Majestad la Reina, quien las guardó en su camarín, y solía enseñarlas como curiosidades, y en verdad que maravillaban a todo el que las veía. A la Reina le hubiera gustado que usara una de ellas para sentarme, pero me negué rotundamente a obedecerla afirmando que antes moriría mil veces que poner una deshonrosa parte de mi cuerpo sobre aquellos estimados cabellos que habían una vez adornado la cabeza de Su Majestad. Hice también de estos cabellos (pues siempre tuve genio para la técnica) una monada de bolsita de casi dos metros de larga, con el nombre de Su Majestad ejecutado en letras de oro, que le di a Glumdalclitch con el consentimiento de Su Majestad. A decir verdad era más para enseñarla que para usarla, pues no era suficientemente resistente para poder con el peso de las monedas más grandes, y por eso no guardaba nada en ella, excepto unas chucherías a las que las niñas son aficionadas.

Al Rey le encantaba la música y con frecuencia daba conciertos en la Corte, a algunos de los cuales me llevaban, y me colocaban en la caja sobre una mesa para que escuchara; pero el ruido era tan fuerte que apenas si podía distinguir las melodías. Estoy seguro de que todos los tambores y trompetas de un ejército real batiendo y tronando al mismo tiempo en los oídos no podían igualarlo. Lo que hacía era pedir que pusieran la caja tan lejos como posible fuera del lugar donde se sentaban los intérpretes, cerraba después puertas y ventanas y corría las cortinas, tras lo cual su música no me parecía desagradable.

En mi juventud había aprendido a tocar algo la espineta. Glumdalclitch tenía una en su habitación y un profesor iba dos veces por semana a enseñarle. Lo llamo espineta porque de algún modo se parecía a tal instrumento y porque se tocaba de la misma manera. Se me metió en la cabeza que podría agasajar al Rey y a la Reina con una melodía inglesa usando aquel instrumento. Mas esto resultaba difícilísimo, pues la espineta tenía casi dieciocho metros de larga y cada tecla treinta centímetros de anchura, de manera que con los brazos extendidos no podía abarcar más de cinco teclas, y bajarlas exigía un buen golpe rápido con el puño, lo que

hubiera sido un trabajo enorme e inútil. El método que ingenié fue como sigue. Me hice con dos palos redondos del tamaño normal de una porra; eran más gruesos a un extremo que al otro, y con un trozo de piel de ratón cubrí los extremos gruesos para que al golpear no dañara la superficie de las teclas ni perturbara el sonido. Delante de la espineta y a cosa de metro y cuarto por bajo del teclado colocaron un banco y a mí en él. Subido allí, corrí para acá y para allá y tan rápido como pude, golpeando las teclas idóneas con los dos palos, y conseguí tocar una jiga que satisfizo enormemente a Sus Majestades; pero aquello fue el más violento ejercicio a que nunca me sometí, aunque no pudiera golpear más de dieciséis teclas, ni por consiguiente tocar las graves y las tiples a la vez, como hacen otros artistas, lo cual, sin duda, restó mucho valor a mi interpretación.



Como ya he mencionado, era el Rey soberano de extraordinario conocimiento y a menudo ordenaba que me llevaran en mi caja y me pusieran en la mesa de su reservado. Solía entonces mandarme que sacara de la caja una de mis sillas y me sentara, a menos de tres metros, sobre la superficie del escritorio, lo que me ponía casi a nivel con su cara. De este modo tuve varias entrevistas con él. Un día me tomé la libertad de decir a Su Majestad que el desprecio que sentía hacia Europa y el resto del mundo no parecía ser consecuente con aquellas excelentes cualidades de entendimiento de las que era maestro; que la razón no crece con arreglo a las dimensiones del cuerpo; al contrario: en nuestro país se observaba que las personas más altas eran generalmente las menos dotadas de ella; que entre otros animales, las abejas y las hormigas tenían fama de ser más industriosas, ingeniosas y sagaces que muchas especies más grandes; y que a pesar de lo insignificante que él me consideraba, esperaba vivir lo suficiente para rendir a Su Majestad algún servicio señalado. El Rey me escuchó con atención y empezó a formarse de mí una opinión mejor que la que nunca había tenido. Me rogó le informara con tanta precisión como pudiera sobre el gobierno de Inglaterra, porque aunque los soberanos normalmente sienten cariño por sus propias costumbres (pues así lo creía él de otros monarcas por mis pláticas anteriores), a él le encantaría enterarse de cualquier cosa que mereciera imitarse.

Imagina, lector benévolo, cuántas veces anhelé entonces la lengua de Demóstenes o Cicerón, que me habría permitido cantar las alabanzas de mi querido país en un estilo acorde con sus méritos y buenaventura.

Comencé mi discurso informando a Su Majestad de que nuestros dominios consistían en dos islas que comprendían tres reinos poderosos bajo un soberano único, además de nuestras posesiones en América. Me explayé largamente sobre la fertilidad de nuestro suelo y lo temperado de nuestro clima. Hablé después prolijamente de la composición del Parlamento inglés, constituido en parte por un ilustre cuerpo llamado Cámara de los Lores, gente de la sangre más noble y dueña de los patrimonios más antiguos y cuantiosos. Describí el cuidado extraordinario que se toma siempre en educarlos en las artes y las armas a fin de capacitarlos para el cargo de consejeros natos del Rey y del reino, para que

participen en las tareas legislativas, para que sean miembros del Tribunal Supremo de justicia^[37], cuyo fallo es inapelable, y para que sean paladines dispuestos siempre a defender a su soberano y país con su valor, pericia y lealtad; que éstos eran el ornato y baluarte del reino, dignos seguidores de sus más renombrados antepasados, cuyo honor fue la recompensa de su virtud, de la cual sus descendientes nunca se oyó que se desviaran ni una vez. A éstos se sumaban como parte de aquella asamblea y bajo la denominación de obispos, varios santos personajes cuya misión peculiar era encargarse de la religión y de aquellos que instruyen al pueblo en ella. A éstos se los sacaba después de una intensa búsqueda y rastreo por toda la nación, por parte del soberano y sus más sabios consejeros, de entre los clérigos que más merecidamente se distinguían por su santidad de vida y la profundidad de su erudición, y eran verdaderamente los padres espirituales del clero y del pueblo.

Añadí que la otra parte del Parlamento la formaba una asamblea llamada Cámara de los Comunes, que eran todos caballeros principales, *libremente* elegidos y entresacados por el pueblo mismo por sus grandes talentos y amor a la patria para que fueran representantes de la cordura de toda la nación. Y estos dos cuerpos constituyen la más augusta asamblea de Europa, a la cual se confían, junto con el soberano, todas las funciones legislativas.

Pasé luego a los tribunales de justicia, sobre los que los jueces, aquellos venerables sabios, intérpretes de la ley, presiden para determinar los derechos y propiedades en litigio entre los hombres, así como para castigar el vicio y proteger la virtud. Mencioné la prudente administración de nuestro Tesoro y la valentía y los éxitos de nuestras fuerzas por mar y tierra. Calcule el número de nuestra gente contando los millones que podía haber en cada secta religiosa o partido político de los que tenemos. No omití tampoco nuestros entretenimientos y diversiones, ni ningún otro detalle que a mi entender pudiera redundar en honor de mi país. Y concluí con una reseña histórica de los asuntos y acontecimientos en Inglaterra durante los últimos cien años o así.

Este tema no lo agotamos en menos de cinco entrevistas, cada una de varias horas, y el Rey lo escuchaba todo con gran atención y

frecuentemente tomaba nota de lo que yo iba diciendo, así como apuntes para acordarse de las preguntas que pensaba hacerme.

Cuando di punto a estos prolongados discursos, Su Majestad, en una sexta entrevista, consultando sus notas, expresó muchas dudas, interrogantes y objeciones sobre cada cuestión. Me preguntó qué medios se empleaban para cultivar la mente y el cuerpo de nuestra joven aristocracia, y en qué clase de actividades pasaban normalmente la primera etapa de su vida, cuando se les podía educar; qué procedimiento se seguía para completar aquella asamblea cuando alguna familia noble se extinguía; qué requisitos se exigían a aquellos que iban a ser investidos como lores, y si el capricho del soberano, una suma de dinero dada a una dama de la corte o a un Primer Ministro, o la intención de reforzar a un partido en contra del interés común, eran acaso alguna vez motivos para tales ascensos^[38]; qué clase de conocimientos tenían estos lores de las leyes del país y cómo los obtenían para que pudieran decidir en última instancia sobre los bienes de sus conciudadanos; si siempre estaban tan libres de avaricia, favoritismos y necesidad que ni el soborno o algún otro siniestro designio pudiera darse en ellos; si a aquellos santos varones que yo mencionara se les elevaba invariablemente a aquel rango por sus conocimientos en materia de religión y por la santidad de sus vidas, y si nunca se habían acomodado a las circunstancias mientras eran simples sacerdotes, o prostituido rastreramente como capellanes de algún aristócrata cuyos dictámenes seguían servilmente después de ser admitidos en aquella asamblea.

Quiso informarse después de los medios que se empleaban para elegir a aquellos que llamamos Comunes: si un desconocido con buen bolsillo podía ejercer influencia sobre los votantes de la plebe para que lo eligieran a él y no al caballero más importante del vecindario; cómo era que la gente sentía tan violenta inclinación por entrar a formar parte de esta asamblea, cosa que yo admitía ocasionaba graves problemas y gastos, causando a menudo la ruina de la familia, y no habiendo ni sueldo ni pensión, pues esto parecía un alarde de virtud y espíritu cívico tan sublime que Su Majestad parecía poner en duda la posibilidad de que pudiera ser siempre sincero; y quería saber si unos caballeros tan abnegados tenían alguna intención de pagarse por los trabajos y la molestia en que incurrían, sacrificando así el bien común a las

maquinaciones de un soberano débil y depravado, en alianza con un gabinete corrompido. Multiplicaba los interrogantes y me acribillaba con preguntas sobre cada uno de los aspectos de este tema, expresando innumerables dudas y objeciones, que no creo discreto ni apropiado repetir.

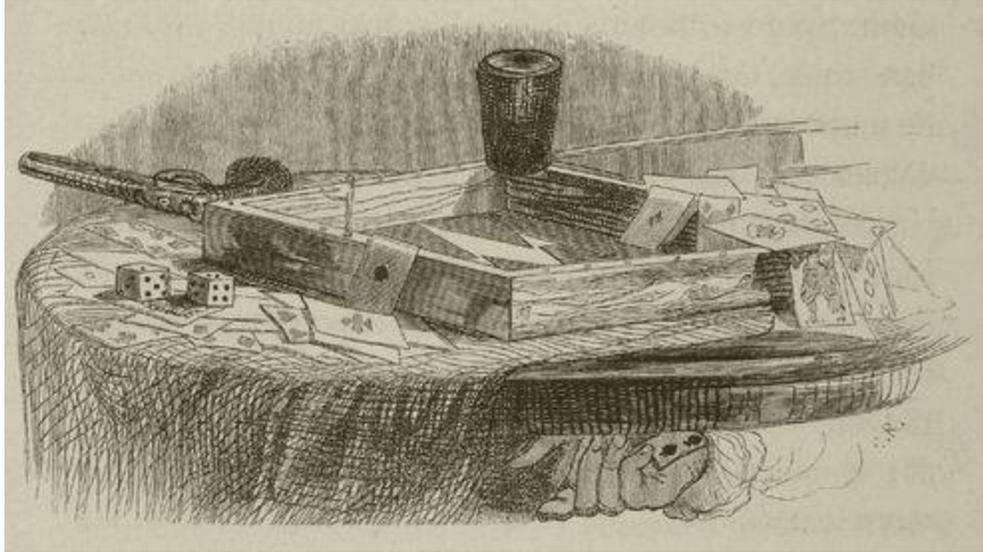
Después de lo que dije sobre nuestros tribunales de justicia, Su Majestad deseaba que le diera satisfacción en varios puntos. Para esto estaba mejor capacitado yo porque una vez casi me arruina un largo pleito que tuve en la Cancillería y que se falló a mi favor con costas. Me preguntó cuánto tiempo solía tardarse en distinguir lo que está bien de lo que está mal y a qué precio; si abogados y demandantes tenían libertad para defender causas manifiestamente injustas, odiosas u opresivas; si se observaba que el pertenecer a un grupo religioso o político ejercía algún peso en la balanza de la justicia; si los abogados defensores eran gente instruida en los principios absolutos de la equidad o sólo en costumbres provincianas, nacionales o locales en general; si ellos o los jueces tenían algo que ver con la redacción de aquellas leyes que se tomaban la libertad de interpretar y glosar a su gusto; si en alguna ocasión habían intervenido en pro unas veces y otras en contra de la misma causa, y citado precedentes para probar la verdad de opiniones opuestas; si eran gremio rico o pobre; si recibían alguna recompensa monetaria por defender y expresar sus opiniones; y en especial si alguna vez se les admitía a ser miembros de la cámara baja.

A continuación abordó la administración de nuestro Tesoro y dijo que creía me fallaba la memoria, pues había calculado nuestros impuestos en unos cinco o seis millones al año, pero cuando mencioné los gastos descubrió que en ocasiones ascendían a más del doble, pues las notas que había tomado eran muy detalladas al respecto, ya que esperaba, según me dijo, que el conocimiento de nuestra administración pudiera serle útil, y no podía por tanto engañarse en sus cálculos; pero que si lo que le decía era verdad, todavía no podía explicarse cómo un reino podía gastar por encima de sus posibilidades como una persona particular. Me preguntó quiénes eran nuestros acreedores y de dónde sacábamos el dinero para pagarles. Se extrañó de oírme hablar de guerras tan caras y prolongadas y comentó que debíamos de ser un pueblo pendenciero o vivir rodeados de vecinos muy malos, y que nuestros generales tienen que ser forzosamente más ricos que

nuestros reyes^[39]. Me preguntó que qué teníamos que hacer nosotros fuera de nuestras islas, sino por motivos de comercio, de convenios, o para defender las costas con nuestra flota. Pero lo que le dejaba pasmado era oírme hablar de un ejército permanente de mercenarios en tiempo de paz y entre gente libre. Dijo que si nos gobernaban los representantes que nosotros mismos habíamos acordado, no podía imaginar de quién teníamos miedo, o contra quién teníamos que luchar, y que quería oír mi opinión sobre si el hogar de un señor particular no podían defenderlo mejor él mismo y sus hijos y criados que media docena de sinvergüenzas reclutados a la buena ventura en la calle y mal pagados, que sacarían cien veces más de cortarles el pescuezo.

Se rió de mi singular especie de aritmética (como tuvo el gusto de llamarla) cuando calculé el número de nuestra gente contando a partir de nuestras varias sectas religiosas y políticas. Dijo que no conocía la razón de por qué a quienes profesaban opiniones perjudiciales para el público había que obligarlos a cambiar, y no había que obligarlos a que las mantuvieran ocultas; y que como es tiranía que un gobierno exija lo primero, así también es debilidad no hacer cumplir lo segundo, pues se puede permitir que un hombre tenga veneno en su armario, mas no que ande por ahí vendiéndolo por cordial.

Advirtió que entre las diversiones de nuestros nobles y gente de bien había mencionado yo el juego. Me preguntó a qué edad se iniciaban en este pasatiempo y cuándo lo abandonaban; cuánto tiempo le dedicaban; si alguna vez era tanto como para repercutir en sus fortunas; si la gente de baja estofa y mala sombra no podía a través de su destreza en tal arte llegar a alcanzar grandes riquezas y a veces mantener a nuestros mismísimos aristócratas en un estado de dependencia, así como a acostumarlos a malas compañías, apartándolos completamente del cultivo del entendimiento y obligarlos por las pérdidas que sufren a aprender y a enseñar a otros sus mañas infames.



Se quedó completamente asombrado con el relato que le hice de los acontecimientos de nuestra historia durante el último siglo, y enérgicamente afirmó que se trataba simplemente de un cúmulo de conspiraciones, rebeliones, asesinatos, matanzas, revoluciones y destierros, con efectos mucho peores que los que la avaricia, el partidismo, la hipocresía, la deslealtad, la crueldad, la ira, la locura, el odio, la envidia, la codicia, el rencor y la ambición pudieran producir.

En otra entrevista Su Majestad se tomó la molestia de recapitular el total de todo lo que yo había dicho, comparó las preguntas que me había hecho con las respuestas que le había dado, y después, tomándome en sus manos y acariciándome suavemente, se expresó con estas palabras, que no olvidaré nunca, ni el modo en que las pronunció. «Amiguito Grildrig: Has hecho un panegírico admirabilísimo de tu país. Has demostrado claramente que la ignorancia, la holgazanería y el vicio son los ingredientes necesarios para poder ser legislador; que las leyes las explican, interpretan y aplican mejor aquellos cuyo interés y aptitudes radican en tergiversarlas, embarullarlas y eludirlas. Advierto en vosotros algunos trazos de una cierta constitución que originalmente pudo haber sido aceptable, pero que se encuentran medio borrados, y el resto completamente desdibujados y emborronados por la corrupción. De todo lo que has dicho no parece que sea necesario ningún talento para la consecución de cargo alguno entre vosotros, y mucho menos que los hombres se ennoblezcan por su virtud, que los sacerdotes asciendan

por su devoción y erudición, los soldados por su integridad, los parlamentarios por el amor a la patria y los consejeros por su sabiduría. En cuanto a ti —continuó el Rey—, que has pasado la mayor parte de tu vida viajando, me inclino a confiar que puedas haber escapado hasta ahora de muchos vicios de tu país. Pero por lo que colijo de tu propio relato y de las respuestas que con mucho trabajo he arrancado y desentrañado de ti, no puedo por menos de concluir que la mayoría de tus paisanos son la más perniciosa ralea de repugnantes sabandijas que la Naturaleza haya jamás permitido se arrastre sobre la superficie de la tierra».

Capítulo 7

El amor del autor por su país. Hace al Rey una proposición muy ventajosa, que es rechazada. La gran ignorancia del Rey en política. Lo muy imperfecto y limitado de la cultura de aquel país. Sus leyes, asuntos militares y partidos en el Estado.

Nada sino un grandísimo amor a la verdad me habría impedido ocultar esta parte de mi historia. Era inútil revelar mis resentimientos, que acababan siempre tomándose a risa; y me veía obligado a aguantar pacientemente mientras se trataba de manera tan ofensiva a mi noble y amadísimo país. Siento de todo corazón, tanto como pueda sentirlo cualquiera de mis lectores, que se diera tal ocasión, pero es que este soberano era tan curioso y preguntón en cada detalle, que no habría sido consecuente con la gratitud y la buena crianza rehusar darle satisfacción en todo lo que pude. No obstante, algo debe permitírseme decir en mi descargo; y es que muchas de las preguntas las eludí astutamente, y a cada cosa le daba un giro muchas veces más favorable que el rigor de la verdad toleraría, pues siempre he sentido hacia mi país aquella parcialidad digna de alabanza que Dionisio de Halicarnaso con tanta justicia recomienda al historiador^[40]. Ocultaba yo las flaquezas y deformidades de la madre patria y pintaba sus virtudes y bellezas con los tonos más llamativos. Este fue mi empeño sincero en aquellas numerosas charlas que tuve con aquel poderoso monarca, aunque desgraciadamente sin éxito.

Mas hay que ser comprensivo con un Rey que vive completamente aislado del resto del mundo y que por tanto debe de desconocer completamente las costumbres y usos que predominan en otras naciones; y la carencia de tales conocimientos siempre será causa de muchos *prejuicios* y de una cierta intolerancia, de todo lo cual nosotros y los países más civilizados de Europa estamos enteramente libres. Y en verdad que sería

duro que las nociones de vicio y virtud de un soberano tan remoto fueran a proponerse como modelo para todo el género humano.

Para confirmar lo que acabo de decir y además para mostrar los despreciables efectos de una *educación limitada*, incluyo ahora un episodio que apenas si será creído. Con la esperanza de insinuarme más en el favor de Su Majestad le hablé de una invención, lograda hace entre trescientos y cuatrocientos años, para fabricar un polvo tal que si en un montón de él cayera la mínima chispa, haría que ardiera todo en un momento aunque fuese como una montaña de grande, y que volara por el aire al mismo tiempo, con un estruendo y sacudida más potentes que las del trueno; que una cantidad adecuada de este polvo, comprimida en un tubo de latón o hierro, según la cantidad, podía lanzar una bola de plomo o hierro con tal fuerza y velocidad que nada podría ofrecerle resistencia; que las bolas más grandes que así se lanzaban podían no sólo destruir de una vez filas enteras de un ejército, sino arrasar las murallas más fuertes y mandar al fondo del mar navíos con mil hombres encima, así como, si se las unía con una cadena, segar limpiamente mástiles y aparejos, partir cientos de cuerpos por la mitad y sembrar la destrucción por dondequiera que pasaran; que a menudo poníamos polvo de éste dentro de enormes bolas huecas de hierro y por medio de un artefacto las disparábamos sobre alguna ciudad que estábamos sitiando, y esto destrozaba los pavimentos, hacía las casas añicos, y al explotar lanzaba por todas partes metralla que saltaba los sesos de todo aquel que se pusiera por delante; que yo conocía bien los ingredientes, que eran baratos y corrientes, y entendía en la manera de mezclarlos, y podía dar instrucciones a sus artesanos para que fabricaran aquellos tubos en tamaño proporcional a todas las otras cosas del reino de Su Majestad, y que el más grande no necesitaba ser de más de sesenta metros de largo; y que veinte o treinta de estos tubos, cargados con la cantidad idónea de polvo y bolas, demolerían las murallas de la ciudad mejor fortificada de sus dominios en pocas horas, o destruirían la capital entera si en ésta se pretendiera cuestionar alguna vez su poder absoluto. Esto se lo ofrecía humildemente a Su Majestad como pequeño tributo en agradecimiento por tantas distinciones que había recibido a través de su real favor y protección.



Quedó el Rey horrorizado al oírme describir aquellos terribles aparatos y la proposición que le hice. No podía comprender cómo un animalillo impotente y rastrero como yo (esas fueron sus palabras) podía albergar ideas tan inhumanas y expresarlas de una manera tan desahogada que parecía que no me conmovían en absoluto todas las escenas de sangre y desolación que había descrito como los efectos naturales de aquellas máquinas destructoras, de las cuales dijo que el primer diseñador debe de haber sido algún genio maligno enemigo del género humano. En cuanto a él, afirmó que, aunque pocas cosas le deleitaban tanto como los nuevos descubrimientos en las artes y en la Naturaleza, antes preferiría perder la mitad de su reino que ser confidente de tal secreto, que me ordenó no mencionara nunca más si en algo estimaba mi vida.

¡Extraño fruto el de la *rigidez de principios* y la *miopía cerebral*! ¡Que un soberano investido de todas las cualidades que dispensan veneración, afecto y estima, con sólidas aptitudes, mucha prudencia y extensa cultura, dotado de admirables talentos para gobernar, y casi idolatrado por sus súbditos, tenga que dejar escapar por un *escrúpulo rebuscado e innecesario*,

de los que en Europa ni imaginamos, una oportunidad puesta en bandeja que le habría hecho dueño absoluto de las vidas, libertades y riquezas de su pueblo! Y no digo esto con la mínima intención de restar valor a las muchas virtudes de aquel Rey excelente, cuya reputación me doy cuenta de que, por lo dicho, disminuirá en la estimación del lector inglés, mas me da que este defecto de aquella gente es producto de su ignorancia, por no haber convertido todavía la *política* en una *ciencia*, como los ingenios más agudos de Europa han hecho. Pues recuerdo perfectamente que un día, en una charla con el Rey, me dio por decir que entre nosotros se habían escrito varios millares de libros sobre el *arte de gobernar*, y esto le dio (justamente en contra de lo que yo pretendía) una impresión muy mala de nuestros conocimientos. Afirmó que abominaba y despreciaba todo *misterio*, *finura* e *intriga*, tanto en un soberano como en un ministro. No podía entender qué quería decirle con lo de *secretos de Estado*, si no estaba implicado algún enemigo o una nación rival. Reducía la ciencia de gobernar a *límites muy estrechos*; a sentido común y a sensatez, a justicia y moderación, a la rápida solución de las causas civiles y criminales y algunas otras cosas que no merecen consideración. Y manifestó que, en su opinión, quienquiera que pudiera hacer crecer dos espigas de grano o dos briznas de hierba en un trozo de terreno donde anteriormente sólo crecía una, merecería mejor trato de la especie humana y haría un servicio más substancial a su país que toda la casta de políticos juntos.

La cultura de esta gente es muy imperfecta, pues consiste sólo en moral, historia, poesía y matemática, en lo cual hay que reconocer que sobresalen. Pero la última de éstas se aplica íntegramente a lo que puede ser útil para vivir, al mejoramiento de la agricultura y todas las artes mecánicas; o sea, que entre nosotros tendría poca aceptación. Y en cuanto a ideas, entes, abstracciones y transcendentales^[41] nunca pude meterles el más mínimo concepto en la cabeza.

En aquel país ninguna ley debe tener más palabras que letras el alfabeto, que cuenta sólo con veintidós. Aunque a decir verdad pocas llegan a alcanzar tales límites. Están redactadas en los términos más claros y sencillos, y aquella gente no es tan viva como para descubrir en ellos más de una interpretación. Y es un crimen que se paga con la muerte escribir un

comentario sobre alguna ley. En cuanto al fallo de las causas civiles y a procesos de criminales, los precedentes son tan escasos que poca razón tienen para alardear de pericia extraordinaria en ninguno de ellos.

Durante tiempo inmemorial, como los chinos, han conocido el arte de imprimir. Pero sus bibliotecas no son muy grandes; y la del Rey, que se tiene por la mayor, no llega a los mil volúmenes, colocados en una galería de trescientos sesenta metros, de donde yo podía libremente tomar los libros que se me antojaran. En una de las habitaciones de Glumdalclitch el carpintero de la reina ingenió una suerte de artefacto de madera de siete metros y medio de altura y en forma como de escalera puesta de pie; los travesaños tenían quince metros de largo y eran en realidad un par de escalinatas portátiles, cuya parte inferior quedaba a tres metros de distancia de la pared de la habitación. El libro que me daba por leer lo ponían de canto apoyado contra la pared. Subía primero al peldaño superior de la escalera, e inclinando la cabeza hacia el libro empezaba a leer en la parte superior de la página y me movía a derecha e izquierda unos ocho o diez pasos según la longitud de las líneas, hasta que llegaba un poco más abajo que el nivel de los ojos, y luego bajaba gradualmente hasta llegar a la parte inferior; tras lo cual volvía a subir y empezaba con otra página en la misma forma; y de este modo pasaba hoja, que bien podía hacerlo con las dos manos, pues eran gruesas y rígidas como el cartón, y en los infolios más grandes no tenían más de cinco o seis metros de largo.



Su estilo es claro, viril y fluido, pero no florido, pues nada evitan tanto como la acumulación de palabras innecesarias o el uso de diferentes expresiones. Tengo leídos muchos de sus libros, especialmente los de historia y moral. De entre los últimos me lo pasé bien con un antiguo librito que siempre estaba en el aposento de Glumdalclitch y pertenecía a su aya, una señora seria y de edad que andaba siempre con escritos sobre moral y devoción. Trataba el libro de la flaqueza de la humana especie, y tiene poca aceptación excepto entre las mujeres y la plebe. No obstante, sentía curiosidad por saber qué podía decir un escritor de aquel país sobre tal asunto. Repasaba el autor todos los consabidos temas de los moralistas europeos, mostrando qué animal tan diminuto, despreciable y desvalido es el hombre en su naturaleza, cuán incapaz de defenderse de las inclemencias

de los elementos y de la furia de las fieras, cuánto le sobrepasaba en fuerza un animal, otro en rapidez, un tercero en previsión, y en laboriosidad un cuarto. Añadía que la Naturaleza se había degenerado en las últimas y decadentes edades del mundo y ahora podía producir únicamente partos abortados y pequeños en comparación con los de los tiempos antiguos^[42]. Decía que era harto razonable pensar no sólo que la especie humana fue originalmente mucho más corpulenta, sino también que debe de haber habido gigantes en épocas pasadas, como lo afirman la historia y la tradición, y lo confirman los enormes huesos y cráneos que se han encontrado en excavaciones llevadas a cabo en el reino, el tamaño de los cuales excede en mucho al de la disminuida especie humana corriente en nuestros días. Sostenía que la ley natural misma exige categóricamente que hayamos sido hechos en un principio con un cuerpo mayor y más robusto, no tan sujeto a la destrucción por cualquier mínimo accidente, como el caerse una teja de una casa o tirar una piedra un niño, o ahogarse en un riachuelo. Razonando de esta manera descubría el autor varias aplicaciones morales útiles para conducirse en la vida, mas inútiles de repetir aquí. Por mi parte no podía evitar considerar cuán extendido por todas partes se encuentra este talento de componer sermones sobre moralidad, o mejor dicho, material de descontento y queja, basándose en las disputas que mantenemos con la Naturaleza. Y creo que si se hiciera una investigación rigurosa, tal vez se hallara que esas disputas carecen de fundamento tanto entre nosotros como entre aquella gente.

Por lo que toca a sus asuntos militares, se jactan de que el ejército del Rey cuenta con ciento setenta y seis mil infantes y treinta y dos mil caballeros, si puede llamarse ejército al que está formado por artesanos en las varias ciudades y por agricultores en el campo, y cuyos mandos son únicamente los miembros de la nobleza y la alta burguesía, que no reciben ni salarios ni recompensas. A decir verdad son bastante competentes en sus ejercicios y observan una disciplina muy buena, en lo cual no vi gran mérito, pues ¿cómo podría ser de otro modo cuando cada agricultor está bajo las órdenes del mismo señor cuyas tierras trabaja, y cada ciudadano bajo las de los hombres principales de su ciudad, elegidos por votación, como se hace en Venecia?

A menudo he visto desacuartelar a la milicia de Lorbrulgrud para ir a ejercitarse en un gran campo de veinte millas de lado, cerca de la ciudad. En total no serían más de veinticinco mil de infantería y seis mil de caballería, aunque me fue imposible contar su número teniendo en cuenta la superficie de terreno que ocupaban. Un jinete a lomos de un enorme corcel puede que llegara a los veintisiete metros de altura. A todo este cuerpo de jinetes lo he visto, al darse la voz de mando, desenvainar las espadas todos a una y blandirlas en el aire. La imaginación no puede concebir nada tan grandioso, tan sorprendente y tan asombroso. Parecía como si a un tiempo diez mil relámpagos asietaran el firmamento por todas partes.

Sentía curiosidad por saber cómo a este soberano, en cuyos dominios no se puede entrar desde ningún otro país, se le ocurrió la idea de un ejército o de enseñar a su pueblo la práctica de la ciencia militar. Pero pronto me enteré, tanto a través de conversaciones como leyendo su historia, pues en el curso de muchos siglos han padecido la misma enfermedad a la que está expuesta la totalidad de la humana especie: la nobleza, a menudo en lucha por el poder; el pueblo por la libertad, y el rey por el dominio absoluto. Todas estas cosas, aun bajo la afortunada influencia moderadora de las leyes de aquel reino, se han visto violadas por cada una de las tres partes, y han ocasionado más de una vez guerras civiles, la última de las cuales la terminó felizmente el abuelo de este soberano con un compromiso de todas las partes; y la milicia que se fundó entonces por acuerdo general se ha mantenido siempre dentro del deber más estricto.

Capítulo 8

El Rey y la Reina en viaje oficial a las fronteras. Los acompaña el autor. Relación detallada del modo en que abandona el país. Regresa a Inglaterra.

Tuve siempre la firme convicción de que alguna vez recobraría la libertad, aunque me fuera imposible concebir de qué manera, o planear proyecto ninguno con la mínima esperanza de éxito. El barco en el que había navegado se terna como el primero que nunca se había visto desde aquellas costas, y el Rey había dado órdenes terminantes de que, si alguna vez apareciera otro, debería ser llevado a la orilla y transportado en un volquete a Lorbrulgrud. Estaba empeñado en conseguirme una mujer de mi misma talla con la que pudiera propagar la especie, mas creo que antes habría muerto que sufrir la desgracia de dejar descendientes para que los guardaran en jaulas como canarios domésticos, y que con el tiempo quizá los vendieran por el reino a la gente de bien como curiosidades. A fe que me trataban con mucha consideración. Era el favorito de un gran Rey y una gran Reina y la delicia de toda la Corte, pero desde tal pedestal que ofendía la dignidad del género humano. No podía olvidar nunca aquellas prendas de mi hogar que había abandonado. Quería estar con gente con la que pudiera relacionarme de tú a tú, y caminar por las calles y los campos sin temor a morir de una pisada como una rana o un cachorrillo. Pero la liberación llegó antes de lo esperado y en manera poco común; referiré fielmente toda la historia y sus circunstancias.

Llevaba ya dos años en el país, y más o menos al principio del tercero Glumdalclitch y yo acompañamos al Rey y a la Reina en un viaje oficial a la costa sur del reino. Como de costumbre, me llevaron en mi caja de viaje, que, como queda dicho, era un camarín muy cómodo de tres metros y medio de ancho. Había ordenado que colocaran una hamaca sujeta con

cuerdas de seda a la parte superior de los cuatro rincones, para amortiguar las sacudidas, cuando algún criado me llevara a caballo por delante de él, como a veces pedía que hicieran, y a menudo dormía en la hamaca mientras íbamos de camino. En el techo del camarín mandé al ebanista que practicara una abertura cuadrada de treinta centímetros de lado, no exactamente sobre el centro de la hamaca, para que cuando hiciera buen tiempo me diera el aire mientras dormía, abertura que podía cerrar a mi gusto con un tablero que corría de un lado a otro por una ranura.

Cuando llegamos al final del viaje, el Rey creyó conveniente que pasáramos unos días en un palacio que tiene cerca de Flanflasnic, una ciudad a dieciocho millas inglesas de la costa. Glumdalclitch y yo estábamos agotados; a mí me había entrado un ligero resfriado, pero la pobre chica se encontraba tan mal que no podía dejar su habitación. Estaba deseando ver el mar, que tendría que ser el único escenario de mi huida, si alguna vez sucedía. Fingí encontrarme peor de lo que estaba y pedí permiso para tomar el aire fresco del mar, con un paje por el que sentía mucho cariño y a quien algunas veces se me había confiado. Nunca olvidaré de qué mala gana Glumdalclitch accedió, ni el apremio con que encargó al paje que tuviera cuidado de mí, mientras se le arrasaban los ojos en lágrimas como si tu viera algún presentimiento de lo que iba a suceder. El muchacho me llevó dentro de la caja hacia las rocas de la costa, que quedaban como a media hora a pie del palacio. Le mandé que me dejara en el suelo y, levantando la guillotina de una ventana, lancé sobre el mar una mirada afligida y melancólica, y otra, y otra. No me encontraba bien y dije al paje que tenía gana de echar una siestecilla en la hamaca, que esperaba me sentaría bien. Me eché y el muchacho cerró la ventana hasta abajo para que no entrara frío. Pronto me quedé dormido y todo lo que puedo imaginar es que, mientras dormía, el paje, creyendo que nada malo pasaría, se fue por las rocas en busca de huevos de pájaro, pues antes lo había visto desde la ventana rebuscando y cogiendo uno o dos de entre las grietas. Fuera como fuera, la cosa es que de repente me despertó un violento tirón que dieron de la argolla que iba asegurada en la parte superior de la caja, para llevarla cómodamente. Sentí que la caja se elevaba muy alto en el aire y que luego avanzaba a una velocidad prodigiosa. La primera sacudida por poco no me

echó fuera de la hamaca, pero después el movimiento fue bastante tranquilo. Grité varias veces tan alto como la voz me daba de sí, pero todo en vano. Miré hacia las ventanas y no pude ver otra cosa que nubes y cielo. Oía justo sobre la cabeza un ruido como de batir de alas y luego empecé a darme cuenta de la triste situación en que me hallaba: algún águila había enganchado la argolla de la caja con el pico, con el propósito de dejarla caer sobre una roca, como si fuera el caparazón de una tortuga, y luego extraer mi cuerpo y devorarlo; pues la sagacidad y el olfato de este animal le permiten descubrir a su presa a gran distancia, aunque se encuentre mejor escondida que podía estarlo yo bajo un tablero de cinco centímetros.



A poco noté que el ruido y el aleteo aumentaban muy deprisa, y la caja se zarandeaba para un lado y para otro como letrero de taberna en día de viento. Oí varios porrazos o manotazos, según pensé, que le daban al águila (pues aseguro que tal debe de haber sido quien en el pico sostenía la argolla de la caja), y luego de golpe me sentí caer en vertical, durante más de un minuto y con rapidez tan increíble que casi me quedo sin respiración. La caída terminó con una tremenda guacharrada que en mis oídos sonó más fuerte que la catarata del Niágara, tras lo cual pasé otro minuto en completa

oscuridad, y luego la caja empezó a ascender, y tan alto que pude ver luz por la parte superior de las ventanas. Ahora me daba cuenta de que había caído en el mar. Con el peso de mi cuerpo, las cosas que había dentro y las anchas planchas de hierro que reforzaban las cuatro esquinas de la tapadera y del fondo, la caja flotaba con casi metro y medio bajo el nivel del agua. Supuse entonces, como supongo ahora, que al águila que escapó volando con ella la persiguieron otras dos o tres y la obligaron a soltarme mientras se defendía de ellas, que esperaban participar de la presa. Las planchas de hierro aseguradas al fondo de la caja, pues eran las más fuertes, la mantuvieron en equilibrio mientras caía e impidieron que se rompiera sobre la superficie del agua. Todas las juntas estaban bien ceñidas y la puerta no abría sobre bisagras, sino de arriba abajo, como las ventanas, lo cual hacía que el camarín fuera tan hermético que poquísima agua podía entrar. Con mucha dificultad me eché fuera de la hamaca tras haber osado descorrer la ya mencionada trampilla del tejado, ideada a propósito para dejar que entrara aire, por falta del cual me encontraba casi asfixiado.

¡Cuántas veces deseé entonces estar con mi querida Glumdalclitch, de quien una sola hora me había alejado tanto! Pues puedo decir a la verdad que, en medio de mis desventuras, no podía por menos de lamentarme de mi pobre niñera, el dolor que sufriría por perderme, por la indignación de la Reina y por la ruina de su carrera. Tal vez no muchos viajeros se han encontrado en dificultades y aflicción tan grandes como yo en esta coyuntura, temiendo ver a cada momento que la caja se hiciera añicos, o a lo menos diera la vuelta con la primera ráfaga fuerte o una alta ola. Una fisura en uno solo de los vidrios habría sido la muerte inmediata. Nada hubiera protegido las ventanas sino las fuertes varillas de las rejas colocadas en el exterior para evitar accidentes en los viajes. Veía que el agua se filtraba por varias rendijas, aunque en cantidad no muy considerable, y procuraba tapparlas como mejor podía. No fui capaz de levantar el tejado del camarín, que si no, de seguro que lo habría hecho, y me habría sentado encima de él, en el llamémoslo agarradero, donde al menos me habría guardado de quedar encerrado. De todos modos, aunque eludiera estos peligros un día o dos, ¿qué podría esperar sino morir miserablemente de frío

y hambre? En estas circunstancias pasé dos horas, esperando y verdaderamente deseando que cada momento fuera el último.

Ya he dicho al lector que había dos fuertes horquillas clavadas en el lado de la caja que no tenía ventana, y por las que el criado que solía llevarme a caballo pasaba un cinturón de cuero y se lo abrochaba con una hebilla alrededor de la cintura. Encontrándome en una situación tan inconsolable oí, o al menos creí oír, el ruido de algo que rozaba sobre la parte de la caja donde estaban las horquillas, y poco después empecé a imaginar que tiraban de la caja y la remolcaban sobre el agua, pues de vez en cuando notaba una especie de tirones que hacían que las olas se elevaran hasta cerca de los dinteles de las ventanas, dejándome casi a oscuras. Esto me infundió una vaga esperanza de que recibiría ayuda, aunque me era imposible imaginar cómo podría producirse. Me aventuré a desatornillar una de las sillas, que estaban sujetas de modo permanente en el suelo, y tras conseguir con mucho esfuerzo atornillarla de nuevo justo debajo de la trampilla corrediza que había abierto poco antes, subí en la silla y, poniendo la boca tan cerca como pude del agujero, pedí socorro en voz alta y en todos los idiomas que conocía. Até luego el pañuelo a un bastón que solía llevar y, sacándolo por la abertura, lo agité varias veces en el aire para que si algún bote o navío andaba cerca pudieran los marinos suponer que algún desgraciado mortal se encontraba encerrado en la caja.

No obtuve resultado ninguno de todo lo que pude hacer, pero veía claramente que el camarín avanzaba; y, en cuestión de una hora o quizá menos, el lado de la caja donde estaban las horquillas y que no tenía ventana chocó contra algo duro. Sospeché que sería una roca y me vi zarandeado más que nunca. Sobre la tapadera del camarín oí claramente un ruido como de cable, y el roce que hizo al pasar por la argolla. Después vi que me elevaba poco a poco hasta quedar al menos a un metro más arriba de donde me hallaba antes. Tras esto saqué de nuevo el bastón con el pañuelo y pedí socorro hasta quedarme casi ronco, en respuesta de lo cual oí un gran grito que se repitió tres veces, y me dio tales arrebatos de alegría que no pueden imaginarlos sino quienes los sienten. Oí ahora unas fuertes pisadas por encima de mí y a alguien que gritó en inglés por la abertura: *Si hay alguien abajo, que hable*. Respondí que era inglés, a quien la mala

fortuna había arrastrado a la calamidad más grande que jamás sufriera criatura alguna, y que por lo que más quisieran me rescataran de la mazmorra en que me hallaba. Contestó la voz que no corría peligro, porque la caja estaba amarrada a su barco, y que el carpintero iba a venir a hacer en la tapadera un agujero lo bastante grande para sacarme. Respondí que se tardaría mucho y que no hacía falta, pues no había que hacer otra cosa sino que uno de los tripulantes metiera el dedo por la argolla y sacara la caja del mar y la pusiera en el barco, y luego en el camarote del capitán. Algunos de ellos, al oírme hablar tan sin ton ni son me dieron por loco, y otros reían; pues de verdad que no me entraba en la cabeza que ahora me encontraba entre gente de mi misma estatura y fuerza. Llegó el carpintero y en pocos minutos cortó con la sierra un boquete cuadrado de metro y pico de lado, bajó luego una escalerita, por la que subí, y de allí me llevaron al barco en estado muy débil.

Los marineros estaban todos asombrados y me hacían miles de preguntas, que no me daban ganas de contestar. Igual de confuso estaba yo de ver a tantos pigmeos, pues por tales los tomaba después de haberseme acostumbrado los ojos a ver los monstruos que había dejado atrás. Pero el capitán, don Tomás Wilcocks, hombre honrado y bueno del condado de Shrop, viendo que iba a desmayarme me llevó a su camarote, me dio un cordial para confortarme y me obligó a *hacer la rosca* en su cama, aconsejándome que descansara un poco, de lo cual tenía gran necesidad. Antes de dormirme le hice entender que tenía en la caja algunos muebles de valor, demasiado buenos para que se perdieran, una buena hamaca, una cama de campaña bastante pasable, dos sillas, una mesa y un escritorio; que el camarín tenía colgaduras, o mejor dicho, estaba acolchado con seda y algodón; que si permitía que uno de los tripulantes lo llevara a su camarote, podría abrirlo delante de él y enseñarle mis posesiones. Oyéndome proferir estas sandeces, concluyó el capitán que deliraba; sin embargo, supongo que para apaciguarme, me prometió dar la orden que yo deseaba y, yendo a cubierta, mandó a algunos de sus hombres al camarín, de donde (como averigüé después) extrajeron todas mis cosas y arrancaron el acolchado. Pero las sillas, el escritorio y la cama, sujetas al suelo con tomillos como estaban, quedaron muy dañadas, ya que los marineros por ignorancia las

desencajaron a la fuerza. Arrancaron luego a golpes algunos de los tableros para usarlos en el barco, y cuando hubieron tomado todo lo que se les antojó, dejaron caer en el mar el casco, que a causa de las muchas brechas en el fondo y los lados se hundió en un *santiamén*. Y en verdad que me alegró no haber presenciado el destrozo que hicieron, porque estoy seguro de que me habría impresionado profundamente, trayéndome a la mente acontecimientos pasados que era mejor olvidar.

Dormí unas horas, pero perturbado continuamente con sueños del lugar que había abandonado y los peligros de que había escapado. No obstante, al despertar me encontré bastante repuesto. Eran entonces alrededor de las ocho de la noche y el capitán ordenó la cena inmediatamente, pensando que ya llevaba demasiado tiempo en ayunas. Me agasajó con mucha amabilidad, viendo que mi apariencia no era de loco ni hablaba incoherencias. Y cuando nos quedamos solos me rogó le diera cuenta de mis viajes y del accidente que me llevó a andar a la deriva en aquel colosal cofre de madera. Dijo que sobre las doce del mediodía, mientras miraba por el catalejo, lo divisó a cierta distancia y creyó que se trataba de un velero, al que se empeñó en dar alcance, ya que no le quedaba muy fuera de su rumbo, con la esperanza de comprar algo de bizcocho, pues el suyo se le estaba acabando; que al acercarse y advertir su equivocación mandó la lancha para averiguar qué era aquello, y que sus hombres volvieron asustados jurando que habían visto una casa flotante; que se rió de su locura y fue él mismo en el bote, tras ordenar a sus hombres que llevaran un cable fuerte consigo; que como el viento estuviera en calma Dudo bogar a mi alrededor varias veces, y advirtió las ventanas y os barrotes de las rejas que las protegían; que descubrió dos horquillas en un lado hecho todo de tableros y sin ninguna entrada de luz. Ordenó entonces a sus hombres que remarán hasta aquel lado, y tras amarrar el cable a una de las horquillas, les mandó que remolcaran el cofre (como lo llamaba) hacia el barco. Cuando llegó allá, les indicó que amarraran otro cable a la argolla de la tapadera y que izaran el cofre con poleas, cosa que todos los marineros juntos sólo pudieron hacer hasta una altura de entre medio y un metro. Dijo que vieron el bastón con el pañuelo por la abertura y sacaron la conclusión de que algún infeliz debía de encontrarse encerrado en el interior. Le pregunté si él o la tripulación

habían visto en el aire unos pájaros enormes, más o menos al tiempo que me avistó por vez primera. A esto respondió que, hablando de este asunto con los marineros mientras yo dormía, uno de ellos dijo haber *advertido* tres águilas que volaban hacia el norte, pero que no dijo nada sobre que fueran de tamaño más grande que el normal (lo que creo debe atribuirse a la gran altura a que se encontraban), y que él no podía entender la razón de mi pregunta. Pedí entonces al capitán que me dijera a cuánta distancia de tierra calculaba que nos encontrábamos y dijo que, según el mejor cálculo que podía hacer, estábamos a quinientas leguas por lo menos. Le aseguré que debía de estar equivocado por casi la mitad, pues yo no había salido del país de donde venía más de dos horas antes de caer en el mar. Tras esto comenzó a creer otra vez que tenía el cerebro trastornado, según me insinuó, y me aconsejó irme a la cama en un camarote que había dispuesto. Le aseguré que me encontraba bien despabilado con sus cuidados y compañía, y tan en mis cabales como nunca en mi vida. Se puso serio y expresó el deseo de preguntarme abiertamente si no me atribulaba el espíritu el cargo de conciencia de algún crimen horrendo por el que se me habría castigado, siguiendo las órdenes de algún soberano, a ser abandonado en aquel cofre, igual que en otros países a los grandes criminales se los echa a la fuerza en el mar dentro de una embarcación agujereada y sin provisiones; pues aunque se arrepintiera de haber admitido a hombre tan malo en su barco, me daba su palabra de que me desembarcaría a salvo en el primer puerto que tocáramos. Añadió que sus sospechas habían aumentado con las cosas absurdas que dije al principio a los marineros y después a él mismo respecto al camarín o cofre, así como al ver mi aspecto extraño y mi conducta mientras cenaba.

Le supliqué paciencia para escucharme, y con exactitud le conté mi historia desde la última vez que salí de Inglaterra hasta el momento en que me avistaron. Y, como la verdad siempre acaba introduciéndose en las mentes sensatas, este caballero honrado y bueno, que tenía su culturilla y mucho buen sentido, quedó enseguida convencido de mi franqueza y veracidad. Mas para confirmar aún más todo lo que dije, le supliqué que ordenara se llevara allí mi escritorio, del cual guardaba la llave en el bolsillo (a estas alturas me había informado ya él de cómo los marineros

habían dispuesto del camarín). Lo abrí en su presencia y le enseñé el pequeño acopio de cosas raras que había acumulado en el país del que se me había rescatado de tan extraña manera. Allí estaba el peine que había ideado con los trozos de pelo de la barba del Rey, y otro de lo mismo pero montado en un trozo de uña del pulgar de la Reina, que hacía de lomo. Allí una colección de agujas y alfileres de entre treinta a cincuenta centímetros, cuatro aguijones de avispa como clavos de carpintero, algunas peinaduras del cabello de la Reina; y un anillo de oro que me regaló un día de manera muy galante sacándose del dedo meñique y tirándomelo por la cabeza como un collar. Rogué al capitán se dignara aceptar este anillo en recompensa por sus atenciones, a lo cual se negó rotundamente. Le enseñé un callo que había cortado con mis propias manos de un dedo del pie de una dama de honor; era más o menos del tamaño de una reineta de Kent y se había puesto tan duro que cuando volví a Inglaterra mandé que me lo vaciaran en forma de copa y lo engastaran en plata. Finalmente le rogué me viera los calzones que llevaba puestos, que eran de piel de ratón.

No pude obligarlo a aceptar nada excepto la muela de un lacayo, que le vi examinar con gran curiosidad, y de la que me di cuenta se había encaprichado. La aceptó con gran profusión de gracias, más de las que tal fruslería merecía. Un médico inexperto se la había sacado por equivocación a uno de los criados de Glumdalclitch que tenía dolor de muelas, pero estaba tan sana como cualquier otra de las que tenía en las mandíbulas. La mandé limpiar y la guardé en mi escritorio. Medía unos treinta centímetros de larga y diez de diámetro.



Quedó cumplidamente satisfecho el capitán con este sencillo relato que le hice y dijo que esperaba que cuando volviéramos a Inglaterra me hiciera acreedor a la gratitud del mundo dándolo al papel y publicándolo. Mi respuesta fue que en mi opinión ya estábamos más que surtidos de libros de viajes; que nada podía pasar ya que fuera extraordinario, lo cual me hacía desconfiar de algunos autores que tenían menos en cuenta la verdad que su propia vanidad o interés o el divertir a lectores ignorantes; que mi cuento podía contener poco más que acontecimientos corrientes, sin aquellas decorativas descripciones de plantas exóticas y árboles y pájaros y otros animales, o las bárbaras costumbres y la idolatría de los salvajes, en lo que la mayoría de los escritores abundan. Sin embargo, le agradecí su buen sentir y le prometí considerar el asunto.

Dijo que una cosa que le extrañaba en extremo era oírme hablar tan alto, y me preguntó si el Rey o la Reina de aquel país eran duros de oído. Le dije que era a lo que había estado acostumbrado durante más de dos años, y que yo me admiraba otro tanto al oír su voz y la de sus hombres, que me parecía que meramente susurraban, aunque podía oírles bastante bien. Pero que en aquel país cuando hablaba era como cuando un hombre en la calle habla a otro asomado a la punta de un campanario, excepto cuando me ponían en una mesa o me cogía alguien en la mano. Le dije que también había notado

otra cosa: que al subir al barco al principio, cuando los marineros me rodearon, creí que eran las criaturas más pequeñas y despreciables que nunca había visto. Y en verdad que mientras estuve en el país de aquel soberano no pude soportar mirarme en un espejo después de que los ojos se me acostumbraron a ver seres tan enormes, pues la comparación me producía una impresión de mí mismo realmente abominable. Dijo el capitán que mientras cenábamos había notado que miraba todo como asombrado, y que a veces parecía casi incapaz de contener la risa, lo cual no supo bien cómo tomar, pero que lo achacó a algún trastorno mío en el cerebro. Respondí que así fue en efecto, y que me maravillaba cómo pude aguantarme cuando vi los platos del tamaño de una moneda de plata de tres peniques, un pernil de cerdo de apenas un bocado, una taza no más grande que una cáscara de nuez; y continué describiendo el resto del menaje y los alimentos de la misma manera. Pues aunque la Reina había ordenado que se me proporcionara un pequeño equipo con todas las cosas necesarias mientras estaba en su servicio, el caso era que mis ideas se habían fundido con la realidad que veía por todas partes, y así hacía como que no veía mi pequeñez, como hace la gente con sus defectos. Bien entendió el capitán la broma y, recurriendo a un antiguo dicho inglés, jovialmente replicó que temía que se me llenara el papo antes que el ojo, pues no veía él que tuviera tanto apetito aunque llevaba todo el día en ayunas; y continuando con su buen humor declaró que hubiera dado contento cien libras por ver mi camarín en el pico del águila, y cómo caía después desde altura tan grande hasta el mar, lo cual habría sido por seguro la cosa más asombrosa de ver y digna de que la descripción de ella se transmitiera a los siglos futuros; y la comparación con Faetón^[43] era tan evidente que no pudo menos de sacarla a colación, aunque personalmente no me entusiasmó mucho la metáfora.

El capitán, después de visitar Tonkin^[44], y de regreso para Inglaterra, había sido arrastrado en dirección nordeste hasta los 44 grados de longitud y 143 de latitud. Pero, habiendo topado con unos vientos alisios dos días después de llegar yo a bordo, navegamos largo tiempo con rumbo sur, y costeano Nueva Holanda^[45] nos mantuvimos con rumbo oestesudoeste y luego sursuroeste hasta que doblamos el Cabo de Buena Esperanza. El viaje fue muy próspero, pero no importunaré al lector con un diario de él. El

capitán tocó en uno o dos puertos y mandó la lancha por provisiones y agua dulce, pero yo nunca bajé del barco hasta que llegamos a las Dunas, que fue el 3 de junio de 1706, unos nueve meses después de mi liberación. Me ofrecí a dejar mis bienes en prenda del pago por el pasaje, pero el capitán afirmó enérgicamente que no aceptaría ni un centavo. Nos despedimos cordialmente y le hice prometer que iría a visitarme a mi casa de Redriff. Con cinco chelines que me prestó alquilé un caballo y un guía.

De camino, observando la pequeñez de las casas, los árboles, el ganado y la gente, empecé a imaginarme que estaba en Liliput. Temía que iba a tropezar con cada viajero que topaba, y a menudo gritaba que se apartaran, lo que por poco hizo que me rompieran la cabeza una o dos veces por impertinente.

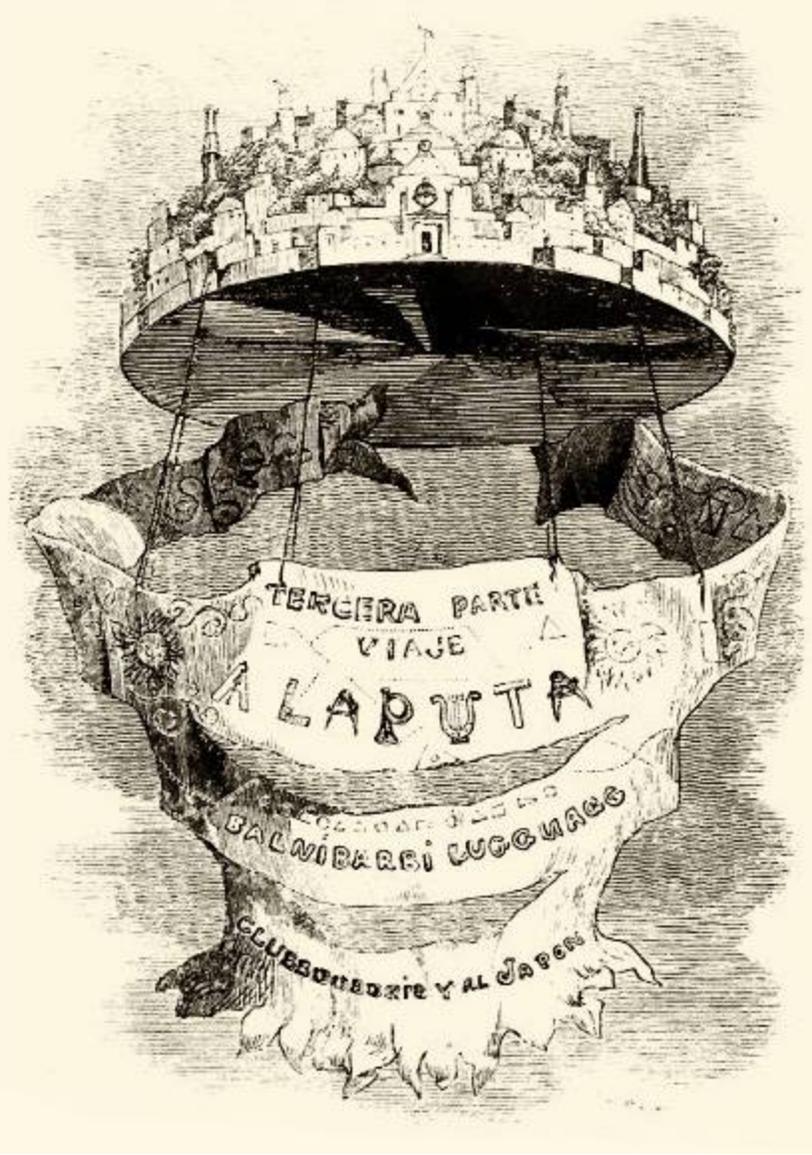
Cuando llegué a casa, para lo cual tuve que preguntar, uno de los criados abrió la puerta y me agaché para entrar, como un ganso por un portillo, por temor de darme en la cabeza. Mi esposa salió corriendo a abrazarme, pero me agaché hasta por debajo de sus rodillas creyendo que si no nunca me alcanzaría a la boca. Mi hija se arrodilló para que la bendijese, pero no pude verla hasta que se levantó, pues era tanto el tiempo que llevaba acostumbrado a tener la cabeza y la vista inclinadas para mirar a más de dieciocho metros de altura, y luego fui a levantarla por la cintura con una mano. A los criados y a uno o dos amigos que estaban en casa los miraba por encima del hombro como si fueran pigmeos y yo un gigante. Dije a mi esposa que había sido demasiado ahorrativa, pues veía que por privar a su hija y a si misma de comida las dos se habían quedado en nada. En breve: mi conducta era tan extraña, que todos compartían la opinión del capitán cuando me vio al principio, y concluyeron que había perdido el juicio. Esto lo cito como ejemplo del enorme poder que tienen la costumbre y el prejuicio.

En poco tiempo llegué a un entendimiento con mi familia y amigos, pero mi esposa insistía en que no debería hacerme a la mar nunca más; aunque mi aciago destino lo dispuso de modo que ella no pudo impedírmelo, como el lector podrá ver a continuación. Entretanto, doy fin aquí a la segunda parte de mis desventurados viajes.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

Tercera parte

Viaje a Laputa, Balnibarbi, Glubbudrib,
Luggnagg y Japón



TERCERA PARTE
VIAJE
A LAPUTA

BALNIBARBI UGGUAGG

CUEBBOBOKIE Y AL JAPON

Capítulo 1

Parte el autor en su tercer viaje; es apresado por piratas. La maldad de un holandés.

Llega a una isla. Es acogido en Laputa.

No llevaba más de diez días con los míos cuando el capitán Guillermo Robinson, de Cornualles, que tenía a su mando el *Bienespera*, un recio navío de trescientas toneladas, llegó a mi casa. Había sido médico una vez de un barco del que él fue patrón y dueño a cuartas partes, en una travesía al Levante; siempre me trató más como a hermano que como a subordinado, y al enterarse de mi regreso fue a visitarme, según entendí sólo por amistad, pues no se habló más que lo que es normal tras una larga ausencia. Mas como prodigara sus visitas, alegrándose de verme tan bien, preguntando si no me habría asentado ya para siempre, y añadiendo que tenía intención de iniciar un viaje a las Indias orientales en dos meses, al final me invitó abiertamente, aunque con algunas disculpas, a que fuera oficial médico del barco; que tendría a otro médico a mis órdenes además de los dos asistentes; que mi salario sería el doble del sueldo normal; y que, como supiera por experiencia que mis conocimientos de marinería eran al menos iguales a los suyos, se comprometía del todo a seguir mis consejos igual que si yo tuviera parte en el mando.

Dijo tantas otras cosas atractivas y sabía yo que era tan honrado, que no pude rechazar la propuesta; y además mi sed de ver mundo, a pesar de mis pasadas desventuras, era tan acuciante como nunca. La única dificultad era convencer a mi mujer, de quien por fin conseguí consentimiento a cuenta de las perspectivas de provecho que ella deseaba para sus hijos.

Salimos el 5 de agosto de 1706 y llegamos al Fuerte de San Jorge^[46] el 11 de abril de 1707, donde nos quedamos tres semanas para que la tripulación se recuperara, pues muchos hombres se encontraban enfermos.

De allí fuimos a Tonkin, donde el capitán decidió permanecer por algún tiempo, porque mucha de la mercancía que quería comprar no estaba lista y tampoco podía contar con que se la despacharan sino después de varios meses. Así pues, y con la esperanza de sufragar algunos de los gastos que tenía que afrontar, compró una balandra, la cargó con varias clases de mercancía en la que los tonkineses suelen traficar con las islas vecinas, y tras poner a catorce hombres a bordo, tres de ellos nativos, me nombró patrón de ella y me dio autoridad para comerciar mientras tramitaba él sus negocios en Tonkin.

No llevábamos más de tres días navegando cuando se levantó un fuerte temporal que nos arrastró durante cinco días en dirección nornordeste, y luego al este, tras lo cual el viento se tornó favorable, pero todavía con un ventarrón bastante fuerte del oeste. El décimo día nos persiguieron dos buques piratas, que pronto nos dieron alcance, pues la balandra iba tan hundida por el peso, que navegábamos muy despacio, y además que no estábamos en condiciones de hacerles frente.

Los dos jefes piratas nos abordaron casi a un tiempo e irrumpieron como furias a la cabeza de sus hombres, pero al vernos a todos postrados boca abajo (que así yo lo había ordenado) nos ataron los brazos con fuertes sogas y, tras ponernos una guardia, se fueron a registrar la balandra.

Advertí entre ellos a un holandés que parecía tener alguna autoridad, aunque no mandaba ninguna de las dos naves. Por el semblante conoció que éramos ingleses y, chapurreando en su propio idioma, juró que nos atarían de espaldas uno contra otro y nos arrojarían al mar. Mi holandés era bastante bueno, y así le dije quiénes éramos, y le supliqué que en consideración a que éramos cristianos y protestantes, de países vecinos y en estrecha alianza^[47], influyera en los capitanes para que se compadecieran un poco de nosotros. Esto le inflamó de ira y repitió las amenazas, y volviéndose a sus camaradas habló con exaltada violencia, en lengua japonesa según creo, diciendo varias veces la palabra *cristianos*.

El mayor de los dos buques piratas lo mandaba un capitán japonés que hablaba algo de holandés, pero muy mal. Se acercó a mí y, tras varias preguntas, a las que contesté con gran humildad, dijo que no moriríamos. Me incliné profundamente ante él y, volviéndome luego al holandés, le dije

que me daba pena encontrar más misericordia en un pagano que en un hermano cristiano. Mas pronto tuve motivo para arrepentirme de aquellas insensatas palabras, pues aquel perverso energúmeno, después de haber tratado en vano de convencer a ambos capitanes para que me arrojaran al mar (a lo que no cedieron tras haberme prometido que no moriría) consiguió persuadirlos, sin embargo, para que se me infligiera un castigo peor, a los ojos de cualquier humano, que la misma muerte. A mis hombres los mandaron la mitad a cada uno de los barcos piratas y pusieron una nueva dotación a la balandra. En cuanto a mí, decidieron que me dejarían a la deriva en una pequeña canoa con canaletes y vela, y provisiones para cuatro días, que el capitán japonés tuvo la bondad de duplicar de su propia despensa, y no permitió que ningún hombre me registrara. Salté a la canoa mientras el holandés, de pie en cubierta, me echaba todas las maldiciones y palabrotas que su idioma puede ofrecer.

Como una hora antes de ver a los piratas, había hecho una estima y hallado que estábamos a 46 grados de latitud norte y a 183 de longitud. Cuando me encontraba a cierta distancia de los piratas, divisé con el catalejo de bolsillo varias islas al sudeste. El viento era favorable y largué la vela con la intención de alcanzar la más cercana de aquellas islas, cosa que conseguí en unas tres horas. Era toda rocosa, pero pude coger huevos de pájaro en abundancia y, dándole al pedernal, encendí un poco de brezo y algas secas, con lo que asé los huevos. No cené otra cosa, decidido como estaba a reservar las provisiones lo más que pudiera. Pasé la noche al abrigo de una roca, tras esparcir un poco de brezo por el suelo, y dormí bastante bien.

Al siguiente día navegué hasta otra isla y de allí a una tercera y una cuarta, usando ora la vela, ora los canaletes. Mas, para no molestar al lector con una relación detallada de mis desgracias, baste decir que al quinto día llegué a la última isla que podía ver y que estaba al sudsudeste de la anterior.

Esta isla se encontraba a una distancia mayor de lo que supuse, y no llegué a ella en menos de cinco horas. La rodeé casi del todo antes de encontrar un lugar conveniente para desembarcar, que fue una caleta unas tres veces más grande que la canoa. Vi que la isla era toda rocosa, sólo un

poco salpicada con mechones de verde y hierbas aromáticas. Saqué mis pocas provisiones y, tras comer algo, guardé el resto en una de las muchas cuevas que allí había. Recogí huevos en abundancia de entre las rocas y reuní un montón de algas secas y pajas con que haría lumbre al día siguiente para asar los huevos como mejor pudiera. (Llevaba encima pedernal, eslabón, mecha y espejo ustorio). Pasé la noche echado en la cueva donde había guardado las provisiones. La misma paja y algas secas que me servirían para hacer fuego fueron mi cama. Dormí muy poco, pues las inquietudes del pensamiento podían más que el cansancio y no me dejaban conciliar el sueño. Consideré lo imposible que era conservar la vida en lugar tan inhóspito, y cuán desdichado había de ser mi final. Me encontraba tan desalentado y deprimido que no me daban ganas de levantarme, y antes de reunir los ánimos suficientes para deslizarme fuera de la cueva, el día estaba bien entrado. Caminé un rato por las rocas; el cielo estaba completamente despejado y el sol era tan fuerte que me vi obligado a apartar la vista de él, cuando de pronto se oscureció, según creí, de manera muy diferente a lo que sucede cuando una nube se pone delante. Me volví y vi un enorme cuerpo opaco que me separaba del sol y que avanzaba hacia la isla. Parecía tener unas dos millas de altura y ocultó al sol seis o siete minutos, pero no noté que el aire se enfriara o el cielo se oscureciera mucho más que si me hubiera hallado a la sombra de una montaña. Según se aproximaba al lugar donde me encontraba tenía la apariencia de ser una substancia sólida, con la parte de abajo plana, lisa y de un brillo luminoso por el reflejo del mar. De pie, en un alto a unos doscientos metros de la playa, vi que este cuerpo inmenso ascendía hasta casi ponerse a mi altura, a menos de una milla inglesa de distancia. Saqué el catalejo de bolsillo y pude divisar claramente montones de gente subiendo y bajando por sus lados, en apariencia inclinados, pero lo que la gente aquella estuviera haciendo no pude distinguirlo.

El natural apego a la vida me produjo alguna sacudida interna de alegría, y me sentí animado a albergar la esperanza de que esta aventura pudiera servir de un modo u otro para librarme del triste lugar y situación en que me hallaba. Pero al mismo tiempo difícilmente podría imaginar el lector mi asombro al ver una isla en el aire, habitada por hombres que

podían, a lo que parecía, hacerla subir y bajar, o avanzar según les placía. Mas, no encontrándome entonces en disposición de filosofar sobre este fenómeno, opté mejor por observar el rumbo que la isla tomaría, pues por un tiempo pareció quedarse quieta. Sin embargo, poco después se acercó un poco más y pude ver sus lados, circundados por varias galerías escalonadas y, para bajar de una a otra, tramos de escaleras distribuidos a intervalos regulares. En la más baja de las galerías vi a alguna gente pescando con largas cañas, y a otros que miraban. Agité el gorro (pues el sombrero hacía mucho que se me había roto) y el pañuelo en dirección de la isla; y como se acercara más, voceé y grité con la máxima potencia de mi voz, y luego, fijándome detenidamente, vi a un grupo de gente reunido en aquella parte que me quedaba más a la vista. Por las señales que hacían, apuntándome a mí y entre ellos, descubrí que me veían claramente, aunque no contestaban a mis gritos. Pero pude ver a cuatro o cinco hombres corriendo muy deprisa escaleras arriba, hasta la parte superior de la isla, que luego desaparecieron. Naturalmente, se me ocurrió pensar que los habían mandado a pedir instrucciones a alguna persona que tuviera autoridad en esta coyuntura.

El número de gente aumentaba y en menos de media hora la isla se movió y se elevó de modo que la galería inferior quedó al mismo nivel y a menos de cien metros de distancia de la altura donde me encontraba. Me puse entonces en las posturas más suplicantes y hablé en el tono más humilde, pero no recibí respuesta. Los que estaban más cerca frente a mí parecían ser personas de alto rango, según juzgué por su atuendo. Deliberaban gravemente entre ellos y me miraban de vez en cuando. Por fin uno gritó algo en un idioma claro, refinado y meloso, no distinto en sonido al italiano, así que les di respuesta en ese idioma, esperando que al menos la cadencia pudiera resultar agradable a sus oídos. Aunque ninguna de las dos partes entendió a la otra, fácilmente conocieron lo que quería decirles, pues la gente veía el apuro en que me hallaba.

Me hicieron señas para que descendiera de la roca y fuera hacia la playa, lo que en efecto hice; y, habiéndose elevado la isla voladora a una altura conveniente, quedando el borde justamente sobre mí, soltaron una cadena desde la galería inferior con un asiento sujeto al extremo, en el cual me coloqué bien, y me izaron con poleas.



Capítulo 2

Donde se describen el carácter y la disposición de los laputanos. Noticia de su cultura. Del Rey y su Corte. La acogida que allí recibe el autor. Temores e inquietudes que sufren los habitantes. De las mujeres.

Al apearme del asiento una multitud de gente me rodeó, pero los que estaban más cerca parecían ser de más categoría. Me miraban con todas las semejas y actitudes hijas del asombro, y en verdad que no les iba yo a la zaga en mucho, ya que nunca hasta entonces había visto una raza de mortales tan insólita en tipo, atuendo y semblante. Tenían todos la cabeza inclinada a la derecha o a la izquierda, y un ojo vuelto hacia dentro y el otro para arriba clavado en el cénit. La ropa de por fuera la traían adornada con dibujos de soles, lunas y estrellas, mezclados con otros de violines, flautas, arpas, trompetas, guitarras, clavicordios y otros muchos instrumentos musicales desconocidos para nosotros en Europa.



Advertí acá y allá a muchos en traje de criado, que llevaban en la mano un palo corto con una vejiga hinchada atada a la punta como un mayal. En cada vejiga había una pequeña cantidad de guisantes secos o chinitas, según se me informó después. Con estas vejigas sacudían de vez en cuando en la boca y las orejas a quienes estaban junto a ellos, práctica de la que no pude entonces imaginar el sentido. Parece ser que la mente de esta gente se sumerge en tan intensas especulaciones, que no pueden ni hablar ni prestar atención a lo que otros hablan a menos que se los despabile con algún toque externo sobre los órganos del habla y del oído; por tal razón, quienes pueden permitirse tal lujo tienen un *sacudidor* (en su lengua *climenole*) en la familia, como otro miembro más de la servidumbre, y nunca salen de casa o van de visita sin él. Y la tarea de este asistente es, cuando dos o más personas están reunidas, sacudir con la vejiga la boca del que va a hablar y la oreja derecha de aquel o aquellos a quienes se dirige el que habla. Este *sacudidor* tiene también la misión de acompañar celosamente a su amo en sus paseos y, cuando la ocasión se presenta, sacudirle suavemente en los ojos, pues va siempre tan absorto en sus meditaciones que se pone en evidente peligro de caer por cada precipicio y de pegar con la cabeza en cada poste y, en las calles, de chocar con otros u otros contra él y mandarlo al regato.

Era preciso dar al lector esta información, sin la cual estaría todavía tan perplejo, tratando de explicarse el comportamiento de esta gente, como lo estuve yo según me conducían escaleras arriba a la cima de la isla, y de allí al palacio real. Mientras subíamos se les olvidó varias veces qué era lo que estaban haciendo y me dejaron solo hasta que les reavivaron la memoria los *sacudidores*, pues ellos no parecían inmutarse en lo más mínimo de verme indumentaria y semblante extranjeros, ni de los gritos de la plebe, cuyas ideas y mentes eran más sueltas.

Por fin entramos en el palacio y avanzamos hasta la cámara de la regencia, donde vi al Rey, sentado en su trono, acompañado a cada lado por personas de primera calidad. Delante del trono había una mesa enorme llena de globos y esferas e instrumentos matemáticos de todas clases. Su Majestad ni se enteró de que estábamos allí, aunque a nuestra entrada no le faltó ruido al aglomerarse toda la gente de la corte. Pero se encontraba a la

sazón abismado en un problema y tuvimos que esperar al menos una hora hasta que consiguió resolverlo. Había junto a él, uno a cada lado, dos pajes jóvenes con sendas sacudideras en la mano y, al ver que estaba mano sobre mano, uno de ellos le sacudió suavemente en la boca y el otro en la oreja derecha, a lo que se sobresaltó como aquel a quien despiertan de súbito, y mirando hacia mí y la compañía en que estaba recordó la circunstancia de nuestra llegada, de lo cual se le había informado de antemano. Dijo unas palabras e inmediatamente un joven con una sacudidera se me acercó y ligeramente me sacudió en la oreja derecha, pero hice señas como mejor pude de que no tenía necesidad de tal instrumento, lo cual, según averigüé después, produjo en Su Majestad y la Corte entera una impresión muy pobre de mi inteligencia. El Rey, según supuse, me hizo varias preguntas y yo le hablé en todos los idiomas que conocía. Cuando se vio claro que no podía entender ni ser entendido, me condujeron, siguiendo sus órdenes, a un aposento del palacio (este soberano se distingue de todos sus predecesores por su hospitalidad para con los forasteros), donde se nombró a dos criados que me sirvieran. Trajeron la comida, y cuatro personas principales, a quienes recordaba haber visto muy cerca de la persona del Rey, me hicieron el honor de comer conmigo. Sirvieron dos cubiertos de tres platos cada uno. En el primero venía una paleta de cordero en forma de triángulo equilátero, un trozo de vaca en romboide y una especie de empanada en cicloide. Constaba el segundo cubierto de dos patos espetados en forma de violines, salchichas y morcillas como flautas y oboes, y el pecho de una ternera en forma de arpa. Los criados nos cortaban el pan en conos, cilindros, paralelogramos y otras figuras geométricas.

En el curso de la comida me atreví a preguntar el nombre en aquel idioma de varias cosas, y aquellos nobles personajes, con la ayuda de sus *sacudidores*, gozaron respondiéndome, con la esperanza de despertar mi admiración por sus grandes talentos, si conseguía que hablara con ellos. Pronto pude pedir pan y bebida o cualquier otra cosa que deseara.

Después de comer se retiró la compañía y por orden del Rey llegó una persona acompañada por un *sacudidor*. Traía pluma, tinta y papel y tres o cuatro libros, y me dio a entender por señas que lo mandaban a enseñarme la lengua. Estuvimos sentados juntos durante cuatro horas, tiempo en el que

escribí gran cantidad de palabras en columna, con la traducción frente por frente. Asimismo conseguí aprender varias frases cortas, pues el profesor mandaba a uno de mis criados que fuera a buscar algo, se diera la vuelta, se inclinara, se sentara o se pusiera de pie o caminara, y cosas así. Luego tomaba yo nota de la frase por escrito. También me enseñó en uno de los libros las figuras del sol, la luna y las estrellas, el zodiaco, los trópicos y círculos polares, así como la nomenclatura de muchas figuras planas y sólidas. Nombró y describió todos los instrumentos musicales y me dio todos los términos técnicos usados en el manejo de cada uno de ellos. Cuando se hubo ido, ordené todas las palabras y sus significados en orden alfabético; y así en pocos días y con ayuda de una memoria muy fiel obtuve alguna idea de su idioma.

La palabra que traduzco como *Isla Voladora* o *Flotante* es en su idioma *Laputa*, de la cual nunca pude aprender la verdadera etimología. *Lap*, en el idioma antiguo y desusado, significa *alto*, y *untub*, *gobernador*, de donde dicen que por corrupción se deriva *Laputa* a través de *Lapuntub*. Pero yo no acepto esta derivación, que me parece un poco forzada. Me atreví a sugerir a los más eruditos de entre ellos una conjetura mía y que es que *Laputa* es casi *lap outed*, siendo *lap* propiamente el bailoteo de los rayos del sol en el mar y *outed* ala; cosa que sin embargo no quiero imponer, sino que la presento ante el juicioso lector.

Aquellos a quienes el Rey había confiado mi persona, viendo lo mal vestido que iba, mandaron que fuera un sastre a la mañana siguiente y me tomara las medidas para un traje. Este operario desempeñó su oficio de manera distinta a la de aquellos de su oficio en Europa. Me tomó primero la altitud con un cuadrante y luego, con una regla y compases, describió las dimensiones y contornos de todo mi cuerpo, todo lo cual lo registró sobre papel, y en seis días me llevó las ropas, muy mal hechas y completamente sin forma por haberse equivocado en un número al hacer los cálculos. Pero me consolaba ver que tales accidentes eran muy frecuentes y poco tenidos en cuenta.

Durante mi reclusión por falta de ropas y por una indisposición que me retuvo unos días más, engrosé mi diccionario considerablemente, y cuando fui a la Corte otra vez, pude entender mucho de lo que el Rey dijo y

contestarle de alguna manera. Su Majestad había dado órdenes para que la isla se moviera al nordeste por este hasta la vertical de Lagado, la metrópoli de todo el imperio de abajo, en tierra firme. Se encontraba a unas noventa leguas de distancia y el viaje duró cuatro días y medio. No me afectó en lo más mínimo el movimiento que hacía la isla al avanzar en el aire. Sobre las once de la mañana del segundo día el mismo Rey en persona, acompañado de la nobleza, cortesanos y funcionarios, tras preparar todos sus instrumentos musicales, tocaron con ellos durante tres horas sin interrupción, así que me dejaron completamente aturdido con el ruido; y no me fue posible adivinar el porqué hasta que mi maestro me informó. Dijo que la gente de la isla tenía los oídos adecuados para escuchar la música de las esferas, que siempre se oía en ciertas épocas, y que a la sazón los miembros de la Corte estaban dispuestos para participar con cada uno de los instrumentos en que más sobresalían.

En viaje hacia Lagado Su Majestad ordenó que la isla parara sobre ciertas ciudades y pueblos de donde podría recibir peticiones de sus súbditos. Y con este fin soltaron varios bramantes con pequeños pesos a las puntas. En estos bramantes la gente ataba sus peticiones, que ascendían en línea recta como los trozos de papel que atan los colegiales al final de la cuerda que les sostiene la cometa. A veces recibíamos vino y comida desde abajo, que lo izaban con poleas.

Mis conocimientos de matemáticas me fueron de gran ayuda para adquirir su fraseología, que debía mucho a esa ciencia y a la música; y en ésta no era yo lego. Sus ideas giran constantemente sobre líneas y figuras. Si se ponen a alabar, por ejemplo, la hermosura de una mujer u otro animal cualquiera, la describen con rombos, círculos, paralelogramos, elipses y otros términos geométricos, o si no, con palabras técnicas sacadas de la música, inútiles de repetir aquí. Advertí en la cocina del Rey toda suerte de instrumentos musicales y matemáticos, siguiendo la forma de los cuales cortan los cuartos de carne que se sirven en la mesa de Su Majestad.

Las casas están muy mal construidas, las paredes están ladeadas, y no hay ni un ángulo recto en ninguna habitación, defecto que tiene su origen en el desprecio que sienten por la geometría aplicada, que desdeñan por vulgar y mecánica, y además que las instrucciones que dan son demasiado sutiles

para los intelectos de sus obreros, lo que causa constantes equivocaciones. Y aunque son bastante diestros sobre el papel en el manejo de la regla, el lápiz y el compás, en las actividades cotidianas y en su conducta de vida no he visto gente más torpe, sosa y desgarbada, ni tan lerda y ofuscada en sus ideas sobre cualquier otro tema que no sean las matemáticas y la música. Se les da muy mal razonar y les apasiona llevar la contraria, excepto cuando tienen razón, que raramente sucede. La imaginación, la fantasía y la inventiva les son completamente extrañas, y ni tienen en su lengua palabras con las que expresar tales ideas, limitándose el alcance total de sus pensamientos e inteligencia a las dos ciencias antedichas.

La mayoría de ellos, y en especial los que se ocupan de la parte astronómica, tienen mucha fe en la astrología judiciaria^[48], aunque les da vergüenza reconocerlo públicamente. Pero lo que me sorprendió más y consideré totalmente inexplicable fue la fuerte inclinación que vi en ellos hacia la información y la política, pues están continuamente haciendo preguntas sobre los asuntos públicos, emitiendo sus opiniones sobre cuestiones de estado, y disputándose acaloradamente cada tilde del ideario de un partido. A decir verdad, he observado la misma actitud en la mayor parte de los matemáticos que he conocido en Europa, aunque nunca pude descubrir la mínima analogía entre estas dos ciencias; a menos que aquella gente crea que porque la circunferencia más pequeña tenga tantos grados como la más grande, el gobierno y la administración del mundo hayan de precisar no más talento que el necesario para manejar y hacer girar una esfera. Mas me da que este atributo suyo emana de un achaque muy común de la naturaleza humana, que nos inclina a ser más curiosos y presumidos sobre asuntos en los que menos tenemos que ver y para los cuales estamos menos capacitados, sea por aprendizaje o por naturaleza.

Esta gente está sometida a continuos desasosiegos, sin poder disfrutar nunca un minuto de tranquilidad de ánimo; y la inquietud les viene de causas que mínimamente afectan al resto de los mortales. Sus aprensiones nacen de los diferentes cambios que ellos temen, con verdadero horror, en los cuerpos celestes. Por ejemplo: que andando el tiempo la tierra, por los continuos acercamientos del sol hacia ella, acabará siendo absorbida o engullida^[49]; que la superficie del sol se cubrirá gradualmente de una

corteza con sus propias emanaciones y no dará más luz a la tierra; que a la tierra le faltó muy poco para escapar de un ramalazo de la cola del último cometa, lo cual la habría reducido a cenizas irremediablemente; y que el próximo, que lo tienen calculado para dentro de treinta y un años, probablemente nos destruirá, pues si en su perihelio se aproxima a un cierto grado del sol (según la razón de sus cálculos les hace presentir con horror), generará una potencia calorífica diez mil veces más intensa que la del hierro al rojo vivo; y al alejarse del sol arrastrará una cola incandescente de un millón catorce millas de larga, y si a través de ella pasara la tierra a una distancia de cien mil millas del núcleo o cuerpo principal del cometa, se incendiaría al pasar y quedaría reducida a cenizas forzosamente; que el sol, que gasta diariamente sus rayos sin tener ningún alimento que los reemplace, finalmente se consumirá y se reducirá a la nada más completa, acontecimiento que irá acompañado de la destrucción de la tierra y de todos los planetas que de él reciben luz.

Tan constante es la inquietud que les produce el miedo a estos y similares peligros inminentes, que no pueden ni dormir tranquilamente en sus lechos ni sentir ninguna afición por los comunes placeres y diversiones de la vida. Cuando se encuentran con algún conocido por la mañana, la primera pregunta es sobre la salud del sol, qué aspecto tenía al ponerse y al levantarse, y qué esperanzas tienen ellos de evitar el golpe del cometa que se acerca. Esta conversación son propensos a entablarla con el mismo espíritu que muestran los muchachos al deleitarse oyendo cuentos de miedo con espíritus y duendes, que escuchan con avidez y luego no se atreven a ir a la cama por miedo.

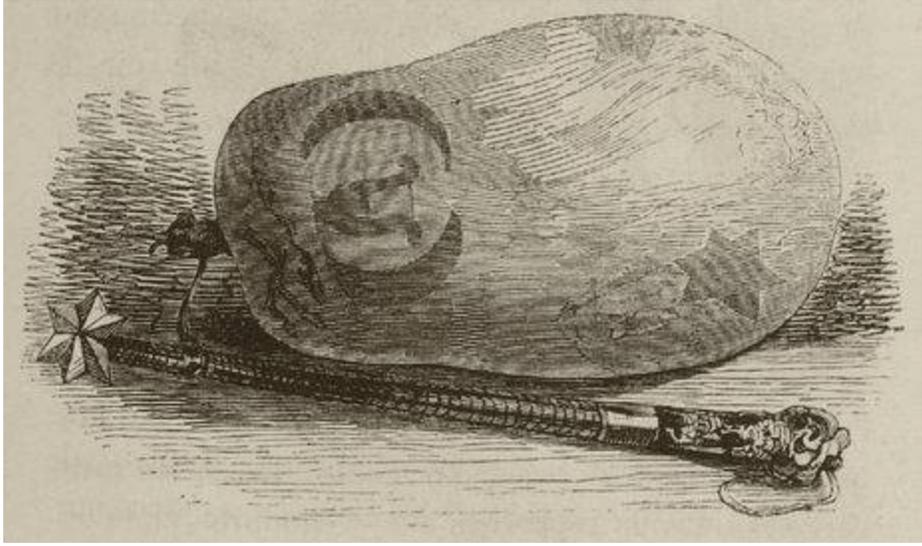
Las mujeres de esta isla son muy vivaces; desdeñan a sus maridos y son sumamente aficionadas a los forasteros, de los cuales hay siempre una cantidad considerable del continente de abajo, que se encuentran en la Corte, ya por asuntos de las distintas ciudades y corporaciones, ya por sus negocios particulares, pero que son muy despreciados porque carecen de los mismos talentos que los de arriba. De entre ellos eligen las damas sus galanes; pero lo que fastidia es que actúan con demasiada facilidad y confianza, pues el marido está siempre tan sumido en la meditación, que la amante y el querido pueden pasar a las efusiones más familiares delante de

él con tal de que tenga papel e instrumentos y su *sacudidor* no esté junto a él.

Las esposas y las hijas lamentan verse reclusas en la isla, aunque creo que es el rincón más encantador del mundo; y aunque allí viven en la abundancia y la suntuosidad más grandes y se les permite hacer lo que se les antoja, anhelan ver el mundo y abrazar las diversiones de la capital, cosa que no se les permite hacer sin el permiso especial del Rey; cosa que no es fácil de obtener porque la gente principal ha descubierto por frecuentes experiencias lo difícil que es convencer a sus esposas que vuelvan desde abajo. Me contaron que una gran señora de la Corte, madre de varios hijos y casada con el Primer Ministro, el súbdito más rico del reino, persona muy agradable, sumamente enamorado de su mujer, y que vive en el más hermoso palacio de la isla, bajó a Lagado pretextando salud, se ocultó allí durante varios meses hasta que el Rey dio una orden de búsqueda, y la encontraron en un oscuro fonducho toda cubierta de harapos, después de que empeñara sus vestidos para mantener a un viejo lacayo contrahecho que la pegaba todos los días y de cuya compañía la arrancaron muy en contra de su voluntad. Y aunque el marido la recibió con todo el cariño del mundo y sin el mínimo reproche, pronto se las ingenió para escabullirse de nuevo con todas sus joyas e irse abajo con el mismo amante, y desde entonces no se ha vuelto a oír de ella.

Podrá parecer al lector que esta historia es más europea o inglesa que de un país tan remoto; mas considere, si le place, que los caprichos de la mujer no se circunscriben a ningún clima o nación y que son mucho más universales que lo que puede fácilmente imaginarse.

En cosa de un mes adquirí un dominio tolerable de la lengua y podía responder a la mayor parte de las preguntas del Rey cuando me cabía el honor de acompañarlo. Su Majestad no mostraba la mínima curiosidad por enterarse de las leyes, gobierno, historia, religión o costumbres de los países donde yo había estado, sino que se limitaba a preguntarme sobre el estado de las matemáticas, y recibía la información que le daba con gran desdén e indiferencia, aunque los *sacudidores* que tenía a cada lado lo despabilaban con frecuencia.



Capítulo 3

Donde se explica un cierto fenómeno por la filosofía y la astronomía modernas. Los grandes adelantos de los laputanos en esta última. El método del Rey para suprimir insurrecciones.

Solicité permiso de este soberano para visitar los lugares de interés de la isla, y graciosamente se dignó concedérmelo ordenando a mi profesor que me acompañara. Lo que más me interesaba saber era a qué principios tecnológicos o naturales se debían sus varios movimientos, de lo cual ofrezco ahora al lector un informe científico.

La Isla Voladora o Flotante^[50] es exactamente redonda, con un diámetro de 7.166 metros, o unas cuatro millas y media, y ocupa por tanto 4.050 hectáreas. Tiene doscientos setenta y cinco metros de espesor. La base o superficie inferior, visible a quienes la miran desde abajo, es una plancha de diamante lisa y uniforme que se eleva a una altura de ciento ochenta metros. Sobre ella se hallan los distintos minerales en el orden en que aparecen normalmente, y sobre todo esto hay una capa de fértil humus de tres o cuatro metros de espesor. El declive de la superficie superior, que va desde la circunferencia al centro, es la causa natural de que todo el rocío y lluvia que cae sobre la isla se canalice en pequeños arroyuelos hacia la parte central, donde vacían en cuatro vastos estanques de casi media milla de perímetro cada uno, que distan ciento ochenta metros del punto medio. Por el día el sol evapora sin interrupción el agua de estos estanques, lo cual impide que rebosen. Además, como está en el poder del monarca elevar la isla por encima de la región de las nubes y nieblas, puede evitar la caída de rocío y lluvia cuando quiera que le place; pues las nubes más altas no pueden elevarse a más de dos millas, según están de acuerdo en afirmar los

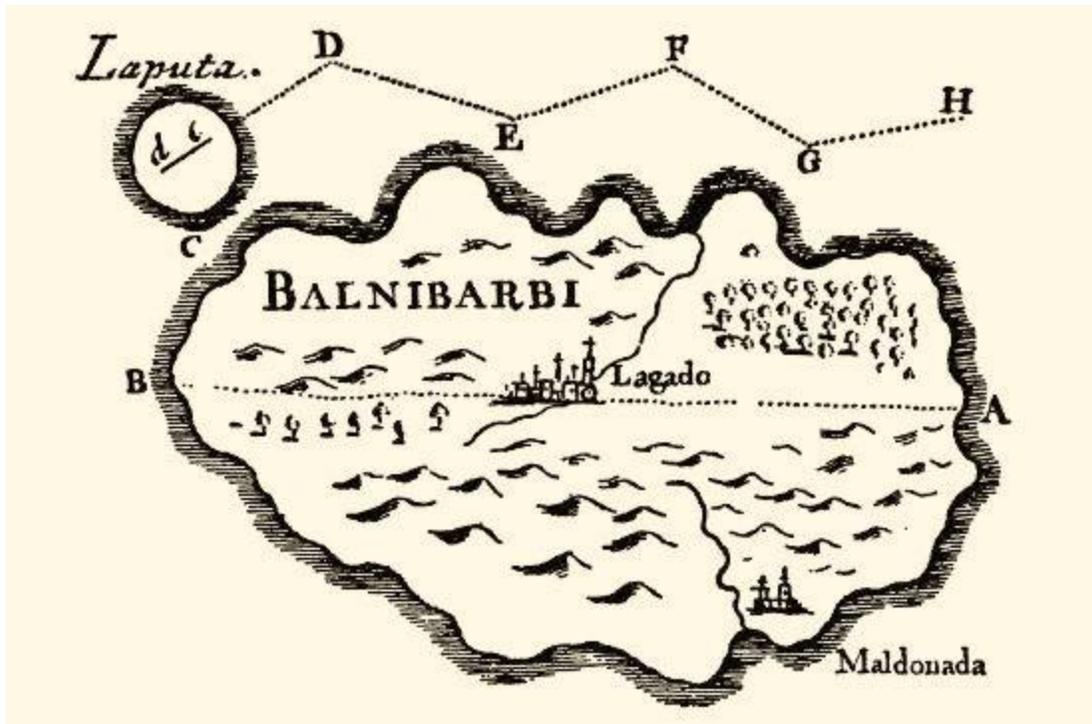
naturólogos, o al menos en aquel país nunca se ha sabido que se elevaran tanto.

En el punto medio de la isla hay una sima de unos cuarenta y cinco metros de diámetro por la que los astrónomos descienden a una inmensa bóveda, que adecuadamente se llama *Flandona Gagnole*, o sea, *Cueva de los Astrónomos*, que se halla a una profundidad de noventa metros bajo el nivel superior del diamante. En esta cueva hay veinte lámparas ardiendo continuamente, que, por el reflejo del diamante, arrojan una luz potente por todas partes. El lugar está bien provisto de muchas clases de sextantes, cuadrantes, telescopios, astrolabios y otros instrumentos astronómicos. Pero lo más interesante de ver, de lo que depende el destino de la isla, es una piedra imán de tamaño colosal, parecida en su forma a una lanzadera de tejedor. Tiene cinco metros y medio de largo y en la parte más ancha, al menos tres metros de lado a lado. Este imán lo sostiene un eje muy resistente de diamante que le pasa por la mitad y sobre el cual hace juego, y está tan perfectamente equilibrado que el brazo más débil puede hacerlo girar. Lo circunda un cilindro hueco de diamante de un metro veinte de alto, otro tanto de grueso y once metros de diámetro, colocado horizontalmente y sostenido por ocho pedestales de diamante de cinco metros y medio de alto cada uno. En el medio de la pared interior tiene una ranura de treinta centímetros de profundidad, en la que encajan los extremos del eje y giran según se necesita.

La piedra no puede moverla de su lugar fuerza ninguna porque el cilindro y sus pedestales forman una pieza enteriza con la masa de diamante que forma la base de la isla.

Por medio de esta piedra imán puede hacerse que la isla suba o baje y se mueva de un lado a otro; pues, dentro de los límites de aquella parte de la tierra sobre la que reina este monarca, posee la piedra una fuerza de atracción en uno de los extremos y otra de repulsión en el otro. Poniendo el imán vertical con el polo de atracción hacia la tierra, la isla desciende; pero cuando el polo de repulsión apunta hacia abajo, la isla sube en vertical para arriba. Cuando la posición de la piedra es oblicua, el movimiento de la isla es oblicuo también, pues en este imán las fuerzas siempre actúan en líneas paralelas a la dirección en que se orienta.

Con este movimiento oblicuo la isla se traslada a las diferentes regiones de los dominios del monarca. Expliquemos cómo avanza: Sea AB una línea que cruza el territorio de Balnibarbi, sea la línea cd la piedra imán de la cual sea d el polo de repulsión y c el de atracción, situándose la isla sobre C ; coloquese la piedra en la posición cd con el polo de repulsión hacia abajo; la isla se moverá entonces para arriba, oblicuamente hacia D . Cuando llegue a D , gírese la piedra sobre su eje hasta que el polo de atracción apunte hacia E , y entonces la isla se desplazará oblicuamente hacia E , donde, si se hace girar la piedra nuevamente sobre su eje hasta quedar en la posición EF , con el polo de repulsión hacia abajo, la isla se elevará oblicuamente hacia F , desde donde, al mover el polo de atracción hacia G , la isla podrá moverse a G , y de G a H si se hace girar la piedra de modo que el polo de repulsión apunte directamente hacia abajo. Y así, cambiando la posición de la piedra tantas veces como sea preciso, se consigue que la isla unas veces suba y otras baje en dirección oblicua, y con tal alternancia de subidas y bajadas (la oblicuidad no es mucha) se traslada de una parte a otra de los dominios del Rey.



Pero debe tenerse en cuenta que la isla no puede moverse más allá de la extensión de los territorios de abajo ni puede elevarse sobre una altura de cuatro millas. La razón que los astrónomos (que han escrito enormes tratados sobre la piedra) dan al respecto es que la propiedad magnética no alcanza más de cuatro millas, y que el mineral que actúa sobre el imán en las entrañas de la tierra, y en el mar a unas seis leguas de la costa, no se encuentra repartido por todo el globo, sino limitado a las fronteras de los dominios del Rey; y fue fácil, gracias a las grandes ventajas de situación tan privilegiada, que un soberano sometiera a su obediencia a cualquier país que se encontrara dentro del campo de acción de tal imán.

Cuando se sitúa la piedra paralela al plano del horizonte, la isla permanece inmóvil, pues en este caso los polos se encuentran a la misma distancia de la tierra y actúan con fuerzas iguales, uno tirando para abajo, el otro empujando para arriba, y en consecuencia no puede seguirse movimiento alguno.

Esta piedra imán está bajo la custodia de ciertos astrónomos que de vez en cuando la cambian de posición según las instrucciones del monarca. Pasan la mayor parte de la vida contemplando los cuerpos celestes, lo que hacen con ayuda de lentes muy superiores a las nuestras en calidad; pues aunque los telescopios más grandes que tienen no llegan al metro, aumentan mucho más que los nuestros de treinta y cinco, y permiten ver las estrellas con más claridad. Esta ventaja les ha permitido ampliar sus descubrimientos mucho más que lo han hecho nuestros astrónomos en Europa; pues han compilado un catálogo de diez mil estrellas fijas, mientras que el mayor de los nuestros no contiene más de una tercera parte de ese número. Han descubierto asimismo dos astros menores o *satélites* que giran alrededor de Marte, de los cuales el de dentro dista del centro del propio planeta exactamente tres veces su diámetro, y cinco el exterior; el primero da una vuelta completa en diez horas y el segundo en veintiuna y media, de modo que los cuadrados de sus períodos son casi exactamente proporcionales a los cubos de sus distancias del centro de Marte, prueba evidente de que los gobierna la misma ley de la gravedad que actúa sobre los otros cuerpos celestes^[51].

Han observado noventa y tres cometas diferentes y fijado sus períodos con gran exactitud. Si esto es cierto (y ellos lo afirman con gran seguridad) cabría desear que sus observaciones se hicieran públicas, con lo cual el conocimiento de los cometas, que actualmente es muy imperfecto e incompleto, podría alcanzar la misma perfección que otras partes de la astronomía.

El Rey sería el soberano más absoluto del universo con sólo que pudiera convencer a un gabinete a que se le uniera, pero como los ministros tienen sus propiedades abajo, en el continente, y saben que la profesión de privado es un cargo muy incierto, nunca se prestarán a esclavizar a su país.

Si una ciudad cualquiera se ve envuelta en rebelión o motín, incurre en facciones violentas o rehúsa pagar el tributo habitual, posee el Rey dos métodos para reducirla a la obediencia. El primero y más leve es mantener la isla en el aire sobre la tal ciudad y las tierras que la rodean, con lo cual puede privarlas de los beneficios del sol y la lluvia, y por tanto hacer que los habitantes sufran escasez y enfermedades. Y si el delito lo merece, se les arroja desde arriba grandes piedras, contra las que no pueden defenderse sino refugiándose en bodegas y cuevas, mientras los tejados de las casas son hechos añicos a fuerza de golpes. Pero si a pesar de eso continúan en su obstinación o intentan sublevarse, recurre él al último remedio: hace que la isla les caiga justo encima, lo cual ocasiona la total destrucción de edificios y personas. Sin embargo, esto es una medida extrema a la que el soberano se ve pocas veces tentado a recurrir, y además que no le gusta ponerla en práctica, ni se atreven sus ministros a aconsejarle una acción que, al mismo tiempo de hacerlos odiosos a los ojos de la población, causaría un daño enorme en sus propiedades, que se encuentran todas abajo, pues la isla es patrimonio del Rey.

Pero hay una razón más importante todavía de por qué los reyes de este país han sido siempre renuentes a ejecutar acción tan terrible, excepto en la necesidad más imperiosa. Y es que si la ciudad que destruir tuviera peñas altas, como suele pasar en las más grandes, quizá desde un principio erigidas en semejante lugar con la intención de evitar tal catástrofe, o tuviera muchos chapiteles o columnas de piedra, podría suceder que una bajada brusca pusiera en peligro la base o superficie inferior de la isla, que

aunque está hecha, como he dicho, de un diamante enterizo de ciento ochenta metros de espesor, pudiera partirse por un choque demasiado fuerte, o abrirse al acercarse demasiado al fuego de las casas de abajo, tal y como muchas veces pasa con el testero de hierro y piedra de nuestras chimeneas. El pueblo está bien enterado de todo esto y sabe bien hasta dónde puede llevar su obstinación, pues en ello se juega su libertad y sus bienes. Y el Rey, cuando se siente más provocado y está más resuelto a hacer escombros a la ciudad machacándola, ordena que la isla baje muy despacito como si fuera por ternura hacia su pueblo, pero en realidad por temor de romper la diamantina base, cosa que si sucediera, opinan todos sus filósofos, impediría que la piedra imán sostuviera la isla por más tiempo y toda la masa caería al suelo.

Unos tres años antes de mi llegada allí, mientras el Rey andaba de gira sobre sus dominios, ocurrió un accidente extraordinario que bien pudo poner punto al destino de aquella monarquía, al menos en su forma actual. Lindalino, la segunda ciudad del reino, fue la primera que Su Majestad visitó en su viaje. Tres días después de su partida, los habitantes, que a menudo se habían quejado de grandes opresiones, cerraron las puertas, apresaron al gobernador y con increíble rapidez y esfuerzo levantaron cuatro torres enormes, una a cada esquina de la ciudad, que es un cuadrado perfecto, e iguales de altas que un sólido peñasco puntiagudo que se encuentra clavado en el centro de la ciudad. En la parte superior de cada torre, así como encima del peñasco, aseguraron una piedra imán grande, y en caso de que sus previsiones no se realizaran, habían preparado una enorme cantidad del combustible más inflamable con la esperanza de hacer estallar con él la base de diamante de la isla si el plan de los imanes fracasaba.

Pasaron ocho meses antes de que el Rey se enterara de que los lindalinenses se habían rebelado. Mandó entonces que la isla volara hasta la ciudad. La población estaba unida y había acumulado provisiones; un río grande atraviesa la ciudad por medio. El Rey se mantuvo sobre ellos durante varios días para privarlos del sol y la lluvia. Ordenó descolgar gran número de bramantes, pero a nadie se le ocurrió mandar petición alguna, sino, en vez de eso, exigencias muy enérgicas, la reparación de todos sus

agravios, importantes prerrogativas, poder para elegir a su propio gobernador y otras desmesuras semejantes. Tras esto Su Majestad ordenó a todos los habitantes de la isla que arrojaran grandes piedras desde la galería inferior y sobre la ciudad; pero los habitantes se habían precavido de este inconveniente metiéndose ellos y sus efectos en las cuatro torres y otros edificios sólidos y en bóvedas subterráneas.

Resuelto ya el Rey a reducir a este pueblo arrogante, ordenó que la isla descendiera despacio hasta treinta y cinco metros de la punta de las torres y el peñasco. Así se hizo, pero los operadores encargados de aquella labor descubrieron que el descenso era mucho más rápido que de costumbre y que girando la piedra no podían sino muy difícilmente mantenerla en una posición estable, y que la isla tendía a caer. Enviaron al Rey rápido conocimiento de este hecho extraordinario y solicitaron el permiso de Su Majestad para elevar la isla un poco más; el Rey dio su consentimiento, se convocó un consejo general y se ordenó que asistieran los operadores de la piedra imán. Uno de los más viejos y expertos de entre ellos obtuvo permiso para llevar a cabo un experimento. Tomó un fuerte cordel de noventa metros de largo y, habiéndose elevado la isla sobre la ciudad por encima del campo de atracción que habían sentido, ató al extremo del cordel un trozo de diamante que tenía una mezcla de mineral de hierro de la misma naturaleza de que está hecha la base o superficie inferior de la isla, y lo fue soltando despacio desde la galería más baja hacia la cúspide de las torres. No había descendido el diamante cuatro metros cuando el operador sintió que era atraído con tanta fuerza para abajo que se veía mal para tirar de él para arriba. Arrojó después varios trocitos de diamante y observó que eran atraídos bruscamente hacia la parte superior de una torre. El mismo experimento se realizó sobre las otras tres torres y el peñasco, todo con idéntico resultado.

Este lance rompió por completo las previsiones del Rey y (para no detenernos más en otros pormenores) se vio obligado a otorgar a la ciudad sus propias condiciones^[52].

Un ministro importante me aseguró que si la isla hubiera descendido tanto cerca de la ciudad como para no haber podido levantarse, los habitantes de la ciudad estaban resueltos a ajustar cuentas para siempre,

matar al Rey y a todos sus servidores y cambiar el sistema de gobierno completamente.

Por una ley fundamental de este reino ni el Rey ni ninguno de sus dos hijos mayores están autorizados a abandonar la isla, ni la Reina hasta que ha pasado la edad de tener hijos.



Capítulo 4

El autor abandona Laputa. Es conducido a Balnibarbi y llega a la metrópoli. Descripción de la capital y de la región vecina. Un gran señor recibe con hospitalidad al autor. Su conversación con este señor.

Arinque no puedo decir que me trataran mal en esta isla, debo confesar sin embargo que me vi excesivamente desatendido y hasta cierto punto despreciado; pues ni el soberano ni la demás gente parecían tener interés ninguno en otra rama del saber que la matemática y la música, en las cuales era yo muy inferior a ellos, y en consecuencia tenido en poco.

Por otro lado, después de haber visto todas las cosas de interés de la isla, estaba deseando abandonarla, pues estaba completamente harto de aquella gente. Es cierto que descuellan en dos ciencias por las que siento gran estima y en las cuales no soy poco ducho, pero al mismo tiempo están tan sumidos y arrobados en meditación que nunca me vi en compañía tan desagradable. Me relacioné sólo con mujeres, menestrales, *sacudidores* y pajes de la corte durante los dos meses que viví allí, por lo cual acabé siendo sumamente odiado, aunque éstas fueron las únicas personas de quienes pude alguna vez recibir una respuesta razonable.

Estudiando con ahínco conseguí un buen nivel de conocimientos de su idioma, pero estaba cansado de estar recluido en una isla donde se me hacía tan poco caso, y decidí abandonarla a la primera oportunidad.

Había en la corte un gran señor, pariente cercano del Rey, y sólo por esa razón, tratado con respeto. Allí lo tenía todo el mundo como la persona más ignorante y estúpida de todos ellos. Había rendido muchos servicios notables a la Corona, poseía grandes dotes naturales y adquiridas, estaba adornado de integridad y honor, pero tenía tan mal oído para la música que sus calumniadores contaban que muchas veces se le había visto marcar el

compás equivocadamente; y sus profesores no podían sino con las dificultades más grandes enseñarle a demostrar la más simple proposición de las matemáticas. Se dignó distinguirme con muchas muestras de su favor, a menudo me hacía el honor de visitarme, deseaba que le informara sobre las cosas de Europa, las leyes y tradiciones, las costumbres y la cultura de los diversos países adonde había viajado. Me escuchaba con gran atención y hacía comentarios muy acertados sobre todo lo que yo decía. Tenía dos *sacudidores* que lo acompañaban por etiqueta, pero nunca hacía uso de ellos excepto en la Corte y en visitas protocolarias, y siempre los ordenaba retirarse cuando estábamos solos los dos.

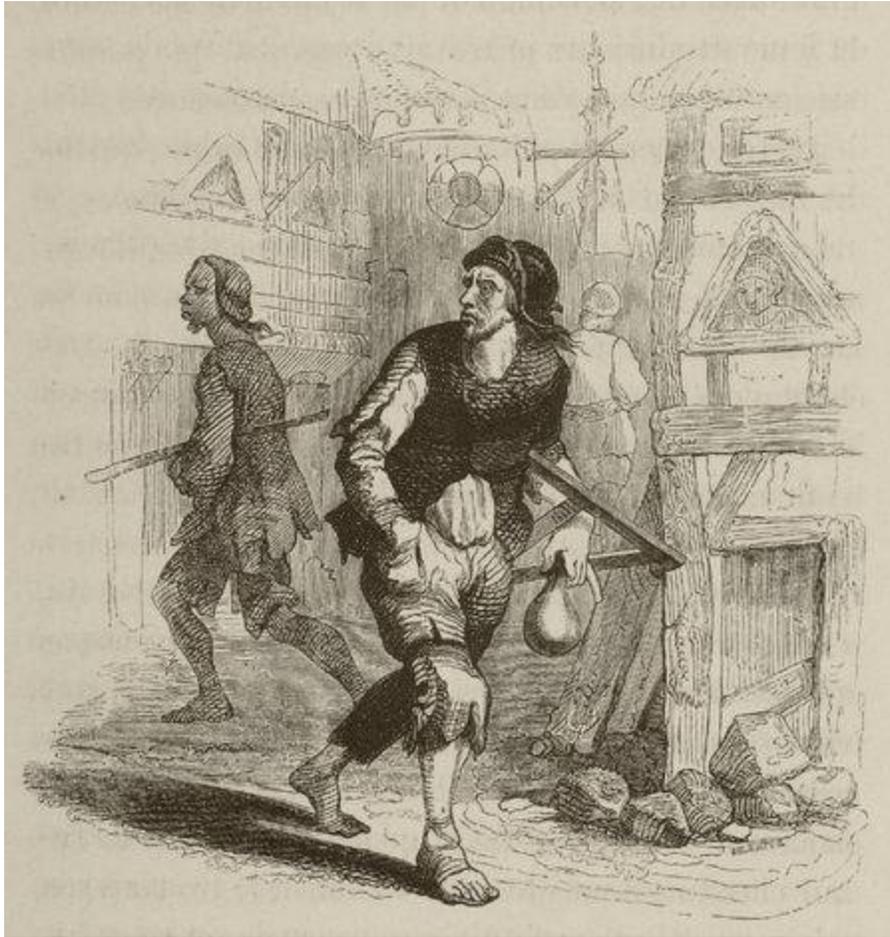
Supliqué a este ilustre personaje que intercediera por mí ante Su Majestad para conseguir permiso para marchar y así lo hizo, con pesadumbre, según tuvo el gusto de decirme; y la verdad es que me había hecho varios ventajosos ofrecimientos, que rechacé, expresándole mi más profundo agradecimiento.

El 16 de febrero me despedí de Su Majestad y la Corte. El Rey me hizo un regalo por valor de unas doscientas libras inglesas, y mi valedor, su pariente, otro tanto junto con una carta de recomendación para un su amigo de Lagado, la capital; y como la isla se encontrara entonces sobre una montaña a unas dos millas de ella, me descolgaron desde la galería inferior de la misma manera en que me izaron.

Al territorio continental sometido al monarca de la Isla Voladora se lo conoce por el nombre general de Balnibarbi y la metrópoli, como dije antes, se llama Lagado. Sentí una cierta satisfacción al verme en tierra firme. Caminé hacia la ciudad sin ninguna preocupación, vestido como iba al igual que los naturales, y lo bastante instruido para hablar con ellos. Pronto di con la casa de la persona a quien se me recomendaba, le mostré la carta de su amigo, el grande de la isla, y fui recibido muy amablemente. Este gran señor, que se llamaba Munodi, mandó que se me dispusiera un aposento en su casa, donde me quedé durante mi estancia, y se me trató de la manera más hospitalaria^[53].

La mañana después de mi llegada me llevó en su calesín a ver la ciudad, que es casi la mitad de grande que Londres, pero las casas están hechas de una manera muy rara y la mayoría no tienen arreglo. La gente en la calle

andaba deprisa, el aspecto fiero, fija la mirada, y en general cubierta de harapos.



Pasamos por una de las puertas de la ciudad y nos internamos unas tres millas en el campo, donde vi a muchos peones trabajando el suelo con varios tipos de herramientas, pero no fui capaz de adivinar qué andaban haciendo ni vi ninguna promesa de grano o hierba, aunque el terreno parecía ser excelente. No pude menos de mostrar mi extrañeza ante estas realidades, tanto en la ciudad como en el campo, y me atreví a pedir a mi guía que tuviera la amabilidad de explicarme qué significaban tantos cerebros, manos y caras ocupadas en las calles y en los campos, pues no podía ver yo que produjeran ningún buen resultado, sino que al contrario, nunca vi tierra tan mal cultivada, casas tan mal diseñadas y tan en ruinas, ni gente cuyo semblante y atuendo expresara tanta aflicción y miseria.

Este señor Munodi era persona de primera categoría y había sido gobernador de Lagado algunos años, pero una camarilla de ministros lo exoneró de sus funciones por insuficiencia. Sin embargo, el Rey lo trataba con delicadeza, como a hombre de buena intención pero de corto y despreciable entendimiento.

Cuando hice aquella crítica abierta del país y sus habitantes, no respondió otra cosa sino que no llevaba tiempo suficiente entre ellos para poder formarme una opinión, y que las diferentes naciones del mundo tienen costumbres diferentes, y añadió otros lugares comunes en ese sentido. Pero cuando regresamos a su palacio, me preguntó qué me parecía del edificio, qué incongruencias notaba y qué quejas tenía de la vestimenta o la apariencia de su servidumbre. Bien pudo preguntar pues todo lo que le rodeaba era magnífico, normal y esmerado. Respondí que la discreción de Su Excelencia, su rango y fortuna, lo habían dispensado de aquellos vicios que la locura y la miseria habían causado en otros. Dijo que si quería acompañarlo a su casa de campo, a unas veinte millas de distancia, donde tenía su hacienda, dispondríamos de más tiempo libre para este tipo de conversación. Dije a Su Excelencia que estaba enteramente a su disposición, y así nos pusimos en camino a la mañana siguiente.

Durante el viaje me hizo observar los varios métodos que usaban los agricultores para trabajar sus tierras, que me parecieron completamente inexplicables, pues excepto en contadísimos lugares, no pude ver ni una espiga de cereal o una brizna de hierba. Pero a las tres horas de viaje el panorama había cambiado completamente; nos adentramos en un paisaje bellissimo: casas de labor a poca distancia entre sí y primorosamente construidas, los campos cercados, fueran viñedos, mieses o prados. No recuerdo haber contemplado vista más deleitosa. Su Excelencia notó que el semblante se me iluminaba; me dijo suspirando que allí comenzaba su hacienda y que así era todo hasta llegar a la casa, que sus compatriotas lo ridiculizaban y despreciaban por no administrar sus negocios mejor y por dar al reino tan mal ejemplo, el cual seguían, sin embargo, unos cuantos que eran viejos y testarudos y flojos como él.

Llegamos por fin a la casa, que era en verdad una estructura noble, construida de acuerdo con las mejores normas de la antigua arquitectura.



Las fuentes, paseos, avenidas y bosquecillos estaban todos dispuestos con un criterio y buen gusto escrupulosos. Elogié justamente todo lo que veía, de lo cual Su Excelencia no tomó consideración hasta después de cenar, cuando, sin terceros delante, me dijo con aire muy melancólico que se temía que tendría que derribar las casas que tenía en la ciudad y en el campo para reconstruirlas de acuerdo con la moda actual, destruir todas sus plantaciones y establecer otras en la forma que exigía el uso moderno, y ordenar a todos sus colonos que hicieran lo mismo a menos que quisiera resignarse a sufrir las críticas de soberbia, individualismo, afectación, ignorancia y capricho, y quizá a aumentar la indignación de Su Majestad; que la admiración que yo parecía sentir pasaría o disminuiría cuando me contara algunas rosillas que

probablemente nunca oí en la Corte, pues la gente allí andaba demasiado absorta en sus meditaciones para prestar atención a lo que pasaba allá abajo.

El contenido de sus palabras vino a ser como sigue: Que hacía unos cuarenta años que algunas personas subieron a Laputa, ya por negocios o para divertirse, y después de cinco meses de permanecer allí volvieron con muy escasas nociones de matemáticas, pero henchidos del espíritu volátil que habían adquirido en aquella etérea región; que a estas personas, en cuanto volvieron, empezó a no gustarles la manera en que se hacían todas las cosas allí abajo y se metieron en planes para poner todas las artes, ciencias, idiomas y tecnologías sobre una nueva base. Con este propósito consiguieron un otorgamiento real para construir una Academia de PROYECTISTAS en Lagado; y el capricho pudo tanto entre la población, que no hay ciudad que se precie en el reino que no tenga una academia tal. En estos colegios los profesores inventan nuevos sistemas y métodos de agricultura e ingeniería, y nuevos instrumentos y herramientas para todas las industrias y artesanías, con las cuales, según prometen, un hombre hará el trabajo de diez; un palacio puede construirse en una semana y con materiales tan imperecederos que durará para siempre sin arreglo alguno. Todos los frutos de la tierra madurarán en cualquier época que nos parezca bien elegir, y serán cien veces más abundantes que actualmente, amén de otros muchos felices planteamientos. El único inconveniente es que hasta ahora ninguno de estos proyectos ha alcanzado la perfección, y mientras tanto la tierra toda yace tristemente baldía, las casas en ruinas y la población sin comida ni ropa. En vez de desalentarse por todo esto, se sienten cincuenta veces más arrebatados en su empeño de llevar adelante sus ideas, espoleados a partes iguales por la esperanza y la desesperación; que en cuanto a él, como no fuera de espíritu emprendedor, se contentaba con seguir chapado a la antigua, vivir en las casas que sus antecesores habían construido y conducirse como ellos en todas las cosas de la vida, sin innovaciones. Que algunos otros miembros de la nobleza y la alta burguesía habían hecho lo mismo, pero se los miraba con malos ojos y desprecio por ser enemigos del arte, ignorantes y malos patriotas, que preferían su propio bienestar e indolencia al mejoramiento general de su país.

Añadió Su Señoría que no me privaría con ningún otro comentario del gusto que seguramente me produciría ver la gran Academia, adonde estaba resuelto que yo fuera; pero me pidió que observara un edificio en ruinas en la ladera de una montaña a unas tres millas de distancia, del cual me contó lo que sigue: Que tenía él un molino de mucho provecho a media milla de su casa, que lo movía el ramal de un gran río, y que alcanzaba de sobra para su familia, así como para gran número de sus colonos; que hacía unos siete años una pandilla de aquellos proyectistas fue a él con planes para destruir el molino y construir otro en la ladera de aquella montaña, en la cresta longitudinal de la cual debería excavarse un extenso canal como depósito de agua, que se elevaría allá por medio de tuberías y máquinas con el fin de abastecer el molino, porque en una altura el viento y los aires agitan el agua haciéndola más apta para el movimiento, y porque el agua al descender por una pendiente haría girar el molino con la mitad del caudal de un río, que tiene el curso más horizontal. Dijo que como no se encontrara entonces muy a bien con la Corte y muchos amigos insistieran, aceptó la propuesta; y después de emplear a cien hombres durante dos años, la obra se malogró, los proyectistas se marcharon echándole a él toda la culpa, y desde entonces siguen zahiriéndolo y embarcando a otros en el mismo experimento, con las mismas promesas de éxito y también con la misma decepción.

Días después regresamos a la ciudad y Su Excelencia, teniendo en cuenta la mala reputación que tenía en la Academia, no quería ir conmigo, sino que me recomendó a un amigo suyo para que me acompañara allí. Mi huésped tuvo el gusto de referirse a mí como gran admirador de proyectos y persona muy curiosa y de fe fácil, lo que en verdad no era falso del todo, pues en mis años jóvenes tuve algo de proyectista.

Capítulo 5

Donde se permite al autor visitar la augusta Academia de Lagado. Detallada descripción de la Academia. Artes en las que se ocupan los profesores.

Esta Academia no es un edificio único, sino una serie de varias casas a ambos lados de una calle que, como fuera quedándose en campo muerto, fue adquirida y dedicada a tal uso.

Me recibió muy amablemente el Director y fueron muchos los días que fui a la Academia. Cada habitación acomoda a uno o dos proyectistas, y calculo que no estuve en menos de quinientas.

El primer hombre que vi era de aspecto raquítico, las manos y la cara como el hollín de negras, luenga la barba y los pelos, andrajoso y chamuscado por varios sitios. La ropa, la bata y la piel las tenía todas de la misma color. Llevaba ocho años en un proyecto para extraer rayos de sol de los pepinos, rayos que, una vez envasados en frascos herméticamente cerrados, podrían soltarse para que caldearan el ambiente en veranos recios y destemplados. Me dijo que no dudaba que en otros ocho años podría abastecer de luz solar los jardines del Rey a un precio razonable; pero se quejaba de que andaba escaso de caudales y me suplicó que le diera algo a manera de estímulo al ingenio, especialmente porque aquel año los pepinos estaban muy caros. Pude hacerle una pequeña dádiva, pues mi huésped me había facilitado dinero para este fin, conociendo la costumbre de esta gente de pedir a todo el que va a verlos.

Entré en otro cuarto, pero me eché atrás enseguida por un hedor terrible que casi me tumba. Mi acompañante me empujó adelante suplicándome en un susurro que no diera motivo de ofensa, que se tomaría muy a mal, así que no me atreví más que a taparme la nariz. El proyectista de esta celda era el investigador más antiguo de la Academia. La cara y la barba las tenía de

un amarillo pálido, las manos y la ropa completamente embadurnadas de porquería. Cuando nos presentaron me dio un abrazo muy fuerte (cortesía que bien le hubiera excusado). Su ocupación desde que llegó a la Academia era un procedimiento para convertir el excremento humano en el alimento que originalmente es, separando los diversos componentes, retirando el tinte que le da la bilis, haciendo que el olor se evaporara y purificándolo de la saliva. Recibía de la Sociedad la donación semanal de un recipiente lleno de heces humanas del tamaño de un tonel de Bristol.

Vi a otro trabajando en la calcinación del hielo para hacer pólvora, que me enseñó un tratado que había escrito sobre la maleabilidad del fuego, y quería publicarlo.

Había un arquitecto la mar de ingenioso que había inventado un nuevo método para construir casas empezando por el tejado y continuando la obra hacia abajo hasta los cimientos, lo cual me justificó citando la semejanza con el método de aquellos dos sabios insectos, la abeja y la araña.

Había uno, ciego de nacimiento, que tenía a varios aprendices de su misma condición. Su trabajo era mezclar colores para pintores, a distinguir los cuales les enseñaba su maestro por el tacto y el olfato. Fue verdadera mala suerte por mi parte que en aquella ocasión no los encontré muy cabales en sus enseñanzas, y coincidió también que el profesor mismo se equivocó una y otra vez. Este artista goza del estímulo y del aprecio de toda la cofradía.

En otro departamento tuve el gran gusto de ver a un proyectista que había descubierto una estratagema para arar la tierra con puercos a fin de ahorrar los costes de arados, ganado y trabajo. He aquí el método: en media hectárea de terreno se entierra a intervalos de quince centímetros y a veinte de profundidad una cierta cantidad de bellotas, dátiles, castañas y otros frutos similares, o verduras de las que más gustan a estos animales; se llevan luego seiscientos o más de ellos al campo, donde en pocos días levantarán todo el terreno hozando en busca de la comida y lo dejarán pintiparado para sembrar, abonándolo al mismo tiempo con sus deyecciones. Es cierto que comprobaron experimentalmente que el gasto y la molestia eran muy grandes, y obtuvieron poca o ninguna cosecha, sin embargo no dudan de que este invento puede perfeccionarse mucho.

Entré en otra habitación de la que el techo y las paredes estaban completamente cubiertas de telarañas, sino por una angosta abertura para entrar y salir el artista. Al entrar me gritó que no le tocara las telarañas. Lamentaba la fatal equivocación en que el mundo llevaba sumido tanto tiempo usando gusanos de seda, cuando él tenía tal abundancia de insectos domésticos infinitamente superiores a aquéllos porque entendían de tejer tanto como de hilar; y además mantenía que utilizando arañas se ahorraba completamente el gasto de teñir sedas, de lo cual me convenció cuando me enseñó una enorme cantidad de moscas de muy hermosos colores con las que alimentaba a las arañas, asegurándonos que las telas adquirirían el colorido de ellas; y como las tuviera en todos los tonos, esperaba satisfacer los caprichos de todo el mundo en cuanto pudiera obtener comida adecuada para las moscas a base de ciertas gomas, aceites y otras sustancias glutinosas que dieran fuerza y consistencia a los hilos.



Había un astrónomo entregado a la empresa de instalar un reloj de sol sobre la gran veleta de la casa consistorial, en el que iban concertados los movimientos anuales y diarios de la tierra y el sol para que correspondieran y coincidieran con todos los giros fortuitos del viento.

Iba quejándome de un ligero cólico, y mi acompañante me llevó a una habitación donde se alojaba un eminente médico, famoso porque curaba esa dolencia con operaciones inversas de un mismo instrumento. Tenía un fuelle enorme con una boquilla larga y delgada de marfil. Ésta la introducía veinte centímetros ano arriba y, extrayendo aire, afirmaba, podía dejar las tripas tan huecas como una vejiga seca. Pero cuando el mal era más rebelde y violento, introducía la boquilla con el fuelle lleno de aire y lo descargaba en el cuerpo del paciente, extraía luego el instrumento para hincharlo de

nuevo, mientras apretaba fuertemente con el pulgar sobre el orificio del nalgatorio, y tras repetir esto tres o cuatro veces, el viento intruso se precipitaba fuera llevándose de paso lo malsano (como agua que se echa en una bomba) y el paciente se recuperaba. Le vi poner en práctica ambos experimentos con un perro, pero no pude advertir efecto alguno del primero. Después del segundo, el animal quedó para explotar y soltó una descarga lo bastante violenta para afectarnos muy seriamente a mí y a quienes me acompañaban. El perro murió en el acto y dejamos al doctor, tratando de resucitarlo por el mismo procedimiento^[54].

Visité muchas otras salas, pero no molestaré a mis lectores con todas las curiosidades que vi, preocupado como estoy por la brevedad.

Hasta ahora había visto solamente una parte de la Academia, pues la otra estaba destinada a los adelantados del saber especulativo, de quienes diré algo cuando haya mencionado a otro ilustre personaje a quien ellos llaman *el artista universal*. Nos contó que llevaba treinta años con el pensamiento puesto en el mejoramiento de la vida humana. Tenía dos enormes habitaciones llenas de asombrosas curiosidades y cincuenta hombres trabajando. Unos andaban condensando aire hasta convertirlo en una substancia seca al tacto, quitándole el nitró^[55] y dejando que se filtraran las partículas acuosas o fluidas; otros ablandaban mármol para almohadas y acericos; petrificaban otros los cascos de un caballo vivo para evitar que sufriera atronamientos. El artista, por su parte, se ocupaba en aquel momento de dos importantes proyectos: el primero, sembrar tierra con acribaduras, en donde afirmaba residía la verdadera propiedad seminal, según demostró con varios experimentos que no tuve cacumen suficiente para asimilar. Era el otro evitar, con un compuesto de gomas, minerales y plantas, aplicado exteriormente, que les creciera lana a dos corderitos; y confiaba que en un tiempo razonable propagaría la especie de la oveja desnuda por todo el reino.

Cruzando por un paseo llegamos a la otra parte de la Academia, donde, como queda dicho, residen los proyectistas del saber especulativo.

El primer profesor que vi estaba en una habitación enorme con cuarenta discípulos a su alrededor. Después de los saludos, viéndome mirar con interés un aparato que ocupaba la mayor parte del largo y ancho de la

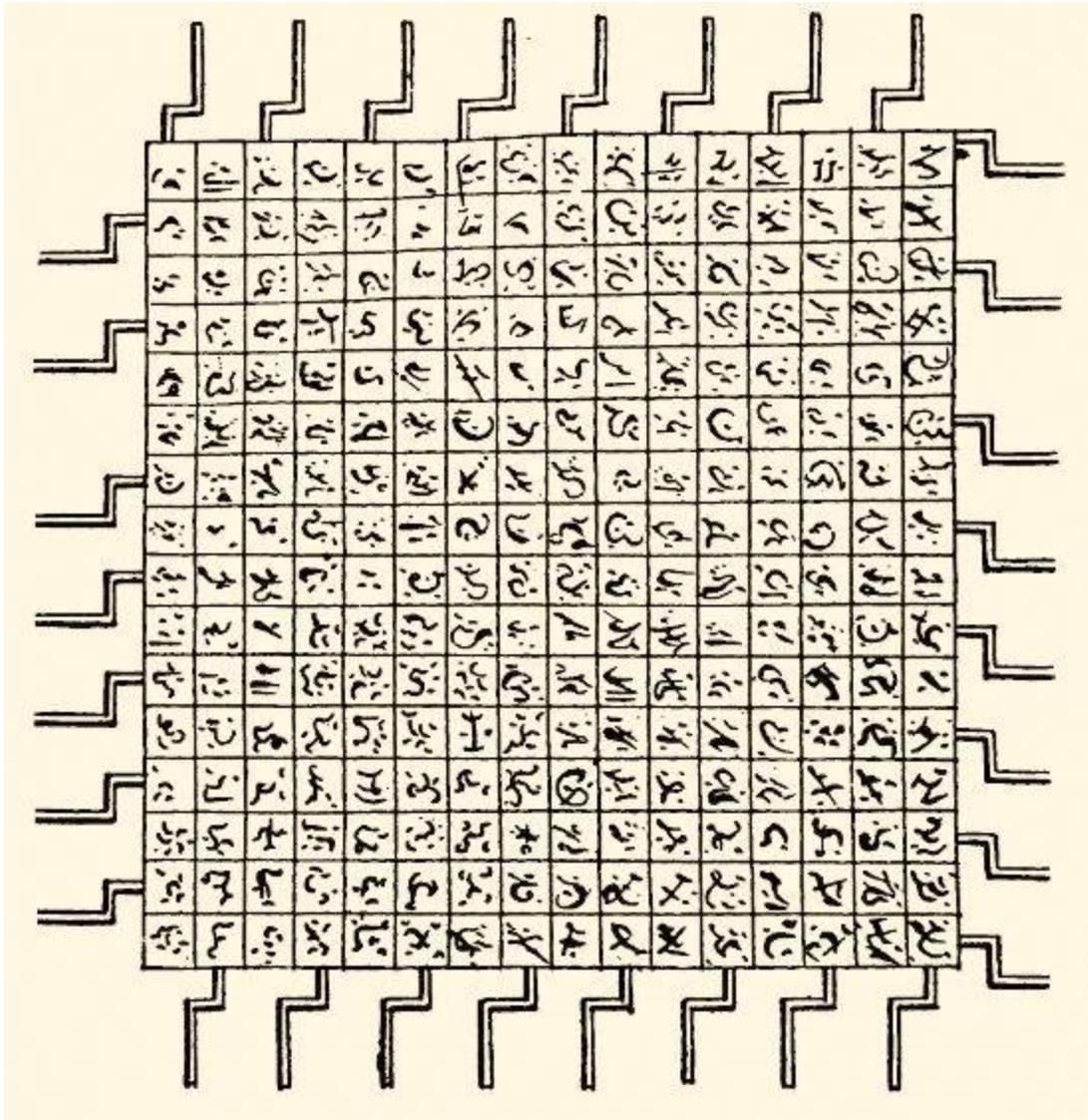
habitación, dijo que tal vez me sorprendiera verle dedicado a un proyecto para el perfeccionamiento del conocimiento especulativo por medio de procedimientos prácticos y mecánicos; pero que el mundo pronto conocería su utilidad, y se jactaba de que nunca idea más noble y sublime brotó del cerebro de otro hombre; que todo el mundo sabe cuán trabajoso es el método habitual de adquirir artes y ciencias, mientras que con su invento el más ignorante podía, a un precio razonable y con un pequeño esfuerzo físico, escribir libros de filosofía, poesía, política, leyes, matemática y teología con la mínima necesidad de ingenio o estudio. Me llevó luego ante el aparato, alrededor del cual todos sus discípulos estaban colocados en filas. Tenía seis metros por cada uno de sus cuatro lados y ocupaba el centro de la habitación. La parte superior estaba formada por varios trozos de madera del tamaño aproximado al de un dado, pero unos mayores que otros. Todos estaban unidos entre sí con varillas metálicas. Estos trozos de madera estaban cubiertos por cada cara con papeles pegados, y en estos papeles estaban escritas todas las palabras de su idioma en sus diferentes modos, tiempos y declinaciones, pero sin orden ninguno. El profesor me rogó luego que estuviera atento, pues se disponía a poner su máquina en funcionamiento. A una orden suya, cada uno de los discípulos empuñó una manilla de hierro de las cuarenta que había fijadas alrededor de los bordes del aparato y, dándoles un giro brusco, la disposición toda de las palabras cambió completamente. Mandó luego a treinta y seis de los jóvenes que leyeran despacio las diferentes líneas según aparecían sobre el aparato; y cuando encontraban tres o cuatro palabras que podían formar parte de una oración las dictaban a los otros cuatro muchachos, que eran copistas. Esta tarea se repitió tres o cuatro veces, y el aparato estaba ideado de tal forma que a cada giro las palabras adoptaban nuevas posiciones según se daban la vuelta los taquitos de madera.

Seis horas diarias pasaban los jóvenes estudiantes ocupados en esta labor, y el profesor me enseñó varios volúmenes en infolio grande llenos ya de frases partidas, que pensaba juntar y de aquel material tan rico dar al mundo un corpus completo de todas las artes y ciencias, que no obstante podría perfeccionarse y acelerarse todavía más si el público recaudara un fondo para construir y mantener quinientos aparatos semejantes en Lagado,

y obligar a los encargados a cooperar en común con sus respectivas recopilaciones.

Me aseguró que este invento le había tenido ocupado el pensamiento desde su juventud, que había volcado todo su vocabulario en el aparato, y calculado con el máximo rigor todas las proporciones numéricas que hay en los libros entre partículas, nombres y verbos y otras partes de la oración.

Expresé mi más humilde reconocimiento a este ilustre personaje por su gran afabilidad y le prometí que si alguna vez me cupiera la fortuna de regresar a mi patria le haría justicia como inventor exclusivo de tan maravillosa máquina, la forma y artificio de la cual le pedí permiso para trazar sobre papel, como en la figura adjunta. Le dije que aunque nuestros sabios en Europa tienen la costumbre de robarse inventos unos a otros, lo cual produce al menos la ventaja de que surjan polémicas sobre quién es el verdadero propietario, yo me andaría con cuidado para que él tuviera todo el honor, sin ningún rival.



Seguidamente pasamos a la escuela de idiomas, donde tres profesores estaban sentados, consultando sobre cómo perfeccionar el de su país.

El primer proyecto era abreviar el discurso reduciendo los polisílabos a una sílaba y eliminando verbos y adjetivos, porque en realidad todas las cosas que pueden imaginarse no son sino nombres.

El otro proyecto era un esquema para suprimir completa y absolutamente todas las palabras; y esto se recomendaba encarecidamente como un gran beneficio desde el punto de vista de la salud y la brevedad, pues es evidente que cada palabra que hablamos significa en cierta medida la disminución de los pulmones por desgaste, y por tanto contribuye a

acortar nuestra vida. Se ofrecía por tanto una solución, y era que, como las palabras son sólo nombres de *cosas*, sería más práctico que todos los hombres llevaran encima las *cosas* que necesitaran para expresar concretamente aquello de lo que tuvieran que hablar. Y este invento se habría puesto en práctica, para mayor comodidad y salud del individuo, si las mujeres junto con la plebe y los analfabetos no hubieran amenazado con alzarse en rebelión si no se les daba libertad para hablar con la lengua según el uso de sus abuelos; que tan irreconciliable enemigo de la ciencia es siempre el vulgo. Sin embargo, muchos de los más doctos y sabios han abrazado el nuevo método de expresarse por medio de *cosas*, que conlleva sólo un inconveniente, y es que si un hombre tiene que tratar un asunto muy amplio y variado se ve obligado naturalmente a llevar a cuestas un bulto más grande de *cosas*, a menos que pueda permitirse el lujo de uno o dos criados que lo acompañen. A menudo he visto a dos sabios de esos casi derrengados bajo el peso de sus fardos como nuestros vendedores ambulantes, que cuando se veían en la calle echaban al suelo sus cargas, abrían el costal y sostenían una conversación durante una hora entera; guardaban después sus instrumentos, se ayudaban uno al otro a echarse otra vez la carga y se despedían.

Pero para conversaciones cortas un hombre puede llevar en los bolsillos y bajo los brazos instrumentos de sobra para manejarse, y en casa nunca se encontrará sin saber qué decir; por eso la habitación donde se reúnen quienes practican este arte está llena de todas las *cosas*, puestas bien a mano, que puedan proporcionar materia para este tipo de charla artificial.

Otro gran beneficio que ofrecía este invento era su utilización como idioma universal, que pudiera entenderse en todas las naciones civilizadas cuyos productos y utensilios son por lo general del mismo tipo o casi parecidos, de manera que sus aplicaciones pudieran comprenderse fácilmente. Así los embajadores estarían capacitados para negociar con soberanos extranjeros o ministros de gobierno cuyo idioma desconocieran totalmente.

Fui a la escuela de matemática, donde el profesor instruía a sus discípulos siguiendo un método difícilmente imaginable entre nosotros en Europa. La proposición y la demostración aparecían escritas claramente en

una oblea fina con tinta hecha de un colorante cefálico. Esto tenía que tragárselo el estudiante con el estómago en ayunas y no comer nada sino pan y agua durante los tres días que seguían. Al digerir la oblea, el colorante se le subía al cerebro llevándose la proposición al mismo tiempo. Pero hasta ahora el resultado ha defraudado, ya por algún error de *dosis* o de composición, ya por la picardía de los mozalbetes, a quienes da tanto asco esa píldora que por lo general se escabullen subrepticamente y la expulsan por arriba antes de que pueda hacer operación; y tampoco se les ha persuadido para que guarden una abstinencia tan larga como exige la receta.

Capítulo 6

Más información sobre la Academia. Propone el autor ciertos arreglos, que son honrosamente recibidos.

En la escuela de proyectistas políticos lo pasé bastante mal, ya que, en mi opinión, los profesores estaban totalmente fuera de sus cabales, que es un espectáculo que siempre me entristece. Andaban aquellos infelices discurriendo planes para persuadir a los monarcas a elegir a sus privados en razón de su sabiduría, capacidad y virtud; para enseñar a los ministros a tener en cuenta el bien público; para recompensar el mérito, los grandes talentos y los servicios notables; para instruir a los soberanos a que sepan cuáles son sus verdaderos intereses, haciéndoles ver que se apoyan en los mismos cimientos que los de su pueblo; para colocar en puestos oficiales a personas capacitadas para ejercerlos, y otros muchos imposibles y quiméricos dislates que nunca antes cabeza humana fue capaz de concebir, y que me confirmaron en la antigua sentencia de que no hay nada tan disparatado e irracional que algunos filósofos no lo hayan sostenido como verdad.

Pero, sin embargo, haré justicia a esta sección de la Academia hasta el punto de reconocer que no todos ellos eran tan visionarios. Había un doctor muy talentado que daba la impresión de estar perfectamente ilustrado en la naturaleza toda y el sistema de gobernar. Esta eminente persona había dedicado sus investigaciones, muy provechosamente, a descubrir remedios eficaces para todos los males y corrupciones a las que las varias categorías de la administración pública se ven sujetas a causa de los vicios y debilidades de aquellos que gobiernan, así como por el libertinaje de aquellos que han de obedecer. Por ejemplo, considerando que todos los escritores y pensadores están de acuerdo en que existe una semejanza

general y absoluta entre el cuerpo natural y el político, ¿puede haber algo más obvio que la necesidad de proteger la salud de ambos y que sus dolencias se curen con el mismo recetario? Es voz común que los senados y grandes consejos se ven frecuentemente aquejados de humores desbordantes, inflamatorios y otros tan mórbidos; de muchas enfermedades de la cabeza y más de corazón; de convulsiones violentas acompañadas de dolorosas contracciones de los nervios y tendones en las dos manos, y especialmente la derecha; de mala bilis, flato, vértigos y delirios; de tumores escrofulosos henchidos de materia fétida y purulenta; de hediondos eructos con espumarajos, de hambre canina y de malas digestiones, amén de muchos otros achaques que no hace falta mencionar. Este doctor proponía por tanto que, al ir a reunirse un senado, asistieran algunos médicos a las sesiones de los tres primeros días, y al final de los debates de cada día tomaran el pulso a cada senador, tras lo cual, habiendo considerado y consultado detenidamente la naturaleza de las diferentes dolencias y los medios para curarlas, volverían al senado el cuarto día acompañados de boticarios provistos de los medicamentos adecuados, y antes de que los senadores se sentaran, le administrarían a cada uno de ellos lenitivos, aperitivos, abstersivos, cáusticos, astringentes, paliativos, laxantes, cefalálgicos, ictericos, apoflemáticos y acústicos según lo requiriera cada caso; y conforme al efecto que produjeran estas medicinas, las repetirían, alterarían u omitirían a la siguiente reunión.

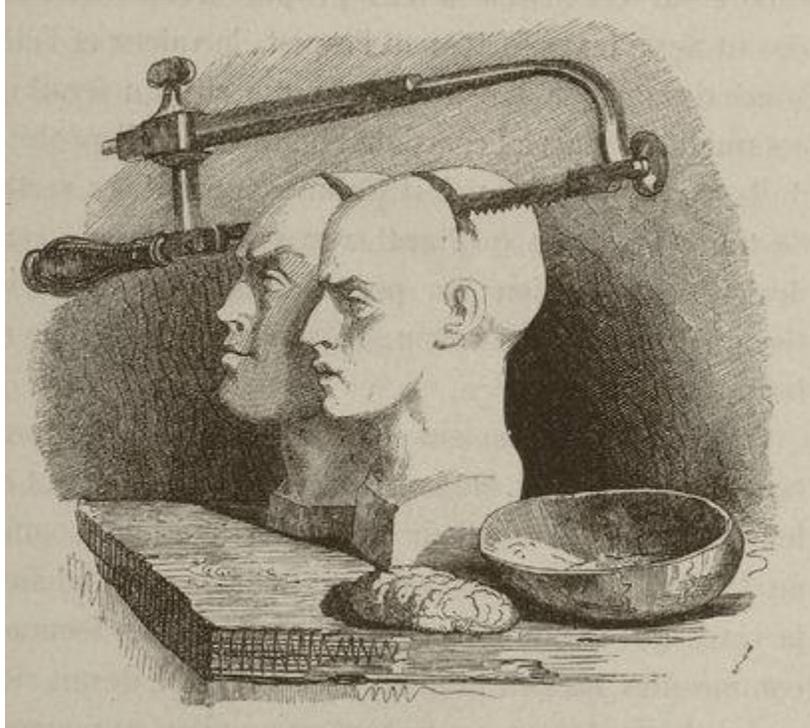
Este proyecto no supondría gran dispendio para el público y podría, en mi modesta opinión, ser muy útil para despachar negocios en aquellos países donde los senados participan de algún modo en el poder legislativo, engendraría unanimidad, abreviaría los debates, abriría unas cuantas bocas que ahora están cerradas, cerraría muchas más que ahora están abiertas, refrenaría la petulancia de los jóvenes y corregiría el dogmatismo de los viejos, despabilaría al torpe y templaría al impertinente.

También, como todo el mundo se queja de que los favoritos de los soberanos sufren de escasa memoria y débil, los mismos doctores proponían que quienquiera que se entrevistara con un primer ministro debería, después de haberle comunicado lo que fuera con la máxima brevedad y en las palabras más claras, darle, al marcharse, un torniscón en las narices, o una

patada en la barriga, o un pisotón en los callos, o tres tirones de las dos orejas, o un alfilerazo a través del calzón, o un pellizco en el brazo hasta dejárselo amoratado, para evitar que le fallara la memoria; y que repitiera la misma operación cada día de audiencia hasta que el asunto se resolviera o se rechazara del todo.

De igual modo ordenaba que todo senador del gran consejo de la nación, después de expresar su opinión y defenderla con argumentos, debería estar obligado a emitir un voto justamente contrario a ella, porque si tal se hiciera el resultado redundaría finalmente en el bien de la gente.

Para reconciliar a los partidos de un estado cuando andan violentos, ofrecía un invento maravilloso. He aquí el método: se toman cien dirigentes de cada partido y se mezclan por parejas tales que las dos cabezas sean del tamaño más aproximado posible; que luego dos diligentes operadores sierren al mismo tiempo el *occipucio* de cada pareja de tal modo que los dos cerebros queden unidos de la misma manera; intercámbiense los *occipucios* así cortados, aplicando cada uno a la cabeza del colega del otro partido. Parece que es en verdad una operación que requiera cierta precisión, y el profesor nos aseguraba que si se ejecutaba con pericia la cura era infalible. Pues razonaba así: que dejando que las dos mitades de cerebro discutieran el asunto entre sí en el recinto de un solo cráneo, pronto llegarían a algún entendimiento, y producirían aquella mesura y uniformidad de pensamiento que tanto se ansia ver en las cabezas de quienes imaginan que sólo han venido al mundo a contemplar y gobernar sus movimientos; y en cuanto a aquello de que los cerebros de los jefes de partido difieren en cantidad o cualidad, el doctor nos aseguraba, apoyándose en sus conocimientos, que era pura bagatela.



Escuché un debate muy acalorado entre dos profesores sobre las más convenientes y eficaces formas y medios de recaudar dinero sin afligir a los súbditos. El primero afirmaba que el método más justo era establecer un impuesto sobre los vicios y las locuras, y que la suma señalada a cada individuo la estipulara de la manera más imparcial un jurado formado por sus vecinos. El segundo opinaba justamente lo contrario: que se gravaran los atributos físicos e intelectuales por los que los hombres más se estiman a sí mismos, y que la contribución fuera mayor o menor según los niveles de eminencia, quedando la determinación exclusiva de tales niveles a su propia conciencia. El impuesto más alto era sobre hombres que son grandes favoritos del otro sexo, y los gravámenes correspondían al número y carácter de los favores que habían recibido, de lo cual se les permitía ser sus propios garantes. Agudeza, valor y cortesía también proponía que pagaran fuertes tributos, que se recaudarían de la misma manera, cada cual dando su palabra por la cantidad que tuviera. Pero en cuanto al honor, la justicia, la prudencia y la sabiduría, estarían totalmente exentos de impuestos, pues son cualidades de categoría tan singular que nadie las reconocerá nunca en un vecino o las valorará en sí mismo.

A las mujeres proponían que se les gravara la belleza y la destreza en vestirse, en lo cual tenían el mismo privilegio que los hombres, es decir, quedando la decisión a su propio juicio. Pero la fidelidad, la castidad, el buen juicio y la amabilidad no eran imponibles, porque no amortizarían el gasto de cobrarlas.

Para mantener a los senadores adictos a la corona se proponía que se rifaran los cargos, después de que cada hombre prestara juramento y se comprometiera bajo fianza a votar en favor de la corte, ganara como si no, tras lo cual los perdedores tenían a su vez libertad para rifarse la siguiente plaza vacante. Así se mantendrían vivas la esperanza y las ilusiones, nadie protestaría por promesas incumplidas, sino que imputaría sus decepciones enteramente a la fortuna, cuyas espaldas son más anchas y fuertes que las de un gabinete ministerial.

Me enseñó otro profesor una voluminosa disertación sobre instrucciones para descubrir complots y conspiraciones contra el gobierno. Aconsejaba a los grandes estadistas que investigaran la dieta de todos los sospechosos, sus horas de comer, el lado de que dormían, la mano con que se limpiaban el trasero; que inspeccionaran a fondo sus excrementos, y por el color, el olor, el sabor, la consistencia, la crudeza o la madurez de la digestión, establecieran un juicio de sus pensamientos y designios; porque los hombres nunca se muestran tan serios, pensativos y concentrados como cuando están proveyéndose, cosa que él averiguó a través de frecuentes experimentos; pues cuando, empleado en tales menesteres, consideraba él, sólo por probar, cuál era la mejor manera de asesinar al Rey, sus heces tomaban un color verde, pero totalmente distinto de cuando pensaba solamente en organizar una insurrección o incendiar la metrópoli.



El estudio entero estaba escrito con gran agudeza y contenía muchas observaciones tan curiosas como útiles para los políticos, mas como imaginé, no del todo completo. Esto me atreví a decírselo al autor y me ofrecí, si le parecía bien, a proporcionarle algunos aditamentos. Acogió el ofrecimiento con más conformidad que es habitual en los escritores, sobre todo aquellos de la especie proyectista, afirmando que le encantaría obtener más información.

Le conté que en el reino de Tribania, que los nativos llaman Langerrita^[56], donde yo había residido por largo tiempo, la mayoría de la gente eran denunciadores, testigos, delatores, acusadores, querellantes, atestantes, juradores, junto con sus instrumentos serviles y subalternos, todos bajo la bandera, la dirección y la paga de ministros y sus agentes. Los complots en aquel país suelen ser labor de aquellos que desean potenciar su reputación de políticos enteros, infundir un nuevo vigor en una administración bobalicona, sofocar o disimular el descontento general, llenar sus cofres con el producto de multas, y enaltecer o condenar el crédito público según una cosa o la otra redunde más en su provecho

particular. Primero se ponen de acuerdo y establecen qué sospechosos serán acusados de conspirar; después se toman positivos cuidados para hacerse con todas sus cartas y demás papeles, y para poner a sus dueños en prisión. Estos papeles se entregan a un grupo de artistas muy diestros en desentrañar misteriosos significados de las palabras, sílabas y letras. Por ejemplo, pueden descifrar que letrina significa consejo privado; una manada de gansos, senado; un perro cojo, invasor; una cabeza de bacalao, ***; la peste, ejército permanente; un cernícalo, primer ministro; la gota, sumo sacerdote; una horca, ministro de gobierno; un orinal, comisión de nobles patricios; una cota pequeña, dama de corte; una escoba, revolución; una ratonera, cargo oficial; un pozo sin fondo, el Tesoro; una cloaca, la Corte; un gorro con cascabeles, favorito; una mala espina, tribunal de justicia; un tonel vacío, general; una llaga supurante, la administración^[57].

Cuando este método falla, disponen de otros dos más eficaces, que los instruidos entre ellos llaman acrósticos y anagramas. Primero: pueden descifrar significados políticos en todas las letras iniciales. Así *N* significará complot, *B* un regimiento de caballería, *L* una flota en el mar. O segundo: trasponiendo las letras del abecedario en cualquier papel sospechoso, pueden revelar los más profundos designios de un partido descontento. Así por ejemplo, si yo dijera en una carta a un amigo: *Pues mi hermano Tomasito ha cogido las almorranas*, un hombre diestro en este arte descubriría cómo las mismas letras que forman esa frase pueden desdoblarse en las palabras siguientes: *Resistan más: el complot mío ha arrahigado; un asomo*^[58]. Y este es el método anagramático.

El profesor me expresó su vivo agradecimiento por hacerle partícipe de estas observaciones y prometió que incluiría una mención honorífica sobre mí en el tratado.

Nada veía en este país que me invitara a continuar por más tiempo y empecé a pensar en regresar a la patria, Inglaterra.

Capítulo 7

El autor abandona Logado y llega a Maldonada. No hay nave a punto. Hace un corto viaje a Glubbubdrib. La acogida que le dispensa el gobernador.

El continente de que este reino forma parte se extiende hacia el oeste, según mis fundadas razones, hasta aquella desconocida región de América al oeste de California y norte del Pacífico, océano que no está a más de ciento cincuenta millas de Lagado, y en cuya costa hay un buen puerto y un importante tráfico comercial con la gran isla de Luggnagg, situada al noroeste^[59] a unos 29 grados de latitud norte y 140 de longitud. Esta isla, Luggnagg, se encuentra a unas cien leguas al sudeste del Japón. Existe una estrecha alianza entre el Emperador del Japón y el Rey de Luggnagg, lo que ofrece frecuentes oportunidades para navegar de una isla a la otra. Por eso determiné seguir mi ruta en esa dirección para volver a Europa. Alquilé dos mulas para llevar mi pequeño equipaje, con un guía para que me enseñara el camino. Me despedí de mi noble benefactor, que tan obsequioso se había mostrado conmigo y me hizo un regalo espléndido al partir.

El viaje pasó sin ningún suceso o aventura dignos de contarse. Cuando llegué al puerto de Maldonada, que así se llama, no había barco con destino a Luggnagg, ni señales de que fuera a haberlo por algún tiempo. La ciudad es casi igual de grande que Portsmouth. Pronto hice algunas amistades, y fui recibido con mucha hospitalidad. Un caballero distinguido me dijo que, como los barcos con destino a Luggnagg no estarían dispuestos en menos de un mes, pudiera no ser desagradable pasatiempo para mí hacer un viaje a la islita de Glubbubdrib, situada a unas cinco leguas al sudoeste. Ofrecióse a acompañarme él mismo, junto con un amigo, y que me conseguiría una pequeña embarcación propia para la travesía.

Glubbudrib, en la más aproximada interpretación que puedo dar al vocablo, significa isla de *Hechiceros* o *Magos*. Es aproximadamente una tercera parte de la isla de Wight, y ubérrima sobremanera. La gobierna el jefe de una cierta tribu en la que todos son magos. En esta tribu sólo se casan entre ellos y, por orden de edad, uno es soberano o gobernador. Éste tiene un palacio noble y un parque de unas mil doscientas hectáreas, rodeado por un muro de piedra labrada de siete metros de altura. En este parque hay a su vez recintos para el ganado, los cereales y los jardines.

El gobernador y su familia cuentan con los cuidados y la compañía de una servidumbre un tanto insólita. Él, por su pericia en la necromancia, tiene poder para evocar de entre los muertos a quien le parece y tenerlo a su disposición durante veinticuatro horas, pero no más; tampoco puede evocar a la misma gente una segunda vez en menos de tres meses, excepto en ocasiones verdaderamente extraordinarias.

Cuando llegamos a la ciudad, que fue a eso de las once de la mañana, uno de los caballeros que me acompañaban acudió al gobernador y solicitó permiso de entrada para un forastero que iba allí con el propósito de tener el honor de presentar sus respetos a Su Alteza. Esto nos fue concedido enseguida y los tres cruzamos la puerta del palacio entre dos filas de guardas armados y ataviados de una grotesca manera, y en cuyos rostros había algo que me puso carne de gallina infundiéndome un horror que no puedo describir.



Atravesamos varias estancias entre criados de la misma condición, formados a ambos lados como los otros, hasta que llegamos a la cámara del trono, donde después de tres profundas reverencias y unas cuantas preguntas de carácter general, se nos dio licencia para sentarnos en tres escabeles junto al escalón más bajo del trono de Su Alteza. Conocía él el idioma de Balnibarbi, aunque era diferente del de su isla. Me pidió que le contara algo de mis viajes, y para hacerme ver que se me trataría sin ceremonias mandó marchar a todos los miembros de su séquito moviendo un dedo, a lo cual y ante mi gran asombro, se desvanecieron al instante como visiones en un sueño cuando uno se despierta bruscamente. Tardé un tiempo en recobrar-me, justo hasta que el gobernador me aseguró que no

recibiría ningún daño, y viendo que mis dos compañeros, que a menudo habían sido festejados de la misma manera, no mostraban preocupación alguna, comencé a cobrar ánimo y referí a Su Alteza un breve relato de mis aventuras, aunque no sin cierta vacilación y mirando con frecuencia detrás de mí al lugar donde había visto aquellos domésticos espectros. Me cupo el honor de comer con el gobernador, y una nueva partida de espíritus sirvió los manjares y atendió la mesa. Me notaba ahora menos amedrentado que lo había estado por la mañana. Me quede allí hasta la puesta del sol, y humildemente supliqué a Su Alteza me excusara por no aceptar su invitación para que me alojara en palacio. Con mis dos amigos me hospedé en una casa particular en la ciudad vecina, que es la capital de esta isleta, y a la mañana siguiente volvimos a cumplimentar al gobernador tal y como él se había dignado ordenarnos.

Permanecemos en la isla diez días con este arreglo, la mayor parte del día con el gobernador y por la noche en nuestro alojamiento. Pronto la presencia de los espíritus me fue tan familiar que después de la tercera o cuarta vez no me producían impresión ninguna; o si me quedaba alguna aprensión pudo con ella mi curiosidad, pues Su Alteza el gobernador me mandó que evocara a quienquiera que se me antojara nombrar, sin límite en el número, de entre todos los muertos desde el principio del mundo hasta la actualidad, y les ordenara que respondieran a las preguntas que me pareciera bien hacerles, con la condición de que tenían que limitarse al ámbito de la época en que vivieron; y que había algo en lo que podía confiar, y era que a buen seguro me dirían la verdad, pues mentir era un don de nulo provecho en el otro mundo.

Expresé mi humilde reconocimiento a Su Alteza por tan grande favor. Nos encontrábamos en una cámara desde la cual había una vista hermosa sobre el parque. Y como mi primer deseo fuera recrearme con un espectáculo fastuoso y magnífico, solicité ver a Alejandro Magno a la cabeza de su ejército, justamente después de la batalla de Arbela^[60], lo cual, tras un movimiento de dedo del gobernador, apareció inmediatamente sobre un campo inmenso bajo la ventana donde nos encontrábamos. Alejandro fue llamado a la habitación. Mucha fue la dificultad que tuve para entender su

griego, y el mío era escaso. Me dio su palabra de honor de que no lo envenenaron, sino que murió de una fiebre por haber bebido en exceso.

Vi luego a Aníbal cruzando los Alpes, que me dijo que no tenía ni gota de vinagre en su campamento^[61].



Vi a César y a Pompeyo^[62] a la cabeza de sus tropas, listos ya para trabar batalla. Vi al primero en su última marcha triunfal. Solicité que el senado de Roma apareciera ante mí en una amplia cámara, y una asamblea de diputados actual frente por frente en otra. El primero parecía una asamblea de héroes y semidioses; la otra un hatajo de buhoneros, carteristas, salteadores de caminos y matones.

A mi ruego hizo el gobernador un ademán para que César y Bruto se nos acercaran. Se apoderó de mí una profunda sensación de veneración al ver a Bruto, y pude fácilmente advertir en cada trazo de su semblante la virtud más cumplida, el arrojo más sublime y firmeza de ánimo, el amor

más sincero hacia su patria y benevolencia hacia el género humano. Con harto placer observé que estas dos personas estaban en buenos términos entre sí, y César me confesó abiertamente que las grandes hazañas de su vida no se diferenciaban en mucho de la gloria de arrebatarla. Tuve el honor de conversar largamente con Bruto y se me informó que su antepasado Junio, Sócrates, Epaminondas, Catón el Joven, Sir Thomas More y él andaban siempre juntos: un *sextumvirato* al que todas las edades del mundo no pueden añadir un séptimo^[63].

Sería aburrido importunar al lector contándole los nutridos grupos de personas ilustres que fueron llamados para satisfacer aquel insaciable deseo mío de ver el mundo en cada época de la antigüedad que se me ponía delante. Más que nada alimenté mis ojos contemplando a los exterminadores de tiranos y usurpadores, y a los que devolvieron la libertad a naciones oprimidas y ultrajadas. Mas es imposible expresar la satisfacción que esto produjo en mi espíritu en manera que fuera adecuado solaz para el lector.

Capítulo 8

Más información sobre Glubbudbrib. Rectificaciones sobre la historia antigua y moderna.

Deseoso de ver a aquellos hombres de la antigüedad que más celebrados fueron por su inteligencia y sabiduría, dediqué un día en especial para tal fin. Propuse que Homero y Aristóteles aparecieran a la cabeza de todos sus comentaristas, mas eran éstos tan numerosos que varios cientos de ellos se vieron obligados a comparecer en el patio y en las habitaciones exteriores del palacio^[64]. Reconocí y distinguí a aquellos dos héroes en cuanto los vi, y no sólo de entre la multitud, sino uno de otro. Era Homero el más alto y mejor parecido de los dos, caminaba muy erguido para su edad y tenía los ojos más agudos y penetrantes que jamás vi. Aristóteles iba muy encorvado y se apoyaba en un báculo. Tenía el rostro breve, el cabello lacio, y hueca la voz. Pronto adiviné que a los dos les eran absolutamente desconocidos los demás de la compañía, a quienes nunca antes habían visto u oído mencionar. Y un espíritu, que no nombraré, me dijo al oído que en el otro mundo estos comentaristas residían siempre en los lugares más alejados de sus epónimos a causa de la vergüenza y culpa que sentían por haber desfigurado de manera tan atroz el sentido de aquellos dos autores para la posteridad. Presenté a Dídimos y Eustacio a Homero y le convencí para que los tratara quizá mejor que merecían, pues pronto vio que les faltaba ingenio para sondear el espíritu de un poeta^[65]. Pero Aristóteles perdió la paciencia con lo que le dije de Scoto y Ramo, al presentárselos, y les preguntó si el resto de la tribu eran tan grandes zoquetes como ellos^[66].

Rogué luego al gobernador que evocara a Descartes y a Gassendi, a quienes convencí para que explicaran sus sistemas a Aristóteles^[67]. Este insigne filósofo reconoció abiertamente sus errores en filosofía natural,

pues en muchas cosas hubo de guiarse por conjeturas como le cabe a todo hombre; y se enteró de que Gassendi, que había hecho la doctrina de Epikuro tan digerible como pudo, así como los *vórtices* de Descartes, habían sido igualmente refutados. Pronosticó la misma suerte a la *gravedad*, de la cual los sabios modernos son tan entusiastas paladines. Dijo que los nuevos sistemas sobre la naturaleza no eran más que modas nuevas que cambiarían en cada época; y que incluso quienes trataban de demostrarlos a través de principios matemáticos florecerían por sólo breves períodos de tiempo y pasarían de moda cuando aquélla terminara.

Pasé cinco días de charla con muchos otros de los sabios antiguos. Vi a la mayoría de los emperadores romanos. Persuadí al gobernador para que evocara a los cocineros de Heliogábalo con el fin de que nos prepararan una comida, pero no pudieron mostrarnos mucho de sus habilidades por falta de materiales. Un ilota de Agesilao nos hizo una fuente de caldo espartano, pero yo no fui capaz de trasegar una segunda cucharada^[68].

Los dos caballeros que me llevaron a la isla tenían forzosamente que regresar por asuntos particulares en tres días, que empleé en ver a algunos de los muertos recientes, que habían sido las más grandes personalidades de los últimos doscientos o trescientos años en nuestro país y en otros de Europa; y como siempre he sido gran admirador de antiguas familias ilustres, rogué al gobernador que evocara a una o dos docenas de reyes con sus antepasados en serie hasta la octava o novena generación. Mas mi decepción fue dolorosa e inesperada, pues en vez de una larga comitiva con diademas reales, vi en una familia a dos músicos, tres elegantes cortesanos y un prelado italiano. En otra un barbero, un abad y dos cardenales. Mi veneración hacia unas sienes coronadas es demasiado grande para detenerme más en tema tan delicado. Pero en lo que toca a condes, marqueses, duques y otros de esa jaez, no tuve tantos reparos. Y confieso que no sin cierto placer me vi rastreando a mis anchas los rasgos particulares que distinguen a ciertas familias, hasta llegar a sus orígenes. Pude apreciar claramente de dónde le viene a una familia el mentón alargado, por qué una segunda produjo muchos sinvergüenzas durante dos generaciones e imbéciles por otras dos, por qué una tercera resultó que era de mentecatos y una cuarta de estafadores; de dónde viene aquello que dice

Polidoro Virgilio de una cierta casa principal: *nec vir fortis nec fentina casta*^[69]; cómo la crueldad, la falsedad y la cobardía llegaron a ser características por las que ciertas familias se distinguen tanto como por sus escudos de armas; quién introdujo primero la sífilis en una casa noble, que en línea recta se ha transmitido en forma de tumores escrofulosos a sus descendientes. Y no podía maravillarme de esto cuando veía tal interferencia en las líneas sucesorias por parte de pajes, lacayos, ayudas de cámara, cocheros, tahúres, músicos, comediantes, capitanes y carteristas.



Lo que más me disgustó fue la historia moderna, pues tras examinar cuidadosamente a todas las personas de insigne nombre en las cortes de los soberanos de los últimos cien años, descubrí cómo al mundo lo habían confundido escritores prostituidos que atribuyen las más grandes proezas en la guerra a los cobardes, el consejo más sabio a los imbéciles, sinceridad a los aduladores, virtud romana a los que traicionan a su país, devoción a los ateos, castidad a los sodomitas, veracidad a los delatores; cuántas personas

inocentes y excelentes habían sido condenadas a muerte o al destierro por los manejos de grandes ministros para activar la corrupción de los jueces y la maldad de las facciones; cuántos canallas habían sido elevados a los más altos puestos de confianza, poder, dignidad y provecho; cuán grande la parte que en las mociones y conclusiones en los tribunales, consejos y senados podían recusar alcahuetas, putas, chulos, parásitos y bufones; cuán baja la opinión mía de la prudencia y la integridad humanas cuando se me informó fielmente de los orígenes y motivos de las grandes empresas y revoluciones del mundo, y de las detestables circunstancias a que debían su éxito.

Allí descubrí la truhanería y la ignorancia de aquellos que se precian de escribir *anécdotas* o historia secreta, que mandan a los reyes a la tumba con una copa de veneno, que podrán repetir la conversación entre un soberano y un primer ministro aunque no hubiera ningún testigo presente, que penetrarán en los pensamientos y despachos de embajadores y ministros de gobierno y que tendrán la constante desgracia de equivocarse. Allí las verdaderas causas de muchos grandiosos acontecimientos que han sorprendido al mundo; cómo una puta puede gobernar las camarillas, las camarillas un consejo y el consejo un senado. Un general confesó delante de mí que obtuvo una victoria meramente por cobardía y mala conducta; y un almirante que, por falta de conocimientos apropiados, derrotó al enemigo a quien pensaba traidoramente entregar la flota. Tres reyes me declararon que en lo que duraron sus reinados ni una vez dieron cargo alguno a persona de mérito excepto por equivocación o por la traición de algún ministro en el que habían confiado, y que tampoco lo harían si vivieran otra vez; y explicaron con razones de mucho peso que el trono real no podía sostenerse sin la corrupción porque aquella disposición enérgica, autosuficiente y obstinada que la virtud infunde en el hombre es una traba continua en los asuntos públicos.

Sentí especial curiosidad por averiguar el procedimiento por el que mucha gente se había hecho con altos títulos honoríficos y propiedades inmensas, limitando mi pregunta a un período muy reciente, mas sin meterme con el presente porque quería estar seguro de no ofender ni siquiera a los extranjeros (pues espero que el lector no necesite que se le advierta que en lo que digo a este propósito no me refiero en ningún modo a

mi país); así pues, se convocó a un gran número de personas idóneas y, tras una somera inspección, revelaron tal retablo de infamia que no puedo recordarlo sin cierta preocupación. El perjurio, la tiranía, el soborno, el fraude, el lenocinio y semejantes *flaquezas* se contaban entre las artes más disculpables que habían de mencionar, y con ellas, como es razonable, fui indulgente. Mas cuando algunos confesaron que debían su grandeza y riqueza a la sodomía o al incesto, otros a la prostitución de sus esposas o hijas, otros a la traición de su país y soberano, unos al veneno y otros más al falseamiento de la justicia para eliminar al inocente, espero se me perdone si estas revelaciones me indujeron un poco a refrenar aquella profunda veneración que por mi natural suelo sentir hacia la gente de alto rango, que a causa de su dignidad sublime debería ser tratada con el máximo respeto por nosotros, sus subordinados.

Había leído muchas veces cosas sobre los grandes servicios que se habían rendido a soberanos y estados y deseaba ver a las personas que habían realizado tales servicios. Preguntando, me enteré de que sus nombres no se encontraban en ninguna crónica, excepto algunos de ellos a quienes la historia había descrito como los sinvergüenzas y traidores más infames. En cuanto a los otros, nunca había oído hablar de ellos. Todos tenían abatido el semblante y un atuendo de lo más miserable, y la mayoría de ellos me decía que murieron en la pobreza y la deshonra, y el resto en un patíbulo o la horca.

Entre otros había uno cuyo caso parecía un tanto insólito. Tenía a su lado a un mancebo de unos dieciocho años. Me dijo que por muchos años había tenido un navío bajo su mando y en la batalla naval de Accio tuvo la buena suerte de romper a través de la primera línea de batalla del enemigo, hundir tres de los navíos que la componían y tomar un cuarto, que fue la única causa de la huida de Antonio y de la victoria que siguió; que el joven que estaba a su lado, su único hijo, murió en aquella batalla. Añadió que, confiando en ciertos méritos, fue a Roma cuando la guerra dio fin, y solicitó de la corte de Augusto que se le asignara un barco mayor, el capitán del cual había sido muerto; mas, sin hacerse caso alguno a sus pretensiones, se lo dieron a un muchacho que nunca antes había visto el mar, hijo de una *liberta* que era de la servidumbre de una de las amantes del emperador. De

vuelta a su propio navío fue acusado de abandono de su deber y el barco dado a un paje favorito de Publícola, el vicealmirante, con lo cual se retiró a una modesta hacienda muy distante de Roma, y allí acabó sus días. Tanta curiosidad sentí por conocer la verdad de esta historia que pedí que se evocara a Agripa, almirante que fue en aquella batalla. Apareció y confirmó todo lo dicho, pero añadiendo mucho más en favor del capitán, cuya modestia había reducido o encubierto gran parte de sus méritos^[70].

Me causó sorpresa encontrar que la corrupción había alcanzado tan alto nivel y tan rápidamente en aquel imperio por motivo del lujo, que se había introducido hacía tan poco tiempo; esto hizo que me sorprendieran menos muchos casos similares en otros países donde los vicios de todo tipo han imperado por más tiempo y donde toda la alabanza así como todo el botín los ha acaparado el comandante supremo, aun teniendo quizá el mínimo derecho a la una y al otro.

Como cada aparecido tenía exactamente el mismo aspecto que cuando andaba por el mundo, me producía tristes reflexiones observar lo mucho que la especie humana se había degenerado entre nosotros en los últimos cien años; cómo la sífilis en todas sus variedades y con todas sus secuelas había alterado cada rasgo del semblante inglés, reducido la talla del cuerpo, aflojado los nervios, distendido los tendones y músculos, introducido una tez amarillenta y dejado la carne flácida y *rancia*.

Profundicé tanto en esto que pedí que comparecieran algunos labradores ingleses de la vieja escuela, que fueran antaño tan conocidos por la sencillez de costumbres, comida y vestido, por la justicia de sus negocios, por su auténtico espíritu de libertad, por su valor y amor a la patria. Y no pude permanecer totalmente impasible tras comparar los vivos y los muertos, y considerar cómo todas estas virtudes naturales puras las han prostituido por una moneda sus nietos, quienes al vender sus votos y manipular las elecciones han adquirido todo vicio y corrupción que puede aprenderse en la Corte.

Capítulo 9

Vuelve el autor a Maldonada. Llega por mar al reino de Luggnagg. Arrestado. Enviado a la Corte. Cómo hace su presentación allí. La gran clemencia del Rey para con sus súbditos.

Llegado que hubo el día de nuestro regreso, me despedí de Su Alteza el gobernador de Glubbudrib y volví con mis dos acompañantes a Maldonada, donde, después de dos semanas de espera, hubo navío a punto para partir hacia Luggnagg. Estos dos caballeros y algunos otros fueron tan generosos y amables que me proporcionaron provisiones y me despidieron a bordo. Un mes duró la travesía. Tuvimos una tormenta muy fuerte y nos vimos en la necesidad de tomar rumbo oeste para coger los alisios, que dan de sí unas sesenta leguas. El 21 de abril de 1709 la nave se adentró por el río de Clumegnig, que es una ciudad portuaria justo al sudeste de Luggnagg. Echamos anclas a una legua de la ciudad e hicimos una señal pidiendo un práctico. En menos de media hora subían a bordo dos de ellos, que nos guiaron por entre unos bajíos y escollos, muy peligrosos para el tránsito, hasta una dársena enorme donde una flota puede fondear fuera de peligro a un cable de la muralla de la ciudad.

Algunos de nuestros marinos, fuera por perfidia o por descuido, contaron a los prácticos que yo era forastero y gran amigo de viajar, de lo cual informaron a un aduanero, que me registró concienzudamente en cuanto desembarqué. Este funcionario me habló en el idioma de Balnibarbi, que, debido al intenso comercio, lo entiende todo el mundo en aquella ciudad, especialmente los marinos y los empleados de la aduana. Le informé brevemente sobre ciertos detalles y pinté mi historia del modo más verosímil y consistente que pude; mas creí necesario encubrir mi nacionalidad, y dije que era holandés, pues Japón entraba en mis planes y

sabía que eran los holandeses los únicos europeos a quienes se permitía entrar en aquel reino^[71]. Así pues, dije al funcionario que, tras haber naufragado en la costa de Balnibarbi y ser arrojado sobre una roca, me acogieron en Laputa, o Isla Voladora (de la que muchas veces había oído hablar) y trataba ahora de llegar al Japón, desde donde podría encontrar el medio adecuado para regresar a mi país. Dijo el funcionario que tenían que encerrarme hasta que recibiera órdenes de la Corte, que las solicitaría inmediatamente por escrito, y que esperaba obtener una respuesta en dos semanas. Me llevaron a una habitación confortable, con un centinela apostado a la puerta, aunque disfrutaba la libertad de un jardincillo y me trataban con bastante buen corazón, y mantenido siempre a expensas del Rey. Me visitaron varias personas, por curiosidad más que nada, pues se sabía que venía de países muy remotos de los que nunca habían oído hablar.

Contraté a un joven, que llegó en el mismo barco, para que hiciera de intérprete; era natural de Luggnagg, pero había vivido unos años en Maldonada y era un auténtico maestro de los dos idiomas. Con su ayuda pude entablar conversación con quienes iban a visitarme, y que consistía sólo en sus preguntas y mis respuestas.

Llegó el despacho de la Corte más o menos cuando lo esperábamos. Contenía un mandato para que se me condujera junto con mi séquito a Traldragdubh o Trildrogdrib, pues recuerdo que se pronuncia de las dos maneras, en una partida de diez caballos. Todo mi séquito se reducía a aquel muchachito que me hacía de intérprete, a quien convencí para que se quedara a mi servicio. Humildemente rogué y conseguí que nos dejaran una mula a cada uno para hacer el camino. Despacharon a un emisario con medio día por delante de nosotros para que avisara al Rey de que me acercaba y rogara a Su Majestad que se dignara fijar el día y la hora en que graciosamente le pluguiera que yo tuviera el honor de *morder el polvo ante su escabel*. Es este el estilo palaciego allá, y pude descubrir que era más que simple formulismo; pues al hacer mi presentación dos días después de mi llegada, se me ordenó que me arrastrara sobre el vientre, pasando la lengua por el suelo según avanzaba; aunque por ser forastero se tomaron cuidados para tenerlo limpio de modo que el polvo no me diera asco. Sin embargo, fue esto gracia especial que no se concedía a nadie, excepto a las personas

de más alto rango cuando solicitaban audiencia. Más aún: a veces, adrede, se esparce polvo por el suelo si quienes van a ser recibidos resulta que tienen enemigos influyentes en la corte. Y yo tengo visto a un gran señor con la boca tan llena que cuando llegó, arrastrándose, a una distancia conveniente del trono, no pudo articular palabra. Y no hay escapatoria ninguna, pues se castiga con la muerte a aquellos que, una vez recibidos en audiencia, escupen o se limpian la boca en presencia de Su Majestad. Bien es cierto que hay otra costumbre, que no doy por buena del todo: cuando al Rey se le antoja dar muerte a alguno de sus nobles con amable complacencia, ordena que se esparzan por el suelo unos polvos pardos, de mortal contenido, que una vez que se chupan matan a uno irremisiblemente en veinticuatro horas. Mas en justicia a la excelsa clemencia de este soberano y al cuidado que de las vidas de sus súbditos toma (en lo cual bien cabría desear que los monarcas de Europa lo imitaran), debe de decirse en su honor que se dan órdenes rigurosas para que las partes del suelo contaminadas se frieguen bien después de cada una de tales ejecuciones, cosa que si sus servidores no cumplen supone el riesgo de despertar su real indignación. Yo mismo le oí dar órdenes para que azotaran a uno de sus pajes cuyo cometido era avisar para que fregaran el suelo después de una ejecución, pero con mala intención no lo hizo y por tal incumplimiento un joven señor, que tenía mucho que esperar y a quien se le concedió audiencia, por desgracia se envenenó, aunque en aquella ocasión no tenía el Rey planes en contra de su vida. Pero este amable soberano era tan clemente que perdonó los azotes al paje bajo la promesa de que nunca más volvería a obrar así sin órdenes especiales.

Volviendo al hilo del discurso: Cuando me hube arrastrado hasta quedar a cuatro metros del trono, me erguí lentamente sobre las rodillas y, golpeando luego siete veces el suelo con la frente, pronuncié las siguientes palabras, como me las habían enseñado la noche anterior: *Ickpling gloffthrobb squutserumm blhiop mlashnalt zwin tnodbalkguffh slhiophad gurdlubh asht*. Tal es la cortesía que establecen las leyes del país para toda persona a quien se admite a la presencia del Rey. Puede traducirse así en nuestra lengua: *Que Su Majestad celestial viva once lunas y media más que el sol*. A esto el Rey replicó algo a lo que, aunque no pude entenderlo,

contesté como se me había instruido: *Fluft drin yalerick, dwuldum prastrad mirplush*, que propiamente quiere decir: *Mi lengua está en la boca de mi amigo*, y con estas palabras significaba que pedía permiso para acompañarme de mi intérprete; a esto hicieron entrar al ya mencionado mancebo y por mediación suya contesté a tantas preguntas como Su Majestad pudo formular en más de una hora. Hablaba yo en balnibarbiano y el intérprete vertía el sentido de mis palabras a la lengua de Luggnagg.

Al Rey le encantó mi compañía y ordenó a su *bliffmarklub*, o sea Aposentador Mayor, que dispusiera alojamiento en la Corte para mí y mi intérprete, con una asignación diaria para abastecer mi mesa, y una nutrida bolsa de oro para gastos ordinarios.

Permanecí tres meses en este país por corresponder cumplidamente con Su Majestad, que se sentía altamente complacido dispensándome sus favores, y me hizo honrosos ofrecimientos. Pero consideré más consecuente con la cordura y la justicia pasar el resto de mis días con mi esposa e hijos.



Capítulo 10

Elogio de los luggnaggianos. Detallada descripción de los struldbrugos y conversaciones diversas entre el autor y algunas personas eminentes sobre este tema.

Son los luggnaggianos gente cortés y desprendida, y aunque les toca alguna parte de aquel orgullo peculiar de todos los países orientales, se muestran afables hacia los forasteros, especialmente hacia aquellos que reciben atenciones de la Corte. Hice muchas amistades entre gente de la mejor clase y, acompañado siempre por mi intérprete, mantuvimos conversaciones que no resultaron desagradables.

Cierto día en que me hallaba en muy buena compañía me preguntó una persona distinguida si había visto a alguno de sus struldbrugos o inmortales. Dije que no y le rogué me explicara qué quería decir al atribuir tal título a una criatura mortal. Díjome que algunas veces, aunque muy escasas, acertaba a nacerle a una familia un niño con un lunar rojo en la frente, justo encima de la ceja izquierda, que era señal infalible de que nunca moriría. El lunar, según su descripción, era más o menos del tamaño de una moneda de plata de tres peniques, pero con el tiempo se hacía mayor y cambiaba de color, pues a los doce años se tornaba verde, y así continuaba hasta los veinticinco, que era cuando cambiaba a un azul intenso; a los cuarenta y cinco se ponía tan negro como el carbón y tan grande como un chelín inglés, pero ya no sufría más mutaciones. Dijo que estos nacimientos eran tan raros que según él no había más de mil cien struldbrugos de ambos sexos en el reino entero, de los cuales calculaba que cincuenta se encontraban en la capital, y entre los demás una pequeña nacida hacía tres años; y que estas hechuras no eran privativas de familia ninguna, sino resultado de la pura casualidad, y los mismos hijos de los struldbrugos eran tan mortales como el resto de la población.

Confieso francamente que me embargó un gozo indescriptible al oír este relato, y como la persona que lo refirió entendiera balnibarbiano, que yo sabía muy bien, no pude evitar desahogarme con expresiones tal vez un poco disparatadas. Grité como extasiado: «¡Feliz la nación en que cada niño puede al menos tener la suerte de ser inmortal! ¡Feliz el pueblo que disfruta tantos modelos vivientes de antigua virtud y cuenta con maestros dispuestos a instruirlo en la sabiduría de las edades pretéritas! ¡Pero felicísimos sobre toda comparación son aquellos eximios struldbrugos que, nacidos sin las trabas de aquella universal fatalidad de la naturaleza humana, tienen el espíritu libre y desembarazado, sin el peso y el abatimiento de ánimo que causa el miedo continuo a la muerte!».



Expresé mi extrañeza por no haber visto a ninguno de estos ilustres personajes en la Corte, pues siendo el lunar negro tan visible indicio no podría haber dejado de verlo; y que parecía imposible que Su Majestad, soberano prudentísimo, no se hiciera con un buen número de consejeros tan sabios y capacitados. Aunque tal vez la virtud de aquellos venerables sabios era demasiado rígida para las costumbres corruptas y licenciosas de la Corte. Además, a menudo nos muestra la experiencia que los jóvenes son demasiado engreídos y volátiles para dejarse guiar por los sobrios dictados de los mayores. Sin embargo, viendo que placía al Rey concederme libre acceso a su real persona, decidí que a la primera ocasión le expondría

abierta y plenamente mi opinión sobre esta cuestión, con la ayuda de mi intérprete; y se dignara escuchar o no mi consejo, había algo a lo que estaba yo resuelto, y era que, como Su Majestad me hubiera ofrecido a menudo una posición en aquel país, aceptaría con sumo agradecimiento tal favor y me quedaría a pasar la vida en el trato de aquellos seres superiores, los struldbruggos, si ellos se dignaban recibirme.

El caballero a quien dirigí mis palabras me dijo (pues como ya he advertido hablaba balnibarbiano), con esa cierta sonrisa que suele nacer de la compasión hacia el ignorante, que le encantaría que hubiera algún motivo que me retuviera entre ellos, y me pidió permiso para explicar a los contertulios lo que había dicho. Hízolo y hablaron por algún tiempo en su idioma, de lo cual no entendí palabra, ni pude descubrir por sus semblantes la impresión que las mías les habían producido. Tras un breve silencio, la misma persona me dijo que sus amigos y los míos (que así tuvo a bien expresarse) estaban pero que muy satisfechos con las sensatas observaciones que había hecho sobre la inmensa felicidad y las ventajas de la vida inmortal, y que deseaban saber de modo especial qué método de vida habría yo seguido si me hubiera tocado la suerte de haber nacido struldbruggo.

Respondí que era fácil ser elocuente sobre tema tan extenso y grato, especialmente para mí, que he sido propenso a divertirme a menudo con fantasías de lo que haría si fuera rey, general, o gran señor, y en este mismo terreno muchas veces había dado vueltas y más vueltas al método completo de cómo ocuparme y pasar el tiempo si supiera a ciencia cierta que viviría para siempre.

Añadí que si hubiera tenido la buena fortuna de venir al mundo struldbruggo, en cuanto hubiera encontrado la felicidad, al entender la diferencia entre la vida y la muerte, primero me decidiría a procurarme riquezas por todos los medios y maneras posibles. En este empeño podría lógicamente esperar que con economías y administración en unos doscientos años sería el hombre más rico del reino. En segundo lugar me dedicaría desde los primeros años de mi juventud al estudio de las artes y las ciencias, con lo cual llegaría alguna vez a ser superior a todos los demás en erudición. Finalmente me ocuparía de registrar cuidadosamente todo

acto o suceso de importancia que tuviera lugar en el estado, y describiría con mano imparcial los caracteres de los varios sucesores de soberanos y grandes ministros de gobierno, añadiendo mis observaciones sobre cada cuestión. Haría constar meticulosamente los diferentes cambios de costumbres, lengua, modas en el vestir, alimentación y diversiones. Con todas estas adquisiciones sería un tesoro viviente de conocimientos y sabiduría, y sin duda vendría a ser el oráculo de la nación.

No me casaría nunca más después de los sesenta, pero sería hospitalario, aunque todavía amigo del ahorro. Me entretendría en forjar y encauzar la mente de jóvenes optimistas, convenciéndolos a través de mis recuerdos, experiencia y observación, corroboradas con numerosos ejemplos, de lo provechoso de la virtud en la vida privada y pública. Pero preferiría como compañeros de siempre a un grupo de mis hermanos inmortales, entre quienes elegiría una docena que incluyera desde los más viejos hasta mis contemporáneos. Si algunos de éstos carecieran de fortuna, les proveería de alojamiento confortable en los contornos de mi hacienda y tendría siempre a alguno de ellos a mi mesa, permitiendo que se mezclaran sólo unos cuantos mortales de los de más valía, a quienes el tiempo me acostumbraría a perder con poca o ninguna disconformidad, y a tratar de la misma manera a sus descendientes, igual que aquel que se distrae con el anual retorno de los claveles y tulipanes de su jardín, sin lamentar la pérdida de los que se marchitaron el año anterior.

Con el paso del tiempo estos struldbrugos y yo intercambiaríamos observaciones y memorias, constataríamos las diferentes etapas que sigue la corrupción para infiltrarse en el mundo, y nos opondríamos a ella a cada paso, advirtiéndolo e instruyendo continuamente a la humanidad; lo cual, unido a la poderosa influencia de nuestro propio ejemplo, probablemente impediría aquella degeneración constante de la humana naturaleza que tan justamente las edades todas han criticado.

Añádase a esto el placer de contemplar las diversas revoluciones en estados e imperios, los cambios en las regiones terrestres y astrales, la ruina de antiguas ciudades, y las aldeas ignotas que se convierten en residencias reales; ríos de renombre reducidos a vadosos arroyuelos, el océano, que deja seca una costa e inunda otra, y el descubrimiento de muchos países aún

desconocidos; la barbarie que invade las naciones más civilizadas, y las más bárbaras que se civilizan. Sería entonces testigo del descubrimiento de la *longitud*^[72], del *movimiento perpetuo*, del *elixir universal*, y de que muchos otros grandes inventos eran llevados a la máxima perfección.

¡Qué descubrimientos maravillosos haríamos en astronomía, pudiendo confirmar y sobrevivir a nuestras propias predicciones, observando la progresión y las reapariciones de los cometas, y las alteraciones en el movimiento del sol, la luna y las estrellas!

Me explayé sobre muchos otros extremos, que el natural deseo de vida infinita y felicidad terrenal pudo fácilmente proporcionarme. Cuando terminé y, como la vez anterior, se tradujo la esencia de mi discurso al resto de la concurrencia, hubo un buen rato de charla entre ellos en el idioma del país, sin que faltaran algunas risas a costa mía. Por fin, el mismo caballero que había hecho de intérprete dijo que los otros le pedían me corrigiera en unos errores en que había incurrido a causa de la imbecilidad propia de la naturaleza humana, y que por tal disculpa era yo menos responsable de ellos; que la especie de los *struldbuggos* era característica de su país, pues no había personas tales ni en *Balnibarbi* ni en *Japón*, donde él había tenido el honor de ser embajador de Su Majestad, y comprobó que los naturales de esos dos países se mostraban muy reacios a creer que tal cosa era posible, y que por mi asombro cuando me habló de esto por primera vez parecía que yo lo escuchaba como algo completamente nuevo y apenas digno de ser creído; que en los dos reinos antedichos, donde se había relacionado mucho durante su estancia, observó que vivir una larga vida era deseo y ansia general de la especie humana; que cualquiera con un pie en la tumba de seguro que echaba el otro atrás tan vigorosamente como podía; que el más anciano tenía esperanzas de vivir todavía un día más, y consideraba la muerte como el mal más grande ante el cual la Naturaleza le instaba siempre a retroceder; y que sólo en la isla de *Luggnagg* la sed de vivir no era tan acuciante, por el continuo ejemplo de los *struldbuggos* que tenían ante los ojos.

Añadió que el método de vida imaginado por mí era poco razonable e injusto, pues presuponía una juventud, salud y vitalidad eternas, que ningún hombre en su sano juicio podría esperar por muy descomedido que fuera en

sus deseos. Que la cosa no era por tanto la posibilidad de que un hombre eligiera permanecer siempre en la flor de la juventud, cortejado por la prosperidad y la salud, sino cómo pasaría una vida sin fin sometido a todos los inconvenientes que la ancianidad habitualmente conlleva. Pues aunque pocos hombres confesarán sus deseos de inmortalidad ante condiciones tan severas, en los dos reinos ya mencionados de Balnibarbi y Japón él observó que todo hombre ansiaba aplazar la muerte un poco más, dejar que se retrasara más y más, y pocas veces oyó que nadie quisiera morir a menos que lo azuzaran los aprietos de la aflicción o la tortura. Y me preguntaba si en los países por donde había viajado, así como en el mío, no había notado la misma disposición en general.

Tras esta introducción, me habló detalladamente de aquellos struldbrugos. Dijo que normalmente se comportaban igual que los mortales hasta aproximadamente los treinta años, después de lo cual les entraba poco a poco una tristeza y abatimiento, que seguía aumentando hasta los ochenta. Esto lo sabía él por las declaraciones que ellos le hicieron, pues como no hay más de dos o tres de aquella especie que nazcan en un siglo, eran insuficientes para formarse una idea general juzgándolos a ellos solos. Cuando alcanzan los ochenta, que se considera la edad máxima de vida en este país, cuentan ellos no sólo con todas las memeces y achaques propios de otros viejos, sino también con muchas más derivadas de la espantosa perspectiva de no morir jamás. No sólo son obstinados, picajosos, codiciosos, hoscos, vanidosos y parlanchines, sino también nulos para la amistad e insensibles a todo afecto natural, que nunca se prolonga más allá de sus nietos. La envidia y los deseos que frustra la impotencia son sus pasiones predominantes. Mas el blanco contra el que parecen dirigir su envidia en especial lo constituyen los vicios de los jóvenes y la muerte de los viejos. Si consideran lo primero, se ven excluidos de toda posibilidad de placer, y cuando quiera que ven un funeral se lamentan y se afligen porque otros van a un puerto de descanso al que ellos nunca pueden tener la esperanza de arribar. No recuerdan nada sino lo que aprendieron y presenciaron en su juventud y edad mediana, e incluso eso muy imperfectamente. Y en cuanto a la verdad o detalles de cualquier hecho, mejor es confiar en las tradiciones vulgares que en sus recuerdos más

acertados. Los menos desgraciados de ellos parecen ser los que empiezan a chochar y pierden la memoria; éstos encuentran más compasión y ayuda porque carecen de muchas malas cualidades que abundan en los otros.

Si un struldbruggo acierta a casarse con alguien de su misma condición, el matrimonio queda anulado automáticamente por gentileza del reino en cuanto el más joven de los dos cumple los ochenta; pues entiende la ley que es lógica indulgencia que aquellos que se ven condenados sin culpa de su parte a permanecer eternamente en el mundo, no deberían ver sus sufrimientos doblados con la carga de una esposa.

En cuanto cumplen los ochenta años la ley los considera difuntos; sus herederos inmediatamente toman posesión de sus bienes, y se aparta una renta miserable para su sustento, mientras que la manutención de los que son pobres es responsabilidad pública. Después de este período se los considera inhabilitados para desempeñar cargo alguno de responsabilidad o provecho, no pueden adquirir tierras o tomar nada en arriendo, ni se les autoriza a ser testigos en pleito alguno, sea civil o criminal, ni incluso para decidir lindes y fronteras.

A los noventa pierden la dentadura y el pelo, y a esa edad ya no distinguen entre un sabor y otro, sino que comen y beben lo que pueden obtener, sin gusto ni apetito. Los males a que se veían sujetos siguen afectándolos sin aumentar o disminuir. Cuando hablan se olvidan de la denominación normal de las cosas y de los nombres de la gente, incluso de aquellos que son sus amigos y parientes más cercanos. Por la misma razón nunca pueden distraerse leyendo, pues la memoria no puede acompañarlos del principio al final de una frase; y por este defecto se ven privados del único pasatiempo al que de otro modo podrían dedicarse.

Como la lengua de este país está continuamente cambiando, los struldbruggos de una época no entienden a los de otra, ni después de los doscientos años pueden sostener una conversación (sino con unas cuantas palabras de carácter general) con sus vecinos mortales, encontrándose sumidos así en la desgracia de vivir como forasteros en su propio país.

Tal fue, que yo recuerde, el relato que escuché sobre los struldbruggos. Posteriormente vi a cinco o seis de edades distintas, el más joven de no más de doscientos años, que algunos de mis amigos me llevaron en diferentes

ocasiones; pero aunque les dijeron que era un gran viajero y había visto todo el mundo, no sintieron la mínima curiosidad por hacer pregunta alguna. Sólo querían que les diera *slumskudask*, o sea algo de recuerdo, que es una modesta manera de mendigar, eludiendo así la ley que terminantemente lo prohíbe, pues los mantiene la comunidad, aunque ciertamente con una ración muy escasa.



Gente de todas clases los desprecia y odia; cuando uno de ellos nace, se considera cosa de mal agüero, y el nacimiento se inscribe con todo detalle, de modo que puede saberse su edad consultando el registro, que sin embargo no se ha guardado más que durante los últimos mil años, o si se guardó antes fue destruido por el tiempo o los disturbios sociales. Mas la forma habitual de calcular cuántos años tienen es preguntándoles de qué

reyes y grandes personajes se acuerdan, y consultar luego la historia, pues sin lugar a dudas el último soberano en su memoria no comenzó a reinar después de que cumplieran los ochenta.

Ofrecían el espectáculo más humillante que nunca contemplé, y las mujeres eran más horribles que los hombres. Además de las deformidades habituales de la vejez postrema, les entra una lividez cadavérica más o menos intensa según el número de años que tienen, que no es para describirse, y de entre media docena pronto distinguí cuál era el más viejo, aunque no se llevaban más de un siglo o dos uno de otro.



Podrá fácilmente creer el lector que por lo que oí y vi, mi vivo deseo de una vida sin fin quedó muy malparado. Empecé a sentirme sinceramente avergonzado de las halagadoras fantasías que había imaginado y pensé que no habría tirano que inventara una muerte a la que no me lanzara con gusto

por abandonar tal vida. Se enteró el Rey de todo lo que había pasado entre mis amigos y yo en este punto y me tomó el pelo de manera harto jovial, deseando que me fuera posible enviar un par de struldbuggos a mi país para pertrechar a nuestra gente contra el temor a la muerte; pero esto parece que está prohibido por las leyes fundamentales del reino, que si no, muy gustoso hubiera pechado con la molestia y el gasto de transportarlos.

No pude sino conceder que las leyes de este reino, en lo que toca a los struldbuggos, están fundadas en las razones más sólidas y que cualquier otro país en similares circunstancias se vería en la necesidad de promulgarlas. Si no fuera así, como la avaricia es consecuencia necesaria de la vejez, aquellos inmortales vendrían a ser en poco tiempo dueños de la nación entera y absorberían el poder civil, el cual, debido a su falta de aptitudes para la administración, tendría que desembocar en la ruina de la sociedad.

Capítulo 11

El autor abandona Luggnagg y llega por mar al Japón. Emrende aquí el regreso, en un navío holandés, hacia Amsterdam, y de Amsterdam a Inglaterra.

He creído que esta descripción de los struldbruggos pudiera dar solaz al lector, pues parece ser cosa un tanto fuera de lo común, o al menos yo no recuerdo haber topado con nada similar en libro alguno de viajes de los que han caído en mis manos; si me equivoco, hállese mi excusa en la necesidad de que los viajeros que describen un mismo país coincidan muy a menudo en detenerse en los mismos detalles, sin hacerse merecedores de la crítica de haber transcrito algo o tomádolo prestado de aquellos que escribieron antes.

Hay ciertamente comercio continuo entre este reino y el gran imperio del Japón, y es muy probable que los escritores japoneses hayan dado algunas referencias sobre los struldbruggos, pero mi estancia en el Japón fue tan breve y era yo tan completamente ajeno a su lengua, que no me encontré capacitado para hacer pesquisa ninguna. Pero confío que los holandeses, tras esta información, se sentirán lo bastante curiosos y capaces para remediar mis deficiencias.

Su Majestad, después de frecuentes instancias a que aceptara algún cargo en la corte y viendo que estaba firmemente resuelto a regresar a mi patria, se dignó concederme su permiso para partir y me honró con una carta de recomendación de su puño y letra para el Emperador del Japón. Asimismo me regaló 44 enormes piezas de oro (a esta gente los números pares la fascinan) y un diamante rojo, que vendí en Inglaterra por mil cien libras.

El seis de mayo de 1709 me despedí solemnemente de Su Majestad y todos mis amigos. Fue tan liberal este soberano que ordenó que una escolta

me condujera a Glanguenstald, puerto real en la región sudoeste de la isla. Seis días después encontré un navío que podía llevarme al Japón, y empleé quince en la travesía. Desembarcamos en una villa portuaria llamada Xamoschi, que se encuentra en la región sudeste del Japón; la ciudad misma está en la parte oeste, donde hay un estrecho angosto que se prolonga hacia el norte en un largo brazo de mar, al noroeste del cual se encuentra Vedo, la capital^[73]. Al desembarcar presenté a los agentes de la aduana la carta del Rey de Luggnagg a Su Majestad Imperial. Conocían el sello perfectamente: era tan grande como la palma de mi mano. Tenía impresa la figura de *un rey levantando a un mendigo cojo del suelo*.



Las autoridades de la ciudad, enteradas de mi carta, me recibieron como a ministro del estado; me facilitaron carruajes y criados y sufragaron mis gastos hasta Yedo, en donde fui recibido en audiencia y entregué la carta, que fue abierta con gran ceremonia, y un intérprete la tradujo al Emperador, quien luego me informó de la voluntad de Su Majestad de que formulara

una petición y que lo que quiera que fuese me lo concedería en consideración a su hermano real de Luggnagg. El intérprete aquí trabajaba en la tramitación de negocios con los holandeses; pronto supuso por mis facciones que era europeo, y repitió entonces las órdenes de Su Majestad en holandés, que lo sabía perfectamente. Respondí, tal y como había previamente determinado, que era mercader holandés, náufrago en un país muy remoto, desde donde había viajado por mar y tierra hasta Luggnagg, y me había embarcado luego hasta el Japón, en donde sabía que mis compatriotas comerciaban con frecuencia, y con alguno de ellos esperaba encontrar ocasión para volver a Europa; suplicaba, por tanto, de la más humilde manera su favor real para que diera orden de que se me condujera a salvo a Nangasac^[74]; y a esto añadía otra petición, que era que, en atención a mi patrocinador, el Rey de Luggnagg, Su Majestad se dignara excusarme de consumir la ceremonia que se imponía a mis compatriotas de *pisotear el crucifijo*, pues era mi infortunio quien me arrojaba en aquel reino y no ninguna intención mercantil. Cuando el intérprete le transmitió este último ruego, el Emperador se quedó un poco sorprendido y dijo que creía que yo era el primero de los de mi país que jamás mostró escrúpulo alguno en esta materia, y que casi dudaba si realmente era o no holandés, pero que más bien sospechaba que era CRISTIANO. Sin embargo, por las razones que había aducido y sobre todo por complacer al Rey de Luggnagg, sabría él responder, como muestra extraordinaria de su favor, a lo insólito de mi capricho, pero que la cuestión había que manejarla con mucho tacto y que sus funcionarios recibirían órdenes para dejarme pasar como si fuera por descuido. Pues me aseguró que si el secreto llegaba a ser conocido por mis compatriotas, los holandeses, me cortarían el cuello en la travesía. Por medio del intérprete le di las gracias por favor tan singular, y como cierta tropa fuera a ponerse en marcha hacia Nangasac, el comandante recibió órdenes de conducirme allá a salvo, así como instrucciones especiales sobre el crucifijo.

El 9 de julio de 1709 llegaba a Nangasac, tras un viaje largo e incómodo. Pronto me junté con unos marinos holandeses que pertenecían al *Amboyna* de Amsterdam, un sólido navío de cuatrocientas cincuenta toneladas. Había vivido largo tiempo en Holanda mientras cursaba mis

estudios en Leiden y hablaba bien el holandés. Pronto supieron los marineros dónde había estado por última vez, y sintieron curiosidad por saber de mis viajes y de la vida que llevaba. Me inventé un cuento tan breve y verosímil como pude, ocultando casi todo. Conocía a mucha gente en Holanda y pude inventar nombres para mis padres, a quienes hice pasar por humildes paisanos de la provincia de Guelderland. Habría dado al capitán, un tal Theodorus Vangrult, lo que se le hubiera antojado pedir por mi pasaje a Holanda, pero enterándose de que era médico se contentó con aceptar la mitad de la tarifa normal, con la condición de que lo sirviera en los menesteres de mi profesión. Antes de embarcar, algunos de la tripulación me preguntaron varias veces si había pasado la susodicha ceremonia. Eludí las preguntas con respuestas vagas, como que había satisfecho al emperador y la Corte de todo punto. No obstante, un maldito bellaco de grumete se fue a un funcionario y le dijo apuntando hacia mí que aún no había *pisoteado el crucifijo*: pero el otro, que había recibido instrucciones para dejarme pasar, dio al malandrín veinte bastonazos en las espaldas con un bambú, después de lo cual no me molestaron más con tales preguntas.

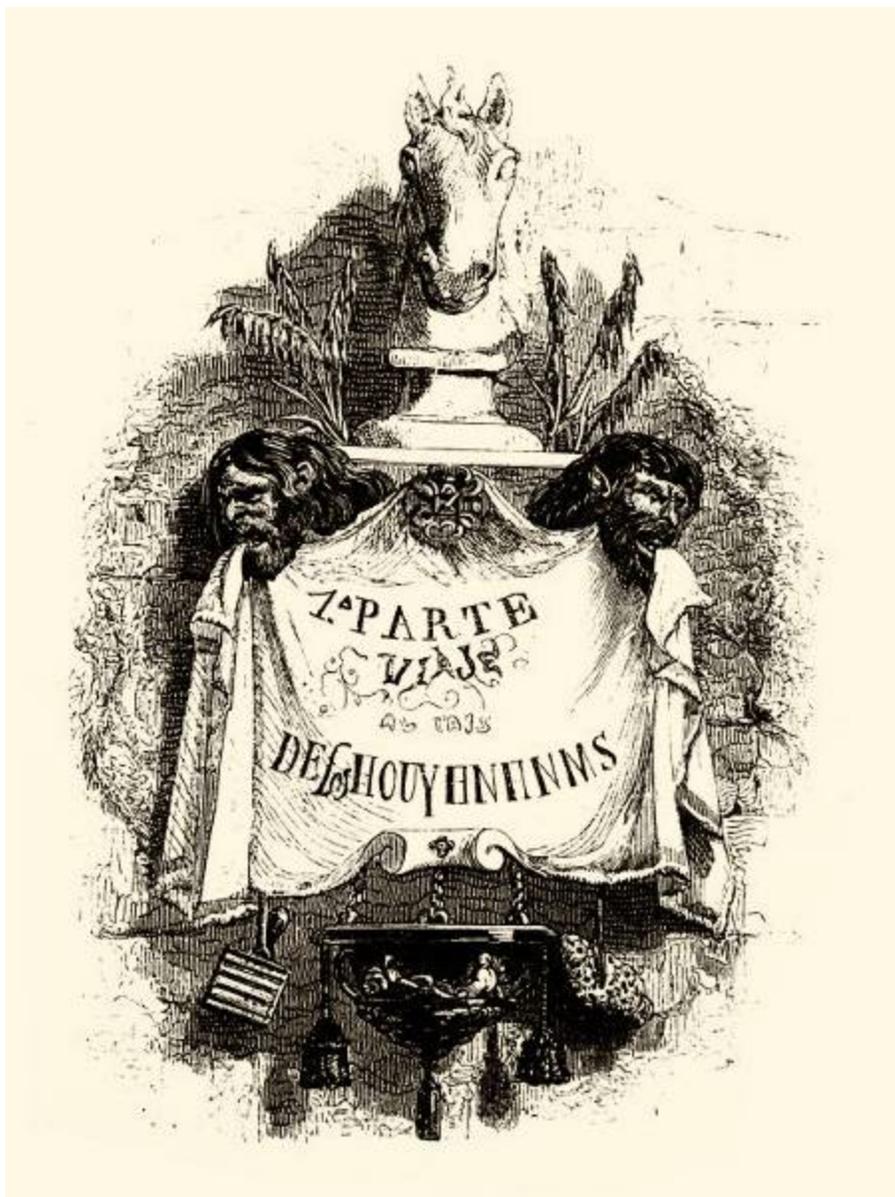
Nada digno de contarse sucedió en esta travesía. Navegamos con viento favorable hasta el Cabo de Buena Esperanza, donde paramos tan sólo para aprovisionarnos de agua dulce. El 16 de abril llegamos a salvo a Amsterdam, habiendo perdido en el viaje sólo tres hombres por enfermedad y un cuarto que cayó al mar desde el trinquete, no lejos de la costa de Guinea. Desde Amsterdam me hice a la mar poco después para Inglaterra en un pequeño navío de aquella ciudad.

El 20 de abril de 1710 atracamos en las Dunas. Desembarqué a la mañana siguiente y vi una vez más mi patria, después de una ausencia de cinco años y medio justos. Fui directamente a Redrith, adonde llegué aquel mismo día a las dos de la tarde y encontré a mi esposa e hijos gozando de buena salud.

FIN DE LA TERCERA PARTE

Cuarta parte

Viaje al país de los houyhnhnms



Capítulo 1

Parte el autor como capitán de un navío. Sus hombres se amotinan, lo encierran en su camarote por largo tiempo y lo dejan en la playa de una tierra desconocida. Se interna en el país. Descripción de los yahoos, extraña especie de animales. Encuentro del autor con dos houyhnhnms.

Permanecí en casa con mi esposa e hijos unos cinco meses, que habrían sido muy felices si hubiera sabido yo cuándo me encuentro bien. Dejé a mi pobre mujer encinta y acepté una conveniente propuesta que me hicieron para irme de capitán del *Aventura*, un sólido buque mercante de trescientas cincuenta toneladas, pues conocía bien el arte de navegar; y como estuviera cansado del oficio de médico en el mar, que de todos modos podía ejercer cuando la ocasión se presentara, tomé a bordo a un joven de aquella profesión, un tal Roberto Purefoy. Largamos velas de Portsmouth el 7 de septiembre de 1710; el catorce encontramos en Tenerife al capitán Pocock, de Bristol, que iba a cortar palo de Campeche^[75] a la bahía del mismo nombre. El dieciséis nos separó un temporal; después de mi regreso he oído que el barco se fue a pique y nadie escapó excepto un grumete. Era un hombre honrado y buen marino, aunque un poco dogmático en sus opiniones, que esa fue la causa de su perdición, como lo ha sido de otros muchos. Pues si hubiera seguido mi consejo podría estar ahora tranquilamente en su casa con su familia, como lo estoy yo.

Varios de los hombres de mi barco murieron de calenturas, así que me vi obligado a reclutar a otros en Barbados y las islas de Sotavento, donde hice escala siguiendo las instrucciones de los comerciantes que me habían contratado, de lo cual pronto tuve sobrada razón para arrepentirme, pues descubrí después que la mayoría de aquellos habían sido bucaneros. Tenía cincuenta tripulantes a bordo y mis órdenes eran traficar con los indios de

los Mares del Sur y hacer cuantos descubrimientos pudiera. Estos granujas que había adquirido sedujeron al resto de mis hombres y todos juntos urdieron un complot para apoderarse del navío y prenderme; y lo hicieron una mañana, precipitándose en mi camarote, atándome de pies y manos y amenazándome con que me tirarían por la borda si se me ocurría moverme. Les dije que era su prisionero y que me rendía. Me obligaron a que así lo jurara, y luego me desataron, sujetándome sólo una de las piernas con una cadena a poca distancia de la cama; y apostaron un centinela a la puerta con el arma cargada, y le ordenaron que me matara de un tiro si trataba de liberarme. Me bajaron de comer y beber y se hicieron cargo del gobierno del navío. Era su propósito darse a la piratería y saquear a los españoles, cosa que no podían hacer hasta que no tuvieran más hombres. Pero antes estaban decididos a vender las mercancías que iban en el barco; luego irían a Madagascar a reclutar más gente, pues varios de ellos habían muerto desde que me encerraron. Durante varias semanas navegaron y traficaron con los indios, pero yo no sabía qué rumbo llevaban, prisionero como me tenían en mi camarote, y sin esperar nada sino que me dieran muerte, que con ella me amenazaban a menudo.

El 9 de mayo de 1711, un tal Santiago Welch bajó a mi camarote y dijo que tenía órdenes del capitán de desembarcarme. Traté de disuadirlo, pero en vano; y ni siquiera quiso decirme quién era su nuevo capitán. Me metieron a la fuerza en la lancha tras permitir que me pusiera las mejores ropas que tenía, qué estaban como nuevas, y tomar un hatillo de ropa blanca, pero ningún arma excepto el alfanje; y fueron tan considerados que no me registraron los bolsillos, donde metí el dinero que tenía y otras rosillas útiles. Remaron como cosa de una legua y luego me dejaron antes de llegar a una playa. Les rogué me dijeran qué país era aquél. Juraron todos que no sabían más que yo, aunque dijeron que el capitán, como lo llamaban, había decidido que después de vender el cargamento se desharía de mí en el primer lugar donde vieran tierra. Se alejaron inmediatamente, aconsejándome que me apresurara, no fuera a alcanzarme la marea, y me dijeron adiós.

En tan triste situación eché a andar, y pronto llegué a tierra firme, donde me senté a descansar sobre una loma y a considerar qué era lo mejor que

podía hacer. Cuando me sentí un poco repuesto me adentré en el país, resuelto a entregarme a los primeros salvajes que encontrara y comprar mi vida con unos brazaletes, anillos de vidrio y otros chismes de los que los marineros suelen ir provistos en estos viajes, y de los cuales llevaba algunos encima. El terreno aparecía dividido por largas hileras de árboles, no plantados artificialmente, sino que crecían de manera espontánea. Había hierba en gran abundancia y varios campos de avena. Caminaba con mucha cautela por temor a ser sorprendido o a que de pronto me dispararan una flecha por detrás o por los lados. Desemboqué en un camino trillado donde vi muchas huellas de pies humanos, algunas de vaca, pero la mayor parte de caballo. Por fin avisté varios animales en un campo y a uno o dos de la misma especie encaramados en árboles. Eran de estampa harto insólita y deforme, lo que me desconcertó un poco e hizo que me agachara tras un matorral para observarlos mejor. Como algunos de ellos se acercaran hacia el lugar donde me hallaba, tuve ocasión de distinguir claramente su apariencia. Tengan la cabeza y el pecho cubierto de pelo espeso, rizado algunos y otros lacio; la barba como las cabras, y una cresta de pelo a lo largo de la espalda, así como en la parte delantera de las patas y los pies, aunque el resto del cuerpo lo llevaban desnudo, de modo que podía verles la piel, que era de un pardo anteado. No tenían rabo, ni pelos de ninguna clase en las nalgas, excepto alrededor del ano, que supongo que la Naturaleza los había colocado allí para protegerlos cuando se sentaban en el suelo, pues los veía en esta postura, así como tumbados, y a menudo de pie sobre las patas traseras. Trepaban a árboles altos con la ligereza de una ardilla, pues tenían las garras delanteras y traseras fuertes y estiradas y rematadas en puntas afiladas y ganchudas. A cada momento brincaban y botaban y daban saltos con agilidad prodigiosa. Las hembras no eran tan corpulentas como los machos, tengan el pelo de la cabeza largo y lacio, y sólo una especie de vello en el resto del cuerpo, excepto alrededor del ano y las partes pudendas. Las ubres les colgaban entre las patas delanteras y a muchas les llegaban casi al suelo cuando andaban. El pelo en los dos sexos era de diferentes colores: pardo, bermejo, moreno y rubio. Parte por parte jamás vi en ninguno de mis viajes un animal tan desagradable ni que me produjera de manera natural una aversión tan intensa. Así pues, considerando que ya

había visto bastante, irritado y asqueado, me levanté y seguí la ruta que llevaba, con la esperanza de que me llevara a la cabaña de algún indio. No había avanzado mucho cuando me topé con una de estas criaturas, justo en medio del camino, que se venía directamente a mí. Cuando este feo bicharraco me vio, retorció todos los rasgos de su rostro de varias maneras y se quedó mirándome fijamente como a algo que nunca hubiera visto; luego, acercándose más, levantó la pata delantera, no puedo decir si por curiosidad o malicia.



Mas desenvainé el alfanje y le solté un buen cintarazo, pues no me atreví a darle con el filo temiendo que los nativos fueran a enojarse conmigo si llegaban a enterarse de que les había matado o lisiado alguna cabeza de ganado. Cuando sintió el ramalazo, la bestia se echó atrás y soltó un rugido tan fuerte que una manada de por lo menos cuarenta se me vino en tropel desde el campo vecino, chillando y haciendo muecas repulsivas, pero me eché a correr hasta el cañón de un árbol y, poniéndome de espaldas contra él, los mantuve a raya blandiendo el alfanje. Varios ejemplares de esta prole maldita, agarrándose a las ramas de detrás, treparon al árbol, desde donde

empezaron a descargar sobre mí sus excrementos; mas los esquivé bastante bien pegándome fuerte contra el tronco del árbol, aunque la porquería casi me asfixia, pues caía por todas partes a mi alrededor.

En medio de este apuro vi que de pronto todos ellos salieron huyendo a todo correr, tras lo cual me aventuré a abandonar el árbol y proseguir el camino, preguntándome qué era lo que pudo espantarlos de tal manera. Mas al mirar a la izquierda, vi caminando blandamente en un campo a un caballo que mis atacantes habían advertido antes que yo y que fue la causa de su huida. Cuando el caballo se me acercó, se sobresaltó un poco, pero recobrándose presto, me miró de lleno en la cara con evidentes muestras de sorpresa, y me observó las manos y los pies, dando varias vueltas a mi alrededor. Hubiera continuado mi camino, pero se me plantó justamente delante, aunque con aspecto apacible y sin mostrarse violento en lo más mínimo. Permanecimos mirándonos el uno al otro por algún tiempo; por fin tuve la audacia de adelantar la mano hacia su cuello con intención de acariciarlo, recurriendo al acostumbrado estilo y silbo de los *jockeys* cuando van a tocar un caballo que desconocen. Pero este animal, como desdeñoso de mis cumplidos, agitó la cabeza y arqueó las cejas, levantando suavemente la pata delantera izquierda para retirar mi mano. Soltó luego tres o cuatro relinchos, pero con una cadencia tan variada que casi me dio por pensar que se hablaba a sí mismo en algún idioma propio.

Hallándonos en esto se acercó otro caballo, que se fue al primero de manera muy cumplida, y los dos golpearon suavemente la pezuña delantera derecha del otro, relinchando varias veces alternativamente y variando el sonido, que parecía casi articulado. Se apartaron unos pasos como para conferenciar juntos, caminando uno al lado del otro y de acá para allá, como dos personas que deliberaran sobre algún asunto de peso, pero volviendo los ojos a menudo hacia mí como si fuera para vigilar que no me escapara. Pasmado me quedé de ver tales gestos y conducta en animales irracionales, y concluí que si los habitantes de este país estaban dotados de una cantidad proporcional de raciocinio, debían de ser forzosamente la gente más sabia de la tierra. Este pensamiento me produjo tanto alivio que me decidí a continuar adelante hasta que pudiera descubrir alguna casa o aldea o encontrar a alguno de los naturales, dejando a los dos caballos que

platicaran juntos como les viniera en gana. Pero el primero, rucio rodado él, advirtiéndome que me escabullía, relinchó hacia mí en un tono tan expresivo que se me pareció que entendí lo que me quería decir, así que me volví y me acerqué a él en espera de más órdenes, pero ocultando el miedo cuanto me era posible, pues empezaba a preocuparme un poco cómo terminaría esta aventura; y el lector podrá fácilmente creer que la situación no era muy de mi gusto.

Los dos caballos se me acercaron, mirándome muy adustos la cara y las manos. El corcel rucio me palpó el sombrero todo alrededor con la pezuña de la mano derecha y lo desaliñó tanto que hube de ajustármelo mejor después de quitármelo y componerlo, de lo cual él y su compañero, un bayo pardo, parecieron bastante sorprendidos; el segundo me tentó el faldón de la casaca, y notando los dos que colgaba suelto a mi alrededor, dieron nuevas muestras de admiración. Me acarició la mano, a lo que creo sorprendido por la suavidad y color, pero me la cogió con tanta fuerza entre la pezuña y la cuartilla que el apretón me obligó a chillar, tras lo cual los dos me tocaron con toda la delicadeza de que eran capaces. Grande fue su perplejidad a cuenta de mis zapatos y medias, que tocaron varias veces lanzándose relinchos uno a otro y haciendo varios gestos no muy diferentes a los de un filósofo que tratara de explicar un fenómeno nuevo y complicado.

En conjunto la conducta de estos animales era tan formal y racional, tan perspicaz y juiciosa, que finalmente concluí que debían de ser forzosamente magos que habían elegido tal metamorfosis con algún propósito, y que al ver a un forastero en el camino habían decidido distraerse con él; o tal vez estaban realmente pasmados de ver a un hombre en atuendo, estampa y continente tan distintos de aquellos que probablemente habitaban tan remotas latitudes. Fortalecido con este pensamiento me atreví a dirigirme a ellos de esta manera: «Caballeros: Si son ustedes encantadores, según tengo buenos motivos para creer, podrán entender cualquier idioma; así pues, me permito informar a sus señorías que soy un pobre inglés desgraciado a quien el infortunio ha arrastrado hasta sus costas, y suplico que uno de ustedes me permita cabalgar a sus lomos, como si fuera caballo de verdad, hasta alguna casa o aldea donde puedan socorrerme. En pago de tal favor le daré como regalo este cuchillo y brazalete» (y los sacaba del bolsillo).

Permanecieron en silencio los dos animales mientras les hablaba, escuchando, según parecía, con gran atención; y terminado que hube, relincharon repetidamente uno hacia el otro como ocupados en seria conversación. Claramente noté que su lengua expresaba muy bien las pasiones, y que con poco trabajo las palabras podían reducirse a un alfabeto, más fácilmente que las del chino.



Podía distinguir a menudo la palabra *yahoo*, que cada uno de ellos repitió varias veces; y aunque me era imposible adivinar lo que significaba, mientras los dos caballos estaban metidos en conversación, procuré practicar esa palabra en mi lengua; y en cuanto se callaron, audazmente dije *yahoo* en voz alta, imitando al mismo tiempo y tan fielmente como pude el relincho de un caballo; a esto los dos se asombraron mucho y el rucio repitió la misma palabra dos veces como si quisiera enseñarme a pronunciarla bien, y yo la dije tras él como mejor pude, y noté claramente que mejoraba cada vez, aunque estaba muy lejos de cualquier matiz de perfección. Luego el bayo me puso a prueba con una segunda palabra mucho más difícil de pronunciar, pero que reducida a la *ortografía* inglesa

puede escribirse así: *houyhnhnm*. No me acompañó tanto éxito como en la primera, pero después de dos o tres intentos más hubo mejor suerte y los dos parecieron asombrados de mi capacidad.

Tras alguna plática más, que entonces supuse se refería a mí, los dos amigos se despidieron con la misma cortesía de golpearse las pezuñas uno a otro; y el rucio me hizo señas para que caminara delante de él, a lo cual consideré prudente obedecer hasta que encontrara mejor guía. Cuando iba como a aflojar el paso él gritaba: *hhuun, hhuun*. Conocía yo lo que quería decir y le daba a entender como mejor podía que me encontraba cansado y me era imposible caminar más deprisa, ante lo cual se paraba un rato para dejarme descansar.

Capítulo 2

Un houyhnhnm lleva a su hogar al autor. Descripción de la casa. Acogida que se dispensa al autor. La comida de los houyhnhnms. Afligido por no tener qué comer, el autor es por fin socorrido. Su manera de alimentarse en aquel país.

Después de andar unas tres millas llegamos a una especie de construcción alargada, hecha de maderos clavados en el suelo y entrelazados con zarzo; el tejado era bajo y cubierto de paja. Empecé a sentirme un poco aliviado y saqué unas baratijas de las que los viajeros suelen llevar como dádivas para los indios salvajes de América y otras partes, con la esperanza de que estimularan a la gente de la casa para que me recibieran con amabilidad. Me hizo el caballo una señal para que entrara primero; era una habitación grande con el suelo liso de arcilla, y un pesebre con comederos que se extendía todo a lo largo de uno de los lados. Había tres jacas y dos yeguas, pero no comiendo, y de ellas algunas estaban sentadas sobre las ancas, cosa que me produjo gran asombro; pero más me asombró ver que el resto se ocupaba en tareas domésticas. Estas últimas no parecían sino ganado normal; sin embargo esto venía a confirmar mi primer pensamiento de que un pueblo que podía civilizar de tal modo a animales irracionales tenía necesariamente que aventajar en sabiduría a todas las naciones del mundo. El rucio entró inmediatamente después, impidiendo así cualquier daño que las otras pudieran haberme causado. Les dirigió varios relinchos con gesto autoritario, y las otras le contestaron.

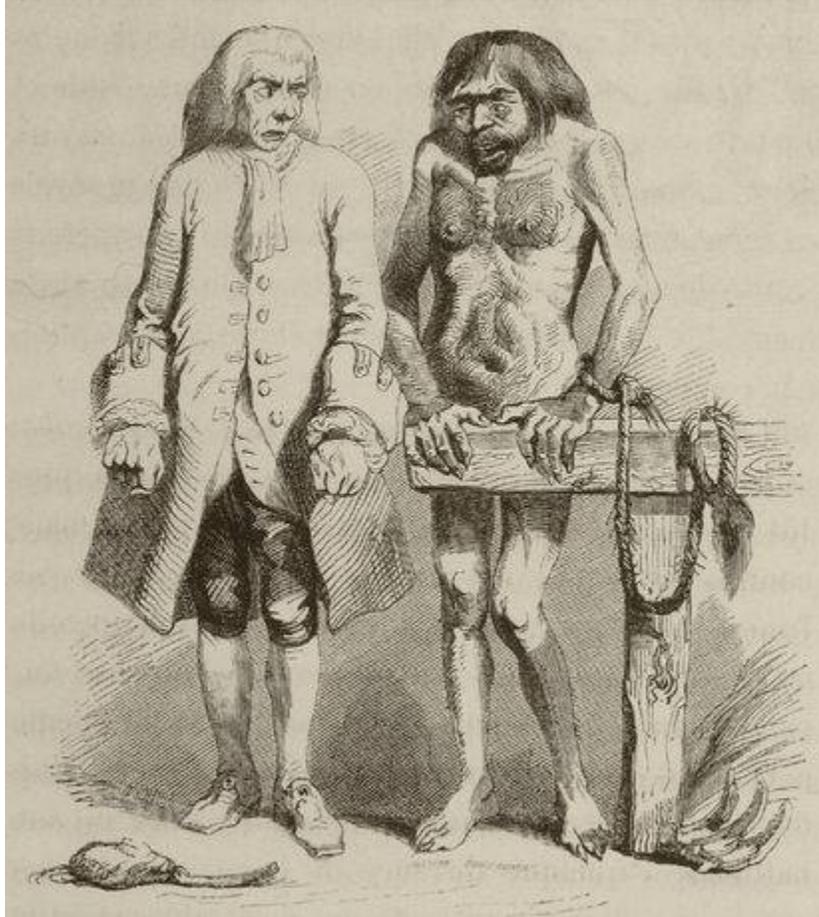
Detrás de esta habitación había otras tres que cubrían el largo de la casa, y a las que se llegaba a través de tres puertas, una enfrente de la otra, como si fuera una galería. Atravesamos la segunda habitación para dirigirnos a la tercera; aquí el rucio entró primero, haciéndome señas para que aguardara. Esperé en la segunda habitación y preparé mis regalos para el dueño y la

dueña de la casa: dos cuchillos, tres brazaletes de perlas falsas, un espejuelo y un collar de abalorios. El caballo relinchó tres o cuatro veces y esperé que se oyera alguna respuesta de voz humana, pero no escuché más réplicas que en el mismo idioma, y sólo una o dos de ellas un poco más chillonas que las tuyas. Me dio por pensar que aquella casa debía de pertenecer a alguna persona de mucha importancia allí, puesto que tanta ceremonia había antes de que pudiera obtener licencia para entrar. Pero que a un hombre notable lo sirvieran sólo caballos iba más allá de mi capacidad de comprensión. Temí que el cerebro se me hubiera trastornado por los padecimientos y las calamidades; di una sacudida para despabilarme, y miré alrededor en la habitación donde me habían dejado solo; estaba amueblada como la primera, sólo que de manera más elegante. Me restregué los ojos una y otra vez, pero seguía viendo los mismos objetos. Confiando que estuviera soñando, me pellizqué en los brazos y costados para despertarme. Llegué entonces a la conclusión categórica de que todas estas visiones no eran más que magia y necromancia. Mas no me dio tiempo a proseguir estas meditaciones, pues el rucio se llegó a la puerta y me hizo un ademán para que lo siguiera a la tercera habitación, en donde vi a una linda yegua junto con un potro y una potra, sentados sobre las ancas en esteras de paja hechas no sin arte, y perfectamente limpias y bien cuidadas.

Poco después de que entrara yo se levantó la yegua de la estera y, acercándose a mí, me echó una ojeada de lo más desdeñosa; se volvió luego al caballo y oí que repetían una y otra vez la palabra *yahoo*, cuyo significado no podía entonces comprender aunque fue la primera que aprendí a pronunciar; pero pronto estuve mejor informado para mi vergüenza más infinita, pues, haciéndome señas con la cabeza y repitiendo la palabra *hhuun*, *hhuun* como lo hiciera en el camino, y que yo entendía como para que fuera a su lado, el caballo me condujo a una especie de patio donde había otro edificio, a cierta distancia de la casa. Allí entramos y allí vi tres de aquellas odiosas criaturas que primero encontré tras desembarcar, que comían raíces y carne de unos animales que posteriormente supe eran asnos y perros, y alguna que otra vez vacas muertas por accidente o enfermedad. Estaban amarradas todas por el cuello con fuertes mimbres

aseguradas a una viga, y la comida la sostenían entre las garras delanteras y la desgarraban con los dientes.

El caballo-amo ordenó a un asturión alazán, criado suyo, que soltara al mayor de aquellos animales y lo sacara al patio. Nos pusieron juntos al bruto y a mí y nos compararon el gesto detenidamente, tanto el amo como el criado, quienes después de esto repitieron varias veces la palabra *yahoo*. Mi horror y asombro no son para ser descritos cuando noté que este abominable animal tenía una perfecta figura humana; cierto que la cara la tenía plana y ancha, la nariz aplastada, gruesos los labios y la boca grande, mas estas diferencias las tienen en común todos los pueblos salvajes, en quienes los rasgos del rostro se deforman porque los nativos permiten que sus niños se arrastren por el suelo, o porque los llevan a cuestas con la carita apretada contra la espalda de la madre. Las patas delanteras del yahoo se distinguían de mis manos en nada más que la longitud de las uñas, la aspereza y lo pardusco de las palmas y la pelambreira del dorso. Igual era el parecido entre nuestros pies, con las mismas diferencias, que yo conocía bien, y no así los caballos, a causa de mis zapatos y medias; iguales en cada parte del cuerpo excepto en lo peludo y el color, que ya he descrito.



El gran problema que parecía preocupar a los dos caballos era ver que el resto de mi cuerpo era tan distinto del de un yahoo, extremo que debía yo a mis ropas, de las cuales ellos no tenían idea; el asturión alazán me ofreció una raíz cogiéndola (en la forma que usan, como describiré en su lugar) entre el casco y el trabadero; la tomé en la mano y tras olfatearla se la devolví con tanta buena educación como pude. Sacó del cuchitril del yahoo un trozo de carne de asno, pero el olor era tan repugnante que me aparté de él asqueado; lo tiró entonces al yahoo, que se lo devoró con avidez. Me ofreció luego un manojuelo de heno y las cernejas de una mano llenas de avena, pero meneé la cabeza indicando que ni uno ni otra eran mi yantar. Y verdaderamente fue entonces cuando descubrí que tendría que morir de hambre si no conseguía llegar a alguien de mi especie, pues por lo que tocaba a aquellos inmundos yahoos, aunque en aquella época pocos me ganaban en amor hacia el género humano, confieso que nunca vi ningún ser capaz de sentir que fuera tan detestable por todos los conceptos; y cuando

más me acerqué a ellos, más odiosos me parecieron mientras permanecí en aquel país. Esto lo notó el caballo-amo por mi conducta, así que mandó al yahoo de vuelta al cuchitril. Se llevó luego la pezuña delantera a la boca, cosa que me sorprendió mucho, aunque lo hizo con desenvoltura y con un gesto que parecía completamente natural, e hizo otras señas como para enterarse de qué era lo que quería comer, pero no pude devolverle respuesta que pudiera entender, y aunque me hubiera entendido, no veía yo cómo podía concebirse procedimiento alguno que me permitiera encontrar alimentos. En esto estábamos cuando vi pasar una vaca, así que apunté hacia ella y expresé mi deseo de que me dejara ir a ordeñarla. Esto surtió su efecto, pues me condujo de vuelta a la casa y ordenó a una yegua sirvienta que abriera una habitación, donde había almacenada en manera muy ordenada y limpia una gran cantidad de leche en recipientes de barro y de madera. Me dio ella una escudilla enorme llena, de la que bebí con buenas ganas, y quedé como nuevo.

Alrededor del mediodía vi que se acercaba a la casa una especie de vehículo tirado por cuatro yahoos como si fuera un trineo. Iba en él un viejo corcel que parecía principal; se apeó con las patas traseras primero, por una lesión que tenía en la mano izquierda a cuenta de un accidente. Venía a comer con nuestro caballo, quien lo recibió con mucha cortesía. Yantaron en la mejor habitación y tomaron de segundo plato avena cocida con leche, que el caballo viejo comió caliente, pero fría los demás. Los pesebres estaban instalados en círculo en el medio de la habitación, y separados en varios compartimentos, alrededor de los cuales se sentaban sobre las ancas en redores de paja. Había en el medio un comedero grande con ángulos que correspondían a cada compartimento del pesebre. De este modo cada caballo y yegua comían su propio heno y frangollo de avena y leche, con gran decoro y propiedad. La conducta del potro y de la potra parecía muy modesta, y la del amo y el ama jovial y obsequiosa hacia su invitado. El rucio me ordenó que me mantuviera de pie a su lado, y tuvieron mucho que decir él y su amigo sobre mí, según noté por las continuas miradas que me dirigía el forastero, y por la frecuencia con que repetían la palabra yahoo.

Por casualidad llevaba los guantes puestos, y como lo notara el amo rucio, se quedó como perplejo dando muestras de admiración por lo que

habría hecho con las patas delanteras; tres o cuatro veces las señaló con el casco como queriendo decir que las volviera a su forma original, lo que hice quitándome los guantes y guardándolos en el bolsillo. Fue esto causa de más conversación y noté que la compañía se sentía complacida con mi conducta, de lo cual pronto vi los buenos resultados. Me ordenaron que dijera las pocas palabras que sabía, y durante la comida el amo me enseñó cómo se decía avena, leche, fuego, agua, y otras cosas que pude pronunciar de corrillo siguiéndolo a él, pues desde mis años jóvenes tuve siempre gran facilidad para aprender lenguas.

Cuando terminó la comida el caballo-amo me llevó aparte y por señas y palabras me dio a entender su preocupación porque no comía nada. En su lengua avena se dice *hlunnh*. Pronuncié esta palabra dos o tres veces, pues aunque la había rechazado al principio, después de pensarlo bien consideré que podría hacer con ella una especie de pan, que con leche pudiera ser suficiente para mantenerme vivo hasta que me fuera posible escapar a algún otro país donde hubiera criaturas de mi propia especie. Ordenó el caballo enseguida a una blanca yegua-sirvienta de su familia que me llevara un buen montón de avena en una como bandeja de madera. La calenté como pude junto al fuego y la estregué hasta que se desprendió el cascabillo, que conseguí aventar, dejando sólo el grano; la molí quebrantándola entre dos piedras y le eché luego agua hasta hacer una pasta o torta, que tosté al fuego y me comí caliente con leche. Al principio resultaba un menú muy insípido, aunque es muy corriente en muchos lugares de Europa, pero fue haciéndose más llevadero con el tiempo; y como muchas veces en la vida me hubiera visto forzado a malcomer, no era éste el primer experimento que hacía sobre lo fácilmente que la naturaleza se satisface. Y debo hacer constar que nunca sufrí ni una hora de enfermedad mientras estuve en aquella isla. Bien es cierto que alguna vez me las arreglé para atrapar un conejo o pájaro con lazos hechos de pelo de yahoo, y a menudo recogía hierbas salutíferas que cocía o comía en ensalada con aquel pan mío, y de vez en cuando, como extraordinario, hacía un poco de mantequilla y bebía el suero. Al principio echaba mucho de menos la sal, mas la costumbre pronto me acomodó a la falta de ella, y estoy convencido de que su uso frecuente entre nosotros es consecuencia del lujo, y se introdujo originalmente sólo para incitar a beber,

excepto cuando es necesaria para conservar carne en los largos viajes o en lugares muy alejados de los grandes mercados. Pues no se observa que ningún animal sea aficionado a ella excepto el hombre; y en cuanto a mí, después de abandonar aquel país, hubo de pasar mucho tiempo para que pudiera aguantar su sabor en cualquier cosa que comía.

Con esto he dicho suficiente sobre el tema de mi régimen alimenticio, del que otros viajeros llenan sus libros, como si a los lectores les importara personalmente si comimos bien o mal. Sin embargo, era necesario mencionar esta cuestión, no fuera a pensar el mundo que me fue imposible encontrar de qué mantenerme durante tres años en tal país y entre tales habitantes.

Al acercarse el atardecer el caballo-amo ordenó que se me dispusiera un lugar para alojarme; no quedaba más que a seis metros de la casa, y separado de la cuadra de los yahoos. Llevé allá un poco de paja y, tapado con mis ropas, dormí profundamente. Pero pronto me aposentaron mejor, como el lector conocerá más adelante, cuando hable de mi modo de vida con más detalle.



Capítulo 3

Aplicándose el autor a aprender la lengua, su amo houyhnhnm colabora en enseñarle. Movidos por la curiosidad varios houyhnhnms de calidad van a ver al autor. Refiere éste a su amo un breve relato de su viaje.

Era mi empeño primordial aprender el idioma, que mi amo (pues así lo llamaré a partir de ahora), sus hijos y cada uno de los criados de su casa deseaban enseñarme, pues consideraban portentoso que un animal irracional diera tales muestras, propias de un ser racional. Apuntaba yo a las cosas y preguntaba cómo se llamaban, y esto lo escribía en mi diario cuando estaba a solas, y enmendaba mi mala pronunciación pidiendo a los de la casa que me las repitieran a menudo. En esta tarea me ayudaba de buena gana un asturión alazán que se contaba entre los criados subalternos.

Cuando hablan lo hacen por la nariz, y su lengua se aproxima al alto holandés o alemán más que a ninguna otra de las que conozco de Europa, aunque ésta es más elegante y preñada de sentido. El emperador Carlos V hizo casi la misma observación cuando dijo que si fuera a hablar a su caballo lo haría en alto holandés^[76].

La curiosidad e impaciencia de mi amo eran tan grandes que empleaba muchas horas de su tiempo libre en instruirme. Estaba convencido (según me contó después) de que yo era un yahoo, pero le asombraban mi capacidad para aprender, urbanidad y aseo, cualidades tan del todo reñidas con aquellos animales. Lo que más perplejo le tenía eran mis ropas, y a veces discurría consigo mismo si formaban o no parte de mi cuerpo; pues nunca me las quitaba hasta que la familia no estaba dormida, y me las ponía antes de que se despertara por la mañana. Se impacientaba mi amo por saber de dónde procedía y cómo adquirí aquellos asomos de razón que mostraba en todos mis actos, y por escuchar mi historia de mis propios

labios, cosa que confiaba pronto sucedería en razón de los grandes adelantos que hacía en aprender y pronunciar sus palabras y frases. Para ayudarme la memoria transcribía todo lo que aprendía usando el alfabeto inglés, y anotaba las palabras con su traducción. Esto último, después de algún tiempo, me atreví a hacerlo en presencia de mi amo. Mucho trabajo me costó explicarle lo que hacía, pues aquel pueblo no tiene la mínima idea de lo que son libros o literatura.

En cosa de dos meses y medio pude entender la mayor parte de las preguntas que me hacía y en tres darle respuestas aceptables. Sentía muchísima curiosidad por saber de qué parte del país salí, y cómo me enseñaron a imitar a una criatura racional, pues los yahoos (a quienes él veía que me parecía exactamente en la cabeza, manos y cara, que era lo único que se me veía), que tenían ciertos visos de astucia y la más acérrima propensión a la maldad, era claro que eran los animales más cerriles de todos. Respondí que llegué por mar de un lugar lejano, junto con muchos otros de mi misma especie, en un gran cuenco hueco hecho de troncos de árboles; que mis compañeros me obligaron a desembarcar en aquella costa y luego me dejaron que me las arreglara por mi cuenta. Con alguna dificultad y ayudándome de muchos gestos pude hacer que me entendiera. Contestó que sin duda me equivocaba o que *decía lo que no era* (pues no tienen palabra en su lengua para expresar la mentira o lo falso); que él sabía que era imposible que hubiera un país allende el mar, o que una manada de animales pudiera llevar un cuenco de madera adondequiera que quisiera sobre el agua. Estaba seguro de que no había houyhnhnm sobre la tierra que pudiera fabricar tal vaso o confiara en yahoos que lo gobernarán.

La palabra *houyhnhnm* en su lengua significa *caballo*, y etimológicamente *lo perfecto de la Naturaleza*. Dije a mi amo que no encontraba palabras para expresarme, pero que mejoraría tan deprisa como pudiera, y que esperaba que en poco tiempo podría contarle cosas maravillosas; él se dignó mandar a su yegua, potro y potra y a los criados de la familia que aprovecharan cualquier oportunidad para enseñarme, y todos los días durante dos o tres horas se empleaba él en idénticos trabajos; varios caballos y yeguas principales del vecindario frecuentaron nuestra casa después de que se corriera la voz de que había un yahoo maravilloso que

podía hablar como un houyhnhnm y parecía mostrar en sus palabras y acciones ciertos vislumbres de razón. Les encantaba charlar conmigo; me hacían muchas preguntas y yo les daba las respuestas que podía. Con todas estas ayudas progresé tanto que cinco meses después de mi llegada podía entender lo que se hablaba, fuera lo que fuese, y podía expresarme bastante bien.

Los houyhnhnms que visitaban a mi amo con el propósito de verme y hablarme apenas podían creer que fuera un verdadero yahoo, pues mi cuerpo tenía una envoltura diferente de la de los otros de mi especie. Les causaba asombro ver que no tenía el pelo y la piel normales, excepto en la cabeza, cara y manos, aunque este secreto se lo revelé a mi amo por una circunstancia que tuvo lugar dos semanas antes.

Ya he dicho al lector que todas las noches, cuando los de la casa se iban a la cama, solía quitarme la ropa y echármela por encima; sucedió que una mañana temprano mi amo mandó al asturión alazán, que era su ayuda de cámara, a buscarme; cuando llegó, estaba yo profundamente dormido y las ropas se me habían caído a un lado y la camisa me quedaba por encima de la cintura. Me desperté con el ruido que hizo y noté que me dio el recado algo turbado, después de lo cual se fue a mi amo y horrorizado le contó muy confusamente lo que había visto; esto lo comprobé enseguida, pues yéndome a pagar mis respetos a Su Señoría en cuanto me vestí, me preguntó qué significaba lo que su criado le había contado de mi apariencia, que no era la misma cuando dormía que en otras ocasiones; que su ayuda de cámara le aseguraba que una parte de mí era blanca, otra amarilla, o al menos no tan blanca, y otra oscura.

Hasta entonces había mantenido en secreto lo de mi vestido por distinguirme cuanto más pudiera de aquella ralea maldita de los yahoos, pero ahora veía que era inútil continuar haciéndolo. Además, pensaba que pronto me quedaría sin traje ni zapatos, que ya iban bastante desmedrados, y tendría que suplirlos, valiéndome de algún arte, con pellejo de yahoo u otros animales; con esto vendría a saberse todo el secreto, así que dije a mi amo que en el país de donde provenía los de mi especie llevaban siempre el cuerpo cubierto con el pelo de cienos animales hábilmente preparado, tanto por decencia como para guardarse de las inclemencias atmosféricas fueran

de calor o frío, de lo cual, y por lo que se refería a mi persona, le daría inmediatamente prueba convincente, si así se dignaba ordenármelo, suplicándole sólo que me excusara si no le enseñaba aquellas partes que la Naturaleza nos ha enseñado a mantener ocultas. Dijo que mis palabras resultaban todas muy extrañas, y en especial la parte final, pues no podía entender cómo la Naturaleza iba a enseñarnos a mantener oculto lo que la Naturaleza había dado; que ni él ni su familia sentían vergüenza de parte ninguna de sus cuerpos, pero que yo podía hacer lo que me pareciera. Tras esto me desabroché la casaca y me la quité. Hice lo mismo con el chaleco, y me saqué los zapatos, medias y calzones. Me bajé la camisa hasta la cintura y, arremangando el pañal, me la sujeté como una faja alrededor del talle para ocultar mi desnudez.



Con grandes muestras de curiosidad y admiración contempló mi amo la operación entera. Una tras otra fue cogiendo todas mis ropas en la cuartilla y las examinó detenidamente; me palpó luego el cuerpo muy suavemente y

me ojeó todo alrededor varias veces, tras lo cual dijo que estaba claro que era un perfecto yahoo, pero que me diferenciaba muchísimo del resto de mi especie por la suavidad, blancura y tersura de la piel, la ausencia de pelo en varias partes del cuerpo, la forma y pequeñez de las garras anteriores y posteriores, y mi afectación de andar siempre sobre las patas traseras. No quiso ver más y me dio permiso para que me pusiera la ropa otra vez, pues estaba tiritando de frío.

Mostré mi desasosiego porque me llamara tan a menudo yahoo, odioso animal hacia el cual sentía aborrecimiento y desprecio tan inmensos; le supliqué se abstuviera de emplear aquella palabra conmigo, y que mandara hacer lo mismo a su familia y a los amigos a quienes permitía que me vieran. Le pedí asimismo que el secreto de que llevaba una envoltura postiza sobre el cuerpo no lo supiera nadie excepto él, al menos en lo que duraran las ropas que tema, pues en cuanto a lo que su asturión alazán había visto, Su Señoría podía ordenarle que lo encubriera.

A todo esto accedió mi amo muy amablemente y así se guardó el secreto hasta que las ropas empezaron a deteriorarse y me vi obligado a reemplazarlas por varios ingeniosos procedimientos que mencionaré más adelante. Me rogó que mientras tanto continuara aprendiendo su idioma con la máxima aplicación, pues a él le asombraba más mi capacidad para hablar y razonar que la forma de mi cuerpo y si estaba cubierta o no; y añadió que esperaba con cierta impaciencia el momento de poder escuchar las maravillas que había prometido contarle.

A partir de entonces redobló sus trabajos para enseñarme. Me introducía a toda clase de compañías y les hacía tratarme con cortesía, pues, como les decía en privado, eso me ponía de buen humor y me hacía más divertido.

Todos los días cuando le guardaba compañía, además del trabajo que se tomaba en enseñarme, con lo cual había va adquirido ciertas ideas generales aunque muy imperfectas sobre mí, solía hacerme preguntas relacionadas conmigo, que le contestaba a lo mejor que podía. Sería aburrido referir las distintas etapas que me llevaron a conseguir una conversación más fluida, mas el primer relato que de mí pude hacerle, tanto en estructura como en extensión, fue como sigue:

Que llegué de un país muy lejano, tal y como ya había tratado de decirle, con unos cincuenta más de mi especie; que viajamos sobre los mares en un gran cuenco hueco de madera, más grande que la casa de Su Señoría. Describí el navío en los mejores términos que pude y le expliqué, ayudándome con el pañuelo extendido, cómo lo empujaba el viento; que tras una riña que tuvimos me desembarcaron en aquella costa, desde donde eché a andar sin saber adónde, hasta que él me libró de la persecución de aquellos execrables yahoos. Me preguntó que quién hizo el barco, y cómo era posible que los houyhnhnms de mi país dejaran que lo gobernaran animales. Mi respuesta fue que no me atrevía a proseguir con mi relato a menos que me diera su palabra de honor de que no se ofendería, y entonces le contaría las maravillas que le había prometido. Aceptó y continué, asegurándole que el barco lo habían hecho criaturas como yo, que eran, en todos los países donde había viajado, así como en el mío, los únicos animales que gobernaban y los únicos que eran racionales; y que al llegar allí me quedé tan pasmado de ver que los houyhnhnms procedían igual que seres racionales, como él o sus amigos pudieran estarlo al descubrir ciertos ribetes de razón en una criatura que él tenía el gusto de llamar yahoo, animal a quien admitía que me parecía en todo, pero no podía responder de su naturaleza degenerada y brutal. Añadí que si la buena suerte me devolvía alguna vez a mi patria para poder contar mis viajes hasta aquella tierra, según me proponía, todo el mundo creería que *decía lo que no era* y que era un cuento que me había sacado de la cabeza; y que, con todos los respetos posibles hacia él, su familia y amigos, y amparado en su promesa de que no se ofendería, mis compatriotas apenas creerían que fuera probable que un houyhnhnm fuera el ser principal de un pueblo, y un yahoo el bruto.

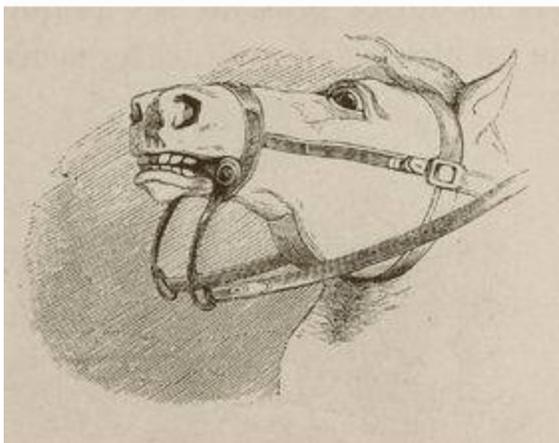
Capítulo 4

La noción que de lo verdadero y lo falso tienen los houyhnhnms. Reprueba el amo el relato del autor. Da éste más detallada noticia de sí mismo y de las incidencias de su viaje.

Me escuchó mi amo con vivas muestras de desasosiego en el rostro, pues el *dudar* y el *no creer* son tan poco conocidos en aquel país que los habitantes no encuentran palabras para proceder en tales circunstancias. Y recuerdo que en mis frecuentes conversaciones con mi amo sobre la naturaleza humana en otras partes del mundo, cuando se presentaba la ocasión de hablar sobre la *mentira* y la *impostura*, sucedía que se le hacía muy difícil comprender lo que quería decirle, aunque por otra parte su capacidad de juicio era de lo más penetrante. Pues razonaba así: La utilidad del lenguaje reside en hacer que nos entendamos unos a otros y que recibamos información sobre lo real; ahora bien, si alguien *dice lo que no es*, estos objetivos se destruyen, pues en propiedad no se puede decir de mí que entiendo a otro si se queda tan corto de darme información que al final me deja en peor situación que la ignorancia, pues me hace creer que algo es *negro* cuando es *blanco* y *corto* cuando es *largo*. Y éstas eran todas las nociones que tenía sobre la facultad de *mentir*, tan perfectamente entendida y tan universalmente practicada entre las humanas criaturas.

Volviendo al hilo del discurso: Cuando afirmé que los yahoos eran los únicos animales dominantes en mi país, cosa que a mi amo no le entraba en la cabeza, según dijo, quiso saber si había houyhnhnms entre nosotros, y cuál era su ocupación. Le dije que teníamos en grandes cantidades, que en el verano pacían en los campos, y en el invierno se los mantenía en casas con heno y avena, donde se empleaba a criados yahoos para atezarles la piel, peinarles las crines, limpiarles las pezuñas, servirles la comida y prepararles el lecho. «Bien te entiendo —dijo mi amo— que bien claro está

por todo lo que has dicho que cualquiera que sea la cantidad de inteligencia que los yahoos pretenden tener, vuestros amos son los houyhnhnms. De todo corazón desearía que nuestros yahoos fueran igual de dóciles». Rogué a Su Señoría que por favor me excusara de seguir adelante, pues estaba seguro de que el relato que de mí esperaba sería sumamente desagradable, pero me instaba una y otra vez a que le hiciera saber lo mejor y lo peor. Dije que se haría su voluntad. Reconocí que los houyhnhnms entre nosotros, a quienes llamábamos *caballos*, eran los animales de mejor estirpe y más hermosos que teníamos, que se distinguían por su fuerza y celeridad; y a los que pertenecían a gente de bien, que los utilizaba para hacer viajes, participar en carreras y tirar de calesines, se los trataba con mucha bondad y cuidados, hasta que sucumbían a alguna enfermedad o quedaban cojos de los cascos; pero luego se los vendía y dedicaba a toda suerte de labores penosas hasta que morían, tras lo cual se les arrancaba la piel, que se vendía por lo que dieran, y el cuerpo se dejaba que lo devoraran perros y aves de rapiña. Pero la raza de caballos corriente no tenía tan buena suerte, pues los cuidaban labrantines, arrieros y otra genticilla, que los sometían a duros trabajos y peor alimentación. Describí como mejor pude cómo cabalgamos, la forma y utilidad de la brida, la silla, la espuela y la fusta, y la de los arreos y las ruedas.

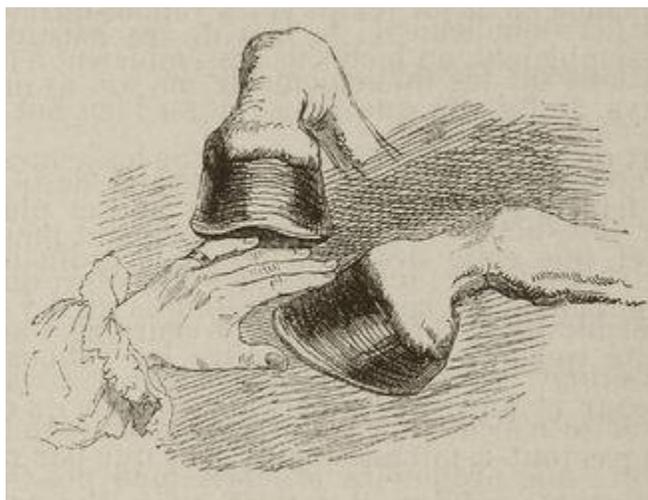


Añadí que les sujetamos planchas de una cierta substancia dura llamada *hierro* en la base de las pezuñas para evitar que los cascos se rompan en los caminos pedregosos por los que solemos viajar.

Tras algunas expresiones de gran indignación, se preguntaba mi amo cómo nos atrevíamos a subir a lomos de un houyhnhnm, pues estaba convencido de que el más flojo de los criados de su casa podría quitarse de encima al más fuerte de los yahoos o aplastar a ese animal hasta matarlo echándose al suelo y revolcándose. Repliqué que a nuestros caballos se los amaestra hasta los tres o cuatro años en los varios trabajos para los que los destinamos; que si alguno de ellos resulta ser excesivamente arisco se lo emplea en el acarreo, que se les pega cuando son jóvenes por cualquier travesura, que a los machos destinados a los usos corrientes de montar y tirar se los *castra* normalmente unos dos años después de nacer para bajarles los humos y hacerlos más mansos y apacibles, que incluso saben lo que son recompensas y castigos, pero que Su Señoría se dignara considerar que no poseen la más mínima tintura de razón, ni más ni menos que los yahoos de aquel país.

Me costó el esfuerzo de muchos circunloquios dar a mi amo idea correcta de lo que le contaba, pues su idioma no tiene gran variedad de palabras, porque sus necesidades y pasiones son menos que las nuestras. Mas es imposible describir el noble resentimiento que mostró por el trato salvaje que damos a la raza houyhnhnm, especialmente después de que le expliqué el procedimiento y utilidad de la *castración* de nuestros caballos, para impedir que se propague su especie y para acomodarlos más a nuestro servicio. Dijo que si era posible que hubiera algún país donde sólo los yahoos estuvieran dotados de razón, tendrían que ser sin duda los animales dominantes, pues con el tiempo la razón siempre prevalecerá sobre la fuerza bruta. Mas considerando la hechura de nuestro cuerpo, y la del mío en particular, pensaba que ninguna criatura de igual bulto estaba tan mal diseñada para emplear aquella razón en las habituales ocupaciones de la vida; tras lo cual quiso saber si aquellos entre quienes yo vivía se parecían a mí o a los yahoos de su país. Le aseguré que estaba tan bien formado como la mayoría de los de mi edad, pero que las crías y las hembras eran mucho más blandas y tiernas, y la piel de las últimas por lo general blanca como la

leche. Dijo que sin duda era distinto de otros yahoos, pues era mucho más aseado y no del todo tan deforme, pero en cuanto a verdaderas ventajas pensaba que llevaba todas las de perder: mis uñas eran inútiles tanto en mis patas delanteras como traseras; en cuanto a las delanteras no podía propiamente darles tal nombre, pues nunca me veía andar sobre ellas;



eran demasiado blandas para aguantar el suelo, por lo general las llevaba descubiertas, y la envoltura que a veces llevaba en ellas no era ni de la misma forma ni tan fuerte como la de las traseras; y no podía caminar con ninguna clase de despreocupación, pues si tropezaba con una de las traseras, inevitablemente tenía que caerme. Empezó luego a sacar faltas a otras partes de mi cuerpo: lo aplastado de la cara, lo prominente de la nariz, el emplazamiento de los ojos, justamente hacia adelante, de modo que me era imposible mirar a un lado u otro sin volver la cabeza, y añadió que era incapaz de alimentarme por mí mismo sin tener que llevarme las patas delanteras a la boca, y que por tanto la Naturaleza había dispuesto aquellas articulaciones en respuesta a tal necesidad. No se explicaba cuál podía ser la utilidad de aquellas hendeduras y particiones en cada una de mis patas traseras, que decía eran demasiado blandas para aguantar la dureza y las aristas de las piedras si no llevaba una envoltura hecha de la piel de algún otro animal; que mi cuerpo entero carecía de un abrigo contra el calor y el frío, abrigo que me tenía que poner y quitar cada día, fastidiado y aburrido; y finalmente que veía que todo animal en aquel país aborrecía de manera

natural a los yahoos, a quienes los más débiles esquivaban y los más fuertes huían; de modo que, suponiendo que poseyéramos el don de la razón, no podía entender cómo era posible curar aquella antipatía natural que toda criatura mostraba hacia nosotros, ni por consiguiente cómo podíamos domarlos y hacer que nos sirvieran. Sin embargo, según dijo, no debatiría esta cuestión más, porque prefería conocer mi propia historia, el país donde nací y los varios hechos y acontecimientos de mi vida antes de llegar allá.

Le aseguré que ansiaba muchísimo darle satisfacción en cada detalle, pero que mucho dudaba que me fuera posible explicarme sobre varias cosas de las que Su Señoría no tenía idea, pues en su país no veía yo nada con que pudiera compararlas; que no obstante haría lo que pudiera, esforzándome para expresarme por medio de símiles, y solicitaba humildemente su colaboración cuando me faltaran palabras idóneas, cosa que tuvo a bien prometerme.

Dije que nací de padres honrados en una isla llamada Inglaterra que estaba muy lejos de su país, a tantos días de camino como los que el más fuerte de los criados de Su Señoría podría viajar en el anual curso del sol; que me habían dado carrera de médico, cuyo oficio es curar heridas y lesiones del cuerpo, que las causan los accidentes y la violencia; que mi país lo gobernaba un hombre hembra a quien llamamos *Reina*. Que yo lo abandoné en busca de riquezas, con las que me mantendría yo y mi familia cuando regresara. Que en mi último viaje era capitán de barco y tenía bajo mis órdenes a unos cincuenta yahoos, muchos de los cuales murieron mientras navegábamos y me vi obligado a reponerlos con otros extraídos de diferentes naciones. Que el barco estuvo en peligro de hundirse en dos ocasiones, la primera a cuenta de un temporal, y la segunda al chocar contra un escollo. Aquí me interrumpió mi amo preguntándome cómo pude convencer a gente extranjera de diferentes países a que se aventuraran a ir conmigo, después de las pérdidas que había sufrido y los riesgos que había corrido. Le dije que eran individuos de desesperada fortuna, obligados a huir de su lugar de nacimiento a causa de la pobreza o de sus crímenes. A algunos los había arruinado un pleito de leyes; otros gastaban todo lo que tenían en beber, putañear y jugar; otros huían por traición; muchos por asesinato, hurto, envenenamiento, atraco, perjurio, falsificación y acuñación

de moneda falsa; por haber cometido violación o sodomía, abandonado su bandera o desertado al enemigo; y la mayoría se había fugado de la prisión; ninguno de ellos se atrevía a volver a su patria por temor de ser colgado o de morir de hambre en la cárcel, y así se veían en la necesidad de buscarse la vida en otras partes.

Durante este relato mi amo tuvo el gusto de interrumpirme a menudo. Había usado muchos circunloquios para explicarle la naturaleza de los varios crímenes por los que los más de nuestra tripulación se habían visto forzados a huir de su país. Esta tarea nos ocupó varios días de conversación, antes de que llegara a entenderme. No encontraba manera de explicarse cuál era el provecho o la necesidad de entregarse a aquellos vicios. Para aclararle esto procuré darle alguna idea de lo que es el deseo de poder y riquezas, de los terribles efectos de la lujuria, la intemperancia, la mala voluntad y la envidia. Todo esto me veía obligado a definirlo y describirlo poniendo ejemplos y haciendo suposiciones. Tras lo cual él, como aquel cuya imaginación se impresionara con algo nunca antes visto u oído, levantaba los ojos asombrado e indignado. El poder, el gobernar, la guerra, la ley, el castigo y un millar de otras cosas carecían de vocablos con que aquel idioma pudiera expresarlas, lo cual hacía casi insalvable la dificultad de dar a mi amo una idea de lo que quería decirle. Pero como fuera de elevado entendimiento, al que mucho enriquecían la contemplación y el diálogo, por fin llegó a tener un conocimiento adecuado de lo que la naturaleza humana de nuestra parte del mundo es capaz de hacer, y me pedía le diera alguna referencia peculiar de aquella tierra que llamamos Europa y en especial de mi propio país.

Capítulo 5

En el que el autor, a instancias de su amo, le informa de la situación en Inglaterra. Las causas de la guerra entre los soberanos de Europa. Comienza el autor a explicar la Constitución inglesa.

Podrá observar el lector que la selección que sigue de numerosas conversaciones que con mi amo mantuve, contiene un resumen de los asuntos más importantes que tratamos en diferentes ocasiones durante dos años largos, teniendo en cuenta que Su Señoría frecuentemente solicitaba satisfacción más completa según mejoraba yo en el uso de la lengua houyhnhm. Le expuse como mejor pude la situación general de Europa; dije del comercio y la industria, de las artes y las ciencias; y las respuestas que daba a todas las preguntas que me hacía, pues surgían de temas diferentes, constituían un caudal de conversación inagotable. Mas consignaré aquí solamente el meollo de lo que discurrió entre nosotros a propósito de mi país, poniéndolo en orden como mejor pueda, sin preocuparme para nada de la ocasión u otras circunstancias, aunque rigurosamente ateniéndome a la verdad. Mi única preocupación es que apenas si podré hacer justicia a los argumentos y expresiones de mi amo, que necesariamente perderán debido a mi falta de talento y a tener que traducirlas a nuestro bárbaro idioma.

Obedeciendo pues a la voluntad de Su Señoría, le conté lo de la revolución bajo el Príncipe de Orange, la larga guerra con Francia iniciada por este Príncipe y renovada por su sucesora, la Reina actual, en la que las más grandes potencias de la Cristiandad se vieron envueltas, y aún continúa^[77]; calculé, a instancias suyas, que aproximadamente un millón de yahoos pudo haber muerto en su transcurso, y quizá cien ciudades o más fueron conquistadas, y cinco veces más los barcos quemados o hundidos.

Me preguntó cuáles eran las causas o motivos habituales que llevaban a un país a entrar en guerra con otro. Respondí que eran innumerables, pero que mencionaría sólo unos cuantos de los principales. Unas veces la ambición de los soberanos, que nunca creen tener tierra o gente suficiente para gobernar; otras, la corrupción de los ministros, que meten a su señor en una guerra para ahogar o disimular los gritos de los súbditos contra su perniciosa administración. La diferencia de pareceres ha costado muchos millones de vidas; por ejemplo, que si la *carne* es *pan* o el *pan carne*, que si el zumo de una cierta *baja* es *sangre* o *vino*, que si *silbar* es un vicio o una virtud, que si es mejor *besar un madero* o arrojarlo al fuego, que si el mejor color de *túnica* es *negro* o *blanco*, o *rojo* o *gris*, y si debiera ser *largo* o *corto*, *estrecho* o *ancho*, *sucio* o *limpio*, y muchas cosas más^[78]. Y no hay una guerra tan furibunda y sangrienta ni de tan larga duración como aquellas que causa la diferencia de pareceres, especialmente si se trata de cosas insignificantes.

Algunas veces la disputa entre dos soberanos es para dirimir quién de ellos dispondrá a un tercero de sus dominios, a los cuales ninguno de ellos puede invocar derecho alguno. Otras veces un soberano se pelea con otro por temor de que el otro se pelee con él. Unas veces se va a la guerra porque el enemigo es demasiado *fuerte* y otras porque es demasiado *débil*. A veces nuestros vecinos *quieren* las *cosas* que nosotros *tenemos*, o *tienen* las *cosas* que nosotros *queremos*, así que luchamos hasta que se llevan lo nuestro o nos dan lo suyo. Una causa muy justificada de guerra es invadir un país después de que el hambre ha consumido a la población o la peste la ha devastado, o las facciones internas la han confundido. Está justificado iniciar una guerra contra nuestro aliado más cercano cuando una de sus ciudades está situada en lugar conveniente para nosotros, o hay una comarca o territorio que podría redondear y consolidar nuestros dominios. Si un soberano envía tropas a una nación cuya población es pobre e ignorante, puede lícitamente dar muerte a la mitad de ellos y esclavizar al resto por mor de civilizarlos y redimirlos de su bárbaro estilo de vida. Es muy digno de un rey, muy honorable y muy frecuente que cuando un soberano solicita la ayuda de otro para que lo proteja de una invasión, el auxiliador, tras expulsar al invasor, se apodere él mismo del territorio y

mate, encarcele o destierre al soberano que fue a socorrer. Las alianzas de sangre o casamiento son causa suficiente para la guerra entre soberanos y, cuanto más cercano el parentesco, más dispuestos están a la pelea. Las naciones *pobres* pasan *hambre*, las *ricas* son *orgullosas*; el orgullo y el hambre siempre se llevarán mal. Por estas razones el oficio de *soldado* se tiene como el más honrado de todos, pues un *soldado* es un yahoo contratado para matar a sangre fría a tantos de su especie, que nunca le han hecho mal, como le sea posible.

Hay asimismo en Europa una especie de soberanos mendicantes, incapaces de hacer la guerra por sí mismos, que se dedican a alquilar sus tropas a naciones más ricas a un tanto diario por hombre; de esto ellos se guardan tres cuartas partes, y es la porción más pingüe de su mantenimiento; tales los hay en Alemania y otras partes del norte de Europa.

«Lo que me cuentas —dijo mi amo— sobre el tema de la guerra, indudablemente muestra del modo más admirable los efectos de aquella razón que os atribuí; sin embargo, por suerte, la *vergüenza* es mayor que el peligro, y la Naturaleza os ha incapacitado completamente para causaros mucho daño, pues como la boca os queda plana con la cara, apenas si podéis morderos unos a otros con ningún propósito, a menos que con consentimiento. Luego, por lo que se refiere a las garras de vuestras patas delanteras y traseras, las tenéis tan cortas y delicadas que uno de nuestros yahoos haría correr a una docena de vosotros. Así que no puedo sino creer que al calcular el número de los que han muerto en batalla has *dicho lo que no es*».

No pude menos de hacer un movimiento de cabeza y sonreír levemente ante su ignorancia. Y como no soy lego en el arte de la guerra, le describí cañones, culebrinas, mosquetes, carabinas, pistolas, balas, pólvora, espadas, bayonetas, batallas, asedios, retiradas, ataques, minas, contraminas, bombardeos, batallas navales; barcos hundidos con mil hombres, veinte mil muertos de cada lado; quejidos de muerte, miembros volando por el aire, humo, ruido, confusión, morir pateado bajo los cascos de los caballos; fuga, persecución, victoria; campos sembrados de cadáveres abandonados para comida de perros y lobos y aves de rapiña; expoliación, saqueo, violación,

incendio y destrucción. Y para destacar el valor de mis queridos compatriotas le aseguré que los había visto hacer volar a cien enemigos a la vez en un asedio, y a otros tantos en un navío, y presenciado cómo los cuerpos sin vida caían en trozos de las nubes para gran divertimento de todos los presentes.

Iba a continuar con más detalles, cuando mi amo me ordenó que me callara. Dijo que quienquiera que conociera la naturaleza de los yahoos podría fácilmente creer en la posibilidad de que un animal tan perverso fuera capaz de cada una de las acciones que había mencionado, si su fuerza y su ingenio igualaban su mala voluntad. Pero que como mi discurso hubiera intensificado su aborrecimiento de la especie entera, notaba que eso le turbaba la razón, cosa que antes desconocía por completo. Creía que como sus oídos no estaban acostumbrados a palabras tan abominables, sería posible que poco a poco las recibieran con menos aversión; que aunque odiaba a los yahoos de su país, no les censuraba por sus repugnantes cualidades más que a un *gnnayh* (ave de rapiña) por su crueldad, o a una piedra puntiaguda por causarle un corte en la pezuña. Pero que cuando una criatura que pretendía estar dotada de razón era capaz de tales enormidades, le horrorizaba pensar que la corrupción de tal facultad pudiera ser peor que la misma brutalidad. Se mostraba pues seguro de que en vez de razón estábamos únicamente poseídos por alguna propiedad conducente a aumentar nuestros vicios naturales, de la misma manera que el reflejo de un arroyo agitado devuelve la imagen de un cuerpo deforme, no sólo *mayor*, sino más *deformada*.

Añadió que había oído demasiado sobre el tema de la guerra, tanto en éste como en otros anteriores discursos. Había ahora otra cuestión que lo tenía un poco perplejo: yo había dicho que algunos de nuestra tripulación abandonaron su país porque los había arruinado la *ley*; que ya le había explicado el significado de tal palabra, pero que no entendía cómo acontecía que la *ley*, cuya finalidad era proteger a *todos* los hombres, podía ser la ruina de nadie. Rogaba pues que le diera mejor satisfacción sobre lo que quería decir por *ley* y los administradores de ella, basándome en la situación actual de mi país; pues creía él que la Naturaleza y la Razón eran

guías suficientes para enseñar a un animal racional, como pretendíamos ser nosotros, qué cosas debían hacerse y cuáles evitar.

Aseguré a Su Señoría que la ley era una ciencia en la que no me había movido mucho, excepto para contratar en balde a unos abogados a raíz de ciertas injusticias que se me habían hecho; no obstante le satisfaría tan cumplidamente como pudiera.

Dije que había entre nosotros una asociación de hombres a quienes se adiestra desde que son jóvenes en el arte de demostrar con palabras, multiplicadas para tal propósito, que lo blanco es negro y lo negro blanco, según la paga que reciben. El resto de la población es esclava de esta asociación. Por ejemplo, si a mi vecino se le antoja una vaca mía, contrata a un abogado para que demuestre que tiene derecho a que le dé la vaca. Entonces tengo que contratar a otro para defender mis derechos, ya que va contra todas las reglas de la ley permitir que cualquiera se defienda a sí mismo. Ahora bien, en tal caso, yo, el verdadero propietario, me encuentro con dos graves inconvenientes. Primero, mi abogado, que se ha ejercitado casi desde la cuna en defender la falsedad, se encuentra fuera de su elemento a la hora de abogar por la justicia, que como es para él actividad contraria a su naturaleza, la acomete siempre con mucha desmaña, si no con mala voluntad. El segundo inconveniente es que mi abogado tiene que proceder con mucha cautela o, si no, los jueces lo reconvendrán y sus colegas lo aborrecerán como si degradara el ejercicio de las leyes. Así pues, tengo sólo dos maneras de quedarme con la vaca. La primera es comprar al abogado de mi rival doblándole los honorarios, y él traicionará entonces a su cliente insinuando que la justicia está de su parte. La segunda es que mi abogado haga que mi posición parezca lo más injusta que pueda, admitiendo que la vaca pertenece a mi adversario; y si esto lo lleva a cabo con pericia, será seguro indicio del favor del tribunal.

Ahora bien, sabrá Su Señoría que estos jueces son personas designadas para decidir todos los desacuerdos sobre propiedad, así como para juzgar a los criminales, y son elegidos de entre los abogados más diestros que se han ido haciendo viejos o perezosos, y como han pasado toda la vida predispuestos contra la verdad y la equidad, están sometidos a una fatalidad tan irrefragable de favorecer el fraude, el perjurio y la tiranía, que yo he

conocido cómo varios de ellos rechazaban una generosa propuesta de soborno de la parte que tenía de su lado la justicia, por no ofender a la *profesión* haciendo algo indigno de su naturaleza u ocupación.

Entre estos abogados es artículo de fe que todo lo que se ha hecho anteriormente puede hacerse igualmente otra vez, y así toman especial cuidado en registrar todas las decisiones que con anterioridad se han tomado contra la justicia consuetudinaria y el sentido común del género humano. Éstas, bajo el nombre de *precedentes*, las aducen como autoridades para justificar las opiniones más inicuas; y los jueces nunca dejan de disponer en este sentido.

En los alegatos cuidadosamente evitan considerar los *méritos* de la causa, mas se explayan con gritos, vehemencia y tediosidad sobre todas las *circunstancias* que no hacen al caso. Por ejemplo, en la causa antedicha, nunca querrán saber qué derecho o título tiene mi rival a mi vaca, sino si la vaca era bermeja o negra, con los cuernos largos o cortos; si pacía en un campo redondo o cuadrado, si la ordeñaban dentro de casa o fuera, y qué enfermedades tenía y cosas similares; tras lo cual consultarán los *precedentes*, aplazarán la vista de vez en cuando, y en diez, veinte o treinta años llegan a una conclusión.

Debe observarse asimismo que esta asociación posee una jerigonza y argot peculiares, que ningún otro mortal puede entender, y en los que están escritas todas las leyes, que ellos toman especiales cuidados en multiplicar; con esto han confundido totalmente la verdadera esencia de la verdad y la falsedad, de lo que está bien y lo que está mal, de modo que tardarán treinta años en decidir si el campo que heredé a través de seis generaciones de mis antepasados me pertenece a mí o a un extraño de a trescientas millas.

En el juicio de personas acusadas de crimines contra el Estado el procedimiento es mucho más breve y loable: el juez primeramente manda a alguien a tantear el talante de los que están en el poder, tras lo cual puede fácilmente colgar o salvar al delincuente, ateniéndose rigurosamente a todos los formalismos de la ley.

Aquí mi amo, cortándome, dijo que era una pena que criaturas dotadas de tan extraordinarias aptitudes intelectuales como estos abogados deben de estarlo, por el retrato que de ellos le hacía, no se sintieran más bien

alentados a instruir a otros en la sabiduría y el conocimiento. En respuesta de lo cual aseguré a su Señoría que en todos los asuntos ajenos a su propia profesión eran en general la clase más ignorante y estúpida entre nosotros, la más despreciable en el trato común, enemigos declarados de todo saber y cultura, inclinados a pervertir el sentido común del género humano, tanto en el campo de su profesión como en cualquier otro tema de disertación.



Capítulo 6

En el que se continúa la descripción del estado de Inglaterra. El carácter de primer ministro.

Todavía no podía mi amo explicarse de ninguna manera qué razones podían inducir a esta casta de los abogados a atribularse, desvivirse y fatigarse involucrándose en una conjuración de injusticia por el mero motivo de perjudicar a sus hermanos animales; ni podía comprender a qué me refería al decir que lo hacían por *contrato*. Después de esto me las vi y deseé para explicarle la función del *dinero*, los materiales de que está hecho y el valor de los metales, añadiendo que cuando un yahoo tiene gran acopio de esa preciosa substancia puede adquirir cualquier cosa que se le antoje, las ropas más elegantes, las casas más señoriales, grandes extensiones de terreno, los manjares y bebidas más costosos y elegir las hembras más hermosas. Así pues, como sólo con *dinero* pueden realizarse todas esas hazañas, a nuestros yahoos nunca les parece que tienen suficiente para gastar y ahorrar, ya que por naturaleza son propensos o a la prodigalidad o a la avaricia. Los ricos gozan el fruto del trabajo de los pobres, que se encuentran en la proporción de mil a uno respecto a aquéllos. La mayoría de nuestra gente se ve obligada a vivir en la miseria, trabajando todos los días por un salario escaso, para que unos pocos vivan en la abundancia.



Mucho me extendí en éste y otros detalles al efecto, mas Su Señoría todavía no estaba muy convencido, pues se ceñía a su suposición de que todos los animales tienen derecho a su parte de los frutos de la tierra, y especialmente aquellos que rigen a los demás. Me pedía por tanto que le dijera qué manjares costosos eran aquellos, y cómo sucedía que uno cualquiera de nosotros pudiera necesitarlos. Así que le enumeré tantas variedades como me vinieron a la memoria, y las distintas formas de condimentarlas, cosa que no podía hacerse sin enviar naves sobre el mar a todas las partes del mundo, igual que se hacía con los licores para beber, salsas y otras innumerables cosas de gusto. Le aseguré que había que dar al menos tres vueltas completas a la esfera de la tierra antes de encontrar desayuno para una de nuestras hembras yahoos de la mejor clase, o una taza donde ponerlo. Dijo que necesariamente debe de ser un país desgraciado aquel que no puede suministrad comida a sus propios habitantes; pero que lo que le

maravillaba sobre todo era que tales extensiones de terreno como le había descrito carecieran completamente de *agua dulce*, y que la gente se viera en la necesidad de mandar a buscar de beber allende los mares. Le contesté que se calculaba que Inglaterra (querido lugar de mi nacimiento) producía tres veces más la cantidad de alimentos que lo que sus habitantes podían consumir, así como licores extraídos de cereales, o del fruto prensado de ciertos árboles, que eran bebida excelente, y había la misma proporción en todas las otras cosas necesarias para vivir. Pero a fin de alimentar el lujo y la intemperancia de los machos y la vanidad de las hembras, enviamos la mayor parte de nuestros artículos de necesidad a otros países, de los cuales obtenemos a cambio vehículos de enfermedades, insania y vicio para nuestro consumo. De aquí se sigue por necesidad que multitudes de nuestra gente se vean obligadas a buscarse la vida mendigando, atracando, hurtando, timando, alcahueteando, abjurando, adulando, engañando, pelotilleando, braveando, votando, emborronando, astrobservando, envenenando, putañeando, camanduleando, difamando, librepensando y en ocupaciones similares; y mucho fue el trabajo que me costó hacerle entender cada uno de esos términos.

Entre nosotros el vino no se importa de países extranjeros para suplir la falta de agua u otras bebidas, sino porque es una variedad de líquido que nos pone alegres haciéndonos perder el sentido; ahuyenta todos los pensamientos lúgubres, engendra en el cerebro fantasías descabelladas y extravagantes, nos hace optimistas y destierra nuestros temores, suspende toda actividad de la razón por un tiempo y nos priva del uso de nuestros miembros, hasta que caemos en un sueño profundo; aunque hay que confesar que siempre despertamos indispuestos y deprimidos, y que el consumo de este licor nos plaga de enfermedades que amargan nuestras vidas y las abrevian.

Pero además de todo esto, casi toda nuestra gente vive de procurar a los ricos y unos a otros lo necesario y conveniente para la vida. Por ejemplo, cuando en mi país estoy vestido como Dios manda, llevo encima del cuerpo el arte de cien menestrales. La fábrica y el mobiliario de mi casa suponen otros tantos, y cinco veces más el atavío de mi mujer.

Iba a continuar, hablándole de otra clase de gente que se gana la vida asistiendo a los enfermos, ya que en varias ocasiones había informado a Su Señoría de que muchos de mis hombres habían muerto por enfermedad. Mas aquí me vi en la dificultad más extrema para hacerle comprender lo que quería decirle. Él podía entender fácilmente que un houyhnhnm empezara a sentirse débil y torpe pocos días antes de morir, o que por algún percance pudiera lastimarse un miembro; pero que la Naturaleza, que lo hace todo a la perfección, pudiera tolerar que dolor alguno se criara en nuestro cuerpo, le parecía imposible, y deseaba saber la razón de tan inexplicable mal. Le dije que nos alimentamos de mil cosas incompatibles entre sí; que comemos cuando no tenemos hambre y bebemos sin que la sed nos lo pida; que durante noches enteras nos sentamos a beber licores fuertes sin probar bocado, lo cual nos inclina a la pereza, inflama el cuerpo y precipita o impide la digestión. Que las hembras yahoos que se dedican a la prostitución contraen una cierta enfermedad que cría podredumbre en la carne de aquellos que caen en sus brazos; que éste y otros males se transmiten de padres a hijos, de modo que son innumerables los que vienen al mundo con graves enfermedades encima; que sería interminable enumerar el catálogo de todas las que afectan al cuerpo humano, que no pueden ser menos de quinientas o seiscientas, repartidas por todo miembro y articulación; en breve, que cada parte, externa o interna, del cuerpo tiene sus enfermedades características, para remedio de lo cual hay una clase de gente entre nosotros adiestrada en la profesión de curar o hacer que curan a los enfermos; y que como yo tenía cierta pericia en la ciencia, en agradecimiento hacia Su Señoría, le comunicaría todo el misterio y método que usan.

Su principio fundamental es que todas las enfermedades nacen del *hartazgo*, de donde concluyen que una *evacuación* abundante del cuerpo es necesaria, ya a través del conducto natural, ya hacia arriba, por la boca. Su segunda diligencia es elaborar de hierbas, minerales, gomas, aceites, conchas, sales, jugos, algas, excrementos, cortezas de árbol, culebras, sapos, ranas, arañas, carne y huesos de muerto, pájaros, brutos y peces un compuesto de un olor y sabor de lo más abominable, nauseabundo y

detestable que pueden fraguar y que el estómago rechaza inmediatamente por lo repugnante; y a esto llaman *vómito*;



o si no, de la misma despensa, con algunos otros ponzoñosos aditamentos, ordenan que tomemos por el orificio *superior* o *inferior* (según le dé al médico en aquel momento) una medicina igualmente asquerosa y molesta para las entrañas, que, relajando el vientre, lo barre todo hacia abajo; y a esto llaman *purga* o *clister*. Pues la Naturaleza (tal alegan los médicos), que ha dispuesto el orificio antero-superior únicamente para la *introducción* de sólidos y líquidos, y el postero-inferior para la deyección, se ve violentamente desplazada de su asiento por las enfermedades, según la ingeniosa consideración de estos artistas; y así, para restablecerla en su lugar, hay que tratar al cuerpo de manera radicalmente opuesta, intercambiando las funciones de cada orificio, metiendo a la fuerza sólidos y líquidos por el ano y efectuando evacuaciones por la boca.

Pero además de a enfermedades reales, estamos sometidos también a muchas que son sólo imaginarias, para las cuales los médicos han inventado imaginarias curas; tienen éstas distintos nombres, y así también los fármacos que se les aplican, y de éstos andan siempre plagadas nuestras hembras yahoos.



Una cosa en la que esta tribu descuella sobremanera es su pericia para los *pronósticos*^[79], en los que pocas veces fallan; sus predicciones de enfermedades reales, cuando alcanzan algún nivel de gravedad, presagian por lo general la *muerte*, que ellos siempre tienen en su poder, aunque no así la mejoría, de modo que en cuanto aparecen algunos inesperados síntomas de recuperación, después de que han emitido su veredicto y antes de que se les pueda acusar de falsos profetas, saben cómo acreditar su sagacidad ante el mundo con una dosis oportuna.

Son asimismo de especial utilidad a maridos y mujeres que han llegado a cansarse de sus consortes, a primogénitos, a grandes ministros de gobierno y a menudo a soberanos.

Con anterioridad había tenido ocasión de tratar con mi amo de la naturaleza del *gobernar* en general, y más en particular de nuestra *excelente Constitución*, merecedora de la admiración y la envidia del mundo entero. Mas al mencionar ahora por casualidad lo de *Ministro de Gobierno*, me mandó después de un poco que le informara sobre la especie de yahoo a que en particular me refería con aquel apelativo.

Le dije que un *Primer Ministro* o *Presidente del Gobierno*, a quien me proponía describir, es una criatura completamente exenta de alegría y pena, amor y odio, piedad y cólera; o por lo menos no gasta otras pasiones que el deseo impetuoso de riqueza, poder y títulos; que dedica sus palabras a todos los usos, excepto a dictados de su mente; que nunca dice una *verdad* sino

con la intención de que se tome como *mentira*, ni una *mentira* sino con el propósito de que se tome como *verdad*; que aquéllos de los que peor habla a sus espaldas se encuentran en el camino más firme hacia el ascenso; y que cuandoquiera que empiece a alabarte ante otros o directa y personalmente, desde aquel día estás perdido. La peor señal que de él puede recibirse es una *promesa*, sobre todo cuando va ratificada por juramento, tras lo cual todo hombre prudente se retira y abandona toda esperanza.

Tres procedimientos hay por los que un hombre puede llegar a Primer Ministro; el primero es saber qué hacer con una esposa, hija o hermana, con prudencia; el segundo, traicionar o desacreditar a su predecesor, y el tercero, mostrar en las asambleas públicas un *arrebato de entusiasmo* en contra de las corrupciones de la corte. Mas un soberano prudente preferirá a aquellos que practican el último de estos tres procedimientos, pues tales fanáticos resultan siempre los más lacayescos y servilones para con la voluntad y pasiones de su señor. Los *ministros*, que pueden disponer de todos los cargos oficiales, se mantienen en el poder sobornando a la mayoría del senado o gran consejo; y finalmente, a través de un recurso llamado *Ley de indemnidad*^[80] (cuyo contenido le expliqué) se curan de posteriores averiguaciones y se retiran de la vida pública cargados con los despojos de la nación.

El palacio de un *Primer Ministro* es un vivero donde se adiestra a otros en su mismo oficio: pajes, lacayos y conserjes, imitando a su señor, llegan a *ministros de gobierno*, cada uno en su región, y aprenden a despuntar en los tres *elementos* más importantes: la *insolencia*, la *mentira* y el *soborno*. En consecuencia mantienen una corte *secundaria* que les brinda la gente de más alto rango, y a veces a fuerza de destreza e insolencia llegan, a través de varios peldaños, a convertirse en sucesores de sus señores.

A él lo gobierna generalmente una moza deteriorada o un lacayo favorito, que son las tuberías por donde se transmiten todos los favores, y a ambos puede llamárselos, *en última instancia*, gobernadores del reino.

Oyéndome mi amo hablar un día de la *nobleza* de mi país, se dignó hacerme un cumplido que no podía esperar merecer, y era que, según él, yo debía de haber nacido sin duda de alguna familia noble, ya que superaba con mucho en talle, color y aseo a los yahoos de su país, aunque parecían

faltarme fuerza y agilidad, cosa que habría que achacar a mi estilo de vida, distinto del de aquellos otros brutos; y además que estaba dotado no sólo del atributo del habla, sino también de rudimentos de razón en una medida que me hacía pasar por un prodigio entre sus conocidos.

Me hizo notar que entre los houyhnhnms el *blanco*, el *alazán* y el *rucio brillante* no tenían exactamente la misma complexión que el *bayo*, el *rucio rodado* y el *negro*, ni nacían con iguales aptitudes intelectuales o capacidad para desarrollarlas; y por tanto permanecían siempre en la categoría de criados, sin jamás aspirar a emparejarse fuera de su propia casta, cosa que en aquel país se consideraría monstruoso y antinatural.

Expresé a Su Señoría mi más humilde agradecimiento por la buena opinión que de mí dignaba formarse, mas asegurándole al mismo tiempo que por nacimiento era de clase humilde, hijo de padres honrados y sencillos, que apenas si pudieron darme una educación aceptable; que la *nobleza* entre nosotros es algo completamente distinto a la idea que de ella se hacía; que a nuestros jóvenes *nobles* se los educa desde la niñez en el ocio y el lujo; que en cuanto los años lo permiten consumen sus energías y contraen enfermedades repugnantes con hembras impúdicas; y que cuando sus fortunas están casi arruinadas se casan, únicamente por dinero, con alguna mujer de humilde nacimiento, físico desagradable y enfermiza constitución, a quien odian y desprecian. Que el fruto de tales casamientos son por lo general niños escrofulosos, raquíticos o deformes, por lo que con tales medios la familia raramente dura más de tres generaciones, a menos que la esposa se ocupe de buscar un padre sano entre sus vecinos o criados, con el fin de mejorar y conservar la estirpe. Que un cuerpo débil y enfermo, un semblante demacrado y un cutis amarillento son las auténticas señas de *sangre noble*; y el aspecto sano y vigoroso es tan deshonesto en un hombre de calidad que el mundo colige que su verdadero padre fue un caballero o un cochero. Los defectos de su mente van parejos con los de su cuerpo, que la tiene hecha de mal talante, torpeza, ignorancia, capricho, concupiscencia y soberbia.

Sin el consentimiento de este *ilustre cuerpo* ninguna ley puede promulgarse, revocarse o enmendarse, y asimismo tiene poder para decidir sobre nuestras posesiones, sin recurso de apelación.

Capítulo 7

El mucho cariño del autor por su patria. Observaciones de su amo sobre la Constitución y la administración de Inglaterra, vistas por el autor, con comparaciones y casos similares. Observaciones de su amo sobre la naturaleza humana.

Podrá sentirse inclinado el lector a preguntarse cómo pude persuadirme a mí mismo para presentar una imagen tan clara de mi propia especie, encontrándome entre una raza de mortales que ya estaban de sobra dispuestos a formarse la opinión más horrible de la especie humana, a través de aquella semejanza total entre sus yahoos y yo. Mas debo confesar con franqueza que las muchas virtudes de aquellos excelentes *cuadrúpedos*, puestas frente por frente con las corrupciones humanas, me habían abierto tanto los ojos y ensanchado el entendimiento, que empecé a contemplar las acciones y pasiones del hombre en una perspectiva diferente, y a pensar que la honra de mi especie no merecía la pena componerse, cosa que además me era imposible hacer ante una persona de juicio tan agudo como mi amo, que cada día me hacía ver en mí mismo mil defectos que no había notado antes en lo más mínimo, y que entre nosotros jamás se contarían ni entre las flaquezas humanas. También había aprendido con su ejemplo a sentir un odio incondicional hacia toda falsedad o fingimiento, y la *verdad* me parecía cosa tan dulce que determiné sacrificarlo todo por ella.

Séame permitido departir tan sinceramente con el lector como para confesarle que había un motivo todavía más poderoso para explicar la franqueza con que expuse mi versión de los hechos. No llevaba un año en aquel país cuando ya había cobrado un amor y reverencia tales hacia los habitantes, que adopté la firme resolución de no volver jamás a la especie humana, y pasar el resto de mi vida en la contemplación y ejercicio de toda virtud entre aquellos admirables houyhnhnms, con quienes estaría libre de

ejemplo o instigación al vicio. Mas decretó la fortuna, eterna enemiga mía, que dicha tan grande no me cayera en suerte. Sin embargo, ahora me da cierto alivio considerar que en lo que dije de mis paisanos *atenué* sus defectos cuanto osé ante escrutador tan severo, y a cada punto le di un giro tan *favorable* como el asunto permitía. Pues, a la verdad, ¿quién hay entre los vivos que no se doble por su predilección y parcialidad hacia su lugar de nacimiento?

He referido la substancia de distintas conversaciones que mantuve con mi amo durante la mayor parte del tiempo que tuve el honor de estar a su servicio, pero atendiendo a la brevedad he omitido mucho más de lo que aquí consta.

Cuando hube contestado a todas sus preguntas y su curiosidad parecía enteramente satisfecha, mandó a buscarme una mañana y, mandándome sentar (honor que nunca me había dispensado) a cierta distancia, dijo que había estado considerando seriamente todo lo que en mi historia versaba sobre mí mismo y mi país; que nos veía como una clase de animales a quienes había caído en suerte, por una casualidad que no podía imaginar, una pizca miserable de razón de la que no hacíamos otro uso que el de ayudarnos de ella para agravar nuestras corrupciones *naturales* y adquirir otras nuevas que la Naturaleza no nos había dado. Que nos despojábamos nosotros mismos de los pocos talentos que ella nos había otorgado, habíamos logrado un gran éxito en multiplicar nuestras necesidades originales, y parecíamos pasar la vida entera en vanos esfuerzos para sustentarla con nuestros inventos. Que en cuanto a mí, estaba claro que no tenía ni la fuerza ni la agilidad de un yahoo común, que me movía con poca firmeza sobre las patas traseras, me las había ingeniado para que las garras no me fueran de utilidad ni defensa, y para quitarme el pelo de la barbilla, que estaba allí para protegerme del sol y de la intemperie. Finalmente, que no podía ni correr velozmente ni trepar a los árboles como mis hermanos (que así los llamó), los yahoos de aquel país.

Añadió que nuestras instituciones de *gobierno* y las *leyes* se debían evidentemente a nuestra crasa deficiencia de *razón*, y por consiguiente de *virtud*; pues para gobernar a un ser *racional* se basta por sí sola la *razón*, cualidad ésta que por tanto no teníamos derecho a arrogarnos, incluso

basándonos en el relato que le había hecho de mi pueblo, aunque él veía claramente que con el fin de favorecerlo le había encubierto muchos detalles y a menudo *dicho lo que no era*.

Se sentía bien seguro en esta opinión al notar que de la misma manera que cada rasgo de mi cuerpo coincidía con los de otros yahoos, excepto en lo que me quedaba palpablemente por bajo respecto a fuerza, celeridad y movilidad, lo corto de las garras y algunas otras cosas en las que la Naturaleza no tenía nada que ver, así, por las referencias que de nuestra vida, costumbres y actividades le había dado, veía él una semejanza igual de exacta en nuestras actitudes mentales. Dijo que se sabía que los yahoos se odiaban uno a otro más que a cualquiera otra especie distinta de animales, y que la razón que corrientemente se daba de esto era el asco de su propia figura, que todos podían ver en los demás, pero no en sí mismos. Por eso barruntaba él que no era del todo desacertado *cubrirnos* el cuerpo y, con tal invento, ocultarnos unos a otros muchas deformidades, que de otro modo podrían apenas soportarse. Y que ahora se daba cuenta de que se había equivocado, y que las disensiones entre aquellos brutos de su país se debían a la misma causa que las nuestras, según yo se las había descrito. Pues si a cinco yahoos, decía él, se les echa una cantidad de comida que bastaría para cincuenta, en vez de comer en paz, se tirarán a sacarse los ojos, cada cual desesperado por *quedársela toda*; y por eso se tenía normalmente a un criado encargado de andar cerca de ellos mientras comían en el campo, y a los que se tenía en casa los ataban a cierta distancia unos de otros; y que si una vaca moría de vieja o por algún percance, antes de que un houyhnhnm pudiera hacerse con ella para sus yahoos, venían los del vecindario en manadas a apoderarse de ella y luego seguía tal batalla como la anteriormente descrita, hiriéndose los contendientes con terribles zarpazos, aunque raramente pueden matarse uno a otro por carecer de tan convenientes instrumentos de muerte como los que nosotros hemos inventado. En otras ocasiones los yahoos de varias partes del vecindario se enzarzan en similares batallas sin causa evidente, y los de una zona aprovechan todas las ocasiones para sorprender a los de la vecina antes de que se preparen. Pero si ven que el plan se les malogra, se van a casa y, por falta de enemigos, se enredan entre ellos en lo que llamó *guerra civil*.



Continuó diciendo que en algunos campos de este país hay ciertas *pedras brillantes* de diferentes colores, por las que los yahoos sienten una ciega pasión, y que cuando estas *pedras* están parcialmente clavadas en el suelo, como a veces sucede, escarban con las garras durante días enteros para sacarlas, y se las llevan y las esconden en montones en sus cuchitriles, todavía mirando a todas partes con gran cautela por temor de que sus congéneres vayan a encontrar su tesoro. Dijo mi amo que nunca pudo descubrir la razón de esta antinatural apetencia, o cómo estas *pedras* podían servir de algo a un yahoo; pero que ahora creía que podía proceder del mismo principio de *avaricia* que había atribuido yo al género humano. Que una vez, por probar y en secreto, se llevó un montón de estas *pedras* del lugar donde uno de sus yahoos las había enterrado, a lo cual el sucio animal, echando de menos su tesoro, rompió en estruendosos lamentos, atrayendo a toda la manada al lugar, y allí aullaba tristemente; se lanzó luego a morder y rasguñar a los demás, empezó a languidecer, ni comía ni dormía ni trabajaba, hasta que él ordenó a un criado que, sin ser visto, llevara las *pedras* al mismo agujero y las dejara escondidas como estaban; cuando el yahoo las vio, recobró enseguida sus ánimos y buen talante, mas tuvo el cuidado de llevárselas a un escondite mejor, y desde entonces ha sido un animal muy servicial.

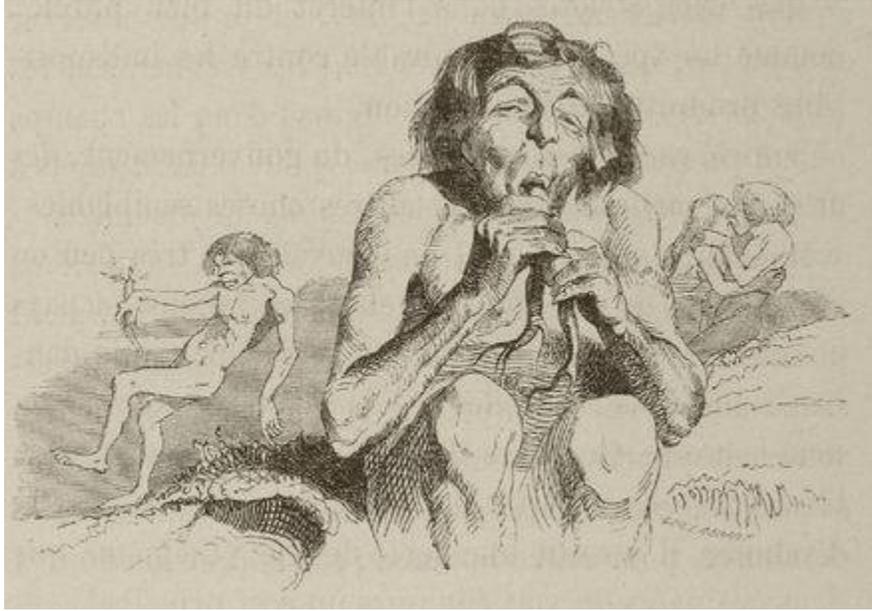
Me aseguró mi amo, además, y yo también lo observé, que en los campos donde abundan estas *pedras brillantes* se luchan las batallas más

feroces y las más frecuentes a causa de las continuas intrusiones de los yahoos vecinos.

Dijo que era normal que cuando dos yahoos descubrían una *pedra* de esas en un campo, y disputaban sobre quién de ellos era el dueño, un tercero se aprovechaba y se la quitaba a los dos, cosa que mi amo sostenía categóricamente tenía cierto parecido con nuestros *pleitos de leyes*, en lo cual creí conveniente, por nuestra buena fama, no desengañarlo, pues la solución que él mencionaba era mucho más equitativa que muchos veredictos nuestros, ya que el querellante y el demandado de su ejemplo no perdían nada aparte de la *pedra* por la que disputaban, mientras que nuestros *tribunales de equidad* nunca hubieran dado la causa por concluida mientras a cualquiera de los dos le quedara algo^[81].

Continuando con sus razones dijo mi amo que nada había que hiciera a los yahoos tan odiosos como su ciega avidez por devorar todo lo que se les ponía por delante, fueran hierbas, raíces, bayas, carroña, o todo esto mezclado; y era distintivo de su carácter que les gustara más lo que podían conseguir a lo rapaz o a hurtadillas en lugares más alejados, que la comida, mucho mejor, que se les suministraba en casa. Si la presa daba de sí, comían hasta casi reventar, tras lo cual la Naturaleza les indicaba una cierta *raíz* que les provocaba una evacuación completa.

Había asimismo otro tipo de *raíz*, muy *jugosa*, mas un tanto rara y difícil de encontrar, que los yahoos buscaban con gran avidez y chupaban con fruición; y les producía el mismo efecto que el vino a nosotros. A veces les hacía abrazarse, otras desgarrarse unos a otros; aullaban y sonreían y parloteaban y se tambaleaban, y luego se quedaban dormidos en el lodo.



Ciertamente observé que los yahoos eran los únicos animales de aquel país que sufrían enfermedades; sin embargo son éstas muchas menos que las que nuestros caballos tienen, y las contraen no por ningún mal trato que se les da, sino por lo sucias y glotonas que son estas bestias inmundas. Y su idioma no tiene nada más que un apelativo general para esos males, que se ha tomado del nombre de la bestia y se llama *hnea-yaboo*, o sea *mal del yahoo*, y la cura indicada es una mezcla de *su propio excremento y orina* que se le embucha a la fuerza tragaderas abajo. Esto he visto muchas veces que se ha tomado con buenos resultados y aquí lo recomiendo a mis compatriotas, por el bien común, como específico admirable contra todas las enfermedades que causa el hartazgo.

En cuanto a cultura, gobierno, arte, industria y cosas similares, me confesaba mi amo que podía ver poca o ninguna semejanza entre los yahoos de aquel país y los del nuestro; y que él pretendía detenerse sólo en lo que hubiera de parecido en nuestra manera de ser. Había ciertamente oído decir a unos *houghnhnms* curiosos que en la mayoría de las manadas había un tipo de yahoo predominante (como entre nosotros hay normalmente un ciervo jefe o principal en un parque), que siempre era más *deforme* de cuerpo y *malicioso de carácter* que ninguno de los demás. Que este líder tenía por lo común a un favorito tan *idéntico a él* como podía encontrarlo y cuyo oficio era *lamer los pies y el trasero a su señor y llevarle las hembras*

yahoos a su cuchitril, por lo cual de vez en cuando recibía en recompensa un trozo de carne de burro. A este *favorito* lo odia toda la manada, así que para protegerse se mantiene siempre *cerca de la persona de su líder*. Permanece por lo general en su cargo hasta que se encuentra a uno peor, pero en el momento en el que se le exonera de él, va su sucesor a la cabeza de todos los *yahoos* de la comarca, jóvenes y viejos, machos y hembras, todos en bloque, y descargan sus excrementos encima de él y de los pies a la cabeza. Mas en qué medida podría aplicarse esto a nuestras *cortes* y *favoritos* y *ministros de gobierno*, dijo mi amo que yo podía determinarlo mejor.



No me atreví a replicar a esta maliciosa insinuación, que degradaba el humano entendimiento hasta ponerlo por debajo de la sagacidad de un *perro rastrero* corriente, que tiene discernimiento de sobra para reconocer y seguir el aullido del *can más hábil de la jauría* sin equivocarse jamás.

Me dijo mi amo que tenían los yahoos algunas curiosas cualidades que no había observado que yo mencionara, o al menos sólo muy por encima, en los relatos que del género humano le había referido; que aquellos animales, como otros brutos, compartían la posesión de las hembras, pero se distinguían en algo, y era que la hembra yahoo admitía al macho mientras estaba preñada y que los machos reñían y se peleaban con las hembras con tanta fiereza como entre ellos. Ambas acciones suponían extremos tan infames de brutalidad que nunca ningún otro ser capaz de sentir alcanzó tal.

Otra cosa que le sorprendía de los yahoos era su extraña propensión a la inmundicia y la suciedad, mientras que en todos los demás animales parecía haber una querencia natural al aseo. En cuanto a las dos acusaciones anteriores, tuve el grandísimo gusto de dejarlas pasar sin replicar porque sobre ellas no podía decir ni una palabra en defensa de mi especie, que si no, sin duda que lo habría hecho, movido por mis inclinaciones. Mas podría haber vindicado fácilmente al género humano de la acusación de exclusivismo en el último punto si en aquel país hubiera habido *cerdos* (que para mi mala suerte no los había), que aunque sean *cuadrúpedos más dulces* que los yahoos, creo humildemente que en justicia no pueden pretender que son más aseados, y así lo habría reconocido Su Señoría si hubiera visto su asquerosa manera de comer y su costumbre de revolcarse y dormir en el lodo.



También mencionó mi amo otra característica que sus criados habían notado en varios yahoos, y que para él era completamente inexplicable. Dijo que algunas veces le daba a un yahoo el antojo de retirarse a un rincón, echarse al suelo y berrear y gemir y ahuyentar a todos los que se le acercaban, aunque fuera joven, estuviera gordo y no le faltara ni de comer ni de beber; ni podían imaginar los criados qué era lo que podía dolerle. Y el único remedio que encontraban era ponerlo a trabajar duro, tras lo cual irremisiblemente volvía en su ser. A esto permanecí callado, por favorecer a mi especie, aunque aquí podía reconocer fácilmente las auténticas semillas del *esplín*^[82], que sólo arraigan en los *holgazanes*, los *que se dan a los excesos* y los *ricos*, y del cual yo garantizaría que se curarían si se los obligara a seguir el *mismo régimen*.

Su Señoría había observado además que con frecuencia una hembra yahoo se situaba tras un ribazo o arbusto para observar a los yahoos jóvenes que pasaban, y luego salía y se volvía a esconder, haciendo muchos gestos y visajes grotescos, y en estas ocasiones se notaba que despedía un *olor* de lo más *repugnante*, y cuando alguno de los machos se acercaba, ella se alejaba despacio volviéndose a mirar una y otra vez y, con una fingida demostración de temor, se iba corriendo hasta algún lugar conveniente adonde sabía que el macho la seguiría.

En otras ocasiones, si una hembra forastera se les acercaba, tres o cuatro de su sexo la rodeaban y la remiraban y parloteaban y sonreían y la olisqueaban por todas partes, y luego se volvían con ademanes que parecían expresar menosprecio y desdén.

Quizá mi amo limara un poco estas deliberaciones, que eran producto de lo que él mismo había observado o le habían contado otros; sin embargo yo no podía considerar sin cierto asombro y mucho pesar que los rudimentos de la *lascivia*, la *coquetería*, el *vituperio* y el *chismorreo* tuvieran asiento en la mujer por instinto.

A cada momento esperaba que mi amo fuera a acusar a los yahoos de aquellas antinaturales apetencias de los dos sexos, tan comunes entre nosotros. Pero parece que la Naturaleza no ha sido maestra tan experta, y que estos placeres tan refinados son enteramente fruto del arte y la razón de nuestra parte del globo.

Capítulo 8

En el que refiere el autor varias características de los yahoos. Las grandes virtudes de los houghnhnms. Enseñanza y ejercitación de sus jóvenes. Su Asamblea general.

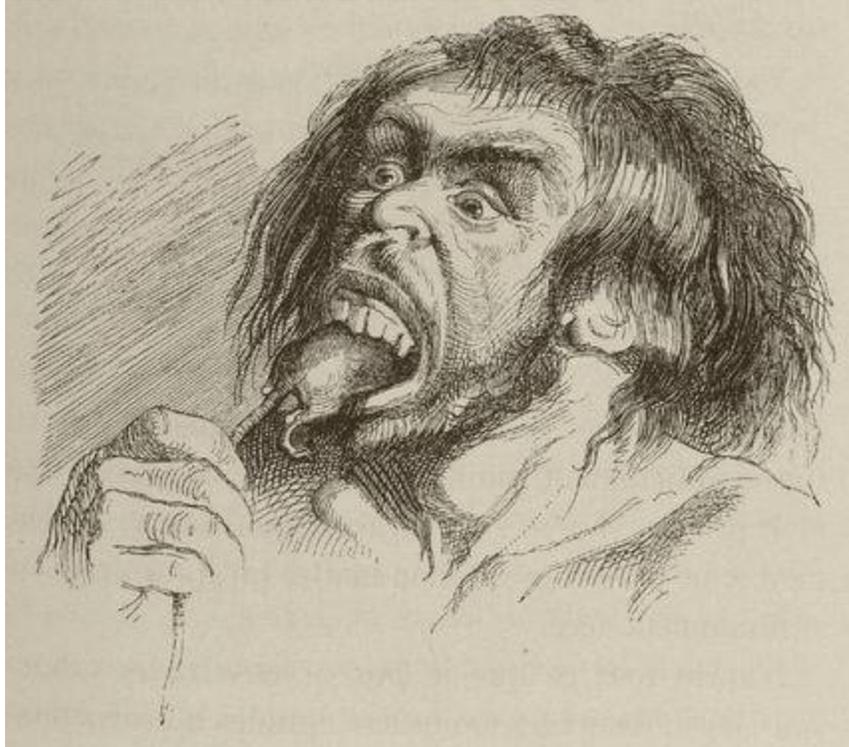
Del mismo modo que mi conocimiento de la naturaleza humana tenía que ser mejor que el que supuse pudiera tener de ella mi amo, me resultó fácil atribuir el retrato que de los yahoos hacía a mis paisanos y a mí mismo, y creí que me sería posible descubrir más cosas a través de mis propias observaciones. Así pues, a menudo pedía a Su Señoría que me dejara irme entre las manadas de yahoos del vecindario, a lo cual muy amablemente siempre accedía, completamente convencido como estaba de que el odio que sentía hacia aquellos brutos nunca permitiría que me corrompieran; y Su Señoría ordenó a uno de sus criados, un robusto asturión alazán muy recto y bonachón, que fuera mi guardián, sin cuya protección no me atrevía a emprender tales aventuras; que ya he dicho al lector lo mucho que me importunaron aquellos repugnantes animales a mi llegada. Posteriormente escapé por muy poco de caer en sus garras, en otras tres o cuatro ocasiones en que por casualidad me aparté a alguna distancia sin el alfanje. Y tengo razones para creer que de alguna manera imaginaban que pertenecía a su especie, a lo cual contribuía yo a menudo cuando mi valedor me acompañaba, al arremangarme los brazos y dejar que me los vieran, al igual que el pecho, desnudos. En estas ocasiones se acercaban tanto como osaban y remedaban mis gestos a la manera de monos, mas siempre con grandes muestras de odio, igual que a una *corneja* amaestrada con capirote y calzas la persiguen las que están sin domar cuando acierta a caer entre ellas.

Desde la infancia tienen una agilidad prodigiosa; aunque una vez pude coger a un macho pequeño de tres años y, tratando de apaciguarlo con todas

las muestras de ternura, el diablillo se puso a chillar, arañar y morder con violencia tal que me vi obligado a soltarlo, y fue en buena hora, pues una recua entera de los mayores se llamó hacia nosotros con el ruido, mas viendo que el cachorro estaba a salvo (pues se echó a correr) y mi alazán allí presente, no se atrevieron a llegarse cerca de nosotros. Noté que las carnes le olían muy mal al animalillo, y el hedor era como entre de *comadreja* y de *zorro*, pero mucho más desagradable. Me olvidaba de otro detalle (y quizá el lector me excusara si lo omitiera del todo), y es que mientras sostenía a aquel bicho repugnante en las manos, evacuó sus inmundos excrementos, una substancia líquida amarilla, que me cayó por toda la ropa; pero por buena suerte había un riachuelo allí cerca, donde me lavé como mejor pude, aunque no me atreví a presentarme ante mi amo hasta que no me hube aireado de sobra.

Por lo que pude ver, de todos los animales, los yahoos parece que son los más incapaces de aprender nada, y sus talentos nunca dan más de sí que para arrastrar o llevar cargas. Aunque mi opinión es que este defecto tiene su origen principalmente en una disposición malvada e inquieta, pues son astutos, malévolos, traicioneros y vengativos. Son fuertes y robustos, pero de espíritu cobarde y por consiguiente insolentes, viles y crueles. Se observa que los *bermejós* de uno y otro sexo son más lujuriosos y maliciosos que los demás, a quienes sin embargo superan con mucho en fuerza y viveza.

A los yahoos para el uso cotidiano los tienen los houyhnhnms en cobertizos no lejos de la casa, pero a los demás los sacan a unos campos donde escarban raíces, comen varias clases de hierbas y rebuscan carroña, o a veces atrapan comadreas y *luhimuhs* (especie de ratas salvajes), que devoran con avidez.



La Naturaleza les ha enseñado a excavar con las uñas profundos agujeros en laderas de las elevaciones del terreno, donde se meten cada cual en el suyo, excepto en los de las hembras, que son más grandes y pueden albergar a dos o tres cachorros.

Desde la infancia pueden nadar como las ranas y mantenerse bajo el agua por largo tiempo, y a menudo cogen peces, que las hembras llevan al hogar para sus crías. A esta sazón espero que el lector me disculpe por referir una extraña aventura.

Encontrándome un día fuera de casa con mi custodio, el asturión alazán, y como el tiempo fuera excesivamente caluroso, le rogué que me dejara bañarme en un río cercano. Accedió e inmediatamente me quedé en pelota y me metí despacito en la corriente. Aconteció que una hembra yahoo que estaba tras un ribazo vio la operación entera e, inflamada de deseo, según supusimos el asturión y yo, se vino a todo correr y se lanzó al agua a cinco metros del lugar donde me bañaba. Nunca en la vida me llevé susto tan terrible. El alazán pacía a cierta distancia sin sospechar daño ninguno. Ella me abrazó de la manera más desmesurada, yo rugí con todas mis fuerzas y el alazán se fue al galope hacia mí, con lo que se desasíó de muy mala gana

y saltó hacia la orilla opuesta, donde se quedó paciendo y aullando en lo que tardé en ponerme la ropa.

Esto fue materia de divertimento para mi amo y su casa, como lo fue de humillación para mí; pues ahora no podía seguir negando que yo era un yahoo auténtico en todos los miembros y facciones, ya que las hembras sentían una atracción natural hacia mí como si fuera de los de su especie; y el pelo de aquel animal no era bermejo (lo que habría excusado en cierta medida un deseo un poco anormal), sino negro como la endrina, y su semblante no era del todo tan horrible como el resto de la especie, pues creo que no podía tener más de once años.

Después de haber vivido tres años en aquel país, supongo que el lector esperará que le dé, como hacen otros viajeros, alguna referencia sobre los usos y costumbres de sus habitantes, que enterarme de esto fue en verdad mi principal aplicación.

Comoquiera que a estos nobles houyhnhnms la Naturaleza les ha dotado de una habitual propensión a todas las virtudes, y no tienen nociones o ideas de lo que es el mal en un ser racional, su máxima primordial es cultivar la *razón* y ser gobernados totalmente por ella. Y la *razón* no es para ellos una cuestión dudosa como lo es para nosotros, que podemos sostener con verosimilitud los dos extremos de un argumento, sino algo que llena a uno de convicción inmediatamente, como necesariamente debe ser cuando no se la mezcla, oscurece o decolora con el apasionamiento y el interés. Recuerdo que me costó muchísimo conseguir que mi amo comprendiera el significado de la palabra *opinión* y cómo era posible que pudiera disputarse sobre algo, ya que para él la *razón* nos enseña a afirmar o negar solamente cuando estamos seguros de algo, y fuera de los límites de nuestros conocimientos no podemos hacer ni una cosa ni otra. Así pues las polémicas, broncas, disputas y dogmatismos sobre proposiciones falsas o dudosas son males desconocidos entre los houyhnhnms. De la misma manera, cuando solía explicarle nuestros sistemas de *filosofía natural*, se reía de que un ser que pretendía estar dotado de *razón* se evaluara a sí mismo basándose en su conocimiento de las conjeturas de otra gente, y en cosas en las que aquel conocimiento, si era verdadero, no podía ser útil. En esto estaba plenamente de acuerdo con el sentir de Sócrates, según lo refiere Platón, cosa que

menciono como el más grande honor que puedo rendir a aquel príncipe de los filósofos^[83]. Desde entonces he pensado a menudo en los estragos que tal doctrina haría en las bibliotecas de Europa, y cuántos caminos hacia la fama se cerrarían en el mundo de los eruditos.

La amistad y la benevolencia son las dos principales virtudes de los houyhnhnms, y no se dispensan sólo a individuos especiales, sino universalmente a toda la raza. Así, un forastero de la más remota región recibe igual trato que el vecino más cercano, y adondequiera que va se considera como en casa. Practican las *buenas costumbres* y la *urbanidad* en grado sumo pero desconocen totalmente todo lo *ceremonioso*. No son empalagosos con sus potros o potras, sino que el cuidado que se toman en educarlos procede enteramente de los dictados de la *razón*. Yo he visto que mi amo mostraba el mismo afecto hacia la prole de su vecino que hacia la suya propia. Mantienen que la *Naturaleza* les enseña a amar a toda la especie, y que sólo la *razón* distingue a las personas en las que hay un grado superior de virtud.

Cuando las madres de familia houyhnhnms han tenido un hijo de cada sexo, no vuelven a juntarse con sus cónyuges, excepto si pierden a alguno de ellos en algún accidente, que raramente sucede; pero si se da el caso, se ayuntan de nuevo. Y cuando un percance similar acontece a alguno cuya esposa no es ya fecunda, otra pareja le cede uno de sus potros y ellos se unen otra vez hasta que la madre queda encinta. Estos cuidados son necesarios para impedir que el país se sobrecargue de habitantes. Pero la clase inferior de houyhnhnms que se cría para la servidumbre no se ve tan rigurosamente limitada en este punto; a éstos se les permite engendrar a tres de cada sexo, que serán criados de las familias nobles.

En sus casamientos ponen un cuidado meticoloso en elegir colores tales que no produzcan ninguna mezcla discrepante en la raza. La *fuerza* es lo que más se valora en el macho, y la *belleza* en la hembra, y no porque se tenga en cuenta el *amor*, sino para evitar que la raza se degenera; y cuando sucede que una hembra se destaca por su *fuerza*, se le elige un cónyuge en razón de su *belleza*. El galanteo, el amor, los regalos, las viudedades, las capitulaciones no caben en su pensamiento, ni términos hay en su idioma con que expresarlos. La joven pareja se conoce y se une meramente porque

así lo determinan sus padres y amigos; es lo que ven hacer cada día y lo consideran como una de las cosas que un ser racional debe necesariamente hacer. Y jamás se oyó hablar de matrimonio violentado o cualquier otra deshonestidad; y la pareja casada pasa la vida en la misma amistad y bienquerencia mutua que manifiesta hacia otros de la misma especie con quienes se relaciona, y sin celos, zalamerías, riñas o descontento.



Para la educación de los jóvenes de ambos sexos cuentan con un método admirable que muy bien merece que lo imitemos. No se les permite probar un grano de *avena*, excepto en ciertos días, hasta que no cumplen los dieciocho años, ni la *leche* sino en contadas ocasiones; y en el verano pacen dos horas por la mañana y otras tantas por la tarde, cosa que también hacen sus padres, pero a los criados no se les permite más de la mitad de este tiempo, y buena parte de la hierba se les lleva a casa y la comen a las horas más convenientes, cuando mejor se les puede dispensar del trabajo.

La *templanza*, la *laboriosidad*, el *ejercicio* y la *limpieza* son las lecciones que se imparten por igual a los jóvenes de uno y otro sexo; y mi amo creía que era monstruoso que nosotros demos a las hembras una educación diferente de la de los machos, excepto en ciertos puntos de administración doméstica; con lo cual, según su acertada observación, una mitad de nuestros habitantes no vale para nada más que para traer hijos al mundo; y confiar el cuidado de los hijos a animales tan inútiles, dijo, era un ejemplo aún mayor de brutalidad.

No así los houyhnhnms, que forman a sus hijos en la fuerza, la rapidez y la resistencia, ejercitándolos en carreras que hacen subiendo y bajando por empinados cerros o sobre terrenos duros y pedregosos; y cuando todos ellos están sudando, se les manda que de un salto se metan hasta las orejas en una charca o río. Cuatro veces al año se reúnen los jóvenes de ciertas comarcas para exhibir su habilidad en la carrera y el salto y realizar otras proezas de fuerza o agilidad, y el campeón o la campeona reciben la recompensa de una canción que se compone en su honor. En esta fiesta los criados conducen hasta el campo a una manada de yahoos cargados de heno, avena y leche para una merienda de los houyhnhnms, tras lo cual a aquellos brutos se los vuelve a llevar inmediatamente para que no molesten a los reunidos.

Cada cuatro años, en el *equinoccio de primavera*, hay un Consejo de Diputados de toda la nación, que se reúne en un llano a unas veinte millas de nuestra casa y que dura unos cinco o seis días. Aquí se informan ellos sobre el estado y situación de las diferentes comarcas, si tienen abundancia o escasez de heno, avena, vacas o yahoos. Y si en cualquiera de ellas hay alguna deficiencia (que es pocas veces) se suple inmediatamente por acuerdo y aportación de todos. También aquí se toman acuerdos sobre la regulación de la prole; así, por ejemplo, si un houyhnhnm tiene dos machos, cambia uno de ellos con otro que tiene dos hembras, y cuando una madre, infecunda ya, ha perdido a un hijo por algún accidente se determina qué familia de la comarca criará otro para reponer la pérdida.

Capítulo 9

Gran debate en la Asamblea general de los houyhnhnms y cómo se concluye. La cultura de los houyhnhnms. Sus edificios. Sus prácticas funerarias. Lo incompleto de su idioma.

Una de estas grandes asambleas se celebró durante mi estancia allí, unos tres meses antes de mi partida, y a ella fue mi amo como diputado de nuestra comarca. En este Consejo se reanudó un viejo debate, a decir verdad el único que jamás tuvo lugar en aquel país, del cual mi amo me dio detallada noticia a su vuelta.

La cuestión que debatir era si se debería exterminar a los yahoos de sobre la faz de la tierra. Uno de los *miembros* a favor expuso varios argumentos de mucha enjundia y peso, alegando que los yahoos, además de ser los animales más sucios, perjudiciales y malhechos que la Naturaleza creó jamás, eran también los más inquietos y cerriles, revoltosos y malvados, que a escondidas chupaban de las ubres a las vacas de los houyhnhnms, les mataban y devoraban los gatos, les pisoteaban la avena y la hierba si no se los vigilaba continuamente, y cometían mil otros desmanes.



Reparó en la difundida tradición de que los yahoos no habían vivido siempre en aquel país, sino que, muchos siglos había, dos de aquellos brutos aparecieron juntos en una montaña, no se sabía si producidos por el calor del sol sobre el barro y el cieno corrompidos o por la lama y espuma del mar. Que estos yahoos engendraron, y su progenie en poco tiempo creció y se multiplicó tanto que invadió e infestó la nación entera. Que los houyhnhnms, para deshacerse de este mal, organizaron una batida general y por fin cercaron a toda la manada; y tras eliminar a los más viejos, cada houyhnhnm guardó a dos de los jóvenes en un cuchitril y los amansó en la medida que un animal tan salvaje por naturaleza lo admite, usándolos para el arrastre y acarreo. Que parecía haber mucha verdad en esta tradición y que aquellos seres no podían ser *ynhniamsy* (*oriundos* de aquella tierra), por el odio acerbo que los houyhnhnms y todos los demás animales les tenían; odio que, aunque su perverso carácter de sobra merecía, nunca habría alcanzado tales extremos si se hubiera tratado de indígenas, o si no, haría ya mucho tiempo que habrían sido exterminados. Que los habitantes, llevados del capricho de utilizar a los yahoos para su servicio, muy imprudentemente habían descuidado la cría de *asnos*, que eran animales fáciles de cuidar, más mansos y pacíficos, sin ninguna clase de malos olores y bastante fuertes para el trabajo, aunque les fueran a la zaga a los otros en agilidad corporal; y aunque sus rebuznos no fueran sonido placentero, eran preferibles con mucho a los horribles aullidos de los yahoos.



Otros cuantos expresaron opiniones en el mismo sentido, tras lo cual mi amo presentó a la asamblea una solución de la cual había sido yo inspirador. Dio por buena la tradición que mencionara el *señor diputado* que le había precedido en el uso de la palabra, y afirmó que los dos yahoos que se decía habían sido vistos por vez primera entre ellos habían llegado allí sobre el mar; que al tomar tierra y haber sido abandonados por sus compañeros se refugiaron en las montañas, y sus descendientes fueron degenerando poco a poco hasta hacerse, con el paso del tiempo, mucho más salvajes que sus congéneres del país de donde aquellos dos originalmente vinieron. La razón de tal declaración era que él tenía en aquel momento en su posesión a un cierto yahoo maravilloso (por mí), del que la mayoría de ellos habían oído hablar y muchos visto. Les contó después cómo me vio por primera vez, que tenía el cuerpo completamente cubierto con un compuesto artificial de piel y pelo de otros animales; que hablaba en un idioma propio y había aprendido el suyo íntegramente; que le había contado las peripecias que me habían llevado allí; que cuando me vio sin envoltura, era yo un yahoo clavado en todo, sino por la color más blanca, el menos pelo y las garras más cortas. Añadió cómo había tratado de convencerlo de que en mi país y en otros los yahoos se conducían como animales racionales y dominantes, y

tenían a los houyhnhnms de criados; que en mí veía él todas las características del yahoo, sólo que era un poco más civilizado por algún ramalazo de razón, en lo cual era, sin embargo, inferior a la raza houyhnhnm, en la misma medida que los yahoos del país eran inferiores a mí; que entre otras cosas le había hablado de la costumbre que teníamos de *castrar* a los houyhnhnms cuando eran jóvenes para amansarlos; que la operación era fácil y sin riesgo; que no era ninguna vergüenza aprender sabiduría de las bestias, pues que la hormiga enseña laboriosidad e ingeniería la golondrina (que así traduzco la palabra *lyhannh*, aunque se trata de un pájaro mucho mayor). Que este invento podría ponerse en práctica con los yahoos jóvenes de allí, lo cual, además de hacerlos dóciles y aptos para su utilización, acabaría en un siglo con toda la especie sin tener que matar. Que mientras tanto se debería *exhortar* a los houyhnhnms a que cultivaran la cría del asno, que además de ser en todos los sentidos animal más valioso, tiene la ventaja de que a los cinco años ya da su rendimiento, y los otros no hasta los doce.

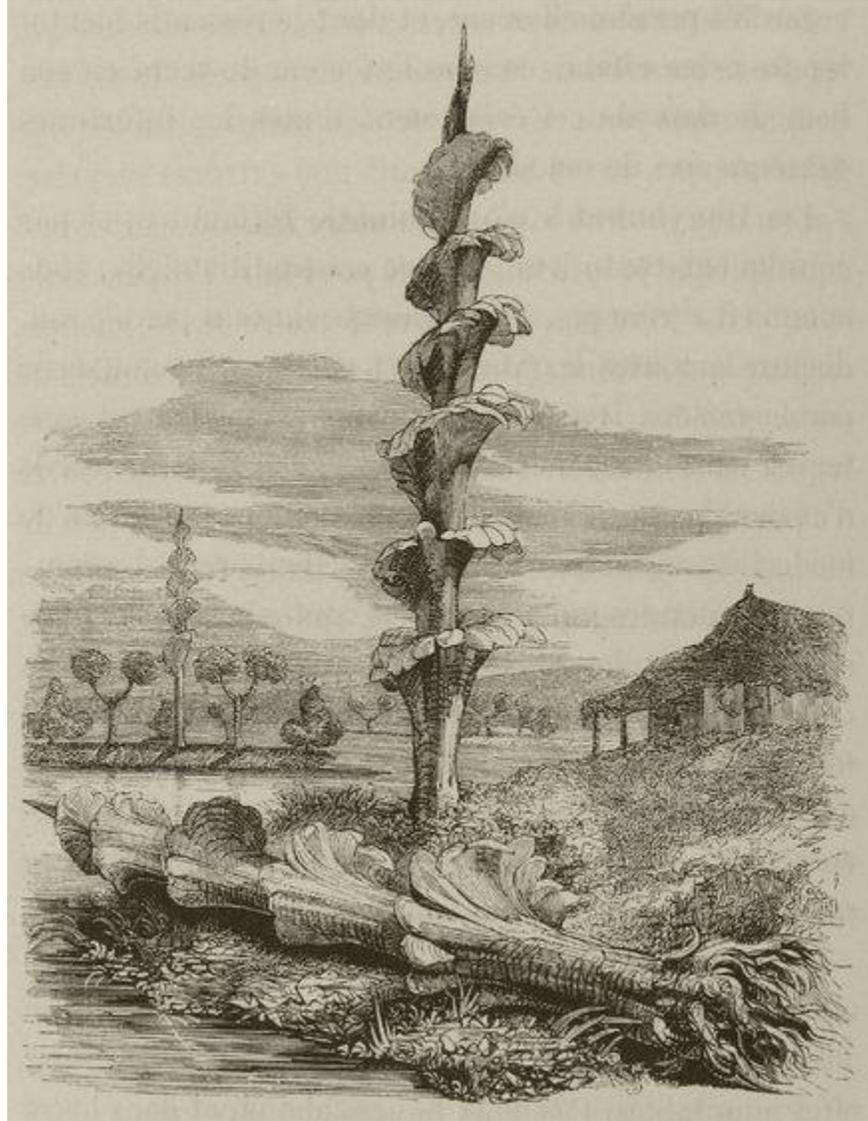
Esto fue todo lo que en aquella ocasión tuvo a bien contarme mi amo de lo que pasó en el Consejo general. Mas le plugo guardarse un detalle que se refería a mí personalmente, cuyo malhadado efecto pronto sentí, como verá el lector a su debido tiempo, y desde el cual numero todas las subsiguientes calamidades de mi vida.

Los houyhnhnms no tienen abecedario y por consiguiente todo su saber es de carácter tradicional. Pero como pocos acontecimientos de importancia suceden en un pueblo tan bien unido, inclinado por naturaleza a la virtud, regido enteramente por la razón y aislado de todo trato con otras naciones, les es fácil retener lo histórico sin abrumar la memoria. He mencionado ya que no se ven sujetos a enfermedades y por tanto no tienen necesidad de médicos. Sin embargo cuentan con excelentes medicinas elaboradas con hierbas para la cura de contusiones y cortaduras casuales en el trabadero o la ranilla de la pezuña causadas por piedras puntiagudas, así como para otras lesiones y heridas en las diversas partes del cuerpo.

El año lo calculan por las revoluciones del sol y de la luna, pero no lo subdividen en semanas. Conocen bastante bien los movimientos de esas dos

luminarias y entienden el porqué de los *eclipses*; y esto es el no va más de su *astronomía*.

En poesía hay que reconocer que superan a todos los demás mortales; en ella la precisión de sus símiles y la minuciosidad y exactitud de sus descripciones son sin duda inimitables. De unos y otras hay abundancia en sus versos, cuyo contenido es por lo general o algún sublime pensamiento sobre la amistad y el altruismo, o el elogio de aquellos que triunfaron en las carreras y otros ejercicios físicos. Sus edificios, aunque muy toscos y simples, no son incómodos, sino bien ideados para protegerlos de todos los rigores del frío y el calor. Tienen una especie de árboles, que a los cuarenta años se aflojan en las raíces y caen con el primer vendaval; crecen muy derechos y, haciéndoles punta como a estacas con una piedra afilada (pues los houyhnhnms no conocen el uso del hierro), los clavan verticalmente en el suelo a unos veinticinco centímetros uno de otro y luego tejen entre ellos paja de avena, o algunas veces zarzo. El tejado lo hacen siguiendo el mismo procedimiento, así como las puertas.



Los houyhnhnms usan el espacio entre el trabadero y el casco de las patas delanteras igual que nosotros las manos, y con más destreza que yo podía imaginar al principio. Tengo visto a una yegua blanca de nuestra casa enhebrar una aguja (que le dejé para tal propósito) valiéndose de esa coyuntura. Ordeñan sus vacas, siegan su avena, y de la misma manera realizan todos los trabajos que necesitarían manos. Tienen una especie de pedernal duro del que, desbastándolo con otras piedras, hacen instrumentos que les sirven como cuñas, hachas y martillos. También con herramientas hechas de este pedernal cortan el heno y siegan la avena, que crece allí espontáneamente en algunos campos. Los yahoos acarrear a casa las

gavillas en vehículos, y en unos cobertizos los criados las pisotean para extraer el grano, que se guarda en almacenes. Fabrican una tosca variedad de recipientes de madera y de barro, y éstos los cuecen al sol.

Si consiguen evitar accidentes, mueren sólo de viejos y se los entierra en los lugares más escondidos que se pueden hallar, y sus amigos y parientes no manifiestan ni pena ni alegría cuando parten, ni el que muere muestra más pesar porque deja el mundo que si se dispusiera a volver a casa después de visitar a uno de sus vecinos. Recuerdo que después de que mi amo quedara con un amigo y su familia para que fueran a su casa por algún asunto de importancia, en el día señalado llegó la señora con sus dos hijos y muy tarde; pidió excusas por dos cosas: primero por su esposo, quien, según dijo, acertó a *lhnuwnh* aquella mañana. El vocablo es poderosamente expresivo en su idioma y no fácil de trasladar al nuestro; significa *retirarse a su primera madre*. Su excusa por no haber llegado antes era que, como su marido hubiera muerto en las últimas horas de la mañana, estuvo un buen rato consultando a los criados sobre un lugar apropiado donde depositar el cuerpo; y noté que se comportaba en nuestra casa con tan buen humor como los demás. Tres meses después moría.

Por lo general viven hasta los setenta o setenta y cinco años, muy raramente hasta los ochenta. Unas semanas antes de morir sienten un decaimiento gradual, pero sin dolor. Durante este período reciben frecuentes visitas de sus amigos, pues no pueden salir de casa con la facilidad y el gusto que de costumbre. No obstante, unos diez días antes de morir, que pocos se abstienen de calcular, devuelven las visitas que les han hecho los vecinos más cercanos, trasladándose en un cómodo trineo tirado por yahoos, vehículo que usan no sólo en esta ocasión, sino cuando envejecen, hacen largos viajes o se quedan cojos por algún accidente.



Y así, cuando los houyhnhnms moribundos devuelven esas visitas, se despiden solemnemente de sus amigos como si fueran a alguna remota región del país donde proyectaran pasar el resto de sus vidas.

Ignoro si merecerá la pena observar que los houyhnhnms no tienen palabra en su idioma para expresar nada *malo*, excepto lo que toman prestado de las deformidades o malas cualidades de los yahoos. Así pues, expresan la necedad de un criado, la falta que comete un hijo, la piedra que les corta una pezuña, la persistencia del tiempo malo o trastornado y cosas similares, añadiendo el epíteto *yahoo*. Por ejemplo: *hnhm yahoo*, *whnaholm yahoo*, *ynlhmawihlma yahoo*, y una casa mal hecha: *ynholmhnmröhlhw yahoo*.

Con mucho gusto explicaría con más detalle los usos y costumbres de este magnífico pueblo, pero como me propongo publicar en breve un volumen aparte exclusivamente sobre este tema, a él remito al lector. Mientras tanto voy a narrar mi lamentable catástrofe.

Capítulo 10

Gobierno de su casa y vida dichosa del autor entre los houyhnhms. Su mucho progreso en la virtud por relacionarse con ellos. Sus conversaciones. Recibe aviso de su amo de que debe abandonar el país. Cae desmayado por el dolor, pero se resigna. Idea y construye una canoa con la ayuda de un compañero sirviente y se hace a la mar a la buena ventura.

Había arreglado mi modesta existencia que no había más que pedir. Mi amo había ordenado que se me construyera a unos seis metros de la casa una habitación como las suyas, y yo enlucí con arcilla las paredes y el piso, que luego cubrí con esteras de junco de mi santiscario. Hice que me espadillaran cáñamo, que allí se da espontáneamente, y con él fabriqué una especie de tejido de jergón que rellené con plumas de diferentes pájaros, excelente comida por cierto, que había cogido con lazos hechos de pelo de yahoo. Con la navaja labré dos sillas, ayudado por el asturión alazán en lo más macizo y trabajoso. Cuando por el uso las ropas se me quedaron en andrajos, me hice otras con piel de conejo y de un hermoso animal casi del mismo tamaño, llamado *nunuhoh*, que la tiene cubierta de una pelusa fina. De éstos hice también medias bastante aceptables. Eché suelas a los zapatos con madera que corté de un árbol y adapté a la empella de cuero, y cuando ésta se desgastó la sustituí con piel de yahoo secada al sol. Con frecuencia cogía miel de árboles huecos y la mezclaba con agua o la comía con pan. Nadie podía demostrar mejor la verdad de aquellas dos máximas que dicen que *la Naturaleza se satisface con muy poco*, y que *la necesidad es madre del ingenio*. Gozaba de perfecta salud corporal y paz de espíritu; no sentía la traición o la veleidad de un amigo, ni el daño de un enemigo oculto o declarado. No tenía ocasión de sobornar, adular o alcahuetear para conseguir el favor de ningún hombre o de su favorito. No necesitaba protección contra el fraude o la tiranía; allí ni médico que me destrozara el

cuerpo, ni abogado que me arruinara la fortuna; ni delator que expiara mis palabras y acciones o que a sueldo falsificara acusaciones contra mí; allí ni guasones, criticones, murmuradores, carteristas, salteadores, robacasas, letrados, celestinas, bufones, tahúres, políticos, listorros, cascarrabias, pelmazos, argüidores, violadores, asesinos, atracadores y eruditos a la violeta; ni líderes o militantes de partido o facción; ni fomentadores del vicio por la seducción o el ejemplo; ni mazmorras, hachas, horcas, postes de flagelación o picotas; ni tenderos o menestrales sisadores; ni soberbia, vanidad o afectación; ni pisaverdes, matones, borrachos, putas ambulantes, o sífilis; ni esposas vocingleras, lascivas y costosas; ni pedantes estúpidos y arrogantes; ni compañeros pesados, avasalladores, pendencieros, bulliciosos, bocazas, hueros, presumidos y blasfemadores; ni sinvergüenzas salidos del fango por el mérito de sus vicios, o nobles caídos en él a cuenta de sus virtudes; ni ilustrísimas, músicos, jueces o maestros de danza.





Se me hizo la merced de ser admitido a la presencia de varios houyhnhnms que fueron a visitar a mi amo o a comer con él, ocasiones éstas en las que Su Señoría amablemente me permitía estar presente en la habitación y escuchar lo que hablaban. Tanto él como sus acompañantes condescendían a menudo a hacerme preguntas y escuchar mis respuestas. También algunas veces tuve el honor de acompañar a mi amo en las visitas que pagaba a otros. Nunca me atrevía a hablar excepto en respuesta a lo que me preguntaban, y esto interiormente arrepentido porque significaba una pérdida tan grande del tiempo en que podía perfeccionarme. Mas me satisfacía infinitamente ocupar el puesto de modesto auditor en tales conversaciones, donde nada se trataba sino lo útil y en las más breves y expresivas palabras, donde (como queda dicho) se observaba el máximo *decoro* sin el mínimo de ceremonias, donde nadie hablaba sin darse gusto a sí mismo o a los contertulios, donde no había interrupciones, aburrimiento, fogosidad o diferencia de pareceres. Son de la opinión que cuando hay gente reunida un breve silencio ayuda mucho a la conversación; esto vi que era cierto, pues durante esos cortos intermedios en el diálogo, nuevas ideas les venían a la mente, que animaban mucho la charla. Sus temas son por lo general la amistad o el altruismo, o el orden y la hacienda, o a veces los trabajos de la Naturaleza o las tradiciones antiguas, los términos y Emites de la virtud, las inequívocas directrices de la razón, o alguna decisión que se tomara en la siguiente Asamblea general, y a menudo las varias excelencias de la *poesía*. Séame permitido añadir sin vanidad ninguna que mi presencia les ofrecía a menudo suficiente materia de conversación, pues daba a mi amo oportunidad para revelar a sus amigos mi historia y la de mi país, sobre lo cual todos ellos se dignaban extenderse en disertaciones de las que la especie humana no salía muy bien parada; y por tal razón no reproduciré lo que decían. Permítaseme decir tan sólo que, para gran asombro mío, Su Señoría parecía conocer la naturaleza de los yahoos mejor que yo. Examinó todos nuestros vicios y locuras, y descubrió muchos que nunca le había contado, a partir de suposiciones sobre las facultades que un yahoo de su país, dotado de poca razón, sería capaz de activar, y terminó considerando, sin andar muy descaminado, lo infame y despreciable que tal criatura debe de ser.

Confieso francamente que todo lo que sé de algún valor lo aprendí de las lecciones que de mi amo recibí y de oírle hablar con sus amigos, a los cuales me sentiría más orgulloso de escuchar que de dar órdenes a la más grande y docta asamblea de Europa. Admiraba la fuerza, la gallardía y la celeridad de los habitantes, y tal cúmulo de virtudes en personajes tan afables me hacía sentir la reverencia más excelsa. Al principio, ciertamente, no me imponían aquel respeto natural que los yahoos y todos los demás animales les tienen, mas se desarrolló en mí gradualmente y mucho más deprisa que imaginara, mezclado con un cariño y agradecimiento sumisos por su condescendencia al diferenciarme del resto de mis congéneres.

Cuando me acordaba de mi familia, amigos, paisanos, o la razón humana en general, los veía a todos como realmente eran: yahoos en físico y carácter, quizá un poco más civilizados e investidos con el don del habla, mas incapaces de hacer otro uso de la razón que perfeccionar y multiplicar aquellos vicios de los que sus hermanos en aquel país poseían sólo la ración que la Naturaleza les había adjudicado. Cuando acertaba a ver la imagen de mi cuerpo en un lago o fuente, volvía la cara horrorizado y asqueado de mí mismo, y soportaba mejor ver a un yahoo común que mi propia persona. De rozarme con los houyhnhnms y respetarlos fascinado di en imitar sus andares y ademanes, lo que se ha hecho ya hábito, y los amigos me dicen a menudo y sin contemplaciones que *troto como un caballo*, cosa que tomo, no obstante, como un gran cumplido; y no niego que al hablar suelo adoptar la voz y el estilo de los houyhnhnms, y oigo que por eso soy objeto de burlas, pero no me humilla en lo más mínimo.

En medio de toda esta felicidad, cuando me consideraba de todo punto establecido para siempre, mi amo me mandó llamar una mañana un poco más temprano de lo que solía. Por el semblante noté que se encontraba algo confuso y sin saber cómo empezar lo que tenía que decirme. Tras un breve silencio dijo que no sabía cómo me sentaría lo que iba a decir, pero que en la última Asamblea general, cuando se abordó la cuestión de los yahoos, los diputados habían tomado a mal que él tuviera uno (por mí) en su familia, más como houyhnhnm que como animal irracional. Que se sabía que tenía frecuente trato conmigo, como si pudiera obtener algún provecho o placer de mi compañía; que tal costumbre no se acordaba ni con la Razón ni con la

Naturaleza, ni era cosa que se hubiera oído jamás entre ellos. Que la Asamblea le *exhortaba* por tanto a que me utilizara como al resto de mis congéneres o me ordenara volverme a nado al lugar de donde procedía. Que el primero de estos recursos fue rechazado de plano por todos los houyhnhnms que alguna vez me habían visto en su casa o en las de ellos, alegando que como tenía algunos rudimentos de razón, unido a la natural depravación de aquellos animales, era cosa de temerse que pudiera arrastrarlos a las zonas boscosas y montañosas del país y llevarlos por la noche en bandas a matar el ganado de los houyhnhnms, siendo como eran por naturaleza voraces y enemigos del trabajo.

Añadió mi amo que los houyhnhnms del vecindario le apremiaban diariamente a que pusiera en práctica la *exhortación* de la Asamblea, cosa que no podía aplazar mucho más. Dudaba que me fuera posible llegar a nado a otro país y por eso me pedía que ingeniara alguna suerte de vehículo parecido a aquellos que le había descrito, que pudiera llevarme por el mar, en cuya construcción contaría con la ayuda de sus criados y los de los vecinos. Terminó diciendo que, por su parte, le habría encantado que me quedara a su servicio para toda la vida, pues veía que me había curado de algunas malas costumbres e inclinaciones, esforzándome en imitar a los houyhnhnms en lo que mi inferior naturaleza de sí daba.

Aquí debo manifestar al lector que un decreto de la Asamblea general de aquel país se conoce con el nombre de *hnhloayn*, que significa *exhortación*, según la traducción más exacta que puedo dar, pues allí no conciben que a un ser racional se le pueda *obligar*, sino sólo aconsejar o *exhortar*, ya que nadie puede desobedecer a la razón sin renunciar a su pretensión de ser un ente racional.

Inmensos fueron el dolor y la desesperación que me acometieron oyendo las palabras de mi amo y, sin poder soportar la atroz angustia que me entró, caí desmayado a sus pies; cuando volví en mí, dijo que creía que me había muerto (pues este pueblo no sufre tales flaquezas de temperamento).



Le respondí con voz débil que morir hubiera sido dicha demasiado grande; que aunque no podía quejarme de la *exhortación* de la Asamblea o del apremio de sus amigos, consideraba sin embargo en mi floja y corrompida capacidad de juicio, que habría sido más consecuente con la razón haberse mostrado menos severo. Que no podía nadar una legua, cuando lo más seguro era que la tierra más cercana a la suya estaba a ciento; que en aquel país no existían muchos de los materiales necesarios para fabricar una pequeña embarcación que me llevara, aunque intentaría hacerla en obediencia y gratitud hacia Su Señoría, aun cuando suponía que aquello era imposible y me veía ya por tanto sentenciado a la ruina. Que saber que me esperaba de cierto una muerte no natural era el más pequeño de mis males, pues suponiendo que escapara con vida por algún extraño lance, ¿cómo podía pensar con sangre fría en pasar mis días entre los yahoos y recaer en mis vicios de antaño por carecer de modelos que me dirigieran y mantuvieran en la senda de la virtud? Y que conocía demasiado bien las sólidas razones sobre las que se sustentaban las decisiones de los sabios houyhnhnms, inquebrantables ante los argumentos de un despreciable

yahoo. Así pues, tras significarle mi humilde agradecimiento por ofrecerme la cooperación de sus criados para hacer la embarcación, y solicitando un plazo razonable para tan difícil tarea, le dije que procuraría tener cuidado del infeliz que llevaba dentro; y que si alguna vez regresaba a Inglaterra no sería sin la esperanza de ser útil a mis congéneres cantando las alabanzas de los célebres houyhnhnms y proponiendo que la especie humana imitara sus virtudes.

En pocas palabras me replicó amablemente mi amo, concediéndome el término de dos *meses* para que acabara la barca; y ordenó al asturión alazán, compañero mío en la servidumbre (que así puedo atreverme a llamarlo a esta distancia), que siguiera mis instrucciones, pues dije a mi amo que su ayuda sería suficiente, conociendo el afecto que me tenía.

Junto con él mi primer quehacer fue irme a aquella parte de la costa donde mi tripulación rebelde había ordenado desembarcarme. Subí a un alto y, oteando a todas partes sobre el mar, me pareció ver un islote hacia el nordeste; saqué el catalejo de bolsillo y pude divisarlo claramente a unas cinco leguas mar adentro, según calculé; pero al alazán le parecía que era únicamente una nube azul, pues como no tenía idea de ningún otro país excepto el suyo, no podía estar tan advertido en distinguir objetos lejanos en el mar como quienes nos hemos movido tanto en ese medio.

Tras descubrir aquella isla no pensé más, sino que decidí que, a ser posible, fuera el primer lugar de mi destierro, dejando las consecuencias a la fortuna.

Volví a casa y, tras consultar con el alazán, fuimos a un verdugal a cierta distancia, donde yo con la navaja y él con un afilado pedernal, encajado con mucho arte, según su estilo, en un mango de palo, cortamos varios varales de roble casi del grueso de un báculo, y algunos trozos más grandes. Mas no importunaré al lector con una detallada descripción de mis técnicas; sea suficiente decir que en seis semanas, con la ayuda del alazán, que realizó lo que más trabajo requería, rematé una especie de canoa india, pero mucho mayor, cubriéndola con pieles de yahoo bien cosidas unas con otras con hebras de cáñamo de mi fabricación. También la vela estaba hecha de pieles del mismo animal, mas usé la de los más jóvenes que pude coger, que la de los viejos era demasiado fuerte y gruesa; y también me hice cuatro

canaletes. Me aprovisioné de carne cocida de conejo y aves, y tomé dos vasijas, una llena de leche y otra de agua.



Probé la canoa en una charca cerca de la casa de mi amo y la arreglé en lo que fallaba, tapando todas las grietas con sebo de yahoo, hasta que vi que quedaba firme y podía conmigo y la carga. Y cuando la dejé tan perfecta como me fue posible, la llevé despacito a la orilla del mar en un vehículo tirado por yahoos bajo la dirección del alazán.

Cuando todo estuvo listo y llegó el día de mi partida, me despedí de mi amo, de su señora y de toda la familia, los ojos yéndoseme en lágrimas y el corazón sumido en el dolor. Mas Su Señoría, movido por la curiosidad y quizá (si puedo decirlo sin vanidad) en parte por amabilidad, estaba decidido a verme dentro de la canoa, y se llevó a varios vecinos con él. Me vi obligado a esperar más de una hora por la marea, y luego, viendo que el viento corría muy favorablemente sobre la isla hacia la cual quería dirigir mi rumbo, me despedí por segunda vez de mi amo; mas al ir a postrarme para besarle la pezuña me hizo el honor de levantarla hasta mi boca. Bien sé cuánto se me ha criticado por mencionar este último detalle, pues mis detractores tienen a bien considerar improbable que un personaje tan ilustre se rebajara a otorgar tan gran señal de distinción a una criatura tan inferior como era yo. Y no se me escapa tampoco lo propensos que son algunos

viajeros a hacer alarde de los extraordinarios favores que han recibido. Mas si estos críticos conocieran mejor el carácter noble y cortés de los houyhnhnms, pronto cambiarían de opinión.

Pagué mis respetos al resto de los houyhnhnms que acompañaban a Su Señoría y luego, subiendo a la canoa, me aparté de la playa.

Capítulo 11

*El peligroso viaje del autor. Llega a Nueva Holanda con la esperanza de establecerse allí.
Un nativo lo hiere con una flecha. Es capturado y llevado a la fuerza a un barco
portugués. Las muchas atenciones del capitán. Llega el autor a Inglaterra.*

Emprendí este viaje desesperado el 15 de febrero de 1715 a las nueve de la mañana. Corría un viento muy favorable, pero al principio me serví sólo de los canaletes, aunque, al considerar que pronto me cansaría y que era probable que saltara el viento, me aventuré a izar mi pequeña vela; y así, con ayuda de la marea, avancé a razón de legua y media por hora, según mi estimación más aproximada. Mi amo y sus amigos permanecieron en la playa hasta casi perderme de vista, y una y otra vez oí que el asturión alazán (que siempre me tuvo cariño) gritaba *hnuy illa nyha maiah yahoo*: Cuídate, noble yahoo.

Era mi propósito encontrar, a ser posible, alguna islita deshabitada pero que pudiera suministrarme, con mi trabajo, lo necesario para vivir, cosa que habría tenido por dicha más grande que ser primer ministro en la corte más refinada de Europa, que tan terrible era la idea que tenía de volver a vivir en compañía y bajo el gobierno de yahoos. En la soledad que anhelaba podría al menos disfrutar de mis propios pensamientos y gozar meditando sobre las virtudes de aquellos incomparables houyhnhnms, libre de toda ocasión de degenerar en los vicios y corruptelas de mi especie.

Recordará el lector lo que conté a propósito de la conspiración de mis hombres contra mí, cómo me encerraron en el camarote, cómo permanecí allí varias semanas sin saber qué rumbo llevábamos y cómo los marineros, cuando me desembarcaron en la lancha, me juraron, en verdad o en falso, que no sabían en qué parte del mundo nos encontrábamos. No obstante, en aquel entonces creí que nos hallábamos a unos 10 grados al sur del Cabo de

Buena Esperanza, o sea a unos 45 de latitud sur, según entendí por algunas palabras de carácter general que acerté a oírles cuando nos encontrábamos, según creí, al sudeste en su proyectado viaje a Madagascar. Y aunque esto fuera poco más que simple conjetura, determiné seguir rumbo este con la esperanza de alcanzar la costa sudoeste de Nueva Holanda y tal vez, al oeste de allí, alguna isla como la que deseaba. Tenía viento entero del oeste y, sobre las seis de la tarde, cuando calculaba que había hecho por lo menos dieciocho leguas al este, divisé a cosa de media legua una islita a la que pronto llegué. No era sino un escollo con una ensenada naturalmente recortada en arco por la fuerza de las tormentas. Atraqué allí la canoa y, escalando parte del escollo, pude claramente ver tierra hacia el este, que se extendía de norte a sur. Pasé la noche echado en la canoa, reanudé el viaje por la mañana temprano y en siete horas llegué a la punta sudoeste de Nueva Holanda. Esto me certificó en la opinión que siempre he sostenido de que las cartas de navegación y los mapas sitúan a este país al menos a tres grados más al este de lo que realmente está, reflexión que hace años participé a mi estimado amigo, el señor Herman Moll^[84], y le di mis razones, aunque él prefirió seguir a otros autores.

No vi habitantes en el lugar donde tomé tierra y, como fuera desarmado, me daba miedo aventurarme mucho tierra adentro. Encontré unos mariscos en la playa y los comí crudos, no atreviéndome a hacer fuego por temor de que me descubrieran los nativos. Durante tres días seguí alimentándome de ostras y lapas para no gastar las provisiones, y por fortuna encontré un arroyo de agua muy buena, que me dio gran consuelo.

El cuarto día me aventuré temprano un poco demasiado lejos y descubrí a veinte o treinta nativos en un alto y a no más de quinientos metros. Hombres, mujeres y niños estaban en cueros alrededor de una hoguera, según pude averiguar por el humo. Uno me divisó y se lo dijo a los demás; cinco de ellos dejaron a las mujeres y niños junto al fuego y avanzaron hacia mí. Me apresuré cuanto pude hasta la playa, subí a la canoa y me largue. Los salvajes, que me vieron en retirada, echaron a correr detrás de mí, y antes de que pudiera internarme lo bastante lejos en el mar, dispararon una flecha que me hirió profundamente en la corva izquierda (llevaré la cicatriz hasta la tumba). Sospeché que la flecha pudiera estar envenenada y,

remando (pues era un día sin viento) hasta ponerme fuera del alcance de sus dardos, me las arreglé para chuparme la herida y vendarla como mejor pude.

No sabía qué partido tomar, pues no me atrevía a volver al mismo desembarcadero, sino que me mantenía al norte, viéndome obligado a remar porque el viento, aunque muy suave, lo tenía contrario, ya que soplaba hacia el noroeste. Buscando como andaba lugar seguro para desembarcar, oteé una veía al nornordeste y, al hacerse más visible por momentos, me asaltaron algunas dudas sobre si debería esperarla o no, mas al final pudo más mi aborrecimiento de la raza yahoo y, virando la canoa en redondo y maniobrando a un tiempo la vela y los canaletes hacia el sur, me metí en la misma ensenada de donde había salido por la mañana, resuelto a confiarme a aquellos *bárbaros* antes que vivir con yahoos europeos. Arrimé la canoa a la orilla tanto como pude y me escondí detrás de una roca junto al arroyo, que como queda dicho, era de muy buen agua.

La nave se acercó a media milla del arroyo y mandó la lancha con barriles por agua dulce (pues parece que el lugar es bien conocido), mas no lo noté hasta que la lancha estaba casi en la orilla y era demasiado tarde para buscar otro escondrijo. Al tomar tierra vieron los marineros la canoa y, tras revolverla de arriba abajo, fácilmente concluyeron que el dueño no podía andar muy lejos. Cuatro de ellos, bien armados, inspeccionaron cada grieta y recoveco hasta que por fin me encontraron tendido boca abajo tras la roca. Durante algún tiempo me ojearon, admirados de la extraña y tosca indumentaria, la casaca hecha de pieles, los zapatos con suelas de madera y las medias de piel, de lo cual, no obstante, coligieron que no era nativo del lugar, pues andan todos desnudos. Uno de los marineros, en portugués, me mandó que me levantara y me preguntó quién era.



Entendía bien el idioma y poniéndome de pie dije que era un pobre yahoo desterrado por los houyhnhnms, y les rogaba que me hicieran el favor de dejarme marchar. Se sorprendieron al oírme hablar en su lengua, y por la tez conocieron que debía de ser europeo, mas no lograron entender qué quería decir con lo de yahoos y houyhnhnms, y al mismo tiempo se echaron a reír del extraño tono con que hablaba, que parecía el relincho de un caballo. Entre el miedo y el odio yo temblaba sin parar; volví a pedirles que me dejaran marchar, y me iba despacio hacia la canoa, pero me agarraron y me preguntaron de qué país era, de dónde había salido y muchas otras cosas. Les dije que había nacido en Inglaterra, de donde había salido hacía unos cinco años, y que entonces su país y el nuestro estaban en paz. Esperaba por tanto que no me trataran como enemigo, ya que no les deseaba ningún daño,

y era un pobre yahoo en busca de algún lugar desierto donde pasar el resto de mi desdichada vida.

Cuando empezaron a hablar creí que nunca había oído o presenciado nada tan contranatural, pues me parecía tan monstruoso como si en Inglaterra un perro o una vaca hablaran, o un yahoo en el País de los Houyhnhnms. Los buenos portugueses estaban igual de asombrados por mi extraña indumentaria y el raro estilo de pronunciar, aunque mis palabras las entendían bien. Me hablaron con mucha bondad y dijeron que estaban seguros de que su capitán me llevaría *de balde* a Lisboa, de donde podría volver a mi país; que dos de los marineros volverían al barco a informar al capitán de lo que habían visto y recibir sus órdenes; mientras tanto me retendrían por la fuerza, a menos que les jurara solemnemente que no huiría. Sentían una enorme curiosidad por conocer mi historia, pero no fue para satisfacerlos lo poco que les dije, y todos ellos creyeron que los infortunios me habían dañado la razón. En dos horas la lancha, que fue cargada con barriles de agua, volvió con órdenes del capitán de que me llevaran a bordo. Me eché de rodillas para defender mi libertad, mas todo en vano, y los hombres, después de atarme con cuerdas, me arrastraron a la lancha, en donde me llevaron hasta el navío, y una vez allí, al camarote del capitán.

Pedro de Mendez se llamaba. Persona era muy cortés y generosa. Me rogó que le diera cuenta de mí mismo y me preguntó qué quería de comer o beber. Dijo que se me trataría como a él mismo, y habló tantas cosas amables que me sorprendí de encontrar tales atenciones en un yahoo. Sin embargo, permanecí callado y hosco; su mismo olor y el de sus hombres casi me mareaba. Por fin pedí algo de comer de mi canoa, pero él me ordenó un pollo y un vino excelente y luego mandó que se me acostara en un camarote bien limpio. No me desnudé, sino que me eché encima de la ropa de la cama, y media hora después me escabullí, cuando pensé que la tripulación estaría comiendo, y, llegándome a la borda del navío, fui a tirarme al mar y salvarme a nado antes de permanecer entre yahoos; pero uno de los marineros me lo impidió y, tras informarse al capitán, me encadenaron en el camarote.

Después de comer, don Pedro me visitó queriendo averiguar la razón de intentona tan desesperada y me aseguró que sólo pretendía ayudarme en todo lo que pudiera, y habló de manera tan conmovedora que al final condescendí a tratarle como a animal dotado de alguna pizca de razón. Dile breve noticia de mi viaje, del país donde había sido desembarcado, y de mis tres años de estancia allá, todo lo cual lo tuvo por sueño o visión, cosa que me ofendió muchísimo, pues me había olvidado completamente del atributo de mentir, tan característico de los yahoos de todos los países donde ellos reinan, y por consiguiente de su propensión a poner en duda la verdad en otros de su especie. Le pregunté si en su país era costumbre *decir lo que no es*, y le aseguré que casi me había olvidado qué significaba aquello de falsedad, y que en mil años que viviera en el País de los Houyhnhnms no oiría ni una mentira del último criado; que no me importaba en absoluto si me creía o no, pero que en pago a sus favores sería lo suficientemente indulgente con lo corrupto de su naturaleza para contestar a cualquier objeción que se dignara hacer, y así podría fácilmente descubrir la verdad.

Hombre prudente el capitán, tras muchos esfuerzos por pillarme en un tropiezo en alguna parte de mi cuento, al final empezó a formarse una mejor opinión de mi veracidad. Pero añadió que como profesaba yo un apego tan inquebrantable a la verdad, debía darle mi palabra de honor de que le acompañaría en la travesía sin intentar nada contra mi vida, o si no, me mantendría preso hasta que llegáramos a Lisboa. Le prometí lo que pedía, pero afirmando al mismo tiempo que soportaría las penalidades más grandes antes de volver a vivir entre yahoos.

La travesía se pasó sin suceso digno de consideración. Por gratitud hacia el capitán a veces me sentaba con él, según su más ferviente deseo, esforzándome por ocultar mi antipatía por el género humano, aunque ésta hacía irrupción a menudo y él lo toleraba sin comentarios. Pero la mayor parte del día la pasaba encerrado en el camarote para evitar ver a nadie de la tripulación. Me había rogado varias veces el capitán que me despojara de mi salvaje indumentaria, y se ofreció a prestarme el mejor traje que tenía. No pudo convencerme de que lo aceptara, según aborrecía yo verme con algo encima que hubiera estado en la espalda de un yahoo. Le rogué tan sólo que me dejara dos camisas limpias que, como las lavaran después de

que él se las hubiera puesto, pensé que no me mancharían; me mudaba de ellas cada dos días y las lavaba yo mismo.

Llegamos a Lisboa el 5 de noviembre de 1715. Al desembarcar, el capitán me obligó a cubrirme con su capa para evitar que la chusma se apiñara a mi alrededor. Me llevó a su casa, y a mis ruegos más ardorosos me condujo a la habitación más alta de la parte trasera. Le supliqué que mantuviera en secreto ante todo el mundo lo que le había dicho de los houyhnhnms porque la mínima insinuación sobre tal historia no sólo arrastraría a muchedumbres de gente a verme, sino que también podría ponerme en peligro de acabar en prisión o ser quemado por la Inquisición^[85]. Me persuadió a aceptar un traje hecho a estrenar, pero no permití que el sastre me tomara las medidas; sin embargo, como don Pedro era casi de mi misma talla, me lo cortaron bastante bien. Me equipó con otras cosas necesarias, todas nuevas, que yo aireaba veinticuatro horas antes de usarlas.

El capitán no tema mujer ni más que tres criados, a ninguno de los cuales se permitía estar presente a las comidas, y toda su conducta era tan obsequiosa, amén de su excelente comprensión de lo *humano*, que verdaderamente empecé a soportar su compañía. Alcanzó tanto ascendiente conmigo que me atreví a asomarme por la ventana de la trasera.



Poco a poco me llevó a otra habitación, desde donde me asomé furtivamente a la calle, pero retiré la cabeza aterrado. En una semana me había seducido para que bajara a la puerta. Vi que mi terror disminuía gradualmente, pero el odio y el desprecio parecían aumentar. Al fin fui lo bastante valiente para pasear por la calle en su compañía, pero llevaba la nariz atiborrada de ruda o a veces de tabaco.



En diez días don Pedro, a quien había contado algo de mis asuntos familiares, me propuso, como cosa de honor y conciencia, que debería regresar a mi patria y vivir en casa con mi mujer y mis hijos. Dijo que había en el puerto un navío inglés a punto de largar velas, y que él me proveería de todo lo necesario. Sería pesado repetir sus argumentos y mis objeciones. Manifestó que era totalmente imposible encontrar una isla solitaria como la que quería para vivir, pero que en mi propia casa podría mandar y pasar mis días tan recluido como se me antojara.

Por fin cedí, viendo que no podía hacer nada mejor. Salí de Lisboa el 24 de noviembre en un mercante inglés, pero ni pregunté quién era el capitán. Don Pedro me acompañó al barco y me prestó veinte libras. Se despidió amablemente de mí y me abrazó al separarnos, cosa que aguanté como mejor pude. Durante esta última travesía no tuve trato con el capitán ni con

ninguno de sus hombres, sino que haciéndome el enfermo me quedaba encerrado en el camarote. El 15 de diciembre de 1715 echamos anclas en las Dunas a eso de las nueve de la mañana, y a las tres de la tarde llegaba sin contratiempos a mi casa de Redriff.

Grande fue la sorpresa y alegría con que mi esposa e hijos me recibieron, porque me daban por muerto de seguro. Mas debo confesar francamente que el verlos me llenó sólo de odio, asco y desprecio, y más al pensar en el vínculo tan estrecho que me unía a ellos; pues aunque desde mi funesto exilio del País de los Houyhnhnms me había impuesto a mí mismo que soportaría la presencia de los yahoos y que me relacionaría con don Pedro de Mendez, mi memoria e imaginación se veían continuamente invadidas por las virtudes y pensamientos de aquellos sublimes houyhnhnms. Y cuando me dio por considerar que por ayuntarme con alguien de la especie yahoo me había convertido en padre de otros, me asaltaban la vergüenza, la turbación y el horror más inmensos.

En cuanto entré en casa mi esposa me abrazó y me besó, a lo cual, por no haber estado acostumbrado a sentir el tacto de aquel repugnante animal por tantos años, me caí mareado por casi una hora.



Al momento de escribir son ya cinco años desde mi último regreso a Inglaterra; durante el primero no podía soportar la presencia de mi esposa e hijos, sólo el olor suyo era ya inaguantable, y mucho menos podía tolerar que comieran en la misma habitación. Incluso ahora no se atreven a tocar el pan que como ni a beber de la misma taza, ni he podido consentir que ninguno de ellos me agarre de la mano. El primer dinero que gasté fue en comprar dos potros sementales, que guardo en una buena cuadra, y después de ellos el caballerizo es lo que más quiero, pues siento que se me revive el espíritu con el olor que se le pega en la cuadra. Me entienden bastante bien mis caballos. Paso con ellos cuatro horas diarias por lo menos. No conocen ni brida ni silla y viven en gran concordia conmigo y amistad entre ellos.



Capítulo 12

La veracidad del autor. Su intención al publicar esta obra. Crítica a aquellos viajeros que se desvían de la verdad. Se declara inocente de cualquier objetivo siniestro al escribir. Respuesta a una objeción. Manera de establecer colonias. Elogio de su patria. Justifícase el derecho de la Corona sobre aquellos países descritos por el autor. La diferencia de conquistarlos. Se despide el autor del lector por última vez, expone su modo de vida para el futuro, ofrece buen consejo y concluye.

Así, lector amable, te he rendido relato fiel de mis viajes durante dieciséis años y siete meses corridos, en lo cual no me ha preocupado tanto el ornato como la verdad. Tal vez pudiera haberte asombrado, como hacen otros, con historias extrañas e inverosímiles, pero prefiero contar realidades palpables en la forma y estilo más sencillos, que mi intención primera fue informarte, no distraerte.

Fácil es para quienes viajamos a países remotos, que raramente son visitados por ingleses u otros europeos, elaborar descripciones de animales fabulosos, tanto terrestres como marinos; aunque el principal propósito del viajero debería ser hacer a los hombres más sabios y mejores, y perfeccionarles el entendimiento con los malos y buenos ejemplos de lo que cuentan sobre exóticas regiones.

Desearía con toda el alma que se promulgara una ley que obligara a todo viajero, antes de que se le permitiera publicar sus viajes, a prestar juramento ante el Canciller Supremo de que todo lo que pretendía imprimir era, a su leal saber y entender, absolutamente verdadero; pues así no se engañaría al mundo como se hace normalmente cuando algunos escritores, a fin de que sus obras tengan mejor aceptación entre el público, embaucan al inadvertido lector con los embustes más enormes. Mucho disfruté en mis años jóvenes leyendo atentamente varios libros de viajes, pero como desde entonces he recorrido la mayor parte de las regiones del globo y he podido

desmentir muchos relatos ficticios a través de mis observaciones, se ha desarrollado en mí una gran aversión hacia esa clase de lecturas y cierta indignación al ver con cuánta insolencia se abusa de la credulidad del género humano. En consecuencia, y como mis amistades tuvieran a bien considerar que mis modestos esfuerzos pudieran no ser mal recibidos por mis compatriotas, me impuse a mí mismo el precepto, del que no debería desviarme jamás, de que me *atendría a la verdad estrechamente*; y nunca podré verme tentado en lo más mínimo a apartarme de ella mientras tenga presente en el entendimiento las enseñanzas y el ejemplo de mi noble amo y de los otros insignes houyhnhnms, de quienes tuve el honor de ser un modesto discípulo por tanto tiempo.

*... nec, si miserum Fortuna Sinonem
finxit, vanum etiam mendacemque improba finget*^[86].

Sé muy bien cuán escasa gloria es la que se gana con escritos que no precisan ni genio ni erudición, ni ciertamente ningún otro talento, excepto buena memoria y un diario bien detallado. Sé también que los que escriben de viajes, como los que compilan diccionarios, se hunden en el olvido bajo el peso y la envergadura de los que vienen detrás y se sitúan por tanto arriba del todo. Y es muy probable que los viajeros que visiten en el futuro los países de que se habla en este libro mío, puedan hacer olvidar al mundo que alguna vez fui escritor, al descubrir mis errores (si alguno hubiera), añadir muchas cosas nuevas que ellos averigüen, despojarme a empujones de mi popularidad y ponerse en mi lugar. Esto sería indudablemente grandísima humillación si escribiera yo por fama, pero como mi único propósito es el BIEN PÚBLICO, no podré sentirme defraudado del todo. Pues ¿quién podrá leer de las virtudes que afirmo existen en los magníficos houyhnhnms sin avergonzarse de sus vicios, si al mismo tiempo se tiene por racional y dominante en este país? Nada diré de aquellas remotas naciones en las que reinan los yahoos, entre las cuales los menos depravados son los brobdingnagianos, cuyos sabios preceptos de moral y de gobierno nos harían dichosos si los observáramos. Mas me abstengo de hacer más comentarios, y que el lector sensato haga sus observaciones y resoluciones prácticas.

No es poco placer que esta obra mía pueda no encontrar críticos, pues ¿qué objeciones pueden hacerse contra un escritor que narra únicamente realidades que sucedieron en países tan lejanos, en los cuales no tenemos el mínimo interés, sea comercial o diplomático? Cuidadosamente he evitado todo defecto de los que muy justamente se acusa con frecuencia a los que normalmente escriben de viajes. Además no me meto con *partido* ninguno, sino que escribo sin apasionamiento, prejuicio o mala voluntad contra ningún hombre o grupo de hombres, sean quienes sean. Escribo con el fin más noble: informar y enseñar a la humanidad, sobre la cual puedo invocar, sin pecar de inmodesto, cierta superioridad en razón de los logros que hice conviviendo tanto tiempo con los cumplidísimos houyhnhnms. Escribo sin ninguna mira en el provecho o el elogio. Nunca dejo pasar palabra que pueda parecer intencionada o causar la mínima ofensa incluso a aquellos que están más dispuestos a recibirla. Así pues, espero que en justicia se me permita declararme autor absolutamente intachable, en quien la tribu de replicadores, consideradores, observadores, discurredores, averiguadores y apostilladores jamás podrá encontrar terreno para ejercitar sus talentos.

Confieso que alguien me ha dicho al oído que, como súbdito inglés, tenía la obligación de presentar un memorial a un ministro de gobierno en cuanto regresé, porque cualesquiera tierras que un súbdito descubre pertenecen a la Corona. Mas dudo que nuestras conquistas en los países de que hablo fueran a ser tan fáciles como las de Hernán Cortés sobre los desnudos americanos. Los liliputienses, creo, malamente merecen el gasto de una flota y un ejército que los redujera, y dudo que fuera prudente o poco arriesgado intentarlo con los brobdingnagianos. O que un ejército inglés se encontrara a gusto con la Isla Voladora encima. Los houyhnhnms, es cierto, parece que no están tan bien preparados para la guerra, ciencia a la que son completamente ajenos, y especialmente a las armas arrojadas. No obstante, suponiendo que yo fuera ministro de gobierno, nunca aconsejaría lanzar una invasión contra ellos. Su prudencia, su solidaridad, su desconocimiento del miedo y su amor a la patria suplirían ampliamente todas sus deficiencias en el arte militar. Imaginad a veinte mil de ellos que penetran en el medio de un ejército europeo, confunden las filas, vuelcan los carruajes, hacen puré la cara de los guerreros con las terribles coces de

los cascos traseros. Bien que merecerían la fama que se atribuye a Augusto: *recalcitrat undique tutus*^[87]. Mas en vez de hacer propuestas para conquistar aquella noble nación, yo preferiría que nos mandaran, si pudieran o quisieran, un número suficiente de sus habitantes para civilizar Europa, enseñándonos los primeros fundamentos del honor, la justicia, la verdad, la medida, el espíritu cívico, la fortaleza, la castidad, la amistad, el altruismo y la lealtad. De estas virtudes conservamos todavía los *nombres* en la mayoría de nuestras lenguas, y pueden encontrarse tanto en autores modernos como en los antiguos, cosa que puedo afirmar basándome en mis pocas lecturas.

Mas hay otra razón por la cual me sentí menos decidido a aumentar con mis descubrimientos los dominios de Su Majestad. A decir verdad me habían entrado algunos escrúpulos respecto a la justicia distributiva de los soberanos en estas ocasiones. Por ejemplo: a una banda de piratas la arrastra una tormenta hasta no saben dónde; por fin un grumete divisa tierra desde el mastelero; desembarcan para robar y saquear; encuentran un pueblo inofensivo, se los agasaja con amabilidad, ellos ponen otro nombre al país, toman oficialmente posesión de él para el rey, erigen un tablón carcomido o una piedra como monumento conmemorativo, asesinan a dos o tres docenas de nativos, se llevan a la fuerza a otros dos como muestra, regresan a su país y se los perdona. Este es el principio de una nueva posesión, adquirida con privilegio por *derecho divino*. Con la primera ocasión se mandan naves, se expulsa o mata a los nativos, se tortura a sus jefes para saber dónde tienen el oro; se otorga libre licencia para cometer todo acto de brutalidad y avaricia, y la tierra hiede de la sangre de sus habitantes; y a esta abominable banda de carniceros empleada en tan piadosa expedición se la llama *colonia moderna*, enviada a convertir y civilizar a un pueblo idólatra y bárbaro.

Mas confieso que esta reseña de ningún modo se refiere a la nación británica, que puede dar ejemplo al mundo entero de su prudencia, cuidado y justicia en el establecimiento de colonias; por sus generosas donaciones para el progreso de la religión y el saber; por su elección de sacerdotes devotos y capaces para la propagación del cristianismo; por su prudencia en abastecer sus colonias con gente de la madre patria, de vida y costumbres sobrias; por su rigurosa preocupación en la dispensa de la justicia, en dotar

a la administración pública de todas sus colonias de funcionarios habilísimos y ajenos completamente a la corrupción y, para hacer el completo, en enviar a los gobernadores más despiertos y virtuosos, que no tienen otras miras que la felicidad del pueblo que rigen y el honor del rey, su señor.

Mas como aquellos países que he descrito no parecen tener gana ninguna de que se los conquiste, esclavice, asesine o desaloje a cuenta de las colonias, ni tienen abundancia de oro, plata, azúcar o tabaco, modestamente pensé que de ningún modo eran metas de nuestro entusiasmo, nuestro valor o nuestro interés. Sin embargo, si aquellos a quienes corresponda estiman conveniente opinar de otro modo, estoy dispuesto a declarar bajo juramento cuando se me convoque legítimamente, que ningún europeo visitó jamás aquellos países antes que yo; entiéndase, si fuéramos a creer a los habitantes.

Pero en cuanto a la ceremonia de tomar posesión en nombre de mi soberano, nunca se me pasó por el pensamiento, que si tal hubiera, según estaban las cosas, tal vez lo habría dejado, por prudencia y amor a la vida, para mejor ocasión.

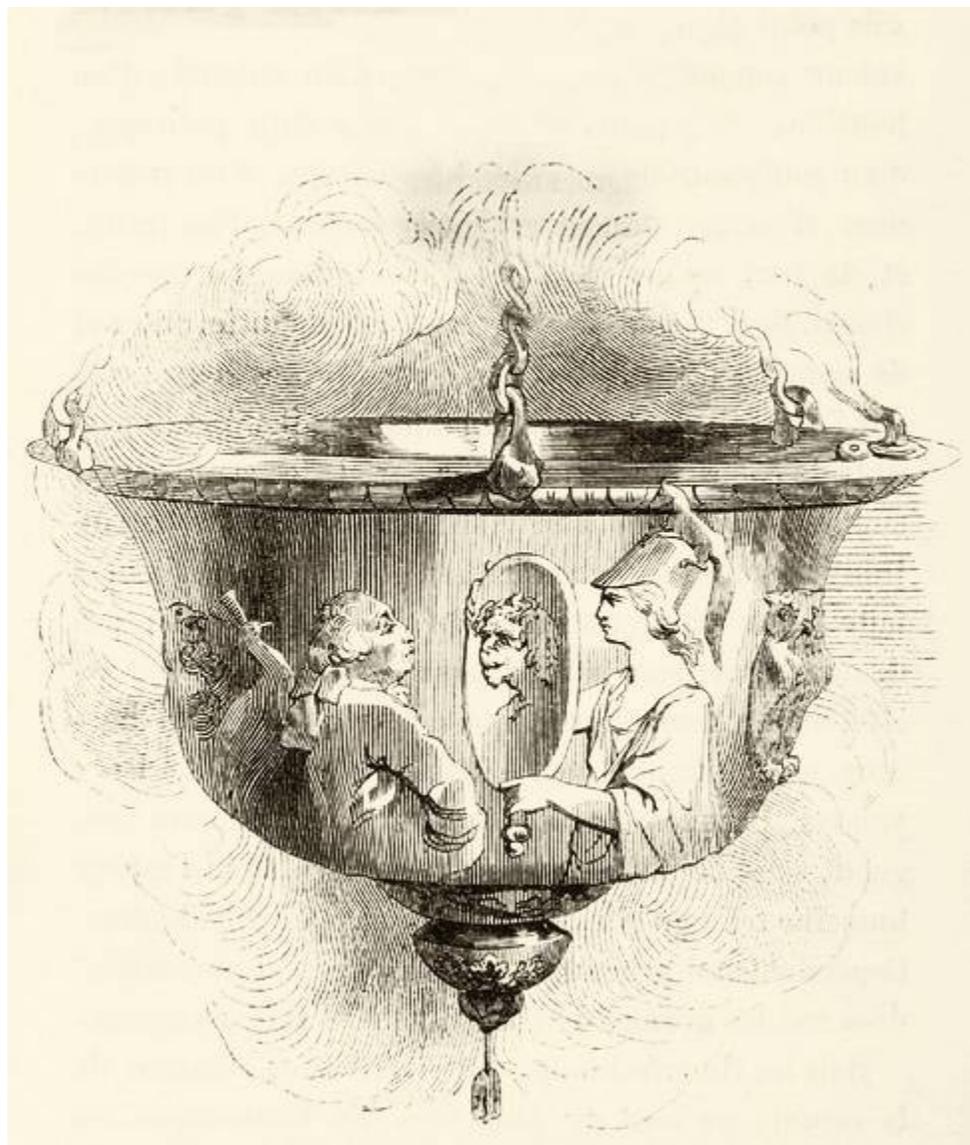
Tras responder así a la *única* objeción que se me podrá hacer como viajero, me despido aquí definitivamente de mis atentos lectores y me vuelvo a gozar de mis meditaciones en mi jardincito de Redriff, a poner en práctica aquellas estupendas lecciones de virtud que aprendí entre los houyhnhnms, a educar a los yahoos de mi familia en lo que pueda dar de sí su animal capacidad de aprender, a contemplarme en un espejo a menudo, y así, si cabe, habituarme con el tiempo a soportar la presencia de un ser humano; a lamentar la irracionalidad de los houyhnhnms de mi país, pero a tratarlos siempre con respeto en deferencia a mi noble amo, su familia, amigos y la raza houyhnhnm entera, a quienes estos nuestros tienen el honor de parecerse en todos sus rasgos, cualquiera que haya sido el extremo a que haya llegado a degenerarse su intelecto.

La semana pasada empecé a permitir que mi mujer se siente a comer conmigo, al otro extremo de una mesa larga, y que conteste (mas con la máxima brevedad) las pocas preguntas que le hago. Pero como el olor de yahoo sigue siendo sumamente repugnante, siempre tengo la nariz bien

tapada con hojas de ruda, espliego o tabaco. Y aunque es difícil que un hombre abandone viejos hábitos en el ocaso de la vida, no he perdido todas las esperanzas de que alguna vez pueda tolerar la compañía de un vecino yahoo, sin los temores que aún me causan sus dientes y garras.

Mi reconciliación con la especie yahoo en general pudiera no ser tan difícil si ellos se contentaran con sólo aquellos vicios y locuras que la Naturaleza les ha conferido. No me irrita en lo más mínimo la presencia de un abogado, un carterista, un coronel, un tonto, un ilustrísima, un tahúr, un político, un putas, un médico, un testigo, un sobornador, un procurador, un traidor y otros de ese jaez; eso todo concuerda con el desarrollo normal de las cosas; mas cuando me echo a la cara un coágulo de deformidades y enfermedades, tanto de cuerpo como de espíritu, y herido de la *soberbia*, enseguida veo que rebasa todos los límites de mi paciencia; y nunca podré entender cómo tal animal y vicio tal pueden emparejarse. Los sabios y virtuosos houyhnhnms, ricos en todas las perfecciones que pueden adornar a un ser racional, no tienen palabra para este vicio en su idioma, que carece de términos para expresar todo lo malo, excepto aquellos con los que designan las aborrecibles características de sus yahoos, en quienes no podían ver ésta de la soberbia por carecer de un conocimiento profundo de la humana naturaleza, tal y como ésta se manifiesta en otros países donde reina este animal. Mas yo, que tenía más experiencia, podía claramente notar algunos rudimentos de ella en los yahoos salvajes.

Pero los houyhnhnms, que viven bajo el gobierno de la razón, no se sienten orgullosos de las buenas cualidades que poseen, más que lo estaría yo por no faltarme una pierna o un brazo, cosa de la que nadie en sus cabales se jactaría, aunque fuera desgraciado si le faltaran. Me he extendido más sobre este punto por las ganas que tengo de que no me sea insoportable de ninguna manera granjearme la sociedad de algún yahoo inglés, y por tanto ruego a aquellos que tienen algún ribete de ese vicio absurdo que no se atrevan a aparecer ante mi vista.



Carta del capitán Gulliver a su compadre Sympson^[88]

Espero que estés dispuesto a confesar públicamente cuando quiera que se te solicite que, con tus intensos y frecuentes apremios, conseguiste mi consentimiento para publicar un relato de mis viajes muy desordenado y sin corregir, y que te mandé que contrataras a algunos jóvenes caballeros de una u otra universidad para que los ordenaran y revisaran el estilo, tal y como mi compadre Dampier hizo siguiendo mi consejo con su libro *Viaje alrededor del mundo*^[89]. Mas no recuerdo haberte dado poderes para permitir que se omitiera nada y mucho menos para que se añadiera algo; por tanto y en cuanto a esto último, renuncio aquí a todo lo que haya de ese tenor, especialmente un párrafo sobre Su difunta Majestad la Reina Ana, de muy santa y gloriosa memoria, aunque la respetaba y la estimaba más que a cualquiera de la especie humana. Y tú o tu interpolador deberíais haber considerado que como no era esa mi voluntad, era indecoroso elogiar a un animal de nuestra especie delante de mi amo houyhnhnm; y además que todo aquello era completamente falso, pues que yo sepa, estando como estuve en Inglaterra durante parte del reinado de Su Majestad, ella gobernó a través de un Primer Ministro, mejor dicho de dos incluso, uno después de otro, el primero de los cuales fue el Lord de Goldophin y el segundo el Lord de Oxford^[90], de modo que me has hecho *decir lo que no era*. De la misma manera, en la descripción de la Academia de Proyectistas y en varios pasajes de mi discurso a mi amo houyhnhnm, has omitido ciertos importantes conceptos o los has mezclado y alterado de tal forma que me veo mal para reconocer mi propia obra. Cuando en otra ocasión te insinuaba yo algo de esto en una carta, tuviste el gusto de contestar que temías ofender a alguien, que los que estaban en el poder vigilaban la prensa con

cien ojos y eran propensos no sólo a interpretar sino también a castigar todo lo que tuviera visos de *indirecta*, como creo que lo llamaste. Pero, por favor, ¿cómo podría aplicarse algo que dije hace tantos años a más de cinco mil leguas y en otro reino a cualquiera de los yahoos que ahora, según se dice, dirigen la manada, especialmente cuando ni temía ni pensaba en la desdicha que supone vivir bajo su poder? ¿No me asiste toda la razón del mundo cuando me quejo al ver cómo estos mismos yahoos se pasean en un vehículo tirado por houyhnhnms como si éstos fueran animales y aquéllos seres racionales? A decir verdad uno de los principales motivos por los que me retiré aquí fue para evitar ver un espectáculo tan monstruoso y detestable.

Hasta aquí lo que creo correcto decirte en relación contigo mismo y con las responsabilidades que en ti deposité.

Quiero quejarme seguidamente de mi propia falta de juicio al dejarme persuadir por las súplicas y falsas razones tuyas y de otros, y muy en contra de mi gusto, para permitir que mis Viajes se publicaran. Te mego traigas a la memoria cuántas veces te he pedido, cuando insistías sobre las razones de *bien público*, que consideraras que los yahoos son una especie animal absolutamente incapaz de enmendarse, sea con preceptos sea con el ejemplo, y ahí está la prueba: en vez de contemplar cómo se pone punto final a todo abuso y corrupción, al menos en esta islita, como yo podía lógicamente esperar, mira: después de más de seis meses de advertencia no oigo que este libro mío haya producido ningún efecto que responda a mis intenciones. Te pedía me contaras en una carta que partidos y facciones eran agua pasada, los jueces íntegros y doctos, los abogados honrados y modestos y con una pizca de sentido común, Smithfield^[91] una hoguera de pirámides de libros de leyes, la educación de la joven aristocracia completamente transformada, los médicos desterrados, las hembras yahoos ricas en virtud y honor y veracidad y buen juicio, los homenajes y recepciones de grandes ministros enteramente erradicados y barridos, el talento y el mérito y el saber recompensados, y todos los que deshonoran la prensa en prosa o verso condenados a no comer más que el algodón de sus secantes y a apagar la sed con su tinta. Con estas y otras mil reformas contaba yo por tu apoyo, como en efecto se deducía claramente de los

preceptos que se ofrecen en mi libro. Y hay que reconocer que siete meses son suficientes para corregir todos y cada uno de los vicios y locuras a los que los yahoos son propensos, con sólo que por naturaleza contaran con la mínima inclinación hacia la virtud o la prudencia. Sin embargo, tan lejos estás de responder a mis peticiones en todas tus cartas que, al contrario, cada semana cargas al trajinero con libelos y claves y críticas y memorias y segundas partes en las que veo se me acusa de deliberar sobre los grandes estadistas, de degradar la humana naturaleza (que todavía les queda fe para llamarla así) y de ultrajar al sexo femenino.

Encuentro también que los autores de esos legajos no están de acuerdo entre ellos mismos, pues algunos ni me reconocen como autor de mis propios Viajes, mientras que otros me hacen autor de libros que me son absolutamente extraños^[92].

Veó también que tu impresor pone tan poco cuidado que confunde las ocasiones y equivoca las fechas de mis viajes y tornaviajes y ni acierta con el año ni acierta con el mes ni acierta con el día. Y tengo entendido que del manuscrito original no ha quedado nada después de publicarse mi libro. Y yo no guardo copia de él. No obstante te he mandado unas correcciones que puedes incluir si alguna vez se hace una segunda edición, aunque no puedo responder de ellas, sino que dejaré este asunto a mis juiciosos y benévolo lectores para que lo compongan como deseen.

He sabido que algunos de vuestros yahoos marinos encuentran mi vocabulario marino impropio en muchos lugares y desusado hoy día. ¿Qué puedo hacer? En los primeros viajes, cuando era joven, fui instruido por los marineros más viejos y aprendí a hablar como ellos, pero desde entonces he descubierto que los yahoos marinos, igual que los terrestres, son propensos a usar palabras que se llevan, y que estos últimos las renuevan cada año; pues, según puedo recordar, después de cada viaje de vuelta a mi país el dialecto viejo había cambiado tanto que me veía mal para entender el nuevo. Y observo que cuando un yahoo cualquiera viene de Londres a visitarme a mi casa movido por la curiosidad, ninguno de los dos podemos expresar nuestras ideas de manera inteligible para el otro.

Si el dictamen de los yahoos pudiera afectarme de alguna manera, tendría yo buena razón para quejarme de que algunos de ellos son tan

cínicos como para pensar que mi libro de viajes es mera ficción, producto de mi cerebro; y han llegado incluso a insinuar que los houyhnhnms y los yahoos no son más reales que los habitantes de Utopía.

Debo confesar en verdad que en lo que se refiere a las gentes de Liliput, Brobdingrag (que así debiera escribirse esta palabra, y no incorrectamente Brobdingnag) y Laputa, no he oído que haya ningún yahoo tan petulante que discuta su existencia o las cosas que de ellos cuento, porque la verdad inmediatamente llena de convicción a cualquier lector. ¿Y no es verosímil mi relato de los houyhnhnms o yahoos cuando es patente que de los últimos hay tantos miles en esta ciudad que sólo se distinguen de sus hermanos animales del País de los Houyhnhnms en que *chapurrear* algo y no andan desnudos? Escribí para enmendarlos, no para darles gusto. El elogio unánime de toda la raza humana me importa menos que el relinchar de los dos houyhnhnms degenerados que tengo en el establo porque, degenerados y todo, todavía me ayudan a perfeccionarme en algunas virtudes sin mezcla alguna de vicio.

¿Osan pensar esos miserables animales que soy tan degenerado como para defender mi veracidad? Aun siendo yahoo, bien se sabe en todo el País de los Houyhnhnms que por las enseñanzas y ejemplo de mi ilustre amo pude en el plazo de dos años (aunque confieso que con la máxima dificultad) deshacerme de aquella diabólica costumbre de mentir, fingir, engañar y confundir, tan profundamente arraigada en las mismísimas almas de todos mis congéneres, especialmente los europeos.

Tengo otras quejas que hacer en relación con este engorroso tema, pero renuncio a molestarle o molestarte más. Debo confesar abiertamente que, desde que regresé por última vez, ciertas perversiones de mi naturaleza yahoo han renacido en mí al relacionarme con unos cuantos de tu especie, y en particular los de mi propia familia por necesidad inevitable; si no, nunca me hubiera metido en proyecto tan absurdo como el de reformar a la raza yahoo de este reino; pero ahora he terminado ya con todos esos planes de visionario para siempre.

2 de abril de 1727.



Localización aproximada de los lugares de ficción visitados por Gulliver.

Apéndice

*Un libro
genial*

Por fin, zarandeado lector, tienes en tus manos la primera edición íntegra en castellano de una de las sátiras más célebres y bellas de la literatura universal, libro principal de la inglesa, obra maestra de aquel heterodoxo genial que fue Jonathan Swift.

Dos siglos y medio han visto no menos de media docena de ediciones^[93] y muchas más edicioncillas en nuestro idioma de *Los Viajes de Gulliver*, en las cuales librereros y traductores, llevados por sus afanes fenicios y censoriles los unos, y por su indolencia o audacia los otros, han mutilado, añadido, teñido, diluido, o todo esto a la vez, lo que la gazmoñería de sus «estimados lectores», su propia ignorancia, y aquello tan intangible, aunque imponente, que se dio en llamar moral pública, les hacía considerar de mal gusto, ofensivo, difícil o peligroso. Cortando aquí, limando allá, purificando acullá, quedóse el libro en cuento de muchachos, historieta de aventuras, fabulilla de enanos y gigantes, lejos de aquella intención inequívoca que el autor mismo manifestara cuando dijo: «Escribí para enmendarlos, no para darles gusto». Porque Swift, como todo gran satírico, era necesariamente moralista, y esto en el mejor sentido de la palabra.

Traiciones

*Sátira y
pesimismo*

Merecedora tal vez nuestra lengua de una edición fiel y completa de este clásico, curados ya de fiebres redentoriles, y necesitados más que nunca del látigo satírico, por las nuevas modas totalitarias y por el paralelismo que del sistema y funcionamiento de la democracia estilo Westminster (conocida tan bien por Swift) se vislumbra por estas latitudes, ofrecemos

esta nueva traducción de los *Viajes* con el ánimo de que en el lector de hoy todas y cada una de sus palabras produzcan las mismas impresiones, sugerencias y reflexiones que su autor quiso dar a sus contemporáneos^[94]. Todo esto sin ignorar que los males que Swift deseaba enmendar rebasan los confines de cualquier tinglado socio-político por avieso, disimulado o incluso benigno que sea, y que la desgracia de ser yahoo es quizá inherente al moderno concepto pesimista del ser, y por tanto determinantemente humana. Mas sea el lector dueño de derivar sus consecuencias y aplicaciones éticas de su lectura de la obra, y limitémonos aquí a encuadrarla, así como a su autor, en un marco histórico-literario que nos permita disfrutar y entender los valores y objetivos de una y otro.

El hombre y la época

VBI SAEVA INDIGNATIO ULTERIVS COR LACERARE NEQVIT
(Donde la ira feroz no puede herir el corazón ya más).
Mucho tiene que haber sufrido un hombre para escribir tal epitafio para su tumba. La vida de Swift fue, en efecto, una cadena de frustraciones y desencantos, debidos a su extraño carácter y a la época y las circunstancias, que no lograron paliar ni la amistad y estima de grandes contemporáneos suyos ni la popularidad que disfrutó entre sus lectores.

*Un dolorido
epitafio*

¿Enemigo del género humano?
En cuanto a su carácter, una tradición hostil, iniciada con el injusto pero influyente veredicto del doctor Johnson, y llevada a increíbles extremos por Victorianos como Macaulay y Thackeray, nos ha legado el retrato de un demente satánico enemigo del género humano, basándose especialmente en la vituperada y tantas veces expurgada cuarta parte de *Los Viajes de Gulliver*. Ciertamente es que en 1742, tres años antes de morir, Swift, deán de la catedral de San Patricio de Dublín, fue declarado «incapacitado mental y falto de memoria», y la ley le asignó un tutor. Pero para entonces toda su obra estaba ya escrita, y esa etapa final entre la vida y la muerte puede no haber sido más que la febril resistencia del genio a extinguirse, como en el caso de Goya o Beethoven.

Además, su interés por el hombre, y en particular el caído u oprimido (que atestiguan sus numerosos panfletos), sus relaciones platónicas con Esther Johnson (Stella) y Esther Vanhomrigh (Vanessa), su generosidad para con los necesitados dublinese, y ese entusiasmo con que arremete contra la corrupción de la administración o la estupidez de la pedantería, muestran un alma altruista y desinteresada, un carácter afable, responsable y no carente, sin embargo, de buen humor, como vemos en cuatro de los *Versos a la muerte del doctor Swift* (que escribió catorce años antes de morir):

*Un alma
altruista y
desinteresada*

Para erigir una casa de locos
dio sus caudales, aunque eran muy pocos,
con tal toque satírico mostrando
que a ninguna nación le urgía tanto.

La familia

¿Cuáles fueron, pues, las circunstancias que contribuyeron a forjar el carácter de Swift? En primer lugar, su familia. Nació (en 1667) cuando ya había muerto su padre, uno de los muchos ingleses asentados en Dublín, en una época en que Irlanda era realmente una colonia inglesa. A pesar de los apuros económicos, su madre consiguió darle estudios con la ayuda de unos tíos, y en 1686 se licenció en el Trinity College, aunque *speciali gratia*, términos que implican ciertas dificultades en la obtención de su título.

Dos años después tenía lugar en Inglaterra la llamada revolución Gloriosa: Guillermo de Orange, en respuesta a la petición de influyentes parlamentarios ingleses, invadió el país para evitar que Jacobo II, legítimo rey de Inglaterra, llevara a cabo su propósito de acabar con la iglesia anglicana reinstaurando la católica. Los irlandeses, por católicos, habían disfrutado de ciertos privilegios bajo Jacobo II, pero el nuevo régimen no iba a respetarlos. Se siguieron revueltas y disturbios, y muchos refugiados ingleses abandonaron Irlanda, Swift entre ellos, y regresaron a Inglaterra. Sin embargo, su verdadera patria sería Irlanda, y allá volvió seis años

La revolución

después a ordenarse pastor anglicano, y siempre que tuvo dificultades en la metrópoli.

Una era de prosperidad

A principios del siglo XVIII comienza para Inglaterra una era de prosperidad basada en los logros de la monarquía constitucional, el comercio exterior, el éxito en la guerra, y el desarrollo de la industria, la ciencia y las artes, que la convertirán pronto en la primera potencia de Europa. Ya en el período anterior, la Restauración, se entrevé una pujanza que ni catástrofes como el incendio de Londres o la peste consiguen desdorar. Pero es la estabilidad interna y el desahogo económico lo que permitirá que el cultivo del saber no sea sólo privilegio de la élite dirigente, a lo que contribuyen decisivamente los numerosos periódicos que ven la luz con el siglo, tanto al servicio de intereses políticos como al de las artes y las letras.

Esta especie de revolución cultural, entre cuyos más insignes exponentes se encuentran, además de Swift, Pope, Addison, Gay, Steele y Congreve, encontró sus puntos de referencia, como lo han encontrado otros períodos, en la tradición clásica. De ahí el nombre de *Edad Augusta* con que se conoce a esta época, por la supuesta semejanza con la era de Virgilio, Horacio, Livio, etc. La influencia clásica, latina sobre todo, en Swift es enorme

Revolución cultural

Influencia clásica

Su primera obra importante, *El cuento del tonel* (agudísima sátira contra los abusos de la religión y el saber, «escrita para el mejoramiento universal de la humanidad»), es una mina de referencias de autores antiguos, aunque también de los modernos. La comparación de unos y otros era inevitable para estos neoclásicos, y en su *Batalla entre los libros antiguos y modernos*, Swift, naturalmente, se inclina a favorecer a los primeros. Esta breve parodia épica la escribió en apoyo de Sir William Temple (distinguido diplomático y ensayista), en una famosa controversia con el eminente clasicista Richard Bentley. La mayor parte de sus vastos conocimientos literarios los adquirió Swift en la biblioteca de Temple, que lo había tomado como secretario particular cuando nuestro autor llegó por primera vez a Inglaterra. Al morir Temple (en 1699), Swift volvió a Dublín, esta vez

prebendado de la catedral de San Patricio, de la cual sería deán más tarde, aunque pronto volvió a Londres, donde comenzó a publicar sus panfletos políticos y a hacer amigos y enemigos.

La muerte de Guillermo de Orange en 1702 llevó al trono al último de los estuardos, Ana, mujer débil y fácil de manejar, cuando en el Parlamento inglés ya se distinguían claramente dos fuerzas políticas que habían empezado a formarse treinta años antes, y que fueron el germen del moderno partido político: los *whigs* y los *tories*. Los primeros, progresistas, representaban a la población urbana (industriales, comerciantes, banqueros), consideraban esencial la autoridad del parlamento, no apoyaban el monopolio de la iglesia anglicana, y deseaban participar en los asuntos de Europa. Los *tories*, conservadores, eran terratenientes y clérigos, creían en el poder supremo de la Corona, pretendían que se persiguiera a los protestantes no anglicanos, y no deseaban injerirse en asuntos extranjeros. Swift era *tory*. En 1710 se hizo cargo de la dirección del órgano del partido (*Examiner*), que estaba en el poder. En esta época publicó *La conducta de los aliados*, un inteligente panfleto que preparó el camino para que el gobierno *tory* se retirara de la alianza que tenía con otros países europeos en contra de Francia en las guerras de Sucesión española (por la muerte sin descendencia del último austria), arreglo que terminó con el Tratado de Utrecht. Pero un año después la Reina murió, los *whigs* subieron al poder, y Swift hubo de volver a Dublín sin haber conseguido el obispado que sus amigos *tories* quizá le hubieran dado.

Dos partidos políticos

La fuerza de la pluma Sin embargo, la fuerza de su pluma siguió sintiéndose en la política, ahora en defensa de los irlandeses. Con unas *Cartas del pañero* (anónimas, como todas las obras de Swift), que publicó en 1724, consiguió que el gobierno inglés retirara una patente fraudulenta que había otorgado para la acuñación de moneda en Irlanda, lo que le hizo muy popular entre sus conciudadanos. Con el mismo propósito pro-irlandés escribió, además de otras cosas, su sátira más poderosa y penetrante: *Modesta sugerencia para evitar que los hijos de los pobres sean una carga a sus padres y hacerlos provechosos al público*, de donde proceden estas líneas:

«... un niño pequeño sano, bien alimentado, al año, es comida deliciosísima, muy nutritiva y sanísima, sea estofado, asado, cocido al homo, o hervido...».

Eso fue en 1729. Stella y Vanessa ya habían muerto. A la primera la conoció en casa de Temple, cuando ella tenía dieciséis años y él fue su tutor. Quince años después ella lo siguió a Irlanda y mantuvieron unas relaciones tan enigmáticas como extraterrenales: no se sabe que se casaran, y nunca vivieron juntos, pero compartieron la amistad más íntima y noble, según se desprende del *Diario a Stella* y de unos versos a ella dedicados. Algo similar pasó con Vanessa, que también disfrutó de esa infrecuente amistad del deán (que él canta en *Cadenus y Vanessa*), y al mismo tiempo que Stella. Es difícil hablar del amor de Swift por estas dos mujeres por lo poco que se conoce al respecto, y por lo que generalmente tiene este sentimiento de intercambio no espiritual y de exclusivismo, pero no cabe duda de que nuestro autor era capaz de amar a pesar de su tan divulgada misantropía. Quizá el dilema que explicaría su carácter sea su imposibilidad de amar, en el sentido cristiano, a todos los demás. Dice a Pope en una carta:

*Amor y
misantrópía*

«Sobre todo odio y detesto a aquel animal llamado hombre, aunque amo con todo el corazón a Juan, Pedro, Tomás, etc.».

*Los viajes de
Gulliver*

Acababa de repasar el manuscrito de los *Viajes* (corría el año 1725) cuando escribió esa carta. Poco después volvió a Londres a entregarlo al impresor y a pasar una temporada con sus amigos, entre los cuales se contaba Pope, el otro gran satírico (aunque más horaciano) de la época, compañero de corazón y de pluma. Doce años antes habían fundado, junto con otros ingeniosos de la época, el *Club de Scriblerus*, de donde salieron sátiras contra la pedantería y el falso saber, en el estilo del tercero de los viajes de Gulliver. Motte, el impresor, se comprometió a pagar doscientas libras por el manuscrito, y Swift regresó a Irlanda. Apareció la primera edición (con algunas alteraciones de la mano de Motte, de lo cual se queja

Swift en la pretendida carta de Gulliver que publicamos a continuación de la obra) el veintiocho de octubre de 1726^[95].

La obra

En sus *Dos tratados sobre gobierno*, justificaba Locke en 1689 la división de los poderes ejecutivo y legislativo del estado, teoría que ese mismo año Guillermo de Orange ponía en práctica al aceptar la corona inglesa. La monarquía absoluta quedaba atrás como algo medieval, anticuado. Sin embargo, y a pesar de algunos cambios, la corrupción en política, quizá porque una no puede existir sin la otra (como Gulliver descubre en el capítulo VIII de la tercera parte), seguía siendo tan común y tan cruel como siempre. Swift era conservador, como hemos visto, y no entendía cómo un sistema teóricamente mejor no funcionaba mejor. Un satírico es quizá un idealista amargado: el mundo no es tan bueno como debiera ser, así que a denunciarlo. Pero un sermón es por lo general aburrido, así que el genio recurre a la literatura, a Horacio y Juvenal en el caso de Swift. Quizá nadie se enmiende, que ya dice Plauto que nadie hace caso de los buenos ejemplos que se le ofrecen en el escenario, pero el libro será una obra de arte. «Una sátira es una especie de espejo donde los que miran ven las caras de los demás, pero no la suya», dice Swift en el preámbulo de su bibliomaquia.

*Cómo se hace
satírico un
idealista*

*Tres niveles
de lectura* Es decir, que, dada la afición del ser humano a considerarse superior a sus congéneres, una buena sátira garantiza buen público. En tres semanas se vendieron diez mil ejemplares de los *Viajes*, cifra altísima para la época si se tiene en cuenta el alto nivel de analfabetos en una población de sólo cinco millones y medio. ¿Cuál es el porqué del éxito del libro? ¿Qué se denuncia en él? Los *Viajes* funcionan a tres niveles: la pura anécdota, la sátira histórica y la sátira universal.

La anécdota es simplemente la serie de aventuras que Gulliver corre en los diversos países que visita. Esto es lo

La anécdota

único que pretenden transmitir quienes «preparan» ediciones infantiles.

*La sátira
histórica*

La sátira histórica se ve tanto en el género y estilo (Swift se burla de las convenciones de la novela de aventuras, tan populares en su tiempo, como Cervantes de las de la novela de caballerías. Véase el segundo párrafo de la segunda parte), como en el contenido: La mayor parte del primer viaje es un *roman-à-clé* en el que Swift fustiga, bajo el disfraz de la ficción, a personajes reales. Naturalmente, muchas de sus alusiones son difíciles de reconocer, a pesar (o a causa) de las claves que se publicaron poco después de la aparición de la obra, pero las más evidentes son inconfundibles, incluso para los profanos en la historia del período. Liliput es Inglaterra, y Blefuscu Francia. El Tesorero Filmnap es Walpole, el líder whig; los Anchextremistas son los protestantes, mientras que los papistas son sus oponentes; los *tories* aparecen como Tacones Altos, y Bajos los *whigs*. En el resto del libro los paralelismos no son tan uniformes, aunque los habitantes de la Isla Voladora, los proyectistas de Lagado y otros tienen equivalentes históricos, como explicamos en las notas correspondientes a esta edición.

La sátira universal es la que se refiere al hombre en general. No se reduce a la horrible existencia del yahoo en el último viaje, sino que se aprecia también en los dos primeros, donde el relativismo cosmológico se manifiesta a través de las diferencias dimensionales entre el observador, Gulliver, y su contorno. Este tercer nivel es sin duda el más importante, pues aquí Swift no está haciendo chistes ni burlándose de sus enemigos, ni incluso recomendando un código ético, sino cuestionando la existencia del hombre como obra de origen sobrenatural. En contra de todas las teorías positivistas de la época (Leibniz publicó su *Monadología* en 1714), Swift afirma que el yahoo (el animal humano) es malo por naturaleza (véase el penúltimo párrafo del libro), aunque potencialmente perfectible: «no animal racional, sino *rationis capax*», como dice a Pope en la carta citada.

*La sátira
universal*

*Un pesimismo
no fatalista*

El pesimismo de Swift no es, sin embargo, fatalista, y es esa fe suya en la regeneración de la humanidad lo que

hace que simpaticemos con él, lo que en definitiva lo movió a escribir, y lo que lo identifica con otros iluminados de la Historia. Voltaire se encontraba en Londres cuando los *Viajes* vieron la luz, y enseguida lo recomendó a sus compatriotas. El mismo genio rebelde y burlón del deán dublinés aparece en los *Cuentos filosóficos* del francés. A su vez *Gulliver* pertenece a la mejor tradición de la literatura satírico-fantástica.

La impudencia de la *Historia verdadera* de aquel cachondo iconoclasta que fue Luciano de Samosata, la fuerza y la agudeza de *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais, y la extravagancia y desparpajo de Cyrano de Bergerac en sus viajes a la luna y el sol, aparecen en la obra de Swift. Y el espíritu de la *Utopía* de More, de *Los caracteres* de La Bruyère, y del *Quijote*, que Swift conocía bien, está presente también en *Gulliver*. Pero, entiéndase bien, estos *Viajes* no son una acumulación de ideas recibidas, sino una obra literariamente completa y original.

*Literatura
satírico-
fantástica*

Una obra compleja y riquísima E igual que es imposible reducirla a elementos adquiridos, tampoco se la puede definir, como han tratado algunos, con esquemas simplistas y autodestructivos (que si el primer viaje representa el estado que Swift odia, y el segundo el que anhela, o que el País de los houyhnhnms es su utopía), puesto que es una unidad compleja y riquísima donde cada parte encierra una pluralidad de valores, entrelazados unos con otros, que desafían cualquier intención de descuartizamiento. Del conjunto, lo que se puede afirmar con su autor (en los versos ya citados), sin hacerle injusticia, es que en su obra:

«escrita para aquel moral oficio
de curandera del humano vicio,
grave e irónica, su vena brota,
denuncia al tonto y al granuja azota».

Pollux Hernández
Salamanca, 1980

Apostilla a la nota 1

Desde la primera edición de este *Gulliver* han aparecido tres más, de las que merece comentario la de Pedro Guardia Massó (Planeta, 1984), quien, en la introducción, se jacta de su fidelidad al texto inglés.

En realidad el texto que este «catedrático de la Universidad de Barcelona» ha seguido fielmente es el de la traducción francesa de Maurice Pons (Folio, 1976), salpicándolo abundantemente de forzadas paráfrasis de la presente edición. Su fidelidad al texto francés es tal, que en ocasiones hasta traiciona el inglés («las casas más soberbias» por «the noblest houses», tras «les plus superbes demeures», pág. 228), y reproduce los errores de Pons en el texto («los significados más profundos de un partido de la oposición» por «the deepest designs of a discontented party», tras «les intentions profondes d'un parti de l'opposition», pág. 175) y en su cronología y notas: Swift nunca escribió una *Sencilla propuesta respecto a los niños pobres* (pág. XXVI; Pons, pág. 388; véase el título correcto en la página siguiente), ni Tito Livio unos *Anales* (pág. 179; Pons, pág. 430).

El resultado de tanta fidelidad y malabarismos perifrásticos es un refrito indigesto que dice mucho del arte de traducir en este país en general y de la ignorancia de este catedrático en particular, ignorancia que él mismo proclama a los cuatro vientos al traducir, por ejemplo, «thistle» por «guadaña» (página 32) y *A Tale of a Tub*, que evidentemente no ha leído, por *El cuento de una bañera* (pág. XXIII). Y, en fin, fiel también a las habituales mañas del traductor furtivo, se guarda de mencionar en su bibliografía, destinada a impresionar más que a instruir al lector, las obras de que se ha servido para componer la suya.

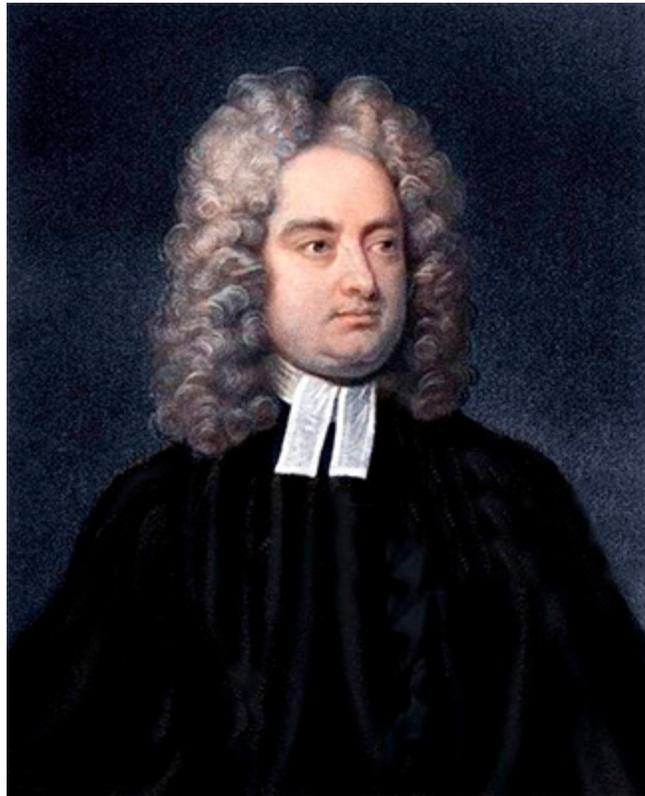
Bibliografía

La obra de Jonathan Swift, aunque escasa en narrativa, es muy numerosa y abundante en poemas, correspondencia, panfletos y tratados políticos, religiosos y sociales.

¹ Esta primera edición de *Los viajes...* apareció sin nombre de autor y con sustanciales modificaciones textuales.

<u>AÑO</u>	<u>TÍTULO ORIGINAL</u>	<u>TÍTULO CASTELLANO</u>
1704	<i>A Tale of a Tub, written for the universal improvement of mankind; to wick is added An account of a battel between the ancient and modern books in St James's Library and a discourse concerning the mechanical operation of the spirit.</i>	<i>Historia de una barrica</i> (1976); <i>Batalla entre libros antiguos y modernos</i> (1972). Discurso relativo a la función mecánica del espíritu.
1708	<i>Argument Against Abolishing Christianity.</i>	Argumento contra la abolición del cristianismo (1981).
1710	<i>The Examiner and other pieces.</i>	El examinador y otras piezas.
1710	<i>A Meditation upon a Broom-Stick and somewhat beside the same Author's.</i>	<i>Meditaciones sobre un palo de escoba</i> (1981).
1726	<i>Travels into Several Remote Nations of the World, in four parts, by Lemuel Gulliver, First a Surgeon, and then a Captain of Several Ships.</i> ¹	
1726	<i>Travels into Several Remote Nations of the World, in four parts, by Captain Lemuel Gulliver, pt I: A Voyage to Liliput, pt II: A Voyage to Brobdingnag, pt III: Voyages to Laputa, Balnibarbi, Glubbudrib, Luggnagg and Japan; pt IV: A Voyage to the Houyhnhnms.</i>	<i>Viajes de Gulliver a países remotos</i> (1800).
1729	<i>A Modest Proposal For preventing the Children of Poor People from being a Burthem to their Parents, or the Country, and for Making them Beneficial to the Publick.</i>	<i>Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres en Irlanda constituyan una carga para sus padres o para su país, y para hacerlos útiles a la sociedad</i> (1981).

173 3	<i>The Life and Genuine Character of Doctor Swift, written by himself (rewritten as Verses on the death of Doctor Swift).</i>	La vida y el verdadero carácter del Doctor Swift, escrito por él mismo (reescrito como Versos en la muerte del Doctor Swift).
174 5	<i>Directions to Servants in general; and in Particular to the Butler, Cook, by the Reverend Dr. Swift.</i>	<i>Consejos a los criados</i> (1972).
174 6	<i>The Story of the Injured Lady: being a True Picture of Scotch Perfidy, Irish Poverty and English Partiality.</i>	La historia de la dama insultada: una verdadera estampa de la perfidia escocesa, la indigencia irlandesa y la parcialidad inglesa.
176 6	<i>Journal to Stella: Letters 1 and 41-65.</i>	Diario de Stella: Cartas 1 y 41-65.
176 8	<i>Journal to Stella: Letters 2-40.</i>	Diario de Stella: Cartas 2-40.



JONATHAN SWIFT. Dublín (Irlanda), 1667 – Ídem, 1745. Escritor político y satírico anglo-irlandés, considerado uno de los maestros de la prosa en inglés y de los más apasionados satirizadores de la locura y la arrogancia humanas. Sus numerosos escritos políticos, textos en prosa, cartas y poemas tienen como característica común el uso de un lenguaje efectivo y económico.

Nacido en Dublín el 30 de noviembre de 1667, estudió en el Trinity College de dicha ciudad. Obtuvo un empleo en Inglaterra como secretario del diplomático y escritor William Temple, pariente lejano de su madre. Las relaciones con su patrón no fueron especialmente cordiales y, en 1694, el joven Jonathan regresó a Irlanda, donde se ordenó sacerdote. Tras la reconciliación con Temple, volvió a su servicio en 1696. Supervisó la educación de Esther Johnson, hija de la recién enviudada hermana de Temple, y permaneció con el caballero hasta su muerte, en 1699. Durante

ese tiempo, Swift, aunque tuvo frecuentes discusiones con su patrón, dispuso de gran cantidad de tiempo para la lectura y la escritura.

Entre sus primeros trabajos en prosa se encuentra *La batalla entre los libros antiguos y modernos* (1697), una mofa de las discusiones literarias del momento, que trataban de valorar si eran mejores las obras de la antigüedad o las modernas. En esta obra suya, el autor irlandés se puso de parte de los maestros antiguos y, con gran mordacidad, atacó la pedantería y el espíritu escolástico de los escritores de su tiempo. Su *Historia de una bañera* (1704) es el más divertido y original de sus escritos satíricos. En él, Swift ridiculizó con soberbia ironía varias formas de pedantería y pretenciosidad, especialmente en los terrenos de la religión y la literatura. Este libro despertó serias dudas sobre la ortodoxia religiosa de su autor, y se cree que, a causa del enfado que produjo en la reina Ana Estuardo, perdió sus prerrogativas dentro de la iglesia de Inglaterra.

Aunque en teoría era un *whig*, Swift mantenía importantes diferencias de criterio con sus compañeros de partido. En 1710, subió al poder en Inglaterra el partido *tory*, y el inconformista autor irlandés se pasó rápidamente a sus filas. Comenzó a dirigir entonces sus ataques contra los *whigs*, a través de una serie de brillantes textos cortos, asumió la dirección del *Examiner*, el órgano informativo de los *tories*, y publicó una gran cantidad de panfletos, en los que defendía abiertamente la política social del gobierno *tory*. De entre esos textos, el más elocuente e influyente fue *El comportamiento de los aliados* (1711), en el cual afirmaba que los *whigs* habían prolongado la Guerra de Sucesión española mirando sólo a sus propios intereses. Este panfleto fue la causa de la dimisión de John Churchill, primer duque de Malborough, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas británicas.

Swift comenzó sus *Cartas a Stella* en 1710. Stella era el nombre que él utilizaba para dirigirse a Esther Johnson, quien por entonces vivía en Dublín. Esta serie de cartas íntimas, en las que aparecen numerosos vocablos propios del lenguaje infantil, revelan un curioso aspecto de la enigmática personalidad del satirista irlandés. Los especialistas no tienen muy claro cuál era el tipo de relación que existía entre tutor y alumna. Es

posible incluso que se hubieran casado en secreto. La otra mujer de la que se tiene noticia en la vida de Swift fue Esther Vanhomrigh, también alumna suya, hija de un comerciante de Dublín de origen holandés, y a la que él llamaba Vanessa. Ésta se enamoró perdidamente de su tutor, pero él no correspondió nunca a ese amor.

En 1717, fue nombrado deán de la catedral de San Patricio de Dublín. Al año siguiente, el partido *tory* perdió el poder y su influencia política desapareció por completo. Entre 1724 y 1725 publicó anónimamente *Cartas de Drapier*, una serie de apasionados y efectivos panfletos en los que intentaba defender la validez de la moneda irlandesa, y que ocasionaron el fin del permiso otorgado por la corona a un comerciante inglés para acuñar monedas en Irlanda. Por esta y otras obras en las que apoyaba las reivindicaciones de su pueblo, se convirtió en un héroe entre los nacionalistas irlandeses. *Una humilde propuesta* (1729), uno de estos textos reivindicativos, incluye una propuesta especialmente irónica, la de que los niños irlandeses pobres podían ser vendidos como carne para mejorar la dieta de los ricos, pues con ello se beneficiarían todos los sectores sociales.

La obra maestra de Swift, *Viajes a varios lugares remotos del planeta*, titulada popularmente *Los viajes de Gulliver*, fue publicada como anónimo en 1726 y obtuvo un éxito inmediato. A pesar de que fue concebida originalmente como una sátira, un ataque ácido y alegórico contra la vanidad y la hipocresía de las cortes, los hombres de estado y los partidos políticos de su tiempo, el autor fue añadiendo, durante los seis años que tardó en escribirla, desgarradas reflexiones acerca de la naturaleza humana. *Los viajes de Gulliver* es, por tanto, una obra salvajemente amarga y, en ocasiones, indecente; una desabrida burla a la sociedad inglesa de su tiempo y por extensión al género humano. Aún así, es una narración tan imaginativa, ingeniosa y sencilla de leer, que el primer libro ha permanecido como un clásico de la literatura infantil. El cuarto libro, *Gulliver en el país de los houyhnhnms*, suele eliminarse de muchas ediciones juveniles por su excesiva mordacidad, ya que en el fondo lo que está planteando Swift es que la compañía de los animales —de los caballos,

concretamente— es preferible y más estimulante que la de muchos humanos.

Sus últimos años, tras las muertes de Stella y Vanessa, se caracterizaron por una creciente soledad y asomos de demencia. Sufrió frecuentes ataques de vértigo y, tras un largo periodo de decadencia mental, murió el 19 de octubre de 1745. Fue enterrado en la catedral de la que había sido deán, junto al sepulcro de Stella. Su epitafio, escrito por él mismo en latín, reza: «Aquí yace el cuerpo de Jonathan Swift, D., deán de esta catedral, en un lugar en que la ardiente indignación no puede ya lacerar su corazón. Ve, viajero, e intenta imitar a un hombre que fue un irreductible defensor de la libertad».

Notas

[1] Rotherhithe, barrio periférico de Londres en la margen derecha del Támesis, adonde Gulliver se retira después de cada viaje. <<

[2] Todo este preámbulo, firmado por el supuesto editor de la obra, se debe a la mano de Swift, que lo usa para preparar la credibilidad del lector. <<

[3] Desde el siglo XVII, la universidad de Leiden contaba con una facultad de Medicina de prestigio europeo. <<

[4] A pesar de la aparente precisión con que Gulliver fecha sus idas y venidas, sus referencias no son del todo consistentes, como comprobará el lector que se entretenga en llevar cuenta de ellas. Adviértase, de todos modos, que Swift usa el *viejo estilo*: Hasta 1752 Inglaterra no adoptó el calendario gregoriano, lo cual supone que todas las fechas anteriores a ese año deben adelantarse once días para que concuerden con el cómputo actual. <<

[5] Tasmania, que en tiempos de Swift se creía que no era isla, sino parte del continente australiano. Su descubridor, el holandés Tasman, le dio el nombre de Van Diemen en honor del gobernador de Batavia (Indias orientales holandesas), del mismo nombre. <<

[6] Mucho ingenio y más delirio se han vertido (sobre todo entre los franceses) en tratar de descifrar los idiomas que Swift inventa, aunque la opinión más sensata y difundida es que no significan nada. <<

[7] Alemán y holandés respectivamente. <<

[8] Robert Walpole, líder whig, mostró la destreza de un equilibrista en sus actividades políticas. <<

[9] En el original *summerset*, variante de *somerset*. Juego de palabra con el nombre de los duques de Somerset, miembros principales del partido whig. La duquesa era favorita de la reina Ana y enemiga de Swift. <<

[10] Una de las amantes del rey Jorge I, la duquesa de Kendal, que ayudó a Walpole a recuperar el favor real después de su caída en desgracia en 1717.

<<

[11] Parodia de la ceremonia de concesión de títulos de las prestigiosas órdenes inglesas de la Jarretera, el Baño y el Cardo. <<

[12] *Tories* y *whigs* respectivamente. <<

[13] En el original *drurr*. En éste y similares casos añadimos inflexiones castellanas. <<

[14] El futuro Jorge II mostró simpatías hacia los *tories*, aunque mantuvo a los *whigs* en el poder cuando ciñó la corona. <<

[15] La guerra de Sucesión española (1701-1713), aunque los motivos que siguen se refieren a las controversias teológicas de la época, y especialmente a la animadversión de protestantes y católicos. El «abuelo» sería Enrique VIII. <<

[16] Carlos I y Jacobo II. <<

[17] Parece que esta hazaña de Gulliver se refiere a la publicación de *El cuento del tonel*, obra irreverente a los ojos de la reina Ana, y posible razón de su «venganza» al no conceder a Swift el obispado que anhelaba. <<

[18] Pueblo imaginado por Swift para redondear su argumento. <<

[19] Distintivo de la autoridad del Tesorero Mayor de Inglaterra. <<

[20] En 1715 cuatro ex ministros *tories* fueron acusados de alta traición. Dos de ellos escaparon a Francia. <<

[21] Con la ejecución de los cabecillas de la rebelión jacobita de 1715 se difundió un bando alabando la clemencia del Rey. <<

[22] Pacífico norte y sur. <<

[23] Fondeadero muy frecuentado en la zona de Deal, a trece kilómetros al norte de Dover. <<

[24] Puerto de la India al norte de Bombay. <<

[25] Archipiélago entre las Filipinas y Nueva Guinea. <<

[26] Swift tomó este párrafo, casi al pie de la letra, de la *Revista del marinero*, de Samuel Sturmy. <<

[27] Siberia y el Ártico. Debería ser *nordeste*. Este tipo de errores puede deberse tanto al cajista como a un lapsus de Swift. <<

[28] San Albano está a veinticinco kilómetros al noroeste de Londres. <<

[29] El trabajo del cartógrafo francés del siglo XVI Nicolás Sansón fue la base de muchos atlas que se publicaron después. <<

[30] Moidoro (*moneda de ouro*; cf. «duro»), pieza portuguesa que valía 27 chelines ingleses. La guinea, también de oro, tenía un valor nominal de 20 chelines (una libra), aunque a partir de 1717 se vendía legalmente por 21.
<<

[31] Broma de la Naturaleza. <<

[32] Uno de los buques más grandes de la Marina inglesa, terminado en 1637. <<

[33] En los cumpleaños de los reyes los cortesanos solían estrenar trajes muy adornados. <<

[34] Las alondras de la zona de Dunstable, a unos 45 kilómetros al noroeste de Londres, eran muy apreciadas. <<

[35] La *Real Asociación de Londres para el progreso del conocimiento natural (Royal Society)*, fundada en 1660 y aún viva, tuvo su sede en el Colegio Gresham hasta el gran incendio de 1666. <<

[36] La famosa catedral de Salisbury (a 30 kilómetros al noroeste de Southampton) alcanza los 122 metros. <<

[37] Es decir, la Cámara de los Lores, como tribunal de última instancia. <<

[38] En 1712 la reina Ana creó de un plumazo doce nuevos nobles que los *tories* necesitaban para asegurar una mayoría en la Cámara de los Lores. <<

[39] Alusión a las riquezas del general Marlborough (nuestro Mambrú de la guerra de Sucesión), que gastó medio millón de libras en construirse un palacio. <<

[40] Historiador griego, residente en la Roma de Augusto, que en sus *Antigüedades romanas* narra la historia primitiva de Roma en términos favorables (debido a su ignorancia de los hechos). <<

[41] Los transcendentales son, en la teoría aristotélica de la abstracción, los conceptos absolutamente universales, aplicables a toda clase de seres. <<

[42] La noción clásica de que la naturaleza se degenera continuamente a partir de una Edad de Oro inicial, la heredaron los neoclásicos fundida con el concepto cristiano de perdición después de la caída. Aquí, y no en la circunstancia política del momento, debe buscarse la razón del conservadurismo de Swift. El mismo tema aparece más adelante (en la cuarta parte). <<

[43] Hijo de Febo a quien su padre permitió guiar el carro del Sol. Saliéndose de la ruta habitual, habría causado una catástrofe cósmica si Júpiter no le hubiera disparado un rayo, que lo precipitó en el río Po. <<

[44] Puerto de Vietnam del Norte en el golfo de su nombre. <<

[45] Nombre que los holandeses dieron a Australia. <<

[46] Puesto militar establecido por la Compañía de las Indias Orientales en 1640, en la costa este de la India, hoy Madras. <<

[47] La misma que Swift ayudó a romper con su panfleto *La conducta de los aliados*, en 1711. <<

[48] Estudio de las influencias de las estrellas en la vida de los hombres. Swift llama astrólogos a los astrónomos, el peor insulto que puede hacerseles. <<

[49] En sus *Principia mathematica*, Newton (de quien Swift no parece que fuera muy amigo, por su favorable informe sobre la patente de acuñación de moneda para Irlanda) acepta la posibilidad de que la tierra pueda precipitarse sobre el Sol. <<

[50] La idea de la Isla Voladora puede haberla tomada Swift de la *Odisea* (X 1-4), que contiene otros detalles presentes en *Gulliver*, aunque en el presente caso no hay en Homero sentido satírico (Inglaterra sobre Irlanda), ni alegórico: la *intelligentsia* y el poder político situados sobre la sociedad que rigen. <<

[51] Es un misterio que Swift pudiera saber la existencia de estos dos satélites, Phobos y Deimos, que con tanta exactitud describe, ya que no fueron descubiertos hasta 1877, por el astrónomo americano Asaph Hall. Los datos de Swift son muy aproximados a los reales, y la explicación que da sobre la revolución de estos satélites se basa en la tercera ley de Kepler, que dice: «Los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas son proporcionales a los cubos de los ejes mayores de sus órbitas». <<

[52] Este episodio, que sólo aparece en las ediciones modernas, porque existe únicamente en una hoja manuscrita, representa la resistencia y victoria irlandesa (en la cual Swift colaboró con sus *Cartas del pañero*) en el asunto de la escandalosa patente que concedió el Parlamento inglés, a través de la duquesa de Kendal, para la introducción de moneda en Irlanda.

<<

[53] Probablemente Sir William Temple, de quien Swift fue secretario y, según algunos, hijo natural. <<

[54] Swift visitó la *Royal Society* en 1710. La *Philosophical Society* de Dublín era un vástago de ésta. Aquí se burla de las peregrinas investigaciones que en ellas se realizaban. A pesar de lo disparatadas que algunas son, se sabe que ciertos hombres de ciencia de su época trabajaban en ellas: Boyle, el gran científico irlandés, proponía la extracción de fósforo de la orina; el francés M. Bon publicó en 1710 un ensayo sobre la posibilidad de hacer seda de telarañas; y Molyheux, de la *Philosophical Society*, hizo experimentos sobre la respiración artificial usando un fuelle y un tubo metido en la tráquea del paciente. <<

[55] Substancia nítrica que se creía formaba parte del aire. <<

[56] En el original *Tribnia* y *Langden*, anagramas de *Britain* e *England*. <<

[57] Casi todos estos términos tienen doble sentido en el original, y aunque algunos no pierden su ambivalencia en castellano (*ganso*, por ejemplo), otros pierden en ambigüedad (*cernícalo* es más común hoy en su acepción de *hombre ignorante y rústico* que en la de *ave rapaz*), y algunos, en fin, no se pueden reproducir, como sucede con la definición de *dama de corte*, que, por mantener el tono humorístico del pasaje traducimos *cota pequeña* (es decir, *cotilla*), aunque el original es *sieve* (criba), que, aparte del instrumento, significa también «persona que divulga todos los secretos que se le cuentan» (por lo de los agujeros). <<

[58] Esto es lo más aproximado a que podemos llegar en nuestro intento de reproducir el anagrama de Swift. La *b* de *arrabigado* es intencional y, aparte de añadir algo a la pericia de estos artistas, corresponde al intercambio que Swift fuerza entre *j* e *i* en el original: *Our brother Tom has just got the piles - Resist; a plot is brought home, the tour.* <<

[59] *Sudoeste* debiera decir Swift, en vez de *noroeste*, siguiendo el mapa (página 340) de las regiones que Gulliver visita en este viaje. <<

[60] Hoy Irbil, en Persia, donde Alejandro derrotó a Darío en el año -331. La última frase de este párrafo se refiere a la tradición de que Alejandro murió envenenado. Plutarco cuenta que la causa de la muerte fueron unas fiebres que le entraron después de una orgía (*Vida de Alejandro* LXXXV). <<

[61] Según Livio (XXI 37), Aníbal rompió una enorme roca que impedía el paso de su ejército, calentándola y echando luego el vinagrón de sus soldados. Esto parece poco verosímil, puesto que poco antes habla de una enorme cantidad de nieve que los soldados tuvieron que retirar (y que podrían haber usado en vez de sus raciones de bebida); consecuentemente los editores modernos leen *acuto* («con algo afilado»: un pico) por *aceto*, pasando por alto, sin embargo, la evidencia, tan cercana al manuscrito de Livio, de Juvenal (X 148-55). <<

[62] Los dos superhombres que precipitaron la caída de la república romana.

<<

[63] La idealización de Bruto no debe sorprendernos, pues para Swift el asesino de César incorporaba todas las antiguas cualidades del héroe restaurador de la libertad. El resto del sextumvirato lo forman hombres distinguidos por sus virtudes y amor a la libertad. Junio Bruto fue uno de los fundadores de la república romana (en el año -509), también famoso por la leyenda de que, siendo cónsul, mandó ejecutar a sus dos hijos por traición. Sócrates bebió la cicuta en el -399, después de haber sido acusado de «impiedad y corrupción de la juventud». Epaminondas, general tebano muerto en el -362, fue admirado en la antigüedad por su veracidad y austeridad. Catón (-95-46) simboliza tradicionalmente la integridad y la responsabilidad cívica, por su defensa de la libertad republicana en Roma. Y Thomas More (1475-1535), autor de *Utopía*, fue ejecutado por no abandonar sus convicciones religiosas. <<

[64] Quizá Swift pone juntos a Homero (anterior a -700) y Aristóteles (-384-322), como máximos representantes de la literatura y el saber. La influencia de uno y otro (como lo prueba la legión de sus comentaristas) es fundamental en el desarrollo de la civilización occidental. Luciano de Samosata, en su *Historia verdadera*, ya había visto a Homero y hablado con él de sus comentaristas. <<

[65] De Dídimo (-80-10) se dice que escribió hasta cuatro mil libros, muchos de ellos comentarios de la literatura griega. Eustacio, arzobispo de Tesalónica en 175, es autor de un vastísimo comentario sobre la *Ilíada* y la *Odisea*, en el que se recogen abundantes datos de autores anteriores. <<

[66] Duns Escoto (1270-1308), teólogo escocés que se enfrentó a los tomistas afirmando que la existencia de Dios no puede probarse por la razón. Por su oposición a los estudios clásicos su nombre se usó en el Renacimiento con el significado de *zoquete* (*dunce* en inglés), lo que explica la reacción de Aristóteles. Petrus Ramus (1515-1572), filósofo francés, víctima en la matanza de San Bartolomé, desarrolló una teoría antiaristotélica de la lógica. <<

[67] Descartes (1596-1650), matemático y filósofo francés, padre del método científico moderno (la «duda metódica» de todo) y creador de la geometría analítica. Su teoría de los *vórtices*, que explica los movimientos del cosmos, fue reemplazada por la de la gravedad universal de Newton. Gassendi (1592-1655), también francés, defendió la teoría atomística de Epikuro, presentándola como superior a los sistemas físicos de Aristóteles y Descartes. <<

[68] Heliogábalo, emperador romano (del 218 al 222), famoso por sus orgías, fue asesinado por la guardia pretoriana a los dieciocho años. Agesilao (-444-360), rey de Esparta, célebre por su sobriedad y disciplina.
<<

[69] *Ni varón fuerte, ni mujer honesta*. Polidoro Virgilio, clérigo italiano que pasó gran parte de su vida entre los ingleses, publicó en 1534 una *Historia de Inglaterra*. <<

[70] Marco Antonio y Cleopatra fueron derrotados por Augusto, todavía Octaviano, en la batalla de Accio, en el año -31, preparándose así el camino para el establecimiento del sistema imperial en Roma. Agripa, brazo derecho de Augusto, fue el verdadero autor de la victoria. <<

[71] En 1638 los japoneses prohibieron la entrada de europeos en Japón, después de más de un siglo de misión por parte de portugueses y españoles. A los holandeses se les permitía entrar (por motivos comerciales) bajo ciertas condiciones, entre ellas la garantía de que no propagasen su religión, lo que luego dio lugar a la ceremonia de pisar el crucifijo, que Swift menciona más adelante. <<

[72] En 1714 el gobierno británico ofrecía 20.000 libras a quien descubriera un procedimiento para establecer la longitud geográfica de un barco en ruta. Hubo de transcurrir más de medio siglo para que con el cronómetro de John Harrison se pudiera solucionar tal problema. <<

[73] Tokio. <<

[74] Nagasaki. <<

[75] Variedad de madera roja de esta zona del este de Méjico, que se usaba para teñir. <<

[76] Es decir, en alemán. A Dios en español y a las damas en italiano, concluye la anécdota. <<

[77] Alusión a la Revolución Gloriosa de 1688 y a la guerra de Sucesión, a que hacemos referencia en el *Apéndice*. <<

[78] Alusión a la transustanciación, el canto en la iglesia, la adoración del crucifijo y las prendas litúrgicas, temas tan controvertidos en tiempos de Swift. <<

[79] Intencionadamente Swift dice *pronósticos* (como los de los astrólogos), no *diagnósticos*. <<

[80] Ley aprobada por el Parlamento para indemnizar a quienes habían sufrido penas por ilegalidades cometidas inocentemente al desempeñar un cargo. <<

[81] Los tribunales de equidad, hasta su abolición en 1873, corregían o complementaban la administración de la justicia ordinaria en Inglaterra. <<

[82] *Spleen* (dolencia muy en boga en el siglo XVIII mezcla de depresión y melancolía). <<

[83] Toda la filosofía de Sócrates, que no escribió nada, se encuentra en las obras de Platón (427-347 a. C.), discípulo suyo y maestro a su vez de Aristóteles. <<

[84] Holandés asentado en Londres a finales del siglo XVII, que publicó mapas y libros de geografía. <<

[85] Aunque no tan poderosa en tiempos de Swift como lo había sido antes, la Inquisición siguió activa en Portugal hasta 1820 (en España hasta 1834).
<<

[86] Que aunque fortuna puso estudio y arte en me abatir tan miserablemente, y pudo hazerme a cielo y tierra odioso, no me podrá hazer jamás mintroso. (Virgilio, *Eneida* II 79-80. Traducción de Toledo, 1555, por Gregorio Hernández de Velasco). <<

[87] A diestro y siniestro protegiéndose cocea (Horacio, *Sátiras* 11.1.20). <<

[88] A pesar de la fecha al final de esta carta, fue publicada por vez primera en la edición de 1735. El imaginario Gulliver se queja al imaginario Sympson de las libertades que se ha tomado en la edición anterior. <<

[89] William Dampier (1652-1715) fue un célebre trotamundos (a quien Gulliver se honra en tratar de tú a tú, e incluso dar consejos), que publicó libros sobre sus viajes, el que Swift menciona, en 1697. <<

[90] Goldophin y Oxford ocuparon el cargo de Tesorero Mayor los años 1702-1710 y 1711-1714 respectivamente. <<

[91] Área cerca de la catedral de San Pablo en Londres, donde se celebraban ferias de ganado y se quemó a muchos disidentes durante el siglo XVI. <<

[92] La popularidad de Gulliver hizo que se le atribuyeran muchas nuevas aventuras. Una de éstas, publicada en París en 1730, se titulaba ya *El nuevo Gulliver o Viaje de Juan Gulliver, hijo del capitán Gulliver*. <<

[93] De las cuales merece la pena mencionar: a) La primera, de 1800, Plasencia, traducida de una versión francesa por Ramón Máximo Espartal, caballero maestrante de la Real de Granada. Reimpresa en 1824, Madrid. El *traditore* se atreve a decir: «Advertí las pérdidas que forzosamente había de sufrir una versión tan degradada, y que si viviera el señor Swift se querrellaría de mi atrevimiento... Hay traducciones preferibles a su original». Incluye un apócrifo segundo viaje a Brobdingnag. b) La de Javier Bueno (Madrid, 1921), sin duda la mejor, por su fidelidad y pretensiones literarias, aunque totalmente expurgada, excesivamente literal e ineficazmente arcaizante. c) La de Juan G. de Luaces (Barcelona, 1958), variación de la anterior, falsamente «íntegra», inexacta a veces, y artificialmente literaria. En el estudio preliminar leemos: «Un autor tan lleno de mala intención como Swift...». El resto son paráfrasis y refundiciones. (Véase la apostilla a la nota 1). <<

[94] Esto es prácticamente imposible, por las características mismas de la esencia del traducir, pero todo nuestro esfuerzo se ha dirigido a establecer un compromiso que salve las distancias entre los lectores de Swift y los nuestros. Así pues, hemos reproducido su texto respetándolo tanto como a nuestra lengua, aunque usando en alguna ocasión otras fórmulas semánticas que las preexistentes en castellano. Del mismo modo hemos tratado de emplear un estilo literario, pero sólo donde corresponde al original. En ningún momento hemos creído que podríamos mejorar el texto de Swift, que no es ese nuestro oficio. Lo que no hemos dudado en eliminar, a pesar del anacronismo que ello implica, han sido las medidas inglesas, que damos en magnitudes decimales. El sentido exacto de las dimensiones de las cosas en Liliput y Brobdingnag nos parece más importante que la reproducción textual, ya que traducir es trasladar ideas, no palabras, y serán pocos los lectores que, al encontrarse con pulgadas, pies, etc., se formen una idea exacta de lo que tales medidas indican. Digamos aquí únicamente que Gulliver es doce veces mayor que un liliputiense, y doce veces menor que un brobdingnagiano, es decir, que se encuentra en la proporción de un pie a una pulgada y de una pulgada a un pie respectivamente (ya que hay doce pulgadas en un pie). En cuanto a cables, millas y leguas, medidas que designan dimensiones difícilmente precisables al leer, las conservamos por el sabor literario que prestan a la narración. El cable mide 185,31 metros, la milla 1,60 kilómetros, y la legua 5,55 kilómetros. <<

[95] Swift corrigió esta edición, pero las que siguieron no fueron muy uniformes, hasta que en 1734 apareció otra (en Dublín) con numerosas variantes. Aquí traducimos el texto que ha establecido Peter Dixon (Londres, 1967) teniendo en cuenta todas las variantes de las primeras ediciones, incluso las alteraciones marginales escritas a mano por Swift. <<